

EVA LARA
RESPIRA

~ NOVELA HISTÓRICA ~



EVA LARA
RESPIRA

~NOVELA HISTÓRICA~



Respira
Eva Lara

Promovido por



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Eva Lara, 2019

© de la presente edición, Eva Lara, 2019

Todos los derechos reservados.

Diseño de portada: © BloomTown

<https://www.bloomtown.nl>

INDICE

<u>P rólogo</u>
<u>C apítulo 1</u>
<u>C apítulo 2</u>
<u>C apítulo 3</u>
<u>C apítulo 4</u>
<u>C apítulo 5</u>
<u>C apítulo 6</u>
<u>C apítulo 7</u>
<u>E pílogo</u>
<u>A gradecimientos</u>
<u>S obre la autora</u>
<u>O tros títulos</u>

*Para los que ven,
para los que buscan,
para los que no se cansan de respirar.
Porque estamos en el mismo camino.*

Los milagros no se producen
en contradicción con la Naturaleza,
sino solo en contradicción con
lo que conocemos de la Naturaleza.
San Agustín

Prólogo

Estaba tan aturdida que no se dio cuenta de que se precipitaba hacia el suelo justo después de que el carcelero la empujara y cerrara la puerta de metal tras ella. La pestilencia del suelo cercano y el intenso dolor en el hombro al chocar contra éste la trajo a la realidad, devolviéndole la claridad de su miseria. Apenas podía ver, pero notó la pared cercana y se acurrucó contra ella como un animal herido. El golpe de la caída no era nada comparado con la sensación que mordía con rabia su mano izquierda; se la llevó al pecho y la protegió con la otra mano, acunándola. Estaba envuelta en trapos y, bajo éstos, embadurnada en un potingue que no alcanzó a identificar y olía a entrañas de criatura muerta; bajo el fétido unguento, la palma cubierta de ampollas y los dedos sin piel.

Su mente se permitió por un momento volver al pasado, al olor de las especias y el aceite, al ritmo de su mano majando las hierbas en el almirez de piedra, al silencio de la cabaña y al viento fresco entrando por la ventana y recorriendo toda la casa; podía escuchar el tintineo lejano de las campanillas que hacía unos días había colgado de una rama, y el burbujeo del agua que acababa de romper a hervir sobre la chimenea.

Un latigazo de dolor le trajo la imagen borrosa de su mano sumergida en el agua hirviendo y se acurrucó aún más en sí misma, como para proteger el miembro vendado, que palpitaba lanzando alaridos de dolor hasta el último rincón de su cuerpo extenuado. Sabía que las pocas fuerzas que le quedaban estaban a punto de abandonar su cuerpo y no quiso que fuera aquel su último pensamiento antes de caer en el vacío de la inconsciencia.

Respiró profundamente para serenarse y enseguida notó cómo su cuerpo se relajaba. Trajo a su mente los ojos negros de Gabriel observándola con curiosidad, las manos grandes y firmes cerrándose en torno a su cintura, la calidez de su cuerpo cercano abrazándola junto al río, y se aferró a esa sensación mientras se sumía en la oscuridad, segura de que él, una vez más, la encontraría.

Capítulo 1

Se despertó de súbito en medio de la oscuridad, alguien la zarandeaba agarrándola por los hombros. Aterrada, la niña abrió los ojos y sus pupilas trataron de adaptarse a la falta de luz para identificar la figura desconocida que se cernía sobre ella. Estaba a punto de gritar cuando un susurro malhumorado se le anticipó.

—No se te ocurra gritar, vas a despertar a tu tío.

Al instante reconoció la voz de su tía, aquella mujer burda que siempre parecía enfadada, la había visto un par de veces, que ella recordara, y una de ellas había sido la noche anterior.

La noche anterior.

Todo acudió de golpe a su mente: los gritos desgarrados de su madre habían roto el silencio nocturno y ella se había levantado para correr a su lado, pero su tía la había retenido. Recordó el olor de la sangre, el breve llanto de un bebé, toses y gemidos, sonidos que no reconocía y, después de unos minutos, el silencio. Su tía le había ordenado que se quedara en su cama y había desaparecido. Durante el resto de la noche solo se habían escuchado los pasos rápidos de aquella mujer moviéndose por toda la casa y los gemidos de su padre. La niña se había quedado allí, despierta, acurrucada en la cama con los ojos cerrados, escuchando sin comprender qué estaba ocurriendo, y así habían pasado varias horas hasta que el sueño la había vencido.

Se incorporó lentamente, desprendiéndose a duras penas de los restos del sueño. Su visión se había adaptado a la oscuridad y podía distinguir a su tía, parada delante de ella con las manos apoyadas en la cintura, observándola; no llegaba a apreciar sus rasgos pero la voz le dejó claro que no estaba de buen humor, como de costumbre.

—Has dormido un día entero, debería ser suficiente.

—¿Suficiente para qué? —preguntó ella con timidez.

Su tía le infundía temor y prefería no haberla enfadado, pero necesitaba saber qué estaba pasando, especialmente qué había ocurrido hacía dos noches. La mujer negó con la cabeza y aspiró profundamente, como si todo aquello le molestara pero no hubiera encontrado la forma de evitarlo. Más tarde la niña se daría cuenta de que ése era exactamente el sentir de su tía en aquellos momentos.

—A partir de ahora te levantarás conmigo a la salida del sol y me ayudarás con las tareas de la casa.

—¿Dónde está mi madre?

—Tu madre está muerta —soltó de sopetón—, y también tu hermano, o el que iba a serlo. Mañana es el entierro.

Las palabras de aquella mujer de voz ronca y modales ásperos la golpearon como si le hubieran

dado una bofetada. No consiguió imaginar a su madre muerta y pensó que se debía a que no era cierto; su madre estaba en la otra habitación, tumbada en la cama, porque llevar a su hermano en la barriga la dejaba agotada y necesitaba descansar constantemente. La niña salió corriendo hacia la habitación de sus padres. Al llegar se quedó clavada en el umbral. La cama estaba pulcramente vestida, la escasa luz que se filtraba por el ventanuco era suficiente para ver que todo permanecía limpio y ordenado, y que su madre no estaba allí. A cambio una figura grande y desgarbada ocupaba su lugar. Su tío dormía a pierna suelta sobre el lecho de sus padres.

Por un momento dejó de respirar y todo se detuvo, su joven mente era incapaz de procesar lo que aquella simple pero devastadora noticia implicaba. El mundo en torno a su pequeño cuerpo se saturó de silencio y pareció que permanecería así para siempre, pero tras unos segundos la niña escuchó una voz, un eco lejano y suave que pronunció una única palabra, algo que su madre solía decir cuando ella, atemorizada por las sombras nocturnas, no podía dormir: “Respira”.

El aire volvió a penetrar en sus pulmones y el mundo a su alrededor recuperó la vida; los sonidos, los olores, el movimiento de las sombras y el frío en su piel. “Solo respira”, repitió el eco, y luego se desvaneció.

—Te lo he dicho —murmuró su tía tras ella sacándola bruscamente de su ensoñación, y la agarró del brazo para alejarla de allí.

— ¿Dónde está mi padre?

La mujer resopló, molesta.

—Mi cuñada ha criado a una preguntona y ahora me toca cargar con ella —se detuvo frente a la niña y se acercó a su cara con el ceño fruncido, luego habló bajo para no despertar a su marido pero con tono a la vez amenazante, pronunciando las palabras como si pesaran demasiado—. Ésta es la última pregunta a la que te contesto hoy, ¿te enteras?

La niña asintió, atemorizada.

—Tu padre se ha ido del pueblo, aquí no hay trabajo y lo va a buscar en otro sitio. Mientras tanto tu tío y yo nos quedamos en esta casa para cuidar de ella y de ti. Cuando lo encuentre volverá... o no, eso el tiempo lo dirá.

Se separó de la niña y la observó un momento, callada, con una ceja alzada y los labios fruncidos, esperando una reacción, pero ésta no llegó, su sobrina parecía haberse vuelto de piedra y ni un músculo se movía para darle una idea de lo que estaba pensando en ese momento, se diría que ni siquiera respiraba. Quizá ni siquiera pensaba, se dijo la tía, nunca le había parecido demasiado despierta. Mejor así, sería más fácil de manejar. Se dio la vuelta y se dirigió a la entrada, allí miró hacia atrás para comprobar que la niña la seguía y, cuando vio que así era, salió de la casa con un breve atisbo de sonrisa en sus labios tensos.

—Hoy vamos a empezar por el corral —y murmuró, lo suficientemente alto como para que la pequeña la escuchara—. Apuesto a que la blanda de tu madre nunca te enseñó a trabajar, pero ya verás cuánto aprendes con tu tía Angustias.

El graznido de un cuervo trajo al muchacho de vuelta del mundo de los sueños y le obligó a abrir los ojos de par en par. Las vigas del techo seguían allí, el dosel de madera de pino y las pesadas cortinas de terciopelo azul, todo seguía en su lugar. Apartó las sábanas y se levantó de un salto. El tacto de sus pies descalzos sobre la mullida alfombra persa le transmitió una agradable sensación de blandura y calidez. Era un regalo que su hermano había traído de uno de sus viajes y, aunque en un primer momento no le había interesado su despliegue de exóticos presentes, había llegado a aceptarlos como sustitutos de un hermano siempre ausente.

Respiró profundamente el aire fresco de la mañana; a mediados de marzo ya se notaba el ansia de la primavera por ocupar su lugar y un tímido sol comenzaba a lamer los campos al otro lado de la ventana. No sabía si aquella increíble energía que animaba su cuerpo se debía al sueño de la noche anterior o a la claridad que había acompañado su despertar, pero necesitaba liberarla de su interior.

Rápidamente cambió la camisola blanca de dormir por las ropas del día anterior, que caían desmañadamente sobre uno de los sillones junto a la ventana. Salió de la habitación y se dirigió corriendo escaleras abajo en busca de su habitual confidente, la única persona que siempre le escuchaba, le aconsejaba y que constantemente había apoyado sus cambiantes decisiones. Sus pies impacientes golpearon sin piedad los escalones de madera, estaba deseando ver su cara cuando le comunicara lo que acababa de decidir, estaba seguro de que aprobaría su elección.

El muchacho detuvo en seco su carrera; al pie de la escalera le esperaba Baptiste, estirado, serio y con gesto sobrio, siempre en su papel, como pensaba correspondía a su condición. Su discreta mirada de pies a cabeza le dejó claro que no aprobaba su aspecto, aunque por supuesto no haría un solo comentario al respecto, sabía cuál era su sitio y moriría gustosamente antes que faltar a su rol de perfecto sirviente.

— ¿Dónde está mi madre?

—Buenos días, señor —recitó el hombre con tono neutro, como de costumbre—. La señora le espera en el jardín.

Antes de salir corriendo hacia el salón su mirada se escapó hacia el recibidor; un baúl de viaje apostado junto a la puerta principal le hizo pensar que Sebastien ya había llegado.

— ¿Cuándo ha vuelto mi hermano? —preguntó, señalando con un gesto el baúl.

—El señor llegó anoche y esta mañana salió de viaje hacia el norte, con su padre, señor.

El muchacho meneó la cabeza, molesto, pero sin dejar que aquellas noticias empañaran su buen ánimo de aquella mañana.

—Me mareas con tanto "señor", déjalo, ¿quieres? Y quita ese baúl de la puerta, no sé por qué sigue ahí...

Durante una fracción de segundo Baptiste pareció contrariado, después volvió a su mutismo habitual. El muchacho le palmeó el brazo con camaradería y continuó su camino hacia el jardín.

— ¿Desayunará el señor fuera?

—Sí... no, no sé, Baptiste, ya veré —contestó él mientras cruzaba apresurado el amplio salón.

Un intenso aroma a lirios impregnaba la estancia, su madre adoraba aquella flor y siempre

ordenaba que pusieran lirios frescos repartidos por toda la casa. Llenó sus pulmones con aquella fragancia y abrió de par en par las puertas acristaladas que daban al jardín. A lo lejos, en un claro rodeado de árboles cercanos a la tapia de piedra, divisó a su madre; sentada en una silla de hierro forjado, con una manta ligera cubriendo sus piernas y una taza de té humeando sobre la mesa de metal y cerámica, leía tranquilamente un pequeño libro que sostenía con ambas manos. Al notar su presencia, apartó los ojos del libro y le sonrió con dulzura.

—Gabriel —extendió su mano, pequeña y delicada, y él la besó con cariño, como solía hacer—. Siéntate a mi lado.

El muchacho obedeció y la observó un momento mientras dejaba el libro sobre la mesa y tomaba la taza de té, bebía un poco y la devolvía a la mesa. Sus movimientos eran lentos, tenían que serlo porque su madre se cansaba fácilmente, su salud era quebradiza y debía llevar una vida sosegada para evitar riesgos. A pesar del propósito de Gabriel de no dejar que nada estropeara aquel momento, no pudo esquivar la vaga sensación de que algo no iba bien; tras la sonrisa de su madre apenas se dejaba entrever algo más, aunque no hubiera sabido decir si se trataba de preocupación, tristeza o temor.

—Pareces impaciente esta mañana —adivinó ella—, ¿hay algo que me quieres contar?

Él apartó sin reparos la sensación de inquietud y se lanzó a hablar.

—He decidido lo que quiero hacer con mi vida —soltó de sopetón, y esperó unos segundos para ver aparecer la sonrisa de "qué será esta vez" en los labios de su madre, pero ésta no llegó, su boca permanecía extrañamente inmutable, hubiera dicho que incluso tensa. Ella se limitó a apuntar:

—Creía que querías ser escritor...

Él meneó la cabeza con seguridad y la miró fijamente a los ojos.

—No, eso era antes, pero ya no importa. Anoche tuve un sueño... —la sonrisa que esperaba apareció por fin y en unos segundos se diluyó, pero le dio ánimos para continuar hablando— en ese sueño había una mujer con quemaduras horribles y yo la curaba.

—Gabriel...

—Quiero ser médico, madre, quiero curar a la gente.

—Tienes catorce años —espetó la madre con dulzura pero también con una firmeza en la voz que no solía usar cuando hablaba con él— y aún tienes tiempo de cambiar de parecer.

¿Qué quería decir? Gabriel se la quedó mirando, extrañado. La sensación que tuviera minutos atrás se volvía más fuerte por momentos. Mientras veía cómo crecía en el interior de los ojos de su madre se dio cuenta de que se trataba de una mezcla de todo lo que había sospechado: tristeza, temor y preocupación, todo ello comenzaba a cubrir más y más claramente el rostro de su madre. Ella continuó hablando:

—En los últimos meses has querido dedicar tu vida a la música, a la escritura, a la filosofía... y ahora dices que quieres ser médico. Tu padre ha pensado que ya tienes edad para iniciarte en algo concreto y ha decidido por ti.

—Que ha hecho ¿qué?

No podía creer que las palabras que su madre acababa de pronunciar fueran reales, pero su labio inferior temblaba levemente y eso para él era una prueba irrefutable de su veracidad. A pesar de sus esfuerzos por mantener el buen ánimo con que se había despertado, notó que todo estaba a punto de derrumbarse.

—Fray Ramiro regresa a su tierra natal y te irás con él. Te conoce desde que eras un niño y cree que en Jaca tendrás grandes oportunidades de hacer carrera.

—¿Carrera? —repitió él incrédulo, como un eco—, ¿dónde?, ¿en la iglesia? ¿Queréis que me haga monje?

Gabriel se levantó ofuscado haciendo caer la silla donde momentos antes se había sentado, ilusionado y tranquilo, y miró a la madre como si no la reconociera. Ella lo instó a calmarse con un suave movimiento de su mano y, al no obtener el resultado esperado, respiró profundamente y miró con severidad a su hijo.

—Debes obedecer a tu padre.

—No, tú debes hacerle cambiar de idea.

—Ya está arreglado...

—¿Qué?

Su madre cerró los ojos y se llevó una mano temblorosa a la boca, parecía tremendamente cansada y Gabriel se sintió culpable por haberle gritado. Estaba seguro de que ella no quería eso para él, pero las decisiones de su padre eran siempre irrevocables. Sintió pena por ella y se agachó a su lado, le tomó la mano, que estaba helada y temblaba ligeramente, se la llevó a los labios y la besó.

—No quiero esto para ti —susurró su madre con gesto apesadumbrado y ojos suplicantes, confirmando lo que Gabriel había sospechado—, pero es así como debe ser. Fray Ramiro se ocupará de ti y se asegurará de que estés bien.

—¿Y quién se ocupará de ti?

De repente su decisión ya no importaba, viéndola tan débil y quebradiza solo le preocupaba alejarse de ella, no estar ahí para cuidarla.

—Sebastien ha vuelto para quedarse —dijo con tono débil—, se va a hacer cargo del patrimonio. No te preocupes, no estaré sola.

La mención de su hermano le hizo pensar en el baúl apostado en la puerta. Ahora comprendía, no era de Sebastien sino suyo, por eso Baptiste pareció desconcertado cuando le dijo que se lo llevara de allí, porque en realidad era su equipaje y ya lo esperaba en la puerta; su padre no había perdido el tiempo.

—Me voy hoy mismo, ¿no es así?

Ella asintió con pesar.

—Te voy a echar tanto de menos... —murmuró la madre apretando la mano del hijo y tratando de dominar la emoción, aunque un manto de tristeza se había extendido sobre ella y la cubría de pies a cabeza.

Gabriel la abrazó sin decir nada, la contempló un instante, luego se dio la vuelta en silencio y se

alejó lentamente hacia el interior de la casa.

Cuando se hubo marchado, Baptiste salió al jardín para comprobar que todo estuviera bien y ver si la señora necesitaba algo. Ella apartó la manta que cubría sus piernas y tomó un objeto rectangular envuelto en tela y atado con un cordón de terciopelo, se lo dio al sirviente y le dijo:

—Entrega esto a fray Ramiro, es un regalo para mi hijo.

— ¿No prefiere la señora entregárselo personalmente al muchacho?

Ella negó tristemente con la cabeza e indicó que debía serle entregado una vez pasaran los Pirineos y hubieran abandonado Francia, no antes.

—Ahora déjame —añadió cansada con un hilo de voz—, quiero estar sola.

Baptiste inclinó la cabeza y obedeció en silencio. La madre volvió a tomar el libro para seguir leyendo pero no lo abrió, se quedó contemplando la cubierta de piel mientras los ojos se le humedecían y de ellos se desprendía la primera lágrima.

La calesa pequeña de su padre esperaba en la puerta, su baúl bien colocado en la parte trasera y el cochero en el taburete delantero, ya preparado para partir. Era un coche moderno bastante cómodo, pero si habían de hacer todo el camino hasta Jaca en aquella caja de madera sobre dos ruedas, más valía que se fuera preparando para una pesadilla. Los dos caballos se removieron inquietos cuando Gabriel se acercó, como si supieran que había llegado el momento y estuvieran impacientes por emprender el camino. Él no estaba ni mucho menos tan ansioso por partir y trató de demorar la salida volviéndose una vez más para mirar el único hogar que había conocido y que pronto no sería más que un recuerdo. No había querido que su madre saliera, así que tan solo Baptiste se despidió de él, y lo hizo con la sobriedad de una inclinación de cabeza justo antes de que Gabriel pusiera el pie en el pescante y desapareciera en el interior oscuro del carruaje.

Al entrar se encontró sentado cara a cara con fray Ramiro, un monje de modales discretos y pocas palabras que conocía desde que tenía memoria pero del que sabía muy poco. Por lo que había captado cuando espiaba las conversaciones de los adultos desde alguno de sus escondites, se trataba de un monje carmelita español que, tras graduarse en la Universidad de Aviñón, se había establecido en el sur de Francia. Ahora, por algún motivo que él desconocía, volvía a su Aragón natal. Una vez su madre le había dicho que fray Ramiro era "extremadamente culto", pero Gabriel no sabía exactamente qué significaba ser extremadamente culto y en aquel momento no estaba lo suficientemente interesado en el monje como para preguntar. No es que tuviera más curiosidad o interés ahora, se dijo mientras se acomodaba en el asiento forrado en terciopelo y evitaba mirar a los ojos a su compañero de viaje, pero quizá hubiera resultado útil contar con un poco más de información sobre la persona que a partir de ahora se iba a ocupar de él.

El cochero fustigó a los caballos y la calesa comenzó a moverse. Ya no había marcha atrás, pensó Gabriel mientras veía alejarse lentamente la que en esos instantes dejaba de ser su casa.

—Solo iremos hasta Olorón en este carruaje —anunció el monje a los pocos minutos, interrumpiendo los infaustos pensamientos del chico—, haremos noche en la posada y mañana por la mañana saldremos hacia Jaca por el camino de los peregrinos.

Gabriel le dirigió una mirada soez.

— ¿En diligencia?

El otro simplemente sonrió y asintió brevemente.

—El viaje no es cómodo pero dura apenas dos días, contando con la parada en los Pirineos. ¿Has cruzado alguna vez la frontera?

Gabriel no se molestó en contestar a una pregunta de la que el otro seguramente ya conocía la respuesta, se giró hacia la ventanilla y decidió no volver a hablar en lo que quedaba de viaje. El monje volvió a sonreír despreocupado y, volviéndose también hacia la ventana, añadió:

—El paisaje es incomparable, te gustará.

—No pongas esa cara —gruñó Angustias—, no vas a una fiesta, vas a un funeral. No hace falta ir de punta en blanco.

La pequeña se removió incómoda dentro del vestido negro, pero no se atrevió a rechistar con tal de no enojar aún más a aquella mujer.

Solo tenía un vestido para ocasiones especiales, su madre se lo había regalado el otoño pasado para las fiestas, había ahorrado para comprar la tela y lo había confeccionado ella misma. Era uno de sus escasos bienes preciados y se lo había mostrado con orgullo a su tía cuando ésta había preguntado si tenía alguna "ropa decente" que ponerse para el funeral de su madre. Angustias lo había mirado largamente y luego había salido de la casa sin decir nada, al cabo de un buen rato había vuelto con unas virutas malolientes que arrojó a un barreño con agua caliente, había metido allí el preciado vestido celeste y al sacarlo, varias horas más tarde, éste se había convertido en la prenda tiesa, arrugada y de un negro parduzco y desigual que ahora llevaba puesta la niña.

La pequeña miró con tristeza el vestido por última vez, tratando de imaginarlo tal como era cuando su madre lo desplegó con orgullo y alegría por primera vez frente a ella, pero el olor a palo tinto que la tela desprendía le dificultaba concentrarse y, sin poder evitarlo, torció el gesto. Su tía le agarró la barbilla obligándola a apartar la vista del vestido y mirar hacia arriba.

— ¿Vamos a portarnos bien?

Ella asintió con un rápido movimiento de cabeza y respiró aliviada cuando Angustias apartó aquella garra huesuda de su cara y le indicó que la esperara fuera de la casa.

Al rato se encontraban en la iglesia, donde el cura les esperaba junto a una caja de pino de corte sobrio, ya cerrada. Angustias ordenó a la niña que se quedara junto a su tío y se fue a hablar aparte con el sacerdote.

— ¿Han cogido los dos en la misma caja?

El cura pareció incómodo, pero asintió con un gesto y afirmó que los habían acomodado —en este punto carraspeó, torció el gesto y desvió la vista al suelo— lo mejor posible.

— ¿Quiere verlos?

—No, no —se apresuró a responder ella agitando la mano enérgicamente—, no es necesario,

estoy segura de que lo han hecho muy bien.

El hombre aceptó la respuesta con una sonrisa de compromiso tras la que trató de ocultar su aversión.

—Hubiera preferido hacerlo de otra forma, sabe usted —añadió ella con tono de excusa—, pero mi hermano no nos dejó dinero suficiente, el pobre hombre no sabe lo caras que son estas cosas y yo no me lo puedo permitir...

El cura asintió en silencio indicando que la escuchaba y la comprendía, aunque hubiera preferido prescindir de aquella charla y terminar con aquel asunto lo antes posible. Disimuló no obstante su impaciencia mientras Angustias terminaba de excusarse, cuando se dio cuenta de que la niña se encontraba justo detrás de ella y escuchaba atentamente. Sintió lástima por la criatura y le dirigió una mirada compasiva a la que ella respondió con una sonrisa triste. Estaba a punto de dirigirle la palabra cuando Angustias exclamó:

—Estamos listos, pues. Cuando quiera, padre.

Un desayuno algo menos que escaso le esperaba junto a fray Ramiro a la mañana siguiente. Sentado a la mesa del fondo de la taberna, el monje observaba en silencio sus propias manos cruzadas sobre el regazo; su actitud meditativa cambió por completo cuando Gabriel llegó hasta la mesa y se sentó frente a él. El clérigo le dedicó una amplia sonrisa y con un gesto le invitó a dar cuenta del modesto refrigerio.

— ¿Has descansado bien? —preguntó fray Ramiro tras dar un pequeño mordisco al pedazo de pan que suponía toda la parte sólida de su desayuno.

El joven no respondió. Había pasado la noche completa en vela mientras lidiaba con toda una serie de sentimientos y emociones, todos negativos, molestos, incluso dolorosos, y no solo no se había desprendido de ellos con la llegada de la mañana sino que ahora, además, el cansancio se sumaba a la colección de desdichas que invadían su ánimo. La pregunta del monje no contribuía a mejorar su estado, de modo que mantuvo su propósito de no pronunciar palabra y se dedicó a comer con desgana aquel miserable desayuno.

—Pareces cansado —fray Ramiro volvió a intentar entablar conversación; quizá empatizando consiguiera arrancar unas palabras a su real adolescencia—. Supongo que no estás habituado a dormir fuera del hogar, pero no te preocupes...

Gabriel elevó una ceja inquisidora y apretó los dientes, pero siguió sin decir palabra.

—... te acostumbrarás.

El monje pronto entendió que la empatía no le llevaría a ninguna parte, el muchacho parecía haber heredado la testarudez de su padre, de modo que decidió darle tiempo y espacio, su silencio no duraría eternamente y tarde o temprano acabarían acostumbrándose el uno al otro. Siguió comiendo con tranquilidad y decidió no volver a hablarle hasta que fuera absolutamente necesario o hasta que el muchacho mismo tuviera a bien romper su silencio.

Durante las horas que duró el trayecto hasta la parada de los Pirineos, Gabriel había mantenido a rajatabla su intención de guardar las distancias, lo que hizo pensar a fray Ramiro con un punto de humor que el muchacho sería un estupendo candidato para hacer voto de silencio, tenía un talento natural para mantener la boca cerrada y eso podía obrar en su favor en no pocas ocasiones. El pensamiento había hecho que una sonrisa pícaro asaltara sus labios por un instante. Gabriel había torcido el gesto y se había vuelto airado hacia la ventana, lo que indicó al monje que existía una esperanza de interacción; aunque disimulaba bien, el chico estaba pendiente de los movimientos de su compañero de viaje, lo estudiaba desde una distancia discreta y no tardaría mucho en abandonar su terco mutismo.

El interior de la diligencia había ido completo hasta la primera parada; además de ellos dos, un matrimonio de mediana edad y aspecto austero ocupaba los asientos restantes junto con sus dos hijos, una niña de unos cinco años que se quedó dormida sobre el regazo de su madre a los pocos minutos de iniciar el viaje, y un niño de unos diez que no cambió su posición —idéntica a la del padre— durante todo el trayecto. Una criada y dos trabajadores que se instalaron en la rotonda, los asientos de la parte posterior del carruaje, completaban la lista de pasajeros. En Pirineos la familia se apeó de la diligencia, dejando a fray Ramiro y a Gabriel continuar el trayecto ya solos en la cabina y con los dos hombres de los asientos exteriores como único acompañamiento.

Aprovechando la parada, habían cambiado los caballos y un nuevo cochero se había unido a la diligencia, éste tomaría el relevo durante la noche para continuar el viaje sin más interrupciones. Ellos aprovecharon para comer algo y fray Ramiro sacó de su pequeña maleta un paquete envuelto en tela y atado con un cordón de terciopelo. Gabriel lo miró con disimulo y un interés mal contenido; había visto al monje guardar ese mismo paquete en su maleta antes de emprender el viaje en la calesa de su padre, lo que significaba que alguien se lo había entregado en su casa, probablemente su madre. Estaba dispuesto a mantener su silencio pero, de nuevo en el interior de la diligencia, no pudo evitar que su mirada se escapara furtiva en más de una ocasión hacia las manos del monje.

— ¿Quieres saber qué es? —interrogó de sopetón fray Ramiro.

El muchacho, por toda respuesta, desvió la vista hacia la ventana. Si se concentraba en las montañas podría mantener su curiosidad bajo control y ser fiel a su propósito de no hablar. El paisaje montañoso, que veía por primera vez en su vida, era suficientemente impresionante como para captar su atención y por un momento pensó que podría refugiarse en él e imaginar que el monje no estaba a su lado, que viajaba de vuelta a casa y que todo aquello no estaba ocurriendo realmente. Pero fray Ramiro suspiró de forma sonora y dijo con suavidad, con un tono casi cariñoso:

—Es un regalo de tu madre, quería que te lo entregase una vez pasáramos los Pirineos.

Pensar en su madre, en su voz temblorosa y las débiles manos heladas, en su rostro triste y las palabras firmes, le causaba un dolor que ni aquel paisaje podía apartar de él. No había lugar donde esconderse de la decepción; su madre, su mejor amiga y confidente, le había dado la espalda permitiendo que su padre decidiera cambiar drásticamente el rumbo de su vida. Las emociones contrapuestas se mezclaban en su interior revolviéndole las entrañas: rabia, pena, frustración, añoranza y un dolor sordo, la sensación de abandono y de traición, un vacío de

pérdida, la incertidumbre y finalmente la incomprensión. Pero también estaba la curiosidad, que le hizo volver a mirar el paquete envuelto en tela, y la leve esperanza de que todo se arreglaría mágicamente de un momento a otro. Finalmente tomó el objeto que el monje le ofrecía extendiendo apenas su mano.

—Te servirá para recordarla.

Gabriel tiró lentamente del cordón de terciopelo y apartó la tela con cuidado. Un libro con cubiertas de piel tintada en negro y unos delicados motivos grabados en el lomo y las esquinas descansaba sobre su regazo. Lo abrió con delicadeza para comprobar que las páginas interiores estaban en blanco. Antes de aquella mañana en que había despertado deseando ser médico, su anhelo había sido el de dedicarse a escribir, su madre lo había apoyado en ése como en todos sus demás caprichos y proyectos dispares, y probablemente ésta era su forma de decirle que podía continuar creyendo en sus sueños sin importar la situación en la que se encontrase. Su último consejo llegaba hasta él desde el otro lado de la frontera, desde un hogar que ya nunca más sería el suyo y del que a cada minuto se alejaba más y más. Envolvió de nuevo el cuaderno con la suave tela y lo sostuvo cerca del pecho con ambas manos.

—Gracias —murmuró con un hilo de voz, a lo que el monje respondió con un leve asentimiento. Luego se giró de nuevo hacia la ventana, esta vez para que su compañero de viaje no lo viera llorar.

El camino de los peregrinos había ido empeorando a medida que se acercaban a Jaca, se decía que era una de las peores vías del reino y a fray Ramiro, que aguantaba los vaivenes apretando los dientes mientras se agarraba a la portezuela del vehículo, no le cabía duda de que la información era cierta. Había llovido la noche anterior y el suelo se había ablandado, las grandes ruedas de la diligencia se hundían en los surcos abiertos por el paso de innumerables carromatos y convertían al carruaje en un bote a la deriva bamboleado por el viento y a merced de un mar embravecido. Cuando fray Ramiro describió la metáfora a su nuevo protegido, éste —aún en desacuerdo con su situación pero ya algo más sumiso— no pudo evitar una sonrisa burlona. "Algo es algo", pensó el monje, dando por válido el sufrimiento de su estómago revuelto a cambio de aquel gesto conciliador.

En un punto del camino, ya en las cercanías de Jaca, la diligencia se detuvo tras una fuerte sacudida. El camino estaba cortado por un árbol derribado por un rayo durante la tormenta de la noche anterior. Los caballos se habían desbocado y el cochero había perdido el control del carruaje, saliéndose del camino y casi haciéndolo volcar. Como consecuencia, una rueda se había salido del eje y no podrían continuar hasta dar un aviso en la localidad más cercana para que vinieran a ayudarles. A estas alturas del viaje, un monje y un muchacho enclenque eran los únicos pasajeros que quedaban, sus fuerzas no serían suficientes para arreglar aquel desperfecto.

Gabriel observaba al cochero desde el interior de la diligencia, se movía nervioso de un sitio a otro mientras oteaba el horizonte esperando ver aparecer la salvación por el camino desierto.

—No se preocupe, hermano —repetía, nervioso—, éste es un camino muy transitado, no tardará en aparecer alguien.

Tal y como el cochero había previsto, pronto apareció un carruaje privado, una berlina tirada por cuatro caballos que se dirigía a una localidad al oeste de Jaca. El conductor, que viajaba solo y se encaminaba a recoger a su señor, les informó de que la tormenta había causado serios problemas en el camino que ellos seguían, por lo que no podrían continuar por allí hasta que se despejara aquella vía. Haciéndose cargo de la situación, se ofreció a llevar a fray Ramiro y a Gabriel hasta el pueblo más cercano, desde donde podrían continuar hasta Jaca. Se trataba de una ruta bastante más larga ya que daba un rodeo considerable, pero fray Ramiro aceptó agradecido. Quizá no tuvieran muchas más oportunidades como aquella, además –pensó– el desvío les ofrecía la oportunidad de pasar cerca de su pueblo natal y quizá consiguiera despertar un poco de curiosidad en el muchacho.

El sacerdote se dirigió a los dos mozos que esperaban en la puerta y les indicó que cargaran la caja en la carreta de la iglesia. Él se sentó en el pescante junto al carretero y los dos muchachos en el cajón de la carga, junto al ataúd. Tía Angustias, su marido y la niña caminaban detrás del carro y, tras ellos, una vecina de la difunta y un par de plañideras conocidas de Angustias que habían venido para hacerle el favor, cerraban la comitiva. Tirado por un viejo caballo cansado, la carreta atravesó despacio la cancela del camposanto y cruzó el cementerio hasta llegar a la zona de los nichos, una vez allí el cura pronunció unas palabras de despedida para la madre y el hijo, frases de esperanza para la familia que los despedía y, con el llanto algo desganado pero aún así efectivo de las plañideras como telón de fondo, indicó a los mozos que subieran el ataúd al nicho que le había sido reservado y dio por concluida la ceremonia.

Mientras el sacerdote hablaba, la niña había mantenido el rostro inexpresivo orientado hacia el suelo; sin mirar el ataúd donde descansaban su madre y su hermano, trataba de imaginar cómo hubiera sido tenerlo en sus brazos y ayudar a su madre a cuidarlo, jugar con él y verle crecer, cómo hubieran sido sus vidas sin aquella caja cerrada, sin un sacerdote encomendando sus almas a Dios y sin su tía Angustias apresando su pequeña mano como una garra mientras comenzaba a llover sobre el cementerio.

Un movimiento en su visión periférica captó su atención y levantó los ojos del suelo. Por encima de una de las tumbas, en una parcela cercana, una pálida luz azul purpúrea con la forma de una llama se movía nerviosa a ras del suelo. La niña se preguntó qué sería, nunca había visto una llama de ese extraño color, mucho menos lejos de una hoguera, suspendida en el aire y moviéndose como si tuviera vida propia. Sin apartar la vista de la misteriosa luz tiró de la mano de su tía para llamar su atención, pero la mujer presionó sus labios contraídos fuertemente con un dedo puntiagudo indicando silencio mientras le clavaba una mirada amenazante que ordenaba inmovilidad y quietud absoluta. La niña se tensó ante la amenaza y, cuando finalmente se atrevió a volver a mirar la tumba cercana, la llama había desaparecido.

Sin embargo otro elemento acababa de aparecer en el cuadro; al otro lado del viejo muro de piedra, en el camino que bordeaba el cementerio, vio sobre la loma un carruaje tirado por cuatro caballos que acababa de detenerse. Desde el interior del vehículo, un muchacho asomado a la ventana observaba la ceremonia con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido. Las cortinas volvieron a oscurecer la ventana desde el interior de la berlina y el carruaje se puso de nuevo en

marcha. Mientras el ataúd con su madre y su hermano entraba lentamente en el hueco de la pared para tragarse los últimos restos de su antigua vida, la niña observó cómo el vehículo se alejaba por el camino que salía del pueblo. Sin percatarse de que el funeral había llegado a su fin, dejó que su tía tirase de ella para salir de allí y encaminarse de vuelta a casa.

— ¿Qué están haciendo? —preguntó Gabriel señalando a un pequeño grupo de personas en la media lejanía.

Habían atravesado el pueblo y pasaban ahora junto al cementerio, a fray Ramiro le pareció que valdría la pena hacer un alto en el camino aprovechando el súbito interés del muchacho. Rogó al cochero que se detuviera un momento y éste, no demasiado conforme con la interrupción, aceptó parar un instante con la condición de que la pausa fuera breve, no quería llegar tarde y enfurecer a su señor, y ya se había entretenido lo suficiente; además el tiempo que había perdido recogiendo a los viajeros, habían hecho una parada en la taberna de Urdués para reponer fuerzas, al parecer el monje estaba algo delicado de salud y le había rogado que parasen.

—Es un funeral —explicó—, están metiendo el ataúd en un nicho.

Gabriel lo miró sin comprender. Nunca había oído mencionar tal cosa y jamás hubiera imaginado que los difuntos pudieran acabar incrustados en un muro, hasta donde él sabía el cuerpo está destinado a descansar en la tierra. Con paciencia docente, Fray Ramiro le explicó el procedimiento según sus escasos pero suficientes conocimientos en la materia y dejó que el joven digiriera en silencio la información.

— ¿Por qué hay tan poca gente?

Gabriel había hecho la pregunta más para sí mismo que por esperar una respuesta del monje, pero éste había reconocido a la mujer de gesto avinagrado e imaginaba quién era la niña del pelo rojizo, conoció a su abuela y a la madre siendo ésta una niña, y precisamente hacía un rato, en la taberna, había oído mencionar la desafortunada historia de la mujer, por lo que pudo sorprender a Gabriel con su respuesta:

—La difunta es la madre de la niña que ves cogida de la mano de su tía. No podía tener más hijos pero quedó encinta de forma... inexplicable. En el pueblo se dice que tuvo tratos con el diablo para preñarse, que por eso el niño no sobrevivió al parto y que además mató a su propia madre al venir al mundo, aunque solo estuviera en él por un momento —el monje bajó la mirada y apretó los labios—. Nadie quiere tener que ver con asuntos de ese tipo.

Gabriel abrió la boca para decir algo pero un impaciente golpeteo de nudillos en el cristal de la berlina lo interrumpió.

—Nos vamos —terció el cochero disimulando apenas un gesto molesto y masculló entre dientes—. Ya me he retrasado bastante, mi señor se va a poner hecho una furia.

Fray Ramiro notó los interrogantes agolpados tras los ojos del muchacho y pensó que quizá no había sido tan buena idea detenerse allí, no convenía que su joven mente se enfocara en cierto tipo de historias. Así que, viendo que no apartaba los ojos de la escena en el cementerio, corrió la cortina del carruaje y dijo, con tono animado:

—Muy pronto estaremos en Jaca y podrás descansar de este largo viaje. Mientras tanto, te voy a contar una anécdota que me ocurrió hace muchos años en estos parajes...

Pero Gabriel no escuchaba ya a su compañero de viaje, su mente se había quedado prendida de aquella extraña escena y de la niña del pelo rojizo y la historia trágica, su imaginación acababa de levantar el vuelo avivada por la breve narración del monje y tardaría mucho tiempo en volver a tomar tierra.

La que sería su habitación durante los próximos años no guardaba parecido alguno con la que había dejado en su tierra natal, la que le habían obligado a abandonar. De pie en el centro del habitáculo, Gabriel miró a su alrededor; el lugar se encontraba limpio pero olía a humedad y la falta de mobiliario no contribuía a hacer el espacio más amplio pero sí le daba un aire triste y solitario de casa deshabitada. Un camastro, una insuficiente mesa cuadrada y un taburete, una estantería y una pequeña cómoda conformaban todo el mobiliario. Fray Ramiro le había presentado el lugar con una sonrisa complacida, asegurándole que allí tenía todo cuanto iba a necesitar por el momento. "Por el momento", había repetido el joven en su mente dejando que un rayo de esperanza se colase por apenas una rendija de su conciencia.

—Cuando nos instalemos te traeré algunos libros.

El muchacho no había contestado al comentario animado del viejo monje, seguía mirando de forma inexpresiva el dormitorio. Solo deseaba que el fraile se fuera y lo dejase solo para rumiarse a gusto su descontento, pero el hombre se resistía a abandonar la escena.

—Mientras tanto —dijo al tiempo que depositaba el libro en blanco de Gabriel sobre la cómoda —, éste te hará compañía. Quizá te apetezca escribir sobre el viaje...

Con este último comentario se dio la vuelta y desapareció por el oscuro pasillo.

Habían llegado ya entrada la tarde y la claridad que penetraba por el ventanuco era escasa. Gabriel se dirigió a la cómoda y tomó entre sus manos el regalo de su madre, se sentó a la mesa que había junto a la pared y encendió la vela medio consumida en la palmatoria. No sabía si había sido idea de fray Ramiro o lo había dejado allí el anterior ocupante de la habitación, pero sobre la mesa había un tintero y una pluma que, por su aspecto, había dado lo mejor de sí hacía años. En ese momento la calidad de los utensilios es lo que menos le importaba o preocupaba, así que se arrimó a la mesa, abrió el libro y mojó la pluma en la tinta negra. Antes de empezar a arañar la primera página cerró los ojos un momento; al instante apareció en el lienzo de su mente el recuerdo de la niña del pelo rojizo que lo miraba directamente con los ojos llenos de tragedia. Su mano comenzó a moverse con premura y sobre el espacio vacío de la página derramó los trazos de su primera historia.

Capítulo 2

Mientras los dos hermanos lo conducían hasta la celda que había de ser su hogar durante los tres meses siguientes, escuchó de nuevo en su mente las palabras de su mentor:

—Nadie te va a enviar de vuelta a casa, Gabriel —la mirada del viejo fraile adquirió un tono de tristeza que él reconocía por primera vez—, el General ha determinado tres meses de aislamiento.

Gabriel había arremetido, con toda la pasión de su indignación juvenil, contra el absurdo de semejante castigo. Le costaba creer que una simple escapada del convento le hubiera valido tres meses de arresto.

—Tu delito de apostasía perjudica el honor de la orden —el joven abrió la boca para protestar de nuevo pero fray Ramiro levantó la mano para impedir que siguiera contradiciéndole y empeorara el estado de la situación. Cerró los ojos y respiró profundamente antes de que sus labios liberasen la última sentencia—. Tu falta exige castigo. El General ha sido benévolo contigo, no tientes tu suerte y utiliza este confinamiento para la reflexión.

Luego le entregó un pequeño libro de cubiertas sobrias que Gabriel aceptó con desgana y guardó bajo el hábito sin molestarse en mirar; en aquel momento no le interesaba nada que su viejo tutor pudiera ofrecerle.

—Solo en la oscuridad somos capaces de conocer la luz, Gabriel —dijo con suavidad el monje, después le dirigió una sonrisa enigmática teñida de cariño y tristeza a partes iguales, y se dio la vuelta para indicar a los dos hermanos que podían acompañarlo a la celda de aislamiento.

Gabriel se dejó conducir sin que ningún sentimiento especialmente destacable empapase su ánimo, sin emoción alguna o preocupación por lo que le esperaba, hasta que se encontró frente a la puerta abierta de la celda. Miró alternativamente a los hermanos que lo habían acompañado en silencio y después de nuevo al interior de la estancia.

— ¿En serio?

Como respuesta, uno de ellos extendió su brazo hacia el interior con el ademán de quien invita cordialmente a entrar en su propio hogar, solo que en este caso no se trataba de la acogedora morada de un cordial anfitrión sino más bien de un cuartucho empapado en olor a humedad donde una manta en el suelo y una bacinilla en el rincón le esperaban al otro lado del umbral.

—Eh, al menos tiene una ventana —exclamó exagerando su alegría mientras apuntaba hacia el ventanuco con barrotes cercano al techo desde el que se colaba algo de luz—, aunque me vendría bien un taburete para poder asomarme... ¿alguna posibilidad de que me traigáis uno?

Los otros dos seguían sin abrir la boca, Gabriel comenzó a dudar que tuvieran siquiera lengua, así que se dio por vencido y entró en la celda, observó con impotencia cómo cerraban la puerta desde el otro lado y oyó los pasos tranquilos de sus hermanos perdiéndose por el pasillo a medida que

se alejaban. El silencio lo engulló de repente y las paredes del cuartucho se cerraron en torno a su cuerpo. Respiró profundamente para infundirse ánimo pero solo consiguió que el rancio aroma de la humedad penetrara en sus pulmones acrecentando una vaga náusea que ya había comenzado a estremecer su cuerpo unos segundos antes.

—Tres meses —murmuró extrañándose de la gravedad de su propia voz. Al pronunciar estas simples palabras en voz alta la realidad de la situación cobró vida, cerniéndose sobre él como una pesada sombra oscura capaz de aplastar su alma.

Las piernas le flaquearon y las rodillas cedieron al desánimo doblegándose mientras buscaban el suelo de la celda. Gabriel se arrastró hasta la manta y se envolvió en ella acurrucándose contra la pared. ¿Qué iba a ser de él en aquel habitáculo durante tres meses? No podría soportarlo, se volvería loco, se ahorcaría con el cinturón de su hábito, se rompería las cuerdas vocales gritando piedad al cabo de ¿cuánto tiempo?, ¿una semana?, ¿un mes?, ¿cuánto tiempo podía una persona soportar el aislamiento en estado de cordura?

Aquel pensamiento le trajo a la memoria sus tiempos de novicio, cuando se dedicaba a estudiar sin pensar demasiado en las reglas de la orden o en el futuro o en otras posibilidades que el mundo podía ofrecer; recordó haber leído sobre la vida de San Juan de la Cruz y haberse preguntado cómo pudo soportar nueve meses de confinamiento en una celda. Ahora era él quien se encontraba encerrado, aislado, y en cierto modo agradeció que su castigo fuera solo de tres meses, lo que al pronto le pareció un tanto irónico.

Sonrió con desgana, "solo" tres meses, qué increíble facilidad para relativizar poseía la mente humana. Se movió un poco para acomodarse en el suelo duro y frío de la celda y notó cómo el pequeño libro de fray Ramiro se desplazaba apenas en el bolsillo interior de su hábito. No tenía mucho más que hacer y cualquier lectura, por aburrida que pudiera ser, podría salvar algunas horas de tedio en su confinamiento, así que lo extrajo con cuidado y se dispuso a leer el título sin demasiado entusiasmo.

Una nueva sonrisa, ahora de sorpresa y también de agradecimiento, se desplegó en sus labios mientras abría el pequeño volumen que habría de ser su acompañamiento durante los tres meses de soledad de su primer encierro. Comenzó a leer en alto los versos, ya casi olvidados, de San Juan de la Cruz.

—"En una noche oscura, con ansia de amores inflamada..."

Gabriel aguzó el oído, los últimos pasos parecían alejarse al fin y, hasta dentro de un par de horas, nadie más recorrería aquel pasillo. Saltó de la cama y constató que la puerta estaba cerrada, fray Ramiro se había encargado de que pusieran un candado en su puerta para mantenerle allí encerrado cada noche, como si de una bestia salvaje y peligrosa se tratase. De hecho juraría que era la misma palabra, "salvaje", la que había utilizado al solicitar medidas de contención ante el prior.

—Pues no te va a resultar tan fácil, viejo —murmuró Gabriel mientras ponía en marcha su plan.

Afortunadamente la ventana era una opción que aún no habían considerado, era cuestión de tiempo que pusieran barrotes o incluso la tapiaran, pero de momento aún podría utilizar aquella vía de

escape, pensó el joven mientras ataba a la pata de la cama una gruesa soga que se había agenciado a hurtadillas hacía unos días y que había mantenido escondida a la espera de aquella ocasión. Se aseguró de que los nudos fueran seguros, no tenía intención de acabar con su vida sino todo lo contrario, después lanzó la cuerda con cuidado por el hueco de la ventana y se encaramó en el alféizar. Era de complexión más bien delgada, así que la soga debería aguantar su peso sin problemas, y la cama estaba atornillada al suelo, con lo que no habría peligro de deslizamiento.

Lentamente fue descendiendo por la cuerda, apoyando los pies en los grandes nudos que la noche anterior se había entretenido en hacer. Todo alrededor era oscuridad y el final de su descenso aún no se apreciaba, tan solo la negrura le esperaba abajo, pero se tragó su propio miedo a ser absorbido por esa oscuridad y continuó deslizándose por la soga hasta que el suelo apareció finalmente entre las sombras, dándole la bienvenida al mundo exterior.

Rápidamente se deshizo del hábito y lo arrojó cerca del muro como si le quemase en el cuerpo, sobre la ropa de calle que ya llevaba puesta debajo puso una capa que había escondido ese día en un hueco de la pared y, sin más dilación, echó a correr atravesando el jardín solitario, mirando a su alrededor mientras huía amparándose en las sombras nocturnas.

Tan pronto como se encontró en el centro de la ciudad se sintió a salvo, entre el bullicio y el revuelo de gente que poblaba las callejuelas se convertía al instante en un ciudadano más, uno de tantos transeúntes anónimos que entraban y salían de las numerosas tabernas de aquel barrio de fama cuestionable. Allí se sentía inmerso en el gentío, confundido con el resto, diluido entre la masa en aquel crisol de borrachos, ladrones, fulanas y pendencieros, gente normal que tan solo creía en su vida miserable. El momento que se vivía en aquel instante preciso era lo único que importaba, nada de planes ni carreras ni concesiones ni esfuerzo, solo el momento. Allí experimentaba la vida con la intensidad de lo prohibido y de lo temporal pero también de lo real; allí aspiraba los olores que supuraban las calles, la gente y el aire de la noche; allí sentía el roce de su cuerpo con la muchedumbre y se dejaba deslizar como un elemento más de aquella realidad que por unas horas era suya.

Entró en el local de costumbre y unas caras conocidas se volvieron hacia él, la voz aguardentosa de uno de ellos lo invitó con estridentes risotadas a que se uniera a la fiesta y Gabriel no se lo pensó dos veces.

—Estos majaderos decían que no lo conseguirías —terció el de la voz etílica poniendo una jarra en la mano del joven y un brazo laso alrededor de sus hombros.

—Hombres de poca fe.

Gabriel dio un largo sorbo a su jarra hasta dejarla casi vacía; una cosa era mezclarse con el gentío, otra ponerse a su nivel, y de momento llevaba varias jarras de desventaja.

—Y la Carmen —susurró el otro cerca de su oído, señalando con la mirada turbia hacia la barra del bar— ya te estaba echando de menos.

Tras esto su amigo irrumpió en una sonora carcajada y él saludó tímidamente a la exuberante mujer al otro lado de la barra, que le guiñó un ojo con clara intención mientras sus carnosos labios rojos despleaban una amplia sonrisa. Gabriel apuró el resto de su jarra y se dispuso a disfrutar de lo que la noche y la ciudad tuvieran a bien ofrecerle, ya se preocuparía al día siguiente de fray Ramiro y de todo lo demás.

La fuente cercana no parecía tan cercana cuando debía acarrear agua hasta la casa; el cubo de madera era casi tan grande como la mitad de su cuerpo y sus delgados brazos aún no disponían de la fuerza necesaria, la cuerda atada a los extremos del cubo se le clavaba en las manos que ya tenía doloridas por el resto de las tareas. Pero era mejor no quejarse, los últimos cuatro años transcurridos bajo la custodia de su tía le habían enseñado al menos eso.

—Niñaaaa... —la voz estridente de Angustias cruzó el aire con la urgencia acostumbrada y todo su joven cuerpo se tensó.

¿Qué querría ahora?, se preguntó la niña, y apuró el paso haciendo que el cubo se tambaleara aún más y perdiendo por tanto parte del agua que contenía. También había aprendido que no era conveniente hacerla esperar. Se detuvo ante el cuerpo largo y sobrio de Angustias, que ya la esperaba con una ceja alzada hasta la raíz del pelo estirado y las manos huesudas apoyadas en sus caderas rectas como las de un tronco seco.

— ¿Qué te hace tardar tanto cada vez que te llamo? —graznó con tono impaciente.

La niña no dijo nada, otra de las cosas que había aprendido era que no debía interrumpir a su tía aunque fuera para contestar a una de sus preguntas; si realmente quería una respuesta no dudaría en hacérselo saber. Así pues, aguardó, y reprimió una sonrisa al comprobar que su tía ignoraba al instante su propia pregunta y seguía hablando sin molestarse en mirarla mientras lo hacía.

—Me voy al pueblo a vender las pocas verduras que han aguantado sin morir en esta tierra pordiosera. Tu tío está durmiendo, no se te ocurra hacer ruido y despertarlo, cuanto más tiempo duerma la mona menos me molestará después.

Aspiró profundamente como si la vida le pesara y soltó el aire con prisas, como quien no tiene tiempo que malgastar en respirar como es debido. Luego dirigió una mirada directa a la niña y preguntó con sequedad:

— ¿Te has enterado?

Ella asintió repetidas veces, pensando que esta vez tampoco se atrevería a preguntarle. Se moría de ganas de ir al pueblo pero debía esperar al momento adecuado para pedirlo. Aquél no era ese momento. Le helaba la sangre aquella mirada y solo esperaba que se fuera pronto, cuanto antes pensara que todo estaba claro, antes se marcharía. Angustias torció el gesto por un instante, pero finalmente asintió complacida, después se subió al pescante del carro y lanzó un fuerte latigazo a la mula que había de cargar con el peso de la mercancía y del mal humor de aquella mujer. La niña observó durante unos momentos cómo carro, mula y tía se iban alejando por el camino y, una vez hubo perdido de vista al pintoresco conjunto, volvió a sus tareas.

Gabriel se removió, incómodo, inquieto y con cierta impaciencia en el banco de madera. Había transcurrido más de media hora y aún seguía allí sentado, frente al despacho del prior, esperando a que fray Ramiro saliese de aquella habitación. Trató de serenarse y se reclinó sobre el incómodo respaldo mientras intentaba controlar su imaginación, que ya barajaba múltiples opciones. Quería estar mentalmente preparado para cuando el viejo fraile apareciera en el umbral

dispuesto a darle la noticia. Estaba claro que esta vez su carrera en la Iglesia había llegado a su fin, después de seis años causando problemas y dando quebraderos de cabeza a su custodio, había llegado el momento de reconocer que el muchacho no estaba cortado para vestir los hábitos y que lo mejor sería dejarle ir, permitirle seguir su camino.

Gabriel frunció el ceño un instante. Seguir su camino. Su camino que era exactamente ¿cuál? No importaba, se dijo desechando las dudas de un plumazo, lo importante era que él no pertenecía a aquel lugar, no encajaba en la vida monacal y para alguien que no tiene la más mínima sed de oración ya había rezado lo suficiente como para llenar tres vidas. Era el momento de cambiar.

La puerta se abrió de súbito y el muchacho se puso en pie como si de repente se hubiera dado cuenta de que estaba sentado sobre las ascuas ardientes de un brasero. Algo no encajaba, fray Ramiro llevaba instalada una amplia sonrisa en sus labios resecos, algo que no era habitual en él y solo se dejaba ver en contadas ocasiones. ¿Era posible que, a fin de cuentas, no hubieran estado hablando de él y de su última incursión nocturna en el convento de las Hermanas Descalzas? También cabía la posibilidad de que a su viejo custodio realmente le alegrase perderle de vista. Gabriel sintió un ligero aguijón en su orgullo; habían tenido sus momentos, alegrarse de no volver a verle no era indicativo de la profunda amistad que creía que compartían. Reconocía no haber sido un discípulo perfecto, pero no era culpa suya que quisieran obligarle a ser alguien que no era, tenía un alma poco moldeable, no era fácil para él adaptarse, y definitivamente no era razón para tal muestra de desconsideración.

Antes de que la puerta del despacho del prior se cerrase tras la espalda del viejo fraile, la amplia sonrisa se había disipado dando paso al acostumbrado gesto austero. Esto tranquilizó un poco a Gabriel. Se acercó a su mentor con ademán solícito y caminó a su lado en silencio, como solía hacer cada vez que se avecinaba una reprimenda o una sabia lección de vida de las que él tanto solía ignorar. Fray Ramiro, sin embargo, permaneció callado hasta que llegaron al final del pasillo y el joven no soportó por más tiempo la incertidumbre.

—Hermano, sé que esta vez...

El hombre levantó enérgicamente la mano haciéndole callar al instante y dejando al muchacho aún más contrariado. Después posó aquella misma mano sobre su hombro y apretó los labios.

Definitivamente, pensó Gabriel, algo no encajaba. El monje respiró profundamente, como si estuviese considerando si hablar o dejar pasar lo que quiera que estuviese bullendo en su cabeza en aquel momento. Finalmente dijo, con un tono contenido pero resuelto, como quien acaba de tomar la decisión que cambiará su vida:

—Prepárate, en diez minutos salimos hacia Urdués.

—¿Hermano...? —balbuceó Gabriel sin comprender.

—Tengo que hacer unos recados y prepararme para un viaje —siguió su camino sin esperar a que el joven le acompañara, pero se volvió al cabo de dos pasos para añadir, señalando a su protegido con un dedo inquisitivo—. Y tú te vienes conmigo.

Casi no podía respirar de la emoción. Su tía al fin le había permitido acompañarla al pueblo, no sin reticencia pero había cedido y ella, a sus trece años, no podía contener la excitación de ver

por primera vez lo que tantas veces había deseado. De un salto se bajó del pescante, no podía esperar, y se fue acercando a los puestos mientras Angustias ataba la mula meneando la cabeza con gesto reprobatorio.

El mercado se hallaba rebotante de actividad, la niña nunca había visto a tanta gente reunida en un mismo lugar, ni había oído tal bullicio, que le resultó tan ensordecedor como excitante. Se cruzaba con todos aquellos desconocidos como si flotara en un mar de voces y esencias, de caras y colores y texturas que la desbordaban, que la asustaban y maravillaban a partes iguales. El olor nauseabundo del pescado daba pronto paso al aroma delicioso del pan y los dulces, la risa estridente de la vieja se mezclaba en sus oídos con el vozarrón del carnicero, el golpe seco del hacha sobre la carne muerta, el zumbido de las moscas sobre los desperdicios y los ladridos de los perros callejeros peleándose por un mendrugo.

Navegaba a la deriva en aquel mar de gente que la arrastraba entre los puestos de los productos más variados sin que pudiera detenerse a filtrar todas aquellas sensaciones nuevas y abrumadoras. Y aún así, a pesar de los estímulos desconocidos que sus sentidos captaban constantemente, un aspecto concreto la sorprendió especialmente; el resplandor que envolvía a muchas de aquellas personas no era como nada que hubiese visto antes. Conocía la fina capa de luz cenicienta que rodeaba a su tía Angustias, un poco más clara y azulada en el caso de su tío Lucio, pero este escaso brillo apagado que se pegaba al cuerpo de sus tíos no tenía nada que ver con el resplandor de un celeste vibrante que percibía en otras personas, en algunas incluso se distanciaba de sus cuerpos unos cuatro dedos, permitiendo a la niña distinguir unos delgados filamentos aún más brillantes que ondeaban suavemente creando un espectáculo de luz sobrecogedor.

Extasiada se encontraba contemplando aquella nueva maravilla cuando alguien la agarró del brazo fuertemente y la arrastró fuera de la corriente humana. Los resplandores desaparecieron de golpe con el sobresalto.

—No te separes de mí —la reprendió su tía, visiblemente molesta—. Niña estúpida... No quiero tener que perder el tiempo buscándote por todo el mercado. ¿Estamos?

Ella asintió sin dilación. Debido a la excitación del momento había olvidado la prudencia habitual con que se manejaba, pero Angustias seguía siendo su tutora y la persona a quien debía obedecer, no convenía olvidarlo. A partir de ese momento no se despegó de su lado y, aunque la otra parecía ignorarla por completo, ella le hacía saber que seguía a su lado rozándole la mano o el vestido de cuando en cuando. Si no olvidaba las reglas, pensó, podría disfrutar de todo aquello sin irritar a su tía y todo iría bien, así que se mantuvo obediente y callada a su lado mientras dejaba que el ambiente impregnase por completo sus sentidos.

Cuando Angustias se detenía en algún puesto, ella observaba atentamente lo que hacía, la veía escrutar la mercancía, atendía a sus preguntas y a las respuestas del comerciante de turno, absorbía como una esponja hambrienta cada brizna de información que llegaba hasta ella. Todo era nuevo y excitante, a veces abrumador, pero cada detalle era captado por sus sentidos y registrado en su memoria. Devoró cada momento a pesar del temor que a veces la asaltaba ante un estímulo desconocido; en su interior vivió la experiencia como si hubiera entrado en un caleidoscopio de luces y colores, olores y sonidos nuevos, mientras que exteriormente aparentaba ser tan solo una chiquilla callada y tímida que recorría el mercado pegada a las faldas de su custodia.

Angustias, sin embargo, pronto empezó a lamentar haber dejado a la niña acompañarla. Lo primero que había hecho la salvaje criatura era perderse entre la multitud... ella no estaba acostumbrada a correr detrás de la mocosa ni le apetecía estar pendiente de nadie pero eso no era, después de todo, lo peor. La gente se volvía a mirarla, ¿cómo pudo no haber previsto aquello?, estaba tan acostumbrada a su peculiar aspecto que no se le ocurrió pensar en la reacción de la gente del pueblo al verla por primera vez.

Una niña que se acercaba desde el sentido contrario la señaló con el dedo mientras tiraba nerviosa del vestido de su madre; ésta la reprendió pero, al cruzarse, dirigió una mirada de extrañeza a su sobrina, que parecía no darse cuenta de nada y no se percató de la reacción de la mujer. A medida que iban recorriendo el mercado, Angustias se iba sintiendo más y más molesta, más incómoda. Procuró ignorar a la niña, simular que iba sola y no tenía nada que ver con la extraña criatura, pero ella le hacía saber constantemente que continuaba pegada a sus faldas y acabó por rendirse a la evidencia. Su sobrina era un bicho raro y la gente la miraba al pasar, ¿qué podía hacer?

Al cabo del rato se dio cuenta de que había dejado de importarle y, cuanto menos caso hacía al asunto, menos miradas extrañadas o temerosas encontraba. Casi había llegado a olvidársele cuando se dio cuenta de que la niña, aunque continuaba pegada a ella, se había vuelto hacia un puesto cercano; se trataba de un comerciante que solo venía a Urdués de cuando en cuando, traía libros y otros objetos de poca utilidad, por lo que casi nadie se paraba a ver su mercancía. Su sobrina, por supuesto, excéntrica e ignorante como era, se había quedado embobada mirando los libros. El comerciante irrumpió en una sonora risotada y le acercó uno de los ejemplares, pero cuando la niña lo miró con los ojos muy abiertos y fue a cogerlo, él lo apartó bruscamente y protegió el libro de las manos inocentes.

Angustias agarró a su sobrina del brazo y tiró de ella mientras dirigía una mirada dura al comerciante, que comenzó a recoger su mercancía dándole la espalda. No podía culparlo, pensó mientras se llevaba a la niña de vuelta al carro, había visto la sorpresa y un atisbo de temor en los ojos del hombre al percatarse del peculiar color de los iris de la muchacha. Era hora de marcharse, se dijo la tía de mal humor, aquella gentuza ya había tenido suficiente espectáculo, podrían hablar de ello al menos durante un mes. En cuanto a la niña, por hoy ya le había dado suficientes problemas. Con impaciencia la hizo subir al carro y espoleó a la mula enérgicamente, era hora de sacarla de allí y no la dejaría volver hasta que aquella gente hubiese olvidado sus malditos ojos ambarinos.

Gabriel no conseguía desprenderse de la sensación de que algo no encajaba. El viaje hasta Urdués había sido tranquilo y quizá demasiado silencioso, pero su mentor volvía a ser el de siempre... o casi, se le notaba algo más taciturno de lo acostumbrado, aún más pensativo si cabe. El joven monje lo observaba con curiosidad, estudiando sus escasas reacciones y analizando sus pocas palabras.

Se había propuesto no quitarle el ojo de encima con la intención de averiguar qué se revolvía en esa cabeza de canoso pelo huidizo y tras los ojillos vivaces que no le habían dirigido la mirada en casi toda la mañana. A pesar de su firme propósito, el muchacho pronto empezó a aburrirse. Fray

Ramiro parecía estar haciendo acopio de alimentos para un viaje no demasiado largo, también compró material de escritura y se detuvo un momento a echar un vistazo en el puesto de un comerciante que ofrecía en su mayoría libros. El viejo parecía complacido con la mercancía y el comerciante le ofreció un par de ejemplares con cubiertas de cuero y engastes de metal.

—Tu encuadernador trabaja bien —comentó fray Ramiro mientras examinaba el interior de uno de los libros—, un trabajo exquisito, de lo mejor que he visto.

—Es el mejor en toda la región, hermano.

—Pero ahora no puedo quedarme con ninguno —el fraile sonrió con algo de tristeza y le devolvió el ejemplar al comerciante, que parecía desencantado—, por más que me gustaría.

—¿En otra ocasión más venturosa, quizá?

Fray Ramiro asintió y, tras asegurarse con una rápida mirada de que su discípulo se hallaba distraído, murmuró acercándose un poco más al comerciante:

—Si pasáis por San Pedro de Siresa, preguntad por el abad, probablemente esté interesado en un par de volúmenes.

El comerciante asintió con notable satisfacción y fray Ramiro prosiguió su recorrido por los puestos del mercado. Gabriel lo siguió en silencio sin abandonar su aire distraído. Su estrategia había funcionado, su mentor había dejado escapar el comentario sobre Siresa, estaba convencido de que se trataba de algo importante que el fraile debía ocultar a su joven discípulo, pero él lo había oído todo perfectamente. Aún así su triunfo duró poco, no tenía ni idea de a qué respondía aquel secretismo o cómo encajaba el monasterio de San Pedro de Siresa en los planes del monje.

Aún rumiaba la frustración cuando su mirada vagabunda se detuvo inesperadamente. Aminoró el paso sin darse cuenta mientras toda su atención se quedaba enganchada al rostro de la muchacha. Habían pasado seis años pero la reconoció al instante, aquel gesto ausente y los ojos llenos de vida, absorbiendo todo lo que tocaban, y la larga melena cobriza que no hubiera podido pasar inadvertida entre un millón de personas; por primera vez apreciaba el color ambarino en sus ojos pero estaba seguro de que era ella, se trataba de la niña que viera en el cementerio camino de Jaca. Ya no era una cría como entonces, sus rasgos comenzaban a perder la redondez de la infancia y a transformarse en los de una hermosa joven, pero estaba seguro de encontrarse ante la misma persona.

Cuando se detuvo seguía sin darse cuenta de que fray Ramiro continuaba su camino, su conciencia se había desligado de todo su entorno y tan solo veía a aquella extraña muchacha mientras imaginaba que debía de haber un motivo, quizá trascendental, para que sus caminos se hubieran vuelto a cruzar, incluso cuando por segunda vez era él quien la veía a ella desde la invisibilidad que ofrece el ser absolutamente ignorado, según creía. Tampoco se percató de que fray Ramiro, dándose cuenta de que él se había detenido, seguía la línea de su mirada.

Antes de verlo por sí mismo, la preocupación en los rostros que los circundaban le avisó de que algo no iba bien; justo antes de volverse hacia su mentor notó que la mano del viejo se cerraba en torno a su brazo como una garra y un instante después tiraba de él hacia abajo. Gabriel reaccionó justo a tiempo de evitar que fray Ramiro cayese al suelo, lo ayudó a apoyarse en su brazo y lo condujo con cuidado fuera del bullicio del mercado. Le ayudó a sentarse en un banco cercano y se sentó junto a él. El anciano se veía pálido como la harina y sus ojos espantados parecían testigos

de algún aciago prodigio.

—Hermano, ¿qué ha visto? —interrogó Gabriel, sinceramente preocupado.

—Nada, nada —balbuceó fray Ramiro, que lentamente iba recobrando el color y la compostura.

Al joven no le pasó por alto la mirada furtiva de su mentor en dirección al mercado, estaba claro que algo le había causado una gran impresión, algo o quizá alguien le había impresionado hasta el punto de desestabilizarle de aquella forma.

—Se diría que acaba de ver a un fantasma —probó a tirarle de la lengua—. ¿Seguro que se encuentra bien?

—Los fantasmas no existen, muchacho fantasioso. Te repito que estoy bien.

El otro no parecía convencido y fray Ramiro se sintió obligado a dar una explicación convincente, de lo contrario no se quitaría de encima aquel gesto obstinado de preocupación en todo el día.

—Uno ya tiene una edad —suspiró con pretendido cansancio— y olvida que estos viejos huesos ya no son los de un muchacho. Un poco de descanso y algo de comida bastarán para reponerme. Anda, ayuda a este anciano a levantarse y llévalo a aquella taberna.

Señaló hacia un establecimiento cercano mientras trataba de incorporarse. Gabriel le ayudó en silencio y se dispuso a acompañarle mostrándose crédulo con aquella historia de la vejez, pero lo cierto es que la explicación de fray Ramiro no le había convencido. No obstante, pensó, sería preferible esperar mejor ocasión para preguntar, ahora su hermano no parecía dispuesto a compartir información, menos aún relativa a aquel incidente.

Lentamente ambos se dirigieron a la taberna cercana, bordeando por fuera los puestos del mercado. Gabriel echó un vistazo en derredor esperando que la chica de los ojos ambarinos siguiera allí, pero no consiguió encontrarla. Quizá la próxima vez, pensó algo más animado, y miró hacia otro lado para que su mentor no viera la sonrisa que acababa de apoderarse de sus labios.

No se había dado cuenta de que su tía llevaba un buen rato hablando, solo cuando llamó su atención con un gruñido supo que su mente había estado flotando por su cuenta, lejos de la carreta que se bamboleaba como una vieja caja camino de la granja.

— ¿Te has enterado, niña?

Ella asintió enérgicamente, no tenía ni idea de lo que su tía le estaba explicando pero sí sabía que una respuesta positiva era su mejor opción, fuera lo que fuera a lo que aquella mujer se refería. La otra asintió complacida y añadió:

—Así me gusta. De lo contrario no habrá una próxima vez.

La muchacha sonrió para sus adentros, eso significaba que, si le seguía la corriente, sí habría una próxima vez. Por un momento se permitió volver al mercado, dejó que su mente recorriera de nuevo los puestos repletos de colores, formas y olores, que se deslizara una vez más entre la gente escuchando los sonidos variopintos de sus voces. Y allí estaba otra vez, ese rostro desconocido

que le resultaba tan familiar, allí estaba la mirada sorprendida —pero no temerosa como las demás, ni huidiza ni extrañada o incluso asqueada como la de otros que se habían cruzado con ella—, allí estaban de nuevo los enormes ojos negros del muchacho, que recordaba como si los hubiera conocido en un sueño muy lejano.

La carreta se detuvo bruscamente, habían llegado a casa. Aprovechando que su tía parecía, si no contenta, al menos conforme con el resultado de aquel viaje, la joven se armó de valor para formular una pregunta que había estado rondando su mente.

—Tía Angustias —llamó su atención tímidamente mientras caminaban hacia la casa—, ¿por qué algunos hombres llevan un vestido marrón con un cordón en la cintura? Nunca he visto al tío Lucio usar una ropa como ésa...

Su tía se volvió a mirarla con las cejas alzadas y se diría que un amago de humor en su gesto contraído. ¿Estaba a punto de echarse a reír?, hubiera sido la primera vez que su sobrina la veía siquiera sonreír... Pero la costumbre se impuso y el gesto avinagrado volvió a su lugar.

—Son monjes, niña ignorante —terció, entrando en la casa y desapareciendo en el sombrío interior.

Que la muchacha no hubiera conocido más que aquella granja y a unas pocas personas en su corta vida no se le pasó por la mente en ese momento, aunque más tarde se le ocurriría que la niña estaba creciendo como una salvaje y eso no era del todo conveniente, podía volverse contra ella si pasaba al conocimiento público. Angustias se quitó los zapatos y se calzó las alpargatas que la esperaban raídas pero cómodas junto a la cama; sobre ella el inútil de su marido dormía la mona diaria infestando de aliento alcohólico el aire del dormitorio. Sintió deseos de escupirle allí mismo, como tantas otras veces, pero no quería despertarlo, estaba mejor roncando que despierto, arrastrando su cuerpo miserable por la casa o mirando a la niña con ojos turbios.

Sus pensamientos volvían a su sobrina mientras se dirigía a la cocina y distraídamente se ataba el delantal a la cintura. Sí, definitivamente tendría que sacarla más, alejarla de vez en cuando de la casa y de los ojos aguardentosos del tío, quizá mostrarle una o dos cosas de la vida, enseñarle a comportarse entre la gente... no es que le agradara la idea, pero ¿no era ése, a fin de cuentas, su deber como cristiana?

—Ponte el delantal —le ordenó al encontrarse con ella en la cocina y verla como alelada, asomada a la ventana—. Me vas a ayudar a preparar este conejo.

La joven acudió con obediencia y sin rechistar, se colocó el delantal de forma maquinal y se situó junto a su tía. Su cuerpo se movía en aquel espacio pero su mente se había quedado en otro lugar, lejos de aquella cocina, de Angustias y del quehacer cotidiano. Para la muchacha, la mención de aquella palabra, que su tía había pronunciado como si no tuviera la más mínima importancia, había sido como una invocación, como una invitación a adentrarse en un mundo nuevo y desconocido. "Un monje", murmuró para sí mientras simulaba poner atención en los movimientos expertos de su tía, que desollaba con presteza al desafortunado animal, y fue como dar un nombre a la incógnita; el monje, ese ser capaz de mirarla a los ojos sin miedo.

Horas más tarde continuaba dando vueltas al asunto, fantaseando sobre la vida de un hombre así, ¿a qué se dedicaba un monje?, ¿cómo sería su vida?, con aquellos ojos despiertos y sin temor seguro que se dedicaba a enfrentarse a los males del mundo... un hombre así no debía de temer a

nada... Se detuvo en seco, a medio camino del establo, su sonrisa acababa de desaparecer para entregar el espacio de su rostro a un gesto de profundo desasosiego. La pregunta que acababa de formarse en su mente, sospechaba, no sería tan fácil de responder, pero aún así la formuló en un susurro.

— ¿Por qué todos los demás sí me miraban con miedo?

Fray Ramiro iba recuperando el color y, para cuando hubo terminado con el último pedazo de queso y la última rebanada de pan, el tono mortecino de momentos atrás había desaparecido por completo de sus mejillas. La mirada, no obstante, se mantenía huidiza.

— ¿Vas a dejar de preocuparte por mí?

— ¿Quién ha dicho que estaba preocupado?

El viejo monje le dirigió un gesto de desagrado, aunque sabía que su protegido solo estaba disimulando. Había reconocido la alarma en sus ojos, una sincera preocupación y, por más que se alegrara de comprobar que el corazón del muchacho estaba en el lugar correcto, no podía dejar de inquietarse por lo que este incidente pudiera acarrear. Lo conocía bien, sabía que su testarudo pupilo no soltaría este hueso fácilmente, así que decidió darle algo con que saciar su curiosidad, quizá con ello consiguiera evitar preguntas futuras.

—Vi a alguien en el mercado —soltó de sopetón.

Gabriel sonrió complacido y se inclinó sobre la mesa, dispuesto a escuchar con atención, ávido de conocer las historias que su mentor enterraba en un pasado del que nunca hablaba.

—Siendo novicio estuve emplazado en San Pedro de Siresa —continuó, eligiendo cuidadosamente los detalles que estaba dispuesto a compartir—. En ocasiones acompañaba a mi mentor a Urdués para el aprovisionamiento del monasterio.

—Creía que Siresa pertenecía a una congregación de monjes agustinianos...

—Así es —admitió fray Ramiro—. El señor nos lleva por los caminos que necesitamos recorrer. Servimos a nuestra orden por convicción, no por obligación.

Hasta ese momento Gabriel nunca había considerado la posibilidad de cambiar de orden, y ahora que esa puerta aparecía de pronto como una nueva opción le pareció interesante reflexionar sobre ello. Pero ahora debía concentrarse en la historia de fray Ramiro, así que apartó la idea a un lado y continuó escuchando al monje.

—Un día acompañé como solía a mi mentor, era una mañana especialmente calurosa de mediados de agosto, el agua escaseaba ese verano y la falta de hidratación dio con mis huesos en el suelo, me desmayé en pleno mercado. Cuando desperté —el monje se quedó callado un instante, con los ojos vueltos hacia el recuerdo de aquel día y una inusual tensión en los labios. Su tono cambió de repente y, como queriendo zanjar el asunto de un plumazo, terminó la narración—, la curandera del lugar me asistió y pronto recuperé las fuerzas.

Gabriel esperó a que el otro continuara, pero el resto de la historia no parecía llegar, así que con un gesto impetuoso le instó a seguir con el relato. Como seguía sin conseguir nada y el otro no

parecía captar el significado de su impaciente mímica, trató de ser aún más claro, preguntando:

— ¿Y bien?, ¿qué pasó después?

—No pasó nada... —se defendió fray Ramiro, molesto— ¿A qué viene tanta insistencia?

Gabriel suspiró profundamente, negando con la cabeza y tratando de no mostrar abiertamente su decepción.

— Pero entonces ¿qué tiene todo eso que ver con el incidente de hoy?

—Bueno... —el monje dudó un momento, luego vio la impaciencia en los ojos del muchacho, ahí estaba de nuevo el perro con el hueso entre los dientes, no podía dejarlo ahí y se aventuró a darle un poco más de información, la justa y a regañadientes—. Hoy en el mercado creí ver a aquella curandera, obviamente era solo alguien que se le parecía, y la impresión ha debido de invocar el recuerdo de alguna forma, trayéndome de nuevo a aquel momento en que me desmayé. La mente tiene a veces extrañas formas de reaccionar.

— ¿Ya está? —indagó el otro un poco más.

—Ya está.

— ¿No hay nada más?, ¿algo que no me está contando, hermano?

Fray Ramiro negó con convicción. Gabriel no parecía aún convencido, tendría que utilizar alguna estrategia de distracción, y precisamente tenía una suficientemente efectiva bajo la manga.

—De hecho sí hay algo que no te he contado y que deberías saber.

El joven enarcó las cejas y abrió los brazos indicando aceptación, estaba dispuesto a escuchar lo que el otro quisiera contarle.

—He decidido volver a mis orígenes, me traslado a San Pedro de Siresa —Gabriel alzó las cejas aún más sorprendido por la noticia—. También he decidido llevarte conmigo.

Ante el gesto sorprendido de su protegido no tuvo menos que echarse a reír. Su maniobra de distracción había funcionado a la perfección, Gabriel parecía haber olvidado por completo la historia y empezó a hacer preguntas atropelladas acerca de la decisión que le acababa de comunicar. Fray Ramiro alzó una mano con tranquilidad para detener aquel aluvión de interrogantes.

—Solo te llevaré conmigo si así lo deseas.

El otro se quedó pensativo un instante y, tras dibujarse una leve curva en sus labios carnosos, una sonrisa fue abriéndose paso lentamente hasta desplegarse por completo.

—Siempre me atrajo la regla de Agustín —sentenció finalmente con alegría—. ¿Cuándo nos trasladamos?

Capítulo 3

La enorme construcción se alzó ante sus ojos como un coloso inamovible. Apoyada su impresionante espalda de piedra sobre un paisaje montañoso le daba la bienvenida calladamente, como un monje de clausura que con sus labios cosidos al hábito hubiera estado esperándole desde el principio de los tiempos.

— ¿Impresionado?

Gabriel contestó a su tutor con una breve sonrisa de compromiso. Impresionado estaba, sí, pero no tanto por la intimidatoria presencia de la mole románica como por el hecho de que se la hubieran jugado de aquella manera; el viejo había conseguido engañarlo con sus discursos sobre la regla de San Agustín y sus historias acerca del lugar, donde Alfonso I el Batallador se citaba con los años de esplendor del monasterio y clérigos ilustres paseaban sus hábitos por la biblioteca que el mismo Eulogio de Córdoba alabara allá por el siglo IX. Desde que fray Ramiro le comunicara la noticia de su traslado, había estado leyendo con avidez la obra de San Agustín, había pasado días y noches suplantando su hábito escapista por las lecturas sobre la razón y la fe equilibrándose en perfecta armonía, sobre la paz conseguida a base de paz y palabra en lugar de guerra y espadas, sobre la condena de la injusticia, la solidaridad para con los desfavorecidos y el amor, el amor por encima de todo lo demás. Cuanto más leía, más cerca se sentía de su nuevo destino y más anhelaba instalarse en San Pedro de Siresa. Sin embargo la visión del sobrio monasterio tuvo el efecto de un golpe en su cabeza atolondrada o de una revelación, que venía a ser lo mismo. Allí acababa su vida.

Mientras ayudaba a fray Ramiro con los escasos bultos que habían traído en el carro y avanzaban hacia la entrada, Gabriel se fue fijando en cada detalle arquitectónico buscando vías de escape; su experiencia le aseguraba que las había, siempre las había, y él las encontraría en cuanto tuviera la oportunidad de investigar un poco la estructura del edificio. Al pasar bajo el crismón de la entrada, las dos margaritas de ocho pétalos se lo quedaron mirando como ojos de piedra que preguntaran, burlones, "¿a dónde vas a ir cuando te escapes?".

Y tenían razón, escapar de aquella fortaleza no serviría para nada más que para conseguir la congelación en las montañas o la muerte por aburrimiento en los prados inhóspitos. El monasterio se hallaba emplazado en la más absoluta soledad, toda una delicia si se tenían deseos de clausura y se buscaba entregar la vida a la contemplación. Ése no era su caso, pensaba mientras avanzaba por el sobrio interior del edificio desprovisto de estatuas u otros superfluos ornamentos, una cosa era que la regla de San Agustín hubiera cautivado su corazón y su mente, otra muy distinta que estuviera dispuesto a entregar su juventud a las toscas paredes de piedra y al capricho protector de fray Ramiro.

El viejo se abrazó a un monje aún más viejo que los esperaba en el crucero, se miraron como si se reencontraran tras largos años de ausencia y silencio. Después fray Ramiro introdujo al joven y,

por primera vez, a Gabriel le pareció olisquear cierto orgullo en los ademanes de su viejo tutor.

—El hermano Gabriel tiene mucho que aprender —sentenció bajo la mirada afable del otro monje—, y San Pedro de Siresa es el lugar perfecto para ello, estoy convencido.

Fray Venancio asintió con la cabeza mientras dirigía una mirada de complicidad a su viejo amigo. Gabriel torció el gesto para sus adentros mientras una sonrisa beatífica ocupaba sus labios. Ya le parecía improbable que su mentor mostrara orgullo, ¿acaso no lo conocía lo suficiente? Procuró no macerarse en la decepción y tragarse en silencio sus pobres dotes de interpretación mientras, obediente y con la cabeza gacha, seguía a fray Venancio hacia su nueva celda.

Su rostro se reflejaba de forma imprecisa en la superficie quieta del agua, por más que miraba no conseguía descubrir el motivo de tanta turbación.

—¿Qué demonios haces, niña?

La voz áspera y el tono brusco de la pregunta le hicieron dar un respingo. Rápidamente tomó uno de los platos ya lavados y lo sumergió en el agua del barreño para aclararlo.

—Nada —contestó con sequedad.

—El agua no te va a enseñar nada nuevo, deja ya de mirarte en ella.

Por supuesto su tía se había dado cuenta, no había detalle que le pasara inadvertido, aquella horrible mujer agria y estirada era como un ojo que todo lo ve y una lengua viperina que todo lo censura. No es que a la muchacha le sorprendiera, desde aquella mañana había estado al acecho, esperando el momento que sabía llegaría para soltar sin piedad su comentario soez.

Aquella mañana había vuelto por fin al pueblo, había pasado todo el invierno y algunos meses más sin moverse de la granja, esperando con ilusión y paciencia a que su tía le permitiese acompañarla al mercado, hasta que al fin había llegado el ansiado momento. Tan solo conocía una oración que su madre le había enseñado y que su mente infantil había grabado con suficiente fuerza como para retenerla durante años; esa mañana, mientras su tía conducía el destartalado carromato hacia el pueblo, la muchacha había rezado y solicitado humildemente que esta vez la gente no la mirase con temor o aprensión sino como se miraban los unos a los otros, con naturalidad, con amabilidad unas veces, con indiferencia otras.

Había saltado del carro y mantenido a raya su entusiasmo para no enfadar a Angustias, se había quedado a su lado todo el tiempo tal y como le había indicado que debía hacer, pero también había ido escudriñando con avidez cada rostro, cada mirada, cada gesto de aquellos con quienes se cruzaba. Al poco rato se había dado cuenta de que quien quiera que estuviese escuchando los rezos y oraciones de los mortales o bien no prestaba atención o bien no tenía el más ligero interés en ella y sus preocupaciones; la gente seguía mirándola con esa mezcla de desconfianza, miedo y rechazo. Y ella seguía sin saber por qué... y sin atreverse a preguntar.

Después de un rato en el mercado había dejado de observar a la gente, caminaba junto a su tía sumisa y obediente, decepcionada en realidad y algo cansada. Empezaba a desear el momento de volver cuando algo captó su atención, una muchacha poco mayor que ella se hallaba colocada frente a una extraña ventana redonda, el cristal no dejaba pasar la luz sino que reflejaba la imagen

de la joven, ésta se miraba a sí misma sonriendo mientras giraba su cara a un lado y a otro, complacida. Pronto se aburrió y salió corriendo hacia otros puestos del mercado.

Ella se acercó temerosa, dispuesta a asomarse a la extraña ventana. Que nunca hubiera visto un espejo no significaba que no supiera cómo funcionaba, no le parecía nada complicado, te asomabas y veías tu imagen reflejada al igual que la veías en el agua de un charco pero con un realismo y detalle que nunca creyó posibles. La niña se colocó frente al espejo y observó emocionada su reflejo. Le gustó lo que veía, la piel clara y el pelo anaranjado, los ojos de un color parecido y los labios rosados. No se había cruzado con muchas muchachas parecidas, a decir verdad había algo en ella que no reconocía en las otras, seguramente el pelo y la palidez de la piel, pero no le pareció motivo suficiente para amedrentar a nadie. La ropa quizá, esos harapos asustarían a cualquiera, pensó con desazón, comparando su vestido raído con los de las otras muchachas de su edad.

Un tirón del brazo la apartó del espejo y se encontró cara a cara con su tía, que parecía aún más molesta que de costumbre.

— ¿Qué crees que haces, niña? —la reprendió.

—Estaba mirando, ¿qué es ese objeto?

—Es un espejo —contestó la otra con rapidez, arrastrándola lejos de la atención de la gente—. Te tengo dicho que no hables cuando estamos en el pueblo, no haces más que preguntas estúpidas, ¿es que me quieres avergonzar?

Ella negó, mordiéndose el labio inferior, apesadumbrada.

—Lo siento, tía.

—Ya está. Olvidalo. Pero que no se repita.

— ¿Podemos comprar uno?

Angustias la miró como si acabase de convertirse en una serpiente delante de sus ojos, y ella aprovechó el momento de estupefacción de su tía para presentar su argumento.

—No tenemos ninguno en casa, yo podría limpiarlo, no te tendrías que encargar de nada, pero podrías utilizarlo para peinarte y vestirte, estoy segura de que funciona mucho mejor que...

—Estúpida criatura —la cortó su tía con rabia contenida en un susurro que recordaba el bufido de un gato a punto de atacar—, desagradecida y egoísta, ¿es que no te doy ya todo lo que necesitas para vivir?

El corazón de la muchacha empezó a temblar, acababa de romper una de las reglas de la obediencia que la mantenían a salvo y darse cuenta de su error la hizo temblar de pies a cabeza. Su tía seguía hablando despacio, en susurros, con una garra aferrada fuertemente a su delgado brazo, pero ella ya no la oía, ni siquiera notaba el dolor de la presión creciente que aquellos huesos cubiertos de piel ejercían sobre su carne, tan solo veía una vena palpitante en la sien de la mujer y sus ojos saltones atravesándola, cuanto más rápido palpitaba aquella vena azulada más punzante se volvía la mirada, más deprisa galopaba su corazón a lomos del miedo y más fuerte era su angustia.

Cuando creía que no podría soportar un segundo más, todo se detuvo; el susurro calló, la garra

soltó su brazo, la vena dejó de latir y los ojos de su tía la liberaron al fin. Angustias se alisó el vestido, levantó la barbilla y miró con disimulo a su alrededor, luego le tendió la mano como si nada hubiera ocurrido. Al sentir el temblor en la mano de su sobrina al tomar la suya una breve mueca de agrado curvó sus labios delgados, fue lo más parecido a una sonrisa que era capaz de desplegar.

Durante todo el camino de vuelta ambas habían permanecido calladas, la muchacha agradeció el silencio pues la ayudaba a enfocarse en cualquier cosa que no fueran aquellos ojos saltones clavándosele sin piedad. Así fue recordando el resto de sucesos, rememorando las imágenes y sensaciones por si conseguía encontrar solución a sus interrogantes. Ni una respuesta hasta que ahora, en el momento en que sumergía el plato en el agua fresca del barreño, la imagen reflejada en el espejo acudió a su mente junto a todas las demás, y lo supo.

—Tía Angustias —dijo con timidez, deseaba desesperadamente no molestarla pero tenía que hacer la prueba—, ¿de qué color son mis ojos?, no he visto a nadie que los tenga igual...

La otra torció el gesto pero no pareció molesta y contestó:

—Por supuesto que no has visto a nadie que los tenga igual, ni lo verás, eres un bicho raro.

Ahí estaba, ésa era la respuesta que había buscado durante meses. Se trataba de sus ojos.

— ¿Cómo se llama ese color?

—Ámbar —terció la otra, observándola ahora con desconfianza.

La muchacha decidió no tentar su suerte, había tenido suficiente por hoy y ya tenía la respuesta que buscaba. Así que sonrió con gesto sumiso y volvió su atención a la labor que la ocupaba, como si nada en el mundo fuera en ese momento más importante que los platos sucios. Su tía se relajó y también volvió a su quehacer, no sin antes soltar el acostumbrado gruñido:

—Y ahora calla, niña, no me molestes o ya sabes lo que te espera.

Esta vez la amenaza no surtió efecto, la muchacha ya dejaba volar su mente lejos de allí mientras la comisura de sus labios describía una apenas perceptible sonrisa de triunfo.

Fray Ramiro no había mentido sobre la biblioteca. El monasterio podía no ser lo que fue antaño, podía haber perdido el poder y el esplendor de que gozara siglos atrás, pero dos aspectos mantenían intacta su esencia: la sobriedad y su espléndida biblioteca.

El olor a cera caliente y silencio sorprendieron a Gabriel observando embelesado las estanterías. Sentado a la gran mesa que recorría la estancia rectangular como una espina dorsal, dejaba vagar la vista perezosa por los lomos de los ejemplares que habitaban la biblioteca, mientras pensaba que, de no ser por aquel lugar de refugio, probablemente se habría vuelto loco de quietud ya durante la primera semana. Habían pasado tres y las horas que dedicaba al estudio en aquella formidable sala habían apaciguado su ánimo y le habían ayudado a integrarse en la vida monástica con más facilidad de la que en principio creyó posible.

Fray Ramiro, para su sorpresa, había sido nombrado abad, un detalle que había olvidado mencionar en sus charlas sobre San Pedro de Siresa y que no le molestó tanto como el hecho de

que le hubiera mentido o, como el viejo había puntualizado, omitido ciertos detalles insignificantes que en nada afectaban el cuadro general de la situación venidera. Pero sí la afectaban, Gabriel ya no pasaba tanto tiempo junto a su mentor y debía encauzar sus estudios y tareas de forma más independiente. Aún no se había decantado por una disciplina concreta, por lo que pasaba gran parte de su tiempo deambulando por el claustro o dando largos paseos por los alrededores con el pretexto de hacer introspección y, en la soledad de su caminar, encontrarse a sí mismo y a sus escurridizas preferencias intelectuales.

Aquella tarde de principios de primavera llovía como si se fuera a acabar el mundo, de modo que decidió quedarse intramuros y pasar unas horas de más en la biblioteca. Había elegido un banco en el extremo de la larga mesa, apartado de los escasos hermanos que a esas horas leían o trabajaban en alguna traducción.

Un monje joven y enclenque vino a sentarse cerca de Gabriel y ordenadamente depositó un libro y utensilios de escritura frente a sí, todo en él indicaba que se encontraba más que dispuesto a trabajar durante horas. Él lo observó con disimulo, su cara le resultaba familiar pero nunca habían cruzado una palabra, no parecía mucho mayor que él, pensó, pero su rostro infantil le hacía difícil determinar su edad. Con movimientos breves y precisos abrió el libro y se puso manos a la obra. En el momento en que el libro quedó desplegado sobre la mesa, Gabriel dejó de interesarse por el joven monje y su atención se dirigió como una flecha al tosco papel garabateado de símbolos y dibujos para él completamente desconocidos. No se dio cuenta de que el hermano lo miraba hasta después de unos minutos, tenía en sus labios relajados una leve inclinación a la sonrisa y en las comisuras de los ojos inocentes, afables, una invitación. Gabriel la aceptó y, recomponiéndose de la sorpresa inicial, ensayó un tono casual para preguntar sobre aquel misterioso ejemplar.

—Nunca había visto ese tipo de signos en un libro —casi justificó su actitud abstraída.

—No me sorprende, los grimorios no son fáciles de encontrar en esta zona.

La palabra no le resultaba familiar, pero no quiso poner de manifiesto su ignorancia tan pronto y se limitó a seguir la conversación.

— ¿Te refieres a esta comarca o a la provincia?

—Me refiero al país —el monje pareció complacido ante la sorpresa de Gabriel y añadió: —En Francia son mucho más fáciles de conseguir, éste me lo trajo el hermano Juan de su última visita a París. Allí son mucho más populares y, por supuesto, no tan perseguidos.

Gabriel sospechaba que se refería a algún tipo de libros prohibidos, pero asintió en silencio esperando que el otro aportara más detalles, estaba claro que tenía ganas de hablar y simplemente le dejó hacer. El monje pareció recordar algo de repente.

—Fray Norberto de Andrada, por cierto —se presentó.

—Fray Gabriel.

—Lo sé... todos los hermanos lo saben. Eres el benedictino que vino con el nuevo abad.

Gabriel asintió, deseaba dejar las presentaciones para que continuara hablándole del libro y lo instó a volver al tema de los grimorios.

—Éste es el Grimorium Honorii Magni, el libro del Papa Honorio III —dijo fray Norberto girando el libro hacia él con el orgullo de quien muestra su propia adquisición—, trabajo en él

desde hace tan solo unos días. Es una traducción francesa de 1670 y me temo que mi francés no es demasiado bueno, así que avanzo lentamente. Hubiera preferido la versión original en latín, pero ningún hermano viajará a Roma este año y, como ya decía, los grimorios no son fáciles de conseguir... así que me doy por satisfecho.

—Quizá yo pueda ayudar —se ofreció Gabriel.

Al otro se le iluminó el rostro como si llevara horas esperando el ofrecimiento. Inmediatamente se trasladó con el libro al otro lado de la mesa que ocupaba Gabriel, dejando los utensilios de escritura abandonados sin el más leve pudor.

—Sería de gran ayuda, por supuesto —dijo, y abrió el libro por el principio dispuesto a ofrecerle un recorrido turístico por todo el ejemplar—. Me hago cargo de que no tienes la menor idea de lo que aquí nos ocupa, hermano, así que te daré una clase rápida y luego te mostraré algo que pocos han visto.

Así, Norberto de Andrada explicó a Gabriel todo lo que debía saber sobre aquellos manuales de artes mágicas, demonología y hechizos varios que tan discretamente se le permitía estudiar en Siresa por los malos ojos con que la Santa Inquisición los miraba. El nuevo abad, al igual que su predecesor, eran hombres de mente abierta que reconocían la necesidad del conocimiento por encima del miedo y la censura, por lo que el monasterio contaba con algunos ejemplares para estudio que se mantenían resguardados de las malas lenguas en una discreta recámara de la biblioteca.

Además del libro del papa Honorio III con el que fray Norberto comenzara a ilustrar a su nuevo amigo, tres libros más componían toda la colección secreta del monasterio. Apretujados en la pequeña recámara mal iluminada y sin ventanas que olía a humedad y a papel prohibido, fray Norberto le habló con los ojos incendiados de su favorito, el anónimo "Lemegeton", mientras se lo mostraba con orgullo paterno tras estrecharlo contra su pecho.

—"La llave menor de Salomón" —lo presentó—. Ando buscando a su hermano mayor, "La clavícula de Salomón", una versión anterior del siglo XIV o XV, pero de momento estoy estudiando éste. Hace meses que trabajo en el Lemegetón, he recorrido varias veces las cinco partes y, cada vez que vuelvo a empezar, encuentro nuevos enigmas ocultos en sus páginas...

Gabriel paseó su mirada entre el libro y el monje, y su curiosidad fue creciendo a medida que la pasión se exacerbaba en la voz del muchacho; sus ademanes mostraban frustración y fascinación a partes iguales, el deseo de desvelar los secretos del grimorio se le escurría entre los dedos de las manos expresivas que recorrían las páginas y señalaban ahora un símbolo, otrora un enunciado, y hablaba de los hechizos e invocaciones como pasadizos a un mundo nuevo y desconocido de realidades tan ocultas como inaccesibles.

Sin embargo lo que más interesaba a Norberto de Andrada era todo lo referente a angelología, la Ars Paulina, como había indicado conduciéndole con manos expertas a la correspondiente sección del libro.

—A decir verdad, lo relacionado con la demonología me da un poco de miedo, todos esos demonios y seres perversos dedicados a arrastrar a los hombres a la perdición... —se sacudió un escalofrío y arqueó los labios hacia abajo tensando los músculos de su cuello escuálido—. En cambio la invocación de ángeles me parece fascinante. Mira, aquí incluso tenemos instrucciones

sobre cómo construir un almadel.

— ¿Un almadel?

—Una tablilla de cera con sellos protectores para invocar ángeles —explicó fray Norberto y, ante la mirada de sospecha de su nuevo amigo, se apresuró a aclarar—. Pero yo solo estudio estos asuntos, mi interés es puramente académico...

Gabriel reprimió una sonrisa. Le devolvió el libro, que el otro depositó con cariño sobre la estantería, y deslizó la vista por los otros ejemplares.

—También tenemos el Grimorio Secreto de Turiel, pero aún no he empezado a...

Fray Norberto reparó en que el atril de la recámara había captado toda la atención del otro y se le acercó dispuesto a continuar con sus explicaciones, quizá con un poco de recelo hacia el que claramente se acababa de convertir en el favorito de Gabriel. Sobre la madera desnuda del atril y encadenado al pilar de madera descansaba un libro grueso que, abierto por la mitad, mostraba una delicada caligrafía.

—Ya veo que has descubierto a nuestro ciprianillo.

Gabriel lo miró sin entender.

—Es el Grimorio de San Cipriano, escrito por el mismísimo San Cipriano de Antioquía, el Santo Mago. Esta copia es el grimorio más antiguo que tenemos, lo trajo de Galicia el hermano Berto, que en paz descansa, hace unos diez años. Fue el primero con que contó el monasterio y causó tremendo revuelo.

Fray Norberto sonrió al evocar el recuerdo pero en ese momento una sombra cruzó sus ojos volviéndolos más opacos. Lentamente cerró el libro y apartó a Gabriel del atril.

—Se está haciendo tarde —anunció, notando la resistencia del otro a abandonar aquel lugar y tirando de él con delicadeza pero firmemente—. Vámonos, si quieres mañana te contaré más sobre nuestros pequeños tesoros y las historias del lugar.

Gabriel se dejó guiar fuera de la recámara de aire enrarecido de humedad y misterio, pero ya no pudo apartar su pensamiento del recuerdo de aquel libro encadenado al atril, escondido de miradas indiscretas.

Se detuvo un momento y contempló sus manos mojadas, enrojecidas de frotar las prendas contra la tabla de lavar, las secó con un paño seco y las envolvió en él para calentarlas un poco. Decidió que era un buen momento para descansar, había estado trabajando sin parar desde el amanecer, no es que fuera poco habitual pero ese día se sentía cansada, como si la porción diaria de energía que el sueño nocturno le suministraba fuera menor.

Se sentó en la orilla del río, junto a la tabla, se quitó los botines de paño y las medias, y metió los pies en el agua fresca dejando que la corriente los acariciara. La primavera había llegado tímidamente y ya empezaba a notarse cierta calidez en los rayos del sol. La muchacha se maravilló al darse cuenta de cómo, en tan solo unos días, todo aquel paraje se había transformado, era como si se desperezara lentamente tras despertarse de un largo sueño. Aquel pensamiento le hizo darse

cuenta de que también se sentía así, como si despertara y de repente viera las cosas a su alrededor de otra forma, no sabía muy bien en qué radicaba la diferencia, quizá fuera todo más vibrante.

Se encogió de hombros y sonrió, qué más le daba, sería mejor disfrutar de aquel pequeño descanso sin preocuparse demasiado por pensamientos extraños. Echó un vistazo alrededor para asegurarse de que estaba sola, con un rápido movimiento se desprendió del delantal, del vestido y de la camisa interior, las enaguas y las calzas de lana, y con cuidado de no pisar en falso se introdujo en el agua. No se apartó demasiado de la orilla, en esa parte del río no era necesario ir muy lejos para encontrar cierta profundidad, la justa para que el agua le llegara a los hombros mientras seguía haciendo pie. Nadó un poco sin alejarse, dejando que la suave corriente acariciara su cuerpo con un abrazo fresco; se sentía ligera inmersa en el agua clara, y deseó permanecer allí para siempre, mantener aquella ligereza, el frescor, el tacto del agua sobre su piel, tocando cada centímetro de su cuerpo sin dañarlo, mimándolo, limpiándolo y acariciándolo deliciosamente. Por unos minutos se permitió a sí misma no pensar en nada más, imaginar que no existía nada fuera de aquel río, que el tiempo le pertenecía al igual que su vida y que era posible disfrutar eternamente de la felicidad absoluta de flotar bajo los rayos del sol.

Pero esos minutos llegaron a su fin y la conciencia de una realidad distinta se impuso. Era hora de volver, en todos los sentidos. Nadó hasta la orilla y salió del agua tras cerciorarse de que no había nadie por los alrededores, alcanzó con desgana la ropa que había dejado sin cuidado junto a la tabla de lavar y se dispuso a vestirse. Entonces vio algo que le detuvo el corazón durante un instante, una mancha de sangre aún húmeda en su vestido. Inmediatamente examinó su cuerpo, nerviosa y preocupada, por si tenía alguna herida de la que no se había percatado; no había notado nada al meterse en el agua, pero quizá el placer había adormilado sus sentidos. No encontraba nada y eso la preocupó aún más. Miró alrededor por si se trataba de un animalillo herido en el que no había reparado, pero seguía sin encontrar respuesta, no encontró criatura alguna que pudiera haber dejado aquella mancha. Al ir a ponerse las enaguas encontró más sangre, también éstas estaban manchadas y su inquietud creció de forma exponencial. Nerviosa y asustada terminó de vestirse, recogió la tabla y el cesto con la ropa lavada, y se encaminó con paso apresurado hacia la granja.

Encontró a su tía Angustias barriendo la entrada de la casa y se dirigió directamente a ella, no sabía qué preguntar y se limitó a mostrarle la extraña mancha de sangre en la parte posterior de su vestido dándose la vuelta tras mirarla con un gesto asustado e interrogante. Su tía apoyó las manos en la cintura y la miró molesta, como si hubiera hecho algo que no debía, pero al instante suspiró con cierto dramatismo y miró hacia el cielo, luego negó con la cabeza y observó a su sobrina con el gesto torcido y los labios apretados.

—No te asustes, niña, no te estás muriendo —graznó con desgana.

Luego, como si le costara decirlo pero no le quedara más remedio, añadió:

—Ya eres mujer.

Como si la noticia no tuviera la mayor trascendencia, volvió a su labor con los ojos clavados en el suelo que barría enérgicamente. La muchacha se había quedado allí parada, como si no entendiera lo que se le acababa de anunciar, y su tía temió que necesitaría —muy a su pesar— algo más de información. Su hermano podía haber traído al mundo un niño, le hubiera ayudado mucho mejor con la granja y no le habría tocado dar explicaciones como la que estaban a punto de

pedirle.

—Tía Angustias —murmuró la chica tímidamente—, ¿eso qué significa?

—Significa que me vas a dar aún más problemas que los que ya me das.

La joven no se atrevió a preguntar más, tenía la impresión de que había hecho algo terrible sin ser consciente de ello y sospechaba que su tía le haría pagar el disgusto que acababa de darle. Sin embargo su silencio pareció calmarla, dejó la escoba apoyada sobre el muro exterior y le indicó que la siguiera al interior de la casa.

—Ven conmigo, te daré unas gasas limpias para que te cambies —ella la siguió en silencio. A medio camino su tía se volvió con el dedo en alto y gesto austero—. Pero después te quiero ver tendiendo esa ropa mojada sin rechistar. Lo quiero ver todo limpio antes de que tu tío Lucio vuelva del pueblo. ¿Estamos?

La muchacha asintió sin dilación, dispuesta a obedecer, cualquier cosa por acabar con aquel asunto y volver a la normalidad. Solo que, mientras la seguía sin atreverse a replicar, tuvo la fuerte sensación de que "volver a la normalidad" no sería nunca más lo que ella creía.

Las letras negras, retorcidas, comenzaban a moverse hacia el centro de la página, allí se arremolinaron mientras la mezcla nerviosa de tinta aleteaba como las alas de un cuervo herido. Los ojos de Gabriel observaron fascinados la transformación de la tinta en el oscuro pájaro, lo vio retorcerse mientras se convertía en un enorme córvido. Antes de alzar el vuelo emitió un profundo graznido que le hizo despertar.

El muchacho no se movió durante los primeros instantes, impresionado por el sueño trataba de anclarse a la penumbrosa realidad de su celda. Tras varias horas de vigilia el sueño le había vencido por fin para traerle la inquietud de aquella imagen extraña y un nuevo despertar aún más lleno de desasosiego. No podía dejar de pensar en aquel libro, el de San Cipriano había abierto una puerta que no podía volver a cerrar sin más. Harto de dar vueltas en el camastro se levantó, se puso rápidamente el hábito sobre la camisa de dormir y, tomando la palmatoria de su escritorio con una vela encendida, se adentró en el pasillo solitario procurando no hacer el más leve ruido mientras se dirigía hacia la biblioteca.

Había oído su propia respiración entrecortada mientras caminaba con paso apresurado, el corazón le latía con tal fuerza que había temido despertar a los hermanos con los golpes en el interior de su pecho, pero al llegar a la recámara y situarse frente al libro encadenado su respiración se normalizó, la sangre volvió a fluir con normalidad en el interior de sus venas y su corazón se sosegó al fin. Allí estaba, invitándole a abrirlo y recorrer sus páginas en la intimidad de aquella hora prohibida.

Gabriel colocó la vela en una esquina del viejo atril y respiró profundamente. Luego abrió el libro por la mitad y se asomó con excitación a sus secretos. Las letras ensortijadas de las páginas ocuparon el lugar del tiempo y el espacio, tomando completa posesión de la atención del muchacho. Nada más existía, nada fuera de los márgenes del papel era real, tan solo había símbolos y hechizos, invocaciones y recetas mágicas. Durante horas leyó sobre ceremonias y rituales, pactos y oraciones, se dejó ilustrar sobre la experiencia del vuelo y de la invisibilidad,

se dejó explicar sobre el poder de los talismanes y los amuletos, y mientras la tinta aleteaba al paso de su mirada como un cuervo de alas negras, su mente y su corazón se iban llenando con los secretos del libro; página a página su deseo de saber se acrecentaba, y así leyó con avidez dejando que el murmullo de las ásperas hojas hechizara su alma hasta quedarse dormido, extenuado, arropado por las sombras.

El abad Ramiro aspiró profundamente cerrando los ojos y dejó que el aire saliera lentamente por su boca. Juntó las manos y con rostro afable dio las gracias al hermano por la información, invitándole a abandonar la pequeña sala. Cuando la puerta se cerró, el anciano apretó los dientes y se levantó apoyando los puños en la pesada mesa de roble. Se sentía pesado como aquel mueble y también cansado, muy cansado. Salió de la sala apresurado y resuelto, en dirección a la biblioteca.

Había visto a Gabriel algo distraído en Maitines, no es que fuera poco frecuente, el muchacho siempre había dado muestras de poseer escasa inclinación a la oración, pero no verlo en la iglesia a la hora de Laudes confirmó su sospecha de que algo ocurría, algo más que su habitual falta de interés en la liturgia. Verle allí desmadejado sobre el suelo de la recámara, dormido profundamente abrazado al poste del atril, más que irritarle le llenó el corazón de preocupación y por primera vez en todos aquellos años dudó si realmente no sería mejor que el chico abandonara la iglesia y se dedicara a aprender un oficio, cualquier oficio.

Como si notara la presencia del mentor, Gabriel se removió sobre el suelo de losas de barro y debió de clavársele alguno de sus propios huesos porque se despertó bruscamente. El abad lo observaba callado y con gesto severo. El joven se puso en pie rápidamente y saludó con torpeza mientras trataba disimuladamente de recomponer su aspecto, el hábito desajustado, los ojos soñolientos y el pelo negro azabache apuntando en todas direcciones. Al menos parecía avergonzado, se dijo el abad para sus adentros.

—No volverá a ocurrir —se excusó Gabriel con la mirada clavada en el suelo.

—Eso, hermano, resulta difícil de creer.

Una ira contenida rezumaba en la voz de su mentor, pero no fue eso lo que hizo a Gabriel mirarle con pesar, sino la decepción que empapaba su vieja voz y el cansancio que no podía esconder tras las arrugadas comisuras de sus ojos.

—Solo sentí curiosidad y vine a comprobar que...

—Gabriel —le interrumpió el abad con contundencia, pero no dijo más, y por un momento el joven pensó que no volvería a hablar, tan solo negaba con la cabeza, lentamente, sin apartar la vista del grimorio en el atril. Finalmente se acercó a él y posó su mano en el hombro del muchacho—. Éste no es tu camino.

—Pero creía que me habíais traído aquí para aprender cosas como...

— ¡No esto! —terció el viejo bruscamente— No has venido aquí para mezclarte en estos asuntos, las artes mágicas no son un juego.

Quería replicar, decirle que no pretendía jugar con nada, que solo buscaba algo de conocimiento

sobre una materia que acababa de irrumpir en su vida con una extraña fuerza, con pasión incluso, con la pasión —se dijo— de una obsesión. Y se vio a sí mismo dando vueltas en su celda como un animal enjaulado, recorriendo a hurtadillas los pasillos del monasterio para ir al encuentro del libro, se vio a sí mismo dormido junto al grimorio, abrazado al atril, y no pudo decir nada.

—Este camino tiene un precio y no estoy dispuesto a dejarte pagarlo como tuve que hacer yo.

Gabriel miró extrañado a su mentor. ¿De qué estaba hablando? Antes de que pudiera abrir la boca para preguntar, el viejo abad dictaba sentencia:

—A partir de ahora acompañarás al padre Carmelo y le ayudarás en sus visitas. Empiezas mañana.

Ya se había dado la vuelta con la clara intención de abandonar la recámara cuando se detuvo para añadir:

—Hasta que yo lo considere oportuno, no pisarás esta biblioteca sin la compañía del hermano Claudio.

Y sin decir más, se marchó.

Llevaba tiempo dando vueltas al asunto pero aún no se había atrevido a preguntar, como de costumbre temía molestar a su tía con su ignorancia. Aquel había sido un buen día, no le había regañado por nada, apenas habían hablado, se habían entregado a las rutinas de la jornada sin altercados o gritos o insultos. La noche estaba templada y la sala de estar se hallaba en silencio; su tío Lucio dormitaba desparramado en el sillón y Angustias bordaba junto a la lámpara de aceite de la mesilla, se diría que nada más existía a su alrededor de concentrada que estaba, pero ella sabía que solo sus ojos se encontraban ocupados en el bordado, el resto de sus sentidos estaba alerta, siempre alerta, como un felino desconfiado en un ambiente hostil.

—Tía Angustias —susurró la muchacha, verificando su sospecha, pues de inmediato el cuerpo de la mujer se tensó y una mirada furtiva se escapó del bastidor hasta ella y de vuelta al bordado—, ¿por qué te llamaron Angustias?

Por un momento la mirada desconfiada de la mujer taladró a su sobrina, y ella se arrepintió de inmediato de haber empezado la frase con aquella pregunta, así que intentó arreglarlo.

—Quiero decir... ¿cómo se decide el nombre de una persona?, ¿podemos elegir nuestros nombres?

—No digas tonterías, niña —masculló la tía y volvió, ya más relajada, a concentrarse en el bordado. Al cabo de unos segundos, sin que la joven lo esperase, añadió: —Mi abuela se llamaba Angustias, yo nací el día que ella murió y me pusieron su nombre.

— ¿Puedo yo llamarme como mi madre?

Ella no había nacido al morir su madre, pero ya que su hermano había perdido la oportunidad, quizá ella pudiera hacerse cargo de ese puesto. Pensó que valía la pena intentarlo, además eso sería mejor que no tener nombre; su tío tenía nombre, su tía también, y las pocas personas que habían venido a traer o llevarse algo de la granja y a las que había preguntado cuando Angustias no estaba cerca, también tenían. Entonces su tía contestó algo que la muchacha no esperaba.

—Tú ya tienes un nombre.

— ¿Y cuál es?

—No me acuerdo —contestó la otra bruscamente, y soltó un grito que sonó como un graznido, acababa de pincharse el dedo con la aguja—. Mira lo que has hecho, niña estúpida, deja de hacer preguntas absurdas, no me dejas concentrarme y vas a despertar a tu tío.

—Quiero saber cuál es mi nombre.

—Vete ahora mismo a la cama, niña, antes de que me arrepienta y te eche a dormir a la calle.

La joven se armó de valor y se puso en pie enfrentándose a su tía, que la miraba desde el sillón con los ojos desorbitados.

— ¡Ya no soy una niña, no me llames así!

La otra se puso en pie arrojando el bastidor sobre el sillón y con toda la fuerza de su indignación propinó una sonora bofetada a su sobrina. El estupor la dejó paralizada durante unos instantes. Cuando empezaba a sentir que la mitad de la cara le ardía, su tía mascullo:

—Si no te gusta "niña", ponte un nombre tú misma —antes de dejarla reaccionar al comentario, escupido como si las palabras le quemaran en la boca, Angustias se dio la vuelta y salió de la habitación mientras esputaba los últimos restos del veneno—. Aquí nadie va a malgastar su tiempo haciéndolo y los que sabían tu maldito nombre están muertos o se han largado.

Su tío Lucio se removió en el sillón, murmurando una queja ininteligible, luego se levantó y se fue, medio dormido, a la cama. La joven se quedó sola en el centro de la pequeña sala, se cubrió la cara con la mano y sintió la mejilla palpitando y ardiendo, pero más que la bofetada le dolían las palabras de aquella mujer incapaz de albergar más que veneno dentro de su alma. Podía soportar sus insultos, el trabajo duro y la falta de consideración, pero ¿por qué le negaba aquello?, ¿qué mal podía hacerle que ella conociera su propio nombre? El dolor de la cara se intensificó al mezclarse con el escozor de las lágrimas y durante un buen rato se quedó allí de pie, sintiendo todo aquel daño, impotente y pequeña, indefensa y cansada. El cristal de la ventana le devolvió el reflejo de su cara enrojecida surcada por las lágrimas, se acercó a la superficie fría, lo único que la separaba de la negrura de la noche, de la boca de lobo donde por un momento deseó desaparecer, que la oscuridad la engullera para dejar de ser, de estar, de sentir.

Pero a la luz de la lámpara el reflejo de aquel rostro dolorido captó su atención, desde el cristal frío de la ventana unos ojos anaranjados la miraban inundados de tristeza pero con un poso de fortaleza brillando en las pupilas. La imagen se empañaba unos segundos al recibir el aliento de su respiración, pero una y otra vez volvía a aparecer sobre el negro de la noche, y cada vez los ojos ambarinos le devolvían la mirada retadora. "Por supuesto que no has visto a nadie que los tenga igual", recordó a su tía, hablando como siempre con desprecio, "eres un bicho raro". Aquellos eran los ojos de un ser especial, único, el color de aquellos iris la hacían distinta del resto, ¿por qué no hacer las cosas de forma diferente entonces? Si era obediencia lo que aquella mujer cruel buscaba, la tendría, ella misma elijaría su propio nombre.

"¿Cómo se llama ese color?"

"Ámbar".

—Ámbar —susurró. Tras resurgir entre el vaho de su aliento, los iris anaranjados le devolvieron

el reflejo, esta vez con una sonrisa.

Los dos jóvenes monjes callaron por un momento mientras el hermano pasaba junto a ellos, después Gabriel volvió a dirigirse a fray Norberto en poco más que susurros.

—No solo me ha enviado a acompañar al padre Carmelo a hacer solo él y el Altísimo saben qué y con qué propósito, además me ha prohibido la entrada a la biblioteca.

El otro lo miró extrañado y él rectificó:

—Bueno, puedo entrar en la biblioteca, pero siempre y cuando vaya acompañado del hermano Claudio —y se defendió, con tono indignado—. ¡Como si fuera a robar el grimorio!

—Amanecer dormido a los pies del atril no ha debido de ayudar a tu causa...

— ¿Y tú de qué parte estás?

Fray Norberto se encogió de hombros, Gabriel aspiró profundamente como quien soporta el peso de una paciencia forjada durante siglos, y ambos echaron a andar por el claustro con los ojos bajos al ver que otro hermano se aproximaba.

—Tengo que saber más —dijo Gabriel tras unos pasos en silencio, ya más calmado pero también resuelto.

— ¿Más sobre qué?

—Los grimorios, esas criaturas que veneran al maligno, los procesos, todo...

Fray Norberto se detuvo y le clavó la mirada, el semblante preocupado y un rictus de tensión en los labios. Temía que en su nuevo amigo comenzaba a crecer un ansia de las que no se detienen ante la simple prohibición, y observando el brillo en sus ojos supo que esa fuerza sería capaz de consumirlo si Gabriel se dejaba arrastrar por ella. También supo que no se detendría a la hora de recabar la información que ansiaba, y sus palabras susurradas volvieron a inundar el claustro como una sentencia funesta. "Tengo que saber más". En breve le preguntaría, él era la persona más cercana que conocía medianamente aquel tema; en realidad sabía de todo ello más de lo que había querido reconocer, siempre supo que esos conocimientos eran materia sensible y no convenía compartirlos con ligereza.

—Tú sabes de estas cosas —dijo al fin Gabriel, con más delicadeza de lo que el otro hubiera esperado, pero ahí estaba la pregunta, pugnando por salir de su boca ansiosa—, conoces los grimorios y la historia, tú podrías ilustrarme...

—Hermano...

—El abad no tiene por qué saber nada, nadie tiene que conocer nuestras conversaciones, serán solo eso, conversaciones entre dos hermanos con intereses afines.

—No es lo mismo que hablar de la vida de los santos o las reformas arquitectónicas que necesitaría el monasterio. Alguien nos oirá y llegará a sus oídos.

Pasaban junto a un hermano que leía sentado en uno de los bancos del claustro y callaron. Unos metros de seguridad más adelante, Gabriel replicó, convencido:

— ¿Ves?, no correrás peligro alguno, la discreción es una virtud que ambos poseemos.

—Gabriel...

Quería volver a replicar pero el otro lo miraba con las pupilas rebosantes de deseo, el ansia de saber, de aprender, absorbería cuanto él pudiera contarle sin decir una palabra. No pudo resistirse por más tiempo a la petición de su hermano y murmuró:

—Está bien —Gabriel disimuló un suspiro de alivio—, pero yo elegiré el dónde y el cuándo.

—Y el cómo y el qué —añadió el otro con alegría—. Acepto encantado lo que estés dispuesto a enseñarme.

Fue así como Gabriel comenzó a dividir sus días entre las salidas con el padre Carmelo y las enseñanzas clandestinas de fray Norberto. Cada mañana acompañaba al cura obedientemente, le ayudaba a preparar las ceremonias y a asistir a los pobres llevándoles comida y ropas usadas que la gente del pueblo donaba, al menos los pocos buenos cristianos que tenían la posibilidad de hacerlo. A Gabriel aquello le parecía más interesante y le resultaba más entretenido que pasar el día orando y leyendo vidas de santos; al menos ayudar al padre Carmelo le ofrecía la posibilidad de hacer algo bueno por otras personas, aunque a veces se tratara de criaturas mugrientas comidas de liendres sin esperanza de salvación o ilusión de vivir ni para dar las gracias por lo que se hacía por ellas. Pero, como su nuevo mentor solía decir, no asistían a aquellos hijos de Dios para obtener su agradecimiento o cualquier otra cosa a cambio sino porque eran necesitados y ellos tenían la posibilidad, y por tanto la responsabilidad, de ayudarles.

En poco tiempo se formó una buena opinión del padre Carmelo, ese hombre enjuto de nariz aguileña y rasgos sin edad que hablaba lo justo y necesario, y prescindía de sermones superfluos. Al cura también le parecía agradable la compañía de Gabriel y probablemente dio algunos reportes positivos al abad porque al cabo de un par de semanas la estrecha vigilancia a que el joven monje era sometido se fue relajando y él, para no levantar sospechas ni dar pie a más incidentes, evitaba entrar en la recámara de los grimorios y pasaba el menor tiempo posible en la biblioteca.

Lo que el ojo siempre vigilante del viejo abad no fue capaz de ver es que los nuevos conocimientos que Gabriel iba adquiriendo día a día no procedían de los libros almacenados ordenadamente en aquella biblioteca sino de los pasadizos oscuros en la mente del hermano Andrada, repletos de información atesorada durante años.

—La misma Santa Inquisición detuvo este proceso iniciado por la Justicia Civil —decía fray Norberto mientras mordisqueaba una manzana hasta el corazón y la arrojaba a un lado del camino.

Volvían del pueblo con el carro lleno con las provisiones para el monasterio y, mientras Gabriel conducía al viejo caballo cansado a paso de tortuga por los caminos pedregosos, el otro le contaba un capítulo más en su serie de historias de brujas. En esta ocasión se refería a un proceso iniciado en Vizcaya contra una acusada de malas artes y tratos con el diablo, poco después de que el Consejo de la Suprema Inquisición pusiera fin a los procesos por brujería en España en 1614.

—Creí que habías dicho que la Iglesia ya no procesaba por brujería.

—Efectivamente —aceptó el otro con tono académico—, a raíz del informe de Salazar y Frías en 1613 y las instrucciones de la Suprema al año siguiente, la Santa Inquisición puso fin a los procesos por brujería, pero los Tribunales Civiles continuaron condenando e incluso aplicando penas de muerte.

Gabriel, la mirada clavada en el camino que serpeaba ante ellos, movió la cabeza a ambos lados mientras intentaba encajar toda aquella información en su mente, donde las imágenes de los aquelarres se mezclaban con las piras y las horcas, los gestos hoscos de los jueces y los gritos de los familiares de los condenados.

—El siglo pasado —continuó fray Norberto sin abandonar su tono académico— en un periodo de cincuenta años y solo en Zaragoza, se abrieron noventa y tres causas por brujería, sesenta y siete hombres y veintiséis mujeres para ser exactos. Se les aplicaba juicio sumarísimo sin ningún tipo de privilegio y sin posibilidad de apelar.

— ¿Cómo es posible que la iglesia no interviniese en semejante despropósito?

—Ten en cuenta que la represión de la superstición era aceptada como una función normal del Estado, Gabriel, los Tribunales Civiles tenían el deber de luchar contra ello en cuanto que la creencia en las artes mágicas forma parte de la superstición.

Durante un tramo ambos monjes permanecieron callados, cada cual dando vueltas a sus propios pensamientos, formando sus preguntas, espantando las imágenes que la imaginación creaba. Al cabo de un buen rato, ya cerca del monasterio pero a una distancia prudencial que les permitía hablar con libertad, Gabriel tensó las riendas obligando al caballo a detenerse, apretó los labios y finalmente se volvió hacia su compañero.

—Hermano —empezó, y rectificó—, amigo, me has enseñado muchas cosas en las últimas semanas, has sido un maestro constante y paciente ante mi ignorancia, has saciado mi ansia de conocer y has alimentado mi mente con datos e historias que habría tardado años en descubrir y recopilar. Te agradezco todo lo que me has enseñado, pero ahora me gustaría saber qué piensa fray Norberto de todo esto.

El otro adoptó un gesto de contrariedad.

—No comprendo...

— ¿Qué piensas tú? Sé que te encantan las cifras y los informes, incluso las anécdotas relacionadas con este extraño mundo de la magia, pero ahora no quiero que me hables de procesos y grimorios, quiero saber lo que mi amigo y hermano siente respecto a la brujería.

Lo último que fray Norberto había esperado de su clandestino alumno era una petición como aquella; se sentía cómodo hablando de todo lo que había leído y escuchado, ofreciendo datos específicos, pero no había dedicado demasiado tiempo a reflexionar sobre lo que su interior albergaba con respecto a todo aquel universo que lo había absorbido durante años. Por un instante pasó por su mente la idea de salir del paso con la respuesta oficial, la que cualquier eclesiástico sensato hubiera dado, pero Gabriel se había convertido en algo más que un hermano de la orden, había llegado a considerarlo su amigo y merecía algo más que una frase prefabricada.

Bajó la barbilla hasta el pecho, lo que su amigo interpretó como reticencia a contestar, aunque en realidad estaba tratando de ordenar sus pensamientos para hilar lo mejor posible la historia que le serviría para responder con sinceridad a la pregunta de Gabriel.

—Si prefieres no contestar, entiendo que...

—No.

Fray Norberto levantó la mano y, después de unos segundos, alzó también sus ojos hacia el otro y comenzó a hablar con la voz enronquecida por el recuerdo de una emoción lejana.

—Hace unos días te hablé sobre los conocedores de brujas —Gabriel asintió dando a entender que recordaba aquel capítulo—. Yo crecí escuchando las historias de estos... personajes. Los ayuntamientos los contrataban para sanear la localidad, por cien reales destapaban fácilmente una decena de brujos en apenas una mañana. Eran obviamente muy populares entre los Tribunales Civiles, no tanto entre los inquisidores, que los veían como adivinos descubriendo a otros adivinos y brujos, el uso de la magia para destapar y condenar la magia.

Fray Norberto dejó que su mirada se perdiera más allá del camino y no volvió a mirar a Gabriel mientras, por detrás de sus ojos, el niño que fue volvía a acurrucarse junto a su madre para escuchar una vez más la historia del conocedor de brujas.

—Precisamente en la época en que Salazar y Frías trataba de detener los procesos iniciados por la Justicia Civil, el Ayuntamiento de Bielsa contrató a un conocedor de brujas de renombre y fama probada por su experiencia dentro y fuera del país. Andrés Mascarón se llamaba y era también saludador, se decía que sus curas de la rabia por medio de la saliva se contaban por docenas, pero precisamente por ello se le contrató sin dar parte a las autoridades eclesiásticas.

—Tenía entendido que la Iglesia no perseguía a los saludadores —acotó Gabriel, confuso.

—Oh, sí, lo hacía... y lo hace —fray Norberto sabía de lo que hablaba y sin darse cuenta volvió a asumir su tono preferido, mucho más seguro y firme, mientras parafraseaba—. Si el saludador hace uso de oraciones cristianas, persignaciones o estampas religiosas se lo puede castigar, también si no dispone de título oficial expedido tras examen previo por la Santa Inquisición o, por supuesto, si falla en su intento de sacar la baba... Solo el saludador que ha probado su gracia con el único uso de su saliva o su aliento y no tiene tratos por tanto con el diablo, es libre de ejercer su labor sin ser perseguido. El individuo del que hablo era uno de ellos, pero en lugar de dedicarse a curar la rabia se volcó en el negocio más rentable de conocer brujas.

—Disculpa la interrupción —se excusó Gabriel, deseoso de que el otro continuara con la historia. Fray Norberto blandió la mano en el aire quitándole importancia y se dispuso a seguir su narración.

—El conocedor de brujas llegó al pueblo una mañana de mediados de febrero, había caído una fuerte nevada y la plaza mayor aparecía cubierta por una gruesa y fría capa blanca. Se dio orden de reunir allí a los habitantes del pueblo y de algunas pequeñas localidades cercanas. Una vez reunidos y bajo la vigilancia del alguacil, el conocedor fue pasando entre ellos observando atentamente sus rostros; ya con la prueba de la marca en el ojo señaló a dos. Una de las señales más comunes con que el Diablo sella su pacto —aclaró fray Norberto— es una marca en el ojo izquierdo.

«Después les hizo despojarse de la ropa de abrigo y, deslizándose entre tiritones, piel de gallina y miedo, volvió a examinarlos en busca de otras marcas que evidenciaran tratos con el Maligno. Seleccionó a otros seis, que fueron apresados inmediatamente y separados del grupo. Por último utilizó su aliento privilegiado de saludador para llevar a cabo la prueba del soplo. Aquellas

personas a las que soplase con mayor intensidad serían culpables de brujería, y así señaló a cuatro más. Cuando se detuvo ante la última examinada, una joven que sostenía en sus brazos a una niña con tan solo unos meses de edad, el conocedor se tomó unos instantes para respirar profundamente; la muchacha tiritaba violentamente dentro de su sencillo vestido de paño y aferraba a la criatura tratando de transmitirle el escaso calor que aún albergaba su cuerpo. Por un instante el conocedor se giró como para dar por concluido el examen, pero la mirada contrariada del alguacil debió de hacerle recapacitar porque aspiró profundamente y sopló contra el rostro contraído de la joven. Durante unos segundos su hermosa y pálida cara se vio cubierta por el vaho blanco brotado de los labios del conocedor, y al disiparse volvieron a verse sus grandes ojos llenos de estupor. El conocedor había asentido con la cabeza y al mismo tiempo una mujer situada a su espalda había lanzado un grito de horror, abalanzándose sobre ella y rodeándola con sus brazos para protegerla.

«El alguacil ordenó prenderla y separaron a la otra mujer, que lloraba desesperada. Ante la conmoción creada, el conocedor descubrió el hombro izquierdo de la acusada dejando al descubierto una pequeña marca rosada con forma de salamandra; confirmaba así su juicio y erradicaba toda duda acerca de los tratos de la joven con el Maligno. Antes de que la prendieran acercó una mano indecisa a la fina toquilla que cubría al bebé y la apartó apenas. Abrió la boca como para decir algo pero la mirada de acero de la joven madre hizo que sus labios se congelaran y, tras un instante de indecisión, volvió a tapar al bebé con la toca y se separó de ellos dando un paso atrás.

«—El bebé está sano —sentenció. Luego indicó a los guardias que liberaran a la otra mujer para que pudiera hacerse cargo de la criatura y ésta rápidamente la tomó en sus brazos. Por un momento ambas mujeres se miraron intensamente, una con los ojos anegados en lágrimas, la otra con el gesto indecifrible de una estatua de mármol. La madre acercó sus labios al oído de la que se llevaba a su pequeña y susurró algo que nadie pudo escuchar, después se ofreció a los guardias y, sin dirigir una sola mirada al conocedor, se dejó conducir sin rechistar.

Gabriel fruncía el ceño mientras escuchaba en total silencio la historia de su amigo y su mente giraba sin parar en torno a ella. Trece personas acusadas, trece, probablemente sentenciadas más tarde, castigadas por el dedo acusador de un simple hombre. Como si leyera sus pensamientos, fray Norberto añadió:

—De los trece acusados, cuatro mujeres y nueve hombres, una fue condenada al destierro y cuatro fueron ahorcados. El resto sufrió azotes y multas además, claro está, del descrédito público.

Gabriel no dejaba de negar con la cabeza, incapaz de aceptar que algo así hubiera pasado realmente.

— ¿Qué ocurrió con la joven madre? —preguntó, aunque le preocupaba el destino que había corrido cada uno de los trece acusados, el caso de la muchacha era el que le había causado mayor impacto.

—Ahorcada —sentenció, y Gabriel cerró los ojos con pesar—. No pasó la prueba del soplo y además tenía la marca, lo que la convertía indiscutiblemente en una bruja. La historia la conoce como la Bruja de Bielsa. Era mi bisabuela.

Gabriel abrió los ojos de par en par y miró a su amigo con consternación y profunda tristeza. Ahora entendía la frase con la que había comenzado su narración, había crecido oyendo historias

sobre conocedores de brujas... Se trataba de una historia familiar transmitida de generación en generación desde la hermana de su bisabuela —como Gabriel supo más tarde, la mujer que entre llantos tomó en sus brazos a la pequeña y que también se hizo cargo del otro hijo de la joven acusada, el abuelo de fray Norberto—, hasta llegar a él. Esto, pensó Gabriel, podía muy bien explicar el interés del monje en el mundo de la brujería.

Varias preguntas acerca del desenlace de la historia daban aún vueltas en la agitada mente de Gabriel, cuando una última frase pronunciada lentamente por su amigo, hizo que todo se detuviera de golpe:

—Y el conocedor de brujas, Andrés Mascarón, era mi bisabuelo.

Capítulo 4

En el patio trasero de la casa, Ámbar tendía la ropa sobre unas cuerdas de esparto mientras tarareaba una melodía sencilla que aquella mañana se había instalado en su cabeza. Contadas veces en su vida había tenido el placer de escuchar a los músicos ambulantes que llevaban sus canciones y sus notas, historias y bromas, de pueblo en pueblo. Por supuesto no entendía nada de música, solo sabía que le resultaba transportadora y mágica, una especie de sortilegio capaz de flotar en el aire y de animar el humor de aquellos a quienes tocaba. A veces ese hechizo, una pequeña melodía, brotaba de sus entrañas y habitaba su mente hasta que los ruidos del entorno y las tareas diarias la dispersaban y desaparecía como un viento pasajero.

— ¿Qué murmuras?

La voz áspera, seca, de su tía la hizo enmudecer un instante. Por un momento había olvidado que se encontraba allí, silenciosa, detrás de ella, como un animal siempre vigilante, siempre al acecho.

—No es nada.

—Mmm —masculló su tía torciendo el gesto, y continuó con su tarea.

Mientras Ámbar tendía la ropa, ella pelaba patatas sentada en un pequeño taburete de madera, más un simple tronco que un asiento de verdad; iba sacando patatas de un saco situado a su izquierda, tiraba las peladuras en un cubo de lata que había colocado entre sus piernas y dejaba caer los tubérculos ya pelados en un gran cuenco de barro que descansaba sobre el suelo, a su derecha. Sus manos expertas manipulaban las patatas y la navaja con destreza y rapidez sin apenas dedicar atención a sus propios movimientos, estaba más pendiente de su extraña sobrina, esa niña que le daba más quebraderos de cabeza que ayuda y más preocupaciones que alegrías.

Al menos le echaba una mano con la casa, sí, pero ¿a qué precio? Debía mantenerla y evitar constantemente que se metiera en líos, tenía que vigilarla y cada día añadir una barrera a su endiablado espíritu inquieto y problemático. Estaba creciendo y pronto la oruga saldría de su capullo, entonces sí que le iba a dar quebrantos, pensaba mientras observaba su cuerpo esbelto moverse con soltura de la cesta de la ropa al tendedero y viceversa. A veces se arrepentía de haberla aceptado, pero ¿qué podía hacer?, de haberla rechazado las habladurías les habrían convertido en parias entre la gente del pueblo, y ya tenían suficiente con el talante poco amigable de su estúpido marido. Tampoco había que olvidar que, en su momento, aquella casa había sido un incentivo, y la niña lamentablemente venía incluida en el lote junto con la tierra y los animales.

Un suspiro de resignación se escapó de su pecho sin que se diera cuenta y Ámbar se volvió apenas para mirarla, pero ella se afanó en pelar las patatas como si no hubiera en el mundo nada más importante que aquella labor. Debía tener cuidado, la niña empezaba a mostrarse avispada, la había visto observar su entorno con demasiada curiosidad y no le gustaba, no se fiaba de ella lo

más mínimo. Continuó observándola con desconfianza mientras el suave sol de la media mañana bañaba el patio con una luz perezosa. Sus rayos dorados caían sobre las briznas anaranjadas del pelo de la muchacha, liso y largo, que cubría su espalda casi hasta la cintura. El efecto de la luz era hipnotizador, convertía aquellos finos cabellos en hebras de cobre que ondeaban lentamente al ritmo del delgado cuerpo de la chica.

Había vuelto a murmurar una especie de musiquilla repetitiva y su cuerpo parecía seguir el ritmo como si danzara involuntariamente en una danza ritual, pensó la tía frunciendo el ceño. Fijó aún más su atención en la sobrina y, sin darse cuenta, el movimiento de sus manos se ralentizó; cuanto más se fijaba en ella –en sus pequeños pies describiendo los pasos de un baile inconsciente, en sus caderas ondeando al ritmo de la musiquilla, en su pelo bañado por el sol dejándose mecer sobre la estrecha espalda...– más inmersa se sentía en el cuadro, y cuanto más se hundía en aquella visión hipnótica más se adormecía su conciencia, hasta que no hubo nada más a su alrededor, solo aquella música murmurada, el sutil baile de su cuerpo y el vaivén de las hebras cobrizas resplandeciendo bajo la luz de la mañana.

—Tía...

Le pareció que acababa de despertar de un sueño. Su sobrina la miraba con un gesto de preocupación y curiosidad, había dejado de pelar patatas y sostenía la navaja con fuerza hasta tal punto que sus nudillos amarilleaban.

—Tía, ¿está usted bien? —Ámbar dudó un momento antes de añadir— Parece como... ida.

Ida... ausente... sí, como en trance, como si durante un instante su conciencia no le perteneciera. Había sido esa musiquilla que tarareaba, y la danza, y ese pelo rojizo... la niña era la causante de aquel extraño estado, la había adormecido, o peor aún, ¡hechizado! ¿Era posible?, ¿se podía ser un instrumento del diablo sin saberlo? No quería pensarlo, le daba pavor tan solo imaginar el eco de aquella palabra rebotando contra las paredes de su mente recién devuelta a la realidad. Pero tenía que ser fuerte, debía tener el valor de reconocer lo que tenía ante sí. Bruja.

—Bruja —balbuceó tapándose la boca con una mano y sin dejar de apretar la navaja con la otra.

— ¿Qué dice, tía?

Bruja. Hechicera. Instrumento del Maligno. Juguete del Diablo. La pobre chiquilla probablemente no era consciente del mal que fluía por sus venas, no tenía la culpa, lo llevaba en la sangre desde que su pequeño cuerpo se formó dentro del vientre de la madre, su cuñada, su propia familia. Ella estaba a cargo de aquella criatura y por tanto debía hacer algo, tenía que evitar que la sabia podrida se dispersara por sus venas porque de hacerlo estaría perdida para siempre. Con los ojos espantados por la verdad que le acababa de ser revelada, observó los iris anaranjados de su sobrina y entendió al fin, ahora todo cuadraba. Asintió en silencio y tomó una decisión.

—Tía, me está asustando, ¿qué le ocurre?

Con fuerza y resolución agarró el delgado brazo de su sobrina y la arrastró hacia el interior de la casa. La sorpresa de la joven la hizo fácilmente manejable durante los primeros instantes, que ella aprovechó para obligarla a sentarse en un taburete de la cocina y, antes de que la otra tuviera tiempo de reaccionar, agarró la mata de pelo cobrizo y con la navaja aún impregnada del líquido blanquecino de las patatas, de un solo tajo cortó la mayor cantidad que pudo de pelo.

Ámbar gritó horrorizada e intentó levantarse pero su tía, usando toda la fuerza que su resolución le

prestaba, la empujó obligándola a sentarse de nuevo al tiempo que agarraba otro mechón y lo cercenaba en un segundo. La joven se revolvió tratando de nuevo de huir de las garras de su tía, que parecía poseída por un espíritu cruel y enloquecido, pero una y otra vez la otra, más fuerte y robusta que ella, la obligaba a sentarse, y en cada forcejeo un mechón más de pelo segado se desprendía de su cabeza.

—Es por tu bien —repetía aquella mujer en medio del forcejeo—, es por tu bien...

Aterrorizada, Ámbar reunió todas sus fuerzas para escapar y consiguió desasirse de su tía, pero antes de alcanzar el hueco de la puerta la otra se abalanzó sobre ella y la hizo caer de bruces, aplastó su cuerpo menudo contra el suelo sucio de la cocina y agarró sin miramientos el único mechón largo que quedaba en su cabeza, lo enrolló a su muñeca y de un tajo lo cercenó, arrojándolo lejos de sí como si se tratara de un animal venenoso. Aplastada por el peso de su tía y con la cara contra el suelo, Ámbar vio caer lentamente las hebras cobrizas de su pelo. Justo detrás, en el hueco de la entrada, los pies descalzos de su tío. Con esfuerzo levantó la vista y un brazo hacia él, pidiendo ayuda.

—Tío...

Los pies se dieron la vuelta y el umbral se quedó vacío, solo el mechón anaranjado coloreaba el gris de aquel espacio miserable. Ámbar sintió que las fuerzas abandonaban su cuerpo y se rindió al peso que la inmovilizaba contra el suelo, al dolor de los tirones y al sonido del filo de la navaja mutilando su melena. Cerró los ojos e imaginó que nada de aquello estaba ocurriendo, que se encontraba en el bosque y no en aquella casa, tumbaba sobre la hierba fresca, que el sol caía sobre su rostro relajado y bañaba su pelo cobrizo con los rayos de la media mañana. Imaginó que estaba sola y que era feliz.

Era más temprano que de costumbre cuando el hermano Claudio vino en su busca para avisarle, con el rostro contraído y la mirada urgente, de que debía acudir a la parroquia del padre Carmelo. El abad había puesto a su disposición el modesto carruaje de que disponía el monasterio y éste ya le esperaba en la puerta. Sin dilación subió al pequeño vehículo y se encaminó hacia el pueblo. Al llegar a la iglesia encontró al padre Carmelo en la puerta, acompañado por dos monaguillos, cada uno de los cuales sujetaba una vela encendida. Ataviado con la estola, el sacerdote portaba el copón con las hostias y lo sujetaba con talante ceremonioso. Al ver llegar al joven monje le indicó con un gesto que se situara a su lado y lentamente iniciaron la marcha.

—Vamos a asistir a un moribundo —había dicho el cura sin dar más detalles. A lo sumo añadió:

—No le queda mucho tiempo.

Durante algo más de media hora que duró el viático, el padre Carmelo y Gabriel seguidos de los monaguillos recorrieron las calles camino de la casa del moribundo. A aquellas horas tempranas encontraron pocos transeúntes, pero todos se detuvieron y arrodillaron al cruzarse con ellos, en señal de respeto. Era algo nuevo para el joven monje que, aún un tanto confuso por lo inesperado de la ceremonia, trataba de asumir en silencio todo lo que estaba pasando y de aprender lo que pudiera esperando, no obstante, que su nuevo mentor le explicara adecuadamente el significado y los detalles del proceso.

La casa se encontraba a las afueras del pueblo y era una de las más modestas de aquella zona, se trataba en realidad de una casucha antigua con el tejado en mal estado y más remiendos que pared. Al entrar, apartando la cortinilla de esparto que tapaba el hueco de la puerta ausente, un intenso olor a podrido abofeteó a Gabriel; aunque el padre Carmelo no mostró desagrado o siquiera sorpresa, el joven monje lo conocía ya suficientemente bien como para detectar una profunda preocupación en su gesto.

El olor no era otro que el aroma nauseabundo de la enfermedad, del duelo cercano y la inevitabilidad de una muerte lenta que llegaba a su estadio final y definitivo. El joven siguió al cura sin decir palabra, tratando de no chocar contra alguno de los escasos y modestos muebles repartidos en la estancia que, según pudo apreciar a pesar de la semioscuridad del lugar, servía como sala principal, dormitorio familiar, enfermería improvisada y cocina.

Un hombre de rasgos duros y mirada cansada los condujo hasta el fondo del cuarto, donde una mujer encorvada sentada en una silla gemía de forma monótona con la cara oculta entre las manos, como si llevara haciéndolo tanto tiempo que se hubiera convertido en un hábito. Al ver llegar al cura se puso en pie con ademanes lentos, como si no soportara fácilmente el peso de sus propios huesos, y le ofreció su asiento.

—Padre —se dirigió a él con un hilo de voz—, gracias por venir, Dios le bendiga.

Junto a la silla Gabriel apreció un camastro y, conforme sus ojos se iban adaptando a la falta de luz, fue distinguiendo con mayor detalle una figura tendida sobre el colchoncillo raído, cubierta tan solo por una sábana clara y una capa brillante de sudor que empezaba a secarse sobre su piel macilenta. Al momento comprendió que se trataba de un niño, que estaba a punto de morir y que nada se podía hacer por él salvo prepararlo para el tránsito y darle la extremaunción. Es para eso para lo que el padre Carmelo había sido requerido.

—Hace horas que ha dejado de beber —murmuró el padre del chiquillo—, el médico se fue hace un rato, dijo que ya no podía hacer nada por él, que usted haría...

No pudo terminar la frase, atragantado en su propia pena. Su mujer le tomó la mano entre las suyas y ambos se miraron ensombrecidos por un momento.

—Haga lo que tenga que hacer, padre —terminó ella—, estamos preparados.

El hombre sacudió la cabeza y ella se abrazó fuertemente a su enorme torso, pero él se desasió con suavidad sin dejar de negar y desapareció tras la cortina de esparto. El niño tosió muy débilmente y todos se volvieron hacia él. El padre Carmelo frunció el ceño y se dirigió a su ayudante con tono diligente.

—Gabriel, por favor, el óleo sagrado.

El gesto de apurada ignorancia del pupilo le hizo indicar discretamente, con un desvío de la mirada, dónde encontrar lo que se le pedía. El monje se acercó a los monaguillos, que se habían quedado cerca de la entrada, y uno de ellos le entregó un cilindro de cobre con la tapa abovedada y una cruz encima. Sin posibilidad de confesión, ya que el niño había perdido la capacidad de hablar coherentemente, el cura sentenció que lo absolvía de sus pecados y depositó la hostia delicadamente en el interior de su boca reseca.

Al oír las últimas palabras del cura, la madre contrajo el rostro en una mueca de dolor y se apresuró a colocarse de rodillas junto al camastro. Acarició con cariño la frente del niño mientras

éste comenzaba a murmurar una retahíla ininteligible. Gabriel se acercó presto y entregó el pequeño recipiente al padre Carmelo, éste lo abrió con delicadeza, untó sus dedos en el aceite santo y comenzó a trazar la señal de la cruz sobre la frente y las manos del joven moribundo mientras musitaba:

—Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad. Amén.

Poco antes de empezar a hablar el cura, el niño había detenido su retahíla y a los pocos segundos de finalizar la unción un leve suspiro, delicado como una pluma, se escapó entre sus labios infantiles, el último soplo de su corta vida. Por unos instantes todo fue silencio en la pequeña estancia ensombrecida de aire viciado por los olores de la enfermedad y el pesar, después la madre abrió la boca para dejar escapar el grito de dolor que su garganta había mantenido aprisionado durante demasiado tiempo, pero éste no salió y su cuerpo extenuado por la pena se desplomó sobre el de su hijo muerto. Solo entonces el llanto afloró con la fuerza de la desesperación. Al oírla, el padre entró corriendo en la sala y se abrazó a ambos con el rostro contraído y los dientes apretados, y así se mantuvieron los tres durante un tiempo que a Gabriel le pareció una eternidad. El padre Carmelo les ofrecía palabras de consuelo, les hablaba de la gracia y la felicidad del alma al reunirse con Dios, pero también les ayudaba a recordar la vida transcurrida a su lado, los momentos de cariño y de alegría que el pequeño les había regalado; les habló de esperanza, de reunirse con él algún día y de honrar su memoria dejando que el alma de aquel precioso ser continuara su camino hacia el cielo.

A medida que las palabras del párroco iban calando en los padres, éstos iban relajando su llanto y soltando la carga del profundo dolor que aún permanecería en sus corazones durante mucho tiempo pero que ahora dejaba algo de espacio en sus cuerpos cansados. Al fin liberaron de su abrazo al cuerpo del niño y acompañaron al sacerdote hasta la puerta, mientras le daban las gracias por haber llegado a tiempo de preparar a su pequeño para el encuentro con Dios. Antes de salir, el padre Carmelo extrajo de su hábito una bolsita de piel y de ella unas monedas, que entregó al hombre con cierto disimulo.

—Para el funeral —susurró—, nadie debe saberlo, os ruego discreción.

El hombre miró al cura con gesto confuso, después las monedas en la palma temblorosa de su mano y luego de nuevo al sacerdote. Finalmente cerró los dedos entorno a las monedas y abrazó al otro emocionado y agradecido.

—Gracias, padre —murmuró—, bendita sea su alma.

El padre Carmelo palmeó su hombro suavemente y se despidió de ambos.

El carruaje del abad los esperaba en una calle cercana y en él volvieron a la parroquia. Durante el breve trayecto Gabriel observó a su mentor, que permanecía callado, pensativo, y no se atrevió a importunarlos con sus preguntas, pero las tenía, y muchas. Ese día se dedicaron a las labores de costumbre en la iglesia, en un clima de paz y silencio. Pasadas varias horas, Gabriel volvió al monasterio en el carruaje. Mientras éste trastabillaba ruidoso por el camino hacia San Pedro de Siresa, el monje comprendió los silencios del cura y empezó a respetarlo profundamente. Fue también durante aquel trayecto que el joven hermano tomó una de las decisiones más importantes de su vida.

Tenía las manos enrojecidas desde hacía un rato, había estado frotando las baldosas con el cepillo de raíces y ya casi había terminado el suelo del dormitorio cuando un portazo la hizo detenerse. Aún arrodillada en el suelo, alzó la vista hacia su tía, que desde el umbral de la habitación la había estado observando durante los últimos minutos, y vio un temor apenas disimulado en sus ojos saltones. Unas espesas nubes oscuras la envolvían de arriba a abajo; las había visto antes, pero no tan claramente, nunca tan densas, a punto de desatar una tormenta de oscuro terror. Por un momento ambas escucharon sin mover un músculo; los pasos inseguros en el salón, un golpe contra la madera de algún mueble y el sonido inequívoco de la loza haciéndose añicos al estrellarse contra el suelo, un improperio apenas inteligible y nuevos pasos, acercándose. Angustias la cogió del brazo bruscamente obligándola a levantarse y la condujo hacia la puerta trasera, que daba al patio.

—Ya has hecho bastante aquí dentro —terció, y casi la empujó fuera de la casa.

—¿Qué quieres que haga aquí fuera?

—Me da igual —Angustias echó un rápido vistazo al interior y de nuevo se dirigió a su sobrina con tono de urgencia—, búscate algo que hacer.

—Pero...

—O tómate un descanso, pero no te quiero ver por aquí por lo menos hasta dentro de una hora —y masculló entre dientes mientras volvía al interior de la casa: —Espero que para entonces ya esté durmiendo la mona.

Ámbar vio cómo la puerta del patio se cerraba con contundencia y durante un instante no supo qué hacer, normalmente trabajaba todo el día. Luego sonrió, abrió la cancela del patio y salió corriendo en dirección al bosque.

Era el único lugar que conocía donde se sentía realmente a gusto, al aire libre, caminando descalza sobre la hierba fresca, sin Angustias insultándola y dándole órdenes, sin Lucio observándola con aquella mirada extraña que le dirigía últimamente y que le daba escalofríos, sin el ambiente opresivo de aquellas paredes que no eran su hogar sino una cárcel. Dejó las zapatillas y el delantal al pie de un árbol y empezó a recoger flores por los alrededores, sin internarse demasiado en el bosque; mientras caminaba descalza fue entrelazando los tallos y entretejiendo las flores de diversos colores. Cuando terminó la corona se la puso en el pelo y empezó a bailar en un claro del bosque mientras tarareaba una música que no recordaba haber oído pero que siempre había estado en su cabeza.

Giró y giró sobre sí misma y en torno a los árboles, a las piedras, a las flores, danzaba y reía y tarareaba aquella canción mientras se dejaba bañar por la luz del sol que se colaba entre las ramas arrojando mágicos rayos de luz cálida. Alzaba sus brazos hacia arriba mientras seguía girando hasta caer extenuada y feliz en brazos de la hierba, y seguía riendo de felicidad, embriagada por el frescor del aire, el olor a flores y la danza alegre de aquellos diminutos seres de luz que, como lucecillas brillantes, giraban a su alrededor. Así se quedó tumbada sobre el verde, boca arriba, contemplando extasiada el mecer de las hojas de los árboles contra el cielo, notando la suave brisa esporádica que le acariciaba la piel y sintiendo que ella también era esos

árboles, las hojas y la brisa.

Aquel era su rincón del mundo, allí se sentía en paz con la vida, allí no existía nada más que el momento y el lugar, la vida que la rodeaba y la perfección de lo que simplemente es. Ámbar se preguntó si se trataba solo del sitio, si la ausencia de otras personas o de otros ruidos era lo que hacía que esos momentos fueran mágicamente perfectos. Lo cierto es que ella seguía siendo la misma en ambas situaciones, pero no podía sentirse más distinta en una y en otra; ¿qué era entonces lo que provocaba tal contraste en un mismo ser?

Su mente se enredó entre los recuerdos de las horas de dolor, de tristeza, de soledad y de vacío del pasado; ya no veía las nubes cambiando de forma sobre el rotundo azul del cielo, solo veía a una triste niña herida acurrucada en un rincón de la vida. Y sin embargo aquella niña era la misma que hacía apenas unos minutos danzaba entre los árboles, ebria de vida y de alegría.

Volvió a enfocarse en las nubes, esas masas esponjosas y volátiles suspendidas sobre el mundo, y sonrió. No valía la pena arruinar aquel delicioso momento con pensamientos oscuros y dolorosos, ¿para qué servía salvo para robarla de la belleza que la rodeaba? Sin embargo se permitió un solo pensamiento más antes de abandonarse en brazos de la Naturaleza: ¿Y si pudiera mantener aquel estado en cualquier situación?, se preguntó, ¿y si no era el lugar o la circunstancia o la ausencia o el momento?, ¿podría ella ser dueña de su estado y quedarse enraizada firmemente en aquel ahora? El pensamiento le transmitió una increíble e inesperada sensación de esperanza, era una idea liberadora y nueva para ella: ser dueña de sí misma.

Sumida en semejante evocación de libertad, de solitaria felicidad, se quedó dormida sin percatarse de la presencia sigilosa de una figura que, agazapada tras la vegetación, la observaba en silencio.

No había dormido en toda la noche, su mente era un hervidero de ideas e imágenes donde el padre Carmelo se mezclaba con el niño moribundo, las monedas tintineaban al caer en la mano del padre confuso y se mojaban con las lágrimas de la madre. Toda la jornada daba vueltas en su mente, impresionado aún por la carga emocional del momento y, en el centro de todo, se erguía misericordioso el hombre vestido de negro, ofreciendo consuelo y solaz a los padres, dando luz y guía al alma moribunda para que pudiera partir sin cargas y continuar su camino. No solo le impresionó la labor de su mentor, por encima de todo le pareció lo más generoso, lo más hermoso que uno podía hacer por otro ser humano.

La excitación de haber tomado al fin una decisión suplió la falta de energía de la noche pasada en vela, y así se presentó en las dependencias del abad Ramiro, entrando como una exhalación nada más oír su voz invitándole a pasar.

—Ya sé lo que quiero hacer con mi vida.

El abad se lo quedó mirando estupefacto, con la pluma aún suspendida sobre los documentos que estaba a punto de firmar. Tras la sorpresa inicial se dio cuenta de que una gran sonrisa iluminaba la cara del muchacho, una como jamás había visto en aquel rostro que comenzaba a angularse y a definir los rasgos del hombre en el que se convertiría. Dejó la pluma en el tintero, se reclinó sobre el respaldo de la silla y asintió en silencio, invitándole a continuar. Gabriel se acercó a la mesa

del abad, mentor y amigo y, ya más calmado, sentenció:

—Quiero ser sacerdote.

Bajar al río aquel día fue una bendición. La corriente la esperaba como de costumbre, chapoteando entre las piedras y murmurando su canción de agua. Al llegar al lugar donde solía lavar la ropa, dejó el pesado cesto en el suelo y se sentó sobre unas piedras para descansar; apenas podía usar un brazo y había tenido que cargar el cesto de la ropa durante todo el camino con el que tenía ileso, además tan solo había conseguido dormir un par de horas y notaba que le faltaban las fuerzas. Recordó a su tía abriendo la puerta del granero, le había quitado la única manta que tenía alegando que su tío estaba enfermo y necesitaba más calor, luego había dejado la puerta abierta llevándose la llave mientras murmuraba que el fresco de la noche la ayudaría a despejar esa cabeza alocada y a enfriar el calor de su sangre endemoniada.

Ámbar sacudió la cabeza tratando de expulsar de su mente aquellos recuerdos, aspiró profundamente impregnándose del olor del río, de las piedras mojadas y de la hierba fresca de la orilla, para después disponerse a empezar con su labor. Le gustaba sentir el frescor del agua en sus manos al enjuagar la ropa después de restregarla, era como una deliciosa recompensa por la que merecía la pena el dolor en los dedos que le causaba aquella tarea. Y la soledad, claro, poder disfrutar de aquellos momentos de quietud lejos de la casa de sus tíos era algo a lo que no hubiera renunciado por nada. En estos pensamientos se hallaba inmersa cuando el graznido de un cuervo llamó su atención desde un árbol cercano.

— ¿Qué te pasa? —preguntó ella sonriéndole—, ¿quieres un baño?

El cuervo bajó de su rama y revoloteó cerca del cesto de la ropa, donde una ardilla arrastraba una de las prendas fuera del capacho.

— ¡Eh! —gritó Ámbar poniéndose en pie— ¿A dónde vas con eso?

La ardilla, asustada al ser descubierta en flagrante delito, agarró con fuerza la tela y salió corriendo, llevándose consigo la prenda. Más divertida que enfadada, Ámbar salió tras ella para recuperar la ropa, pero el pequeño roedor contaba con la ventaja de la ligereza y trepó a un árbol para seguir avanzando de rama en rama internándose en el bosque. La muchacha la siguió sin dudar y sin importarle dejar el resto de la ropa en la orilla del río. Al cabo de un rato de persecución, se dio cuenta de que le había perdido el rastro y también de que se encontraba en medio del bosque, en una zona donde nunca se había adentrado y de la que no estaba segura de saber cómo volver.

— ¡Si solo son harapos! —exclamó, dirigiéndose a la ardilla, aun sabiendo que la había perdido y que, de cualquier forma, no podía entenderla.

Giró sobre sí misma buscando un camino, un sendero que seguir, pero solo encontró vegetación. Se encogió de hombros, resignada, intentaría volver sobre sus pasos, aunque no estaba muy segura de poder hacerlo. Se disponía a intentarlo cuando el graznido del cuervo volvió a llamar su atención.

— ¿Y ahora qué quieres? Mira donde me veo por haberte hecho caso.

El córvido insistió una vez más y echó a volar. Ámbar negó con la cabeza, pero se encaminó en la dirección que el pájaro le marcaba.

—No puedo creer que esté siguiéndole la pista a un estúpido pájaro —murmuró mientras apartaba unos arbustos a la altura de su cara para seguir avanzando por donde no había camino. Entonces la vio, semioculta por la hiedra que trepaba por sus viejos muros de piedra, discreta y callada en lo profundo del bosque. Con los ojos llenos de curiosidad se acercó a la pequeña casa de piedra y merodeó a su alrededor tratando de determinar si estaba realmente abandonada tal y como aparentaba o había alguien viviendo en su interior. El total silencio que la envolvía la animó a entrar.

La vegetación había invadido la construcción también por dentro y cualquier rastro de habitabilidad había sido borrado por el tiempo, dejando claro su estado de absoluto abandono. A pesar del aspecto de dejadez, Ámbar se sintió bien allí dentro, era como si la casa la acogiera dándole una silenciosa pero cálida bienvenida. Se sentó en lo que una vez seguramente sirvió de cama a su habitante —no creía que allí hubiera vivido más de una persona— y contempló la estancia, complacida. Reconoció el espacio ocupado por la chimenea y lo que un día debió de ser un banco junto a una pequeña mesa de piedra cubierta de hojarasca. Se acercó y retiró las hojas que la cubrían, luego la contempló e imaginó que hace mucho tiempo alguien se sentó a esa misma mesa durante las largas horas del invierno; se preguntó qué pensamientos pensó junto a la luz tenue de la vela que se consumió sobre aquella superficie, qué sueños soñó tumbada sobre aquel camastro donde ella había estado sentada hacía unos minutos, qué tipo de vida vivió en aquel lugar apartado, solitario y pacífico, inmersa en los ruidos de la Naturaleza y rodeada de los seres que pueblan lo más profundo del bosque.

Ámbar acarició con dulzura la superficie irregular de la pequeña mesa de piedra y deseó ser esa persona.

El sonido de unos pasos rápidos sobre las hojas la despertó. Rápidamente se puso en pie y miró a su alrededor, inquieta, pero pronto se tranquilizó al reparar en la prenda que colgaba de una de las ramas que penetraban por la ventana de la casa. Sonrió mientras la recuperaba y pensaba en la ardilla que la había conducido hasta allí, pero una idea repentina borró su sonrisa al instante. ¿Cuánto tiempo habría pasado? Se había quedado dormida sentada en el banco, con la cabeza apoyada en la mesa de piedra, y había soñado que vivía allí, en aquella casa, rodeada de frascos con hierbas y cocciones, tranquila y feliz en su soledad, visitada por los animales del bosque y a salvo entre aquellas viejas paredes de piedra.

Salió precipitadamente, debía encontrar el camino de vuelta o tendría problemas; si no volvía pronto con la ropa ya lavada su tía se enfurecería y dios sabe qué se le ocurriría hacer con ella esta vez. Así que dirigió una última mirada a la casa, ya desde el exterior, trató de retener en su mente la imagen exacta del lugar y echó a andar por donde creyó que debía de estar el camino de vuelta.

Gabriel se sentó pesadamente en el borde de su antiguo camastro, tenía la sensación de haber recorrido durante horas un camino pedregoso lleno de obstáculos, piedras y huecos. Dejó escapar lentamente el aire que sus pulmones habían estado reteniendo durante todo el funeral y cerró los ojos, aliviado de que al menos ya hubiera pasado. Se quedó mirando la caja de madera a su lado y siguió dudando un rato más si coger la carta o dejarla allí, sobre los libros que acababa de heredar, sellada, callada. Finalmente tomó la hoja con delicadeza, rompió el sello y la desplegó.

Se encontraba en Jaca, su actual emplazamiento mientras se formaba para el sacerdocio, cuando su tutor le había entregado la misiva, venía de San Pedro de Siresa y portaba noticias funestas; el abad acababa de fallecer. En menos de una hora se encontraba preparado y partía hacia el monasterio. Durante todo el trayecto no había dejado de rememorar tantos momentos vividos junto a su viejo mentor, buenos y malos, algunos difíciles, muchos reveladores, sus enseñanzas y consejos, sus reprimendas y castigos, todo ello lo había administrado fray Ramiro con sabiduría y mesura. No es que en su momento lo hubiera sabido apreciar, pero con el margen de los años y la claridad que otorga la distancia, Gabriel reconocía que su viejo amigo había sabido en cada momento qué medicina aplicar al joven rebelde y perdido que había sido durante tantos años.

Ahora ya no estaba ahí para verle comprometido y seguro de sí mismo, aunque la letra de trazo armonioso que tenía entre sus manos le daba a entender que lo sabía, que siempre había sabido que encontraría su camino, cualquiera que éste fuese.

El escozor le pesaba en los párpados cuando dobló la carta, la besó con los labios temblorosos y la depositó con sumo cuidado de nuevo sobre los libros, susurrando:

—Adiós, maestro... amigo... Descansa en paz.

Uno de los hermanos viajaba ese día a Urdués, era jornada de mercado y Gabriel decidió acompañarlo para echar un vistazo a los libros y quizá adquirir un par de cosas de cara al viaje de vuelta a Jaca. El camino le trajo más recuerdos de su estancia en San Pedro de Siresa, del abad y de fray Norberto, con el que apenas había podido cruzar unas palabras; el trayecto plagado de conversaciones sobre grimorios y brujería, sus historias y enseñanzas, todo ello parecía muy lejano aunque apenas habían pasado unos años...

Pronto llegaron al pueblo y Gabriel se separó del hermano indicándole que podían encontrarse allí mismo dentro de una hora. Los olores y el ajetreo del mercado, el ruido y la mezcla de formas y colores peculiar de aquel lugar le hizo sentir que no habían pasado más que unos días desde la última vez y que, en cierto modo, había vuelto a casa. Todo le resultaba familiar y cercano a pesar de los años de ausencia, las caras que no veía desde hacía tiempo, las voces, la estructura del mercado y el contenido de los puestos. La última vez que había estado allí el abad casi se había desvanecido, el recuerdo llegó hasta él extraño, dudoso, como la historia que le había contado para que le dejara en paz y parase de hacer preguntas. Siempre supo que tras aquella reacción había algo más profundo que el viejo monje guardaba con celo en su interior, pero tras aquel incidente no había querido volver a preguntarle.

— ¿Lo va a comprar, padre?

Miró sin comprender al muchacho del puesto de libros, que esperaba con disimulada impaciencia

su respuesta.

—No —respondió él, ya devuelto a la realidad y dándose cuenta de que llevaba demasiado tiempo examinando sin ver la cubierta parda del libro—, hoy no, quizá el próximo día.

Estaba a punto de corregirle el tratamiento, aún no era "padre", pero las palabras desaparecieron de su mente en el instante en que la melena cobriza cruzó la calle por detrás del puesto de los libros. Como si no le quedara otra alternativa, la mirada de Gabriel la siguió mientras avanzaba deslizándose entre la gente sin rozar a nadie, como un fantasma delicado que serpeaba entre los cuerpos mortales sin tocarlos, sin que nadie reparara en su presencia etérea. Gabriel dejó el libro en las manos decepcionadas del vendedor y, sin decir más, comenzó a caminar tras ella.

Era casi medio día cuando Lucio salió de la taberna, se apoyó en el marco de la puerta esperando a que sus ojos soñolientos se adaptaran al cambio de luz. Había pasado casi toda la mañana allí dentro, el tiempo se le había escapado sin darse cuenta y seguramente la bruja de su mujer lo estaría esperando junto al carro, con su cara agria y sus reproches de costumbre en esos labios estirados que escupían veneno cada vez que hablaba. Nada más empezaba a ver más claramente bajo la luz del sol, le pareció distinguir a su sobrina cruzando despreocupada la calle del mercado.

A veces no sabía decir si aquella extraña cría era demasiado inocente o una arpía como su tía, pero en aquel momento hubiera jurado que no se daba cuenta del efecto que provocaba en la gente a su alrededor, especialmente en los hombres. Él sí lo veía, no le pasaban desapercibidas las miradas disimuladas, cómo la seguían al pasar, cómo con los ojos entrecerrados la repasaban de la cabeza a los pies. Sí, él lo veía todo, el deseo en los rostros toscos y el temor cuando ella volvía sus ojos anaranjados al mundo; una misteriosa e inquietante criatura que anhelar y temer a partes iguales. Él lo veía, pero la chiquilla incauta no parecía darse cuenta de nada, vivía ajena a su entorno y un día, Lucio lo sabía, ese entorno se cerraría alrededor de su pequeño cuerpo inocente para aplastarlo bajo el peso de la maldad humana.

Sacudió la cabeza, abrumado, no podía pensar con claridad, aquella mocosa le nublaba el cerebro con preocupaciones y temores. Allí estaba, parada en un puesto sin apercibirse de la gente que la observaba con disimulo, hasta un joven cura la observaba desde unos metros de distancia, solo Dios sabría qué oscuros, sucios pensamientos estarían discurriendo por aquella clerical mente pervertida. Ámbar echó a andar y el sacerdote la siguió sin dejar de mirarla. Lucio los siguió a ambos mientras se acercaban a los límites del mercado. Ella cruzó la calle y se empezó a alejar del gentío, seguida por el joven y por la mirada de su tío.

Antes de perderla de vista, Lucio ya había echado a andar sin darse cuenta, con el paso vacilante de las últimas horas de taberna; en su cabeza embotada una serie de pensamientos comenzaban a mezclarse en una amalgama confusa que le impedía mantener el control de su mente. Tenía que protegerla, se decía mientras avanzaba apoyándose de cuando en cuando en las fachadas de las casas y locales, y la veía a lo lejos contoneando sus jóvenes caderas mientras se alejaba del mercado. Ella no sabía nada de la vida, se repetía, ni de los hombres que la miraban al pasar ni del mundo y su maldad, y la risa fresca de la muchacha resonaba en su mente, el brillo rojizo de su pelo lo golpeaba y la imagen de sus pies pequeños y blancos le mordía la conciencia, su cuello

delgado, los labios carnosos, los ojos que temía lo atormentaban mientras seguía tambaleándose y, apoyado en la esquina, vomitaba sobre la acera mientras todos sus demonios lo observaban en silencio y luego lo invitaban a continuar.

Ámbar tuvo la incómoda sensación de estar siendo observada y la maraña de gente a su alrededor empezó a resultarle opresiva. Miró en torno buscando a su tía Angustias pero no la encontró, así que decidió apartarse de todo aquel gentío, salió apresurada de la calle del mercado y buscó una ruta tranquila de vuelta al carro de sus tíos. Solo necesitaba estar tranquila unos instantes, desprenderse de aquella molesta sensación que llevaba enredada a sus pasos.

No fue hasta doblar la esquina y entrar en un pequeño callejón que se sintió a solas. Al fin había dejado atrás tanto esa desagradable impresión de ser vigilada como las miradas –huidizas unas, descaradas otras– recordándole que no encajaba en aquel entorno. Apoyó la espalda en la fachada trasera de una vieja casa y cerró los ojos un momento, disfrutando de la tranquilidad del inhóspito callejón. Tan solo se escuchaba el repiqueteo del agua de un caño cayendo sobre el suelo de piedra, aspiró el vago olor a herrumbre que salpicaba el aroma del agua y casi podía sentirlo en su boca mientras dejaba que los latidos de su corazón, antes acelerados, se acompasaran con el sonido del agua. Su respiración poco a poco iba regularizándose mientras su espalda se relajaba contra la superficie firme y fresca de la casa. Hasta que oyó los pasos y su aliento se detuvo, abrió los ojos y vio a Lucio ante ella, meciéndose hacia los lados como una marioneta que colgara de sus hilos sobre el vacío. Esa mirada que a veces tenía y que le provocaba escalofríos cubría su rostro como una careta siniestra.

—Tío Lucio, ¿qué hace aquí?

Él la miró con intensidad y los ojos vidriosos de alcohol.

—Te estaba buscando.

—Pues ya me ha encontrado —Ámbar trató de imprimir en su voz toda la seguridad que le fue posible—. Ya es hora de volver, seguro que tía Angustias nos está esperando en..

Lucio le cortó el paso y ella retrocedió de nuevo hacia la pared. Miró por encima de su hombro pero no había nadie más que ellos en el callejón.

—Tío...

—Necesitas protección, muchacha —balbuceó él acercándosele. El aliento a aguardiente obligó a Ámbar a apartar la cara con una mueca de desagrado.

—Y usted necesita una buena siesta.

Rezó en silencio por que no notara su miedo y le empujó con fuerza para apartarlo, pero él era mucho más fuerte y, a pesar de su inestabilidad, la aplastó con su enorme cuerpo contra la pared, inmovilizándola.

— ¿Cómo sabes tú lo que yo necesito? —carraspeó, pegando su cara a la de ella— Tu tío Lucio te va a decir lo que necesita, mocosa estúpida...

Ámbar forcejeó con todas sus fuerzas, asqueada, para librarse de la mole de carne que la inmovilizaba contra la pared, pero Lucio le agarró con fuerza las muñecas apretándose más contra ella y hundió su cara en el cuello de la muchacha. Una oleada de repugnancia la recorrió de arriba a abajo y deseó con todas sus fuerzas tener un objeto punzante para clavárselo en las entrañas. Se

retorcía desesperada intentando librarse de él hasta que la mano enorme del tío se estampó contra su cara. Tras un instante de sorpresa notó cómo su mejilla empezaba a arder. Aprovechó un segundo en que su muñeca había quedado libre para arañarle la cara con todas sus fuerzas, pero eso solo lo enfureció más y de un tirón le desgarró el cuello del vestido dejando el hombro al descubierto. Al abrir la boca para gritar, la mano maloliente de Lucio tapó sus labios con fuerza, ella intentó morderle sin conseguirlo mientras aquella bestia gruñía y una lágrima involuntaria bajaba presurosa por su mejilla dolorida.

Inesperadamente quedó libre de aquel cuerpo y vio cómo su tío se apartaba de un tirón hacia atrás. Alguien había tirado de él. Dio gracias a Dios mientras se retiraba de la pared y se echaba a un lado para alejarse de su agresor. Lo vio trastabillar y, por la inercia del tirón, doblarse hacia atrás y caer de espaldas. El sonido sordo de la cabeza al chocar contra el adoquín le hizo taparse la boca con una mano para ahogar un gemido de sorpresa.

En el momento en que vio brotar tímidamente un hilillo de sangre desde detrás de su cabeza y serpeando lamer el suelo de piedra, comprendió lo que había pasado y una sensación de alivio la embargó. Sin dejar de mirar el cuerpo inerte de su tío se mordió el labio, dándose cuenta de lo cruel de sus sentimientos; se alegraba de que la alimaña hubiera muerto.

— ¿Está...

La voz del muchacho la sobresaltó, había olvidado que alguien había llegado justo a tiempo, alguien le había quitado a aquella bestia de encima, alguien había matado a su tío. Ese alguien observaba con los ojos abiertos de par en par el cadáver de Lucio y luego sus propias manos, que temblaban violentamente. Como buscando una explicación a lo que acababa de hacer, dirigió a Ámbar una mirada interrogante con sus enormes ojos negros. Parecía tan desamparado que deseó abrazarlo, decirle que no se preocupara, que la acababa de salvar de Dios sabía qué, pero oyó a su espalda unos pasos ligeros y solo susurró con tono urgente:

— ¡Vete!

Él miró de nuevo el cuerpo y otra vez a ella, sin salir de su confusión.

— ¡Vete ahora mismo!, alguien viene, ¡corre!

Cuando Angustias entró en el callejón, Gabriel había desaparecido. Encontró a su sobrina arrodillada junto a Lucio, callada, abrazada a sí misma y meciéndose hacia delante y hacia atrás, como absorta. Reparó en el hombro del vestido desgarrado y la mejilla enrojecida de Ámbar, y al instante sacó sus conclusiones. Se acercó a la muchacha y la ayudó a incorporarse.

—No digas una palabra, yo me encargaré de todo.

Ámbar se abrazó a la mujer, que en aquel momento no movía ni un músculo. Los sollozos de su sobrina la hicieron temblar de la cabeza a los pies y por un instante el corazón se le encogió, rodeó el cuerpo menudo de la muchacha y le palmeó suavemente la espalda.

—Ya está —murmuró—, ya pasó. Respira... todo va a ir bien.

Mientras consolaba por primera vez a su sobrina y por encima de su hombro observaba el cuerpo muerto de aquel borracho, se preguntó cuánto tiempo había estado esperando aquel momento.

Gabriel se lavaba las manos compulsivamente cuando se dio cuenta de que su entrada precipitada en el monasterio no debió de haber pasado inadvertida a los hermanos; no había esperado siquiera a que su compañero de viaje se bajara del pescante ni le había ofrecido ayuda para descargar el carro, que hubiera sido lo más normal, había saltado como si el duro asiento de madera le quemara y había cruzado la entrada como una exhalación. Se detuvo y recompuso el gesto, debía serenarse y confiar, después de todo no sabía si el hombre estaba muerto. Muerto. El solo pensamiento le produjo ganas de vomitar. Se refrescó la cara con las manos mojadas y aspiró profundamente justo antes de que el hermano apareciera detrás de él.

— ¿Cuándo necesitaréis el carruaje, hermano?

—Ahora —contestó él con firmeza—. Debo partir inmediatamente.

Capítulo 5

Postrado boca abajo, con los brazos en cruz sobre el brillante suelo de madera pulida, Gabriel escuchaba las letanías de los santos llenar delicadamente el interior de la Catedral de San Pedro de Jaca. Había llegado el gran día de su ordenación, no con la ilusión que había esperado sino entre dudas y angustiosos recuerdos que le impedían mantener su alma en estado de paz. No, su alma no estaba en paz, menos aún allí postrado en el suelo sagrado del templo.

Eran cuatro los candidatos al presbiterado en la ceremonia que celebraban aquel día, a dos de ellos los conocía del seminario y sabía que habían estado especialmente nerviosos los días anteriores, podía verlos en sus caras y pensó que quizá su propia turbación se confundiría con la inquietud de un evento de tal importancia. Así había tratado de sosegar su ánimo al presentarse ante el altar vestido de amito, alba, estola y manípulo, los cuatro llevaban la casulla en el brazo izquierdo y en la mano derecha un cirio encendido. Había mantenido una calma relativa durante el Aleluya, pero al ser todos convocados ante el obispo para los escrutinios, al hallarse ante la imponente figura del padre espiritual, había sentido un pellizco en la boca del estómago que no desaparecería en toda la ceremonia.

Ahora, allí postrado, comenzaba a sentirse como un farsante. En unos momentos tendría lugar la imposición de manos del obispo y los sacerdotes, y cuando le pusieran las palmas santas sobre la cabeza él solo podría pensar en aquella mañana aciaga, en el sonido del cráneo del hombre al chocar contra el suelo de piedra, en el hilo de sangre y en los ojos espantados de la muchacha. "Asesino", le susurraba la voz de su víctima desde el otro lado del recuerdo.

Tras la oración consecratoria el obispo cruzó la estola sobre su pecho y le impuso la casulla, dejándola plegada en la parte trasera. Durante buena parte de la siguiente oración Gabriel estuvo ausente, no escuchaba los rezos, no veía más que figuras enfundadas en blanco y oro que se movían junto a él como si no fueran reales, como si todo aquello no fuera cierto. Su mente estaba atrapada en el callejón, en la visión de sus manos temblorosas mientras una voz gritaba "¡Vete!".

El obispo le ungió las manos con el óleo de los catecúmenos mientras el joven ordenante escuchaba lejano el Veni Creator, como en un sueño. Uno de los sacerdotes le ató las manos con la cinta mientras lo observaba con mirada beata y cierta disimulada satisfacción; le había ayudado durante sus estudios en el seminario, animándolo en los momentos bajos y siempre contestando con paciencia a las preguntas de su mente inquieta. Aquel ritual le hizo pensar en fray Ramiro, era tarea del padre o del padrino del ordenando el atar las manos pero su amigo, su hermano y en cierto modo su padre adoptivo, ya no estaba entre ellos. Sin duda le hubiera gustado acudir a su ordenación y él habría podido contar con sus sabios consejos.

Le fue entregado el cáliz con vino y agua, con la patena y la hostia sobre ella. Tras esto el obispo finalizó el ofertorio, se sentó en el centro, delante del altar, y los candidatos le fueron ofreciendo, uno a uno, un cirio encendido mientras recitaban las palabras de la consagración al unísono.

Después el obispo les entregó el oráculo de la paz y los cuatro se acercaron para recitar el símbolo apostólico. Todo ello pasó frente a Gabriel como una proyección ante sus ojos, a su alrededor nada cobraba el sentido que había esperado, todo por un desgraciado momento que había puesto su vida del revés.

El obispo impuso las manos por última vez para darle el poder de perdonar los pecados. ¿Cómo podría él perdonar los pecados ajenos cuando los propios pesaban como diez losas sobre sus hombros? Empezaba a sentir náuseas pero trató de aguantar un poco más, tras soltarse la casulla ya solo restaba hacer promesa de obediencia al obispo, cosa que Gabriel hizo con voz temblorosa. Al recibir el oráculo de la paz estuvo seguro de que se desplomaría, pero su cuerpo logró soportar a duras penas la batalla que su mente estuvo a punto de perder.

Cuando los cuatro neosacerdotes volvieron a su lugar, Gabriel cerró los ojos un momento y suspiró profundamente. Acababa de ser ordenado sacerdote y dedicaría el resto de su carrera a compensar el acto horrible que había cometido.

Había pasado la mañana despejando la casa de ramas, hojas secas y malas hierbas que habían ido adueñándose del lugar. Tras varias horas de tarea sin descanso se sentía por primera vez algo cansada, así que se sentó en el pequeño taburete de madera para descansar un momento. Desde allí miró a su alrededor, complacida.

Habían pasado varios días desde que encontrara la casa del bosque y hasta entonces no había tenido la ocasión de volver, a pesar de sus deseos; su tía, aún más controladora desde la muerte de Lucio, parecía al acecho en todo momento, esperando el instante en que Ámbar cometiera el más mínimo error para descargar su ira y su frustración contra ella. Pero hoy al fin había llegado el momento, en el pueblo vecino se celebraba una feria de ganado y Angustias, ahora dueña y señora del patrimonio, había decidido invertir en la compra de algunos animales más, de manera que pasaría casi todo el día fuera de casa.

Nada más verla desaparecer por el camino que llevaba a Urdués, Ámbar había abandonado la casa y, provista de trapos, un cubo viejo y una escoba que nadie usaba desde hacía años, se había dirigido sin dilación a la cabaña del bosque. Tras varias horas de limpieza, la casucha abandonada comenzaba a parecer algo muy distinto. La muchacha había despejado el suelo de ramas, apartado las hojas de la mesa, de lo que parecía haber servido de camastro y de una encimera repleta de tarros de cristal, había lavado con cuidado aquellas piezas tras vaciarlas con esfuerzo por evitar que el asco las mandara directamente al fondo del río; aquellos tarros estaban en su mayoría llenos de masas putrefactas que no pudo identificar, si había sido algo comestible en algún momento era algo que definitivamente no hubiera podido decir, de cualquier forma ya no veía fuerza vital alrededor de aquello, fuera lo que fuera en el pasado ahora no era más que materia inerte. Tras una concienzuda labor, una serie de cuencos de barro, recipientes de cristal y algunos utensilios de cocina aparecían limpios y ordenados sobre la encimera. La olla de la chimenea, en cambio, era algo que no había podido salvar, pero estaba dispuesta a traer una en cuanto le fuera posible.

Sí, aquello ya empezaba a parecer algo muy distinto y le gustaba, pensó mientras miraba a su

alrededor sonriendo. Se preguntó quién habría vivido allí, seguramente una persona sola, una mujer. La siguiente pregunta obvia era ¿qué le habría ocurrido?, ¿murió?, ¿se trasladó a otro pueblo? Ella podría vivir allí, completamente sola, hasta el final de sus días, se dijo, sin su tía obligándola a trabajar, observando sus movimientos en silencio, podría disfrutar de aquella quietud, de la soledad y del aislamiento, cada día por el resto de su vida.

Un grito conocido la trajo de vuelta de sus pensamientos, el cuervo se había apostado en el hueco de la ventana y la miraba con curiosidad.

—Solo estaba descansando un poco —se excusó Ámbar poniéndose en pie, dispuesta a seguir trabajando—. ¿Has venido a echarme una mano o solo a mirar?

El cuervo lanzó otro graznido y entró en la casa torpemente, revoloteó dando aletazos cerca de la chimenea y finalmente buscó la salida por la misma ventana por la que se había colado en el interior, desapareciendo de su vista.

—Pájaro loco —murmuró ella más divertida que molesta por la extraña visita, y continuó con su labor de limpieza.

Se dirigió directamente a la encimera, por encima de la cual pendía una cuerda deshilachada de la que colgaban diversos ramos de hierbas secas. Las fue descolgando con cuidado de no dañarse las manos, pues algunas tenían espinas, y las arrojó a un rincón cerca de la chimenea, donde había un buen montón de ramas y hojas que aún no había retirado, lo haría más tarde usando una sábana vieja que había traído. Durante un rato más continuó limpiando mientras tarareaba alegremente una musiquilla que había oído una vez durante las fiestas del pueblo; siempre que estaba contenta —cosa que no ocurría a menudo— recordaba aquella melodía pegadiza y la tarareaba repitiendo constantemente la única parte que conocía.

Se disponía al fin a retirar todo lo acumulado en el montón del rincón, junto a la chimenea, para dar por finalizada la labor del día y volver a la granja, no quería arriesgarse a llegar demasiado tarde y que su tía encontrara la casa vacía. Así que se apresuró y, ayudándose de la escoba, fue vertiendo la maleza y los ramajes sobre la sábana extendida en el suelo. Cuando no había retirado más que una parte se detuvo, la escoba había chocado contra una superficie dura. Apartó algunas ramas más con las manos y dejó al descubierto una caja de madera. Era un pequeño arcón muy sencillo de madera a medio carcomer y remates herrumbrosos en las esquinas, no parecía en absoluto un objeto de valor pero a Ámbar el descubrimiento la llenó de emoción. Miró alrededor como si temiera que alguien la sorprendiera con las manos donde no debía y, tras asegurarse de que se hallaba en completa soledad, se decidió a abrir la misteriosa caja. No tenía siquiera cerradura, así que la tapa cedió sin problemas, aunque sí con un estridente chirrido metálico. Ámbar se asomó al interior, muerta de curiosidad.

Lo que encontró dentro de la caja excedía cualquier expectativa que pudiera haber albergado, ni el tesoro más valioso podía haberse comparado con aquello. Por un momento no se atrevió a moverse, no sabía si debía tocarlo o sacarlo de la caja sería una especie de sacrilegio, pero el fin se armó de valor e introdujo las manos temblorosas en el arcón. Lentamente extrajo el primero de los libros que hasta entonces habían dormido en el oscuro interior de la caja, olvidados, abandonados y sumidos en el silencio de una casa sin dueño. Con los ojos muy abiertos lo observó detenidamente, aún sin abrirlo. Aunque nunca había tenido uno en sus manos, sabía que era un libro porque los había visto a veces en el mercado, un comerciante los traía de cuando en

cuando y ella siempre remoloneaba en torno a él, mirando de reojo pero sin atreverse a acercarse y mucho menos a tocarlos.

Recordó la primera vez que había visto uno. Era también la primera vez que veía por allí a aquel comerciante y eso captó su atención; el hombre mostraba su mercancía a un monje que iba de paso por Urdués y éste, aunque parecía interesado, hizo un gesto negativo y señaló de forma imprecisa hacia algún punto de la lejanía, donde debía de estar su abadía. El comerciante pareció complacido a pesar de la negativa del monje y se frotó las manos, pensativo, una vez éste se hubo marchado. Luego pareció darse cuenta de que alguien más se había quedado prendado de su mercancía; al ver a la niña, con los ojos muy abiertos y la mirada clavada en uno de los libros, se echó a reír y le acercó el ejemplar que tanto parecía captar su atención. La pequeña alargó la mano para tocarlo pero el comerciante lo apartó rápidamente y lo protegió de los dedos infantiles como quien defiende un objeto de gran valor. Ese día Ámbar había quedado impresionada, aquel libro era lo más hermoso que había visto nunca, y se dijo que algún día tendría uno, solo ella lo tocaría, sería su tesoro. Ahora, por primera vez en la vida, sus manos sostenían un ejemplar, uno que nadie le arrebataría.

Lo abrió con cuidado y las páginas crujieron como hojas secas. Echó un vistazo al interior y éste le sorprendió aún más. Unos dibujos de exquisito trazado mostraban con todo detalle distintas plantas, los dibujos aparecían rodeados de letras que Ámbar no supo interpretar; esto le produjo cierto desencanto pero no mermó su curiosidad, así que continuó hojeando el libro. Plantas y más plantas, letras y más letras, algunos de los dibujos le resultaban familiares pero no conocía sus nombres. Cuánto hubiera deseado ser capaz de descifrar aquella caligrafía pequeña y apretada, tan hermosa como enigmática, y conocer los secretos que encerraba aquel libro, hacer suya la sabiduría contenida en aquellas páginas que olían a polvo, a tinta lejana y a leña seca.

Suspirando cerró el libro y lo apretó contra su pecho. Sería su tesoro y lo protegería como hizo aquel comerciante con su preciada mercancía, pero ella no se separaría de aquel objeto tan especial. Sonrió feliz, encantada con el descubrimiento y llena de dicha y agradecimiento por habersele permitido encontrarlo y darle de nuevo un dueño, alguien que lo liberase del olvido y lo custodiara con cariño y respeto. Ámbar devolvió el libro al interior de la caja de madera depositándolo con cuidado sobre los otros libros y junto al resto de los extraños objetos que poblaban el arca. Decidió que examinaría todo aquello en su siguiente visita, aquel día ya se le hacía tarde y debía volver.

Antes de salir de la casa se dio la vuelta y se quedó mirando al interior, satisfecha por el trabajo realizado y por el aspecto que ahora ofrecía, ya limpia y despejada de hojas y ramas, gracias a su esfuerzo. Empezaba a asemejarse al hogar que tenía en mente. Sonrió complacida y emprendió el camino de vuelta.

Angustias bordaba, silenciosa, junto al escaso fuego de la chimenea. Ámbar la observó disimuladamente, a su tía no le gustaba que la mirasen fijamente y no quería provocar su cólera, especialmente aquella tarde. La mujer parecía concentrada en su labor, los labios apretados y el gesto tenso, como de costumbre, daba la impresión de no darse cuenta de que existía un mundo a su alrededor, fuera de los límites del bastidor. Ámbar sabía que en realidad, aunque sus ojos se

empeñaran en clavarse en el bordado, su mente se afanaba por recorrer territorios lejanos, lo sabía porque podía verlo, unos finos rayos amarillentos se desprendían de ella, especialmente desde la zona de la cabeza, cada vez que su tía se ensimismaba de aquella manera. Ámbar lo prefería a las nubes oscuras que se formaban a su alrededor cuando se enfadaba, así que se limitó a observar de soslayo los pequeños e inquietos filamentos.

La muchacha continuaba con su labor tratando de imitar a la otra, solo de cuando en cuando dirigía sus miradas furtivas hacia la mujer que bordaba en silencio, estudiándola, esperando el momento adecuado para salir. Casi no podía esperar, esa noche planeaba llevar algo muy importante a la casa del bosque y estaba deseando ver cómo quedaba en el hogar que poco a poco, muy lentamente, iba construyendo para sí misma. Una sonrisa involuntaria asomó apenas a las comisuras de sus labios y, al darse cuenta, dirigió una rápida mirada a su tía, esperando que no se hubiera percatado del gesto. Reprimió un suspiro de alivio al comprobar que Angustias continuaba bordando con los ojos pegados a la tela.

La observó un poco más atentamente. Desde la muerte de su marido parecía haber envejecido, su pelo se había cubierto de canas y el rostro, ya de por sí tenso, se había endurecido considerablemente. Los ojos, que Ámbar jamás había visto brillar bajo ninguna circunstancia, se habían vuelto aún más opacos, casi carentes de humanidad. De repente esos ojos sin brillo se alzaron hacia la muchacha y ésta sintió un latigazo de temor.

—No me mires —graznó la tía con voz ronca—, me vas a echar un mal de ojo.

Ámbar apartó la vista de inmediato y, un segundo más tarde, se oyó un trueno en la lejanía. Para ella fue como una señal del cielo, el momento perfecto para salir de allí. Se levantó con gesto presuroso y la otra la miró con estupefacción.

— ¿Qué te pasa, niña?, ¿has visto al diablo?

—Dejé ropa tendida —se justificó Ámbar, deteniéndose tan solo un instante para dar su explicación— y va a llover. Más vale que la recoja antes de que se ponga perdida.

Angustias blandió la mano en el aire indicando que podía irse con viento fresco y volvió a su labor. Ámbar salió corriendo y se dirigió apresuradamente hacia la parte trasera de la casa, donde había dejado algunas prendas colgadas en el tendedero. Lo había planeado todo con antelación; previendo que se avecinaba una tormenta, había escondido su última adquisición en el granero, bajo un montón de paja, había dejado alguna ropa tendida y a la intemperie para contar con una excusa que le permitiera ausentarse. En aquella época a media tarde ya estaba oscuro, se ampararía en las sombras para deslizarse hasta el granero, coger su pequeño tesoro y llevarlo a la cabaña del bosque. Estaba convencida de que su tía no saldría de la casa con aquel frío y la amenaza de tormenta, le daba demasiado miedo y nunca ponía un pie fuera de la casa hasta que los elementos se calmaban. Al volver se inventaría alguna historia para justificar su tardanza; un tobillo torcido que le había impedido moverse durante un rato, un pobre gato vagabundo que le había dado pena y había instalado en el cobertizo, cualquier cosa valdría, como de costumbre su tía no la escucharía de todas formas.

Recogió la ropa y se la colgó del brazo, salvó la oscuridad que la separaba del silo y entró sigilosamente, tratando de no hacer ruido que pudiera levantar las sospechas de su tía. Dejó la ropa sobre un taburete, cerca de la entrada, para recogerla lo más rápidamente posible a su vuelta, y fue directa al escondite donde había guardado, bajo un montón de paja, el objeto que pensaba

llevar a la casa. Sus dedos nerviosos pronto chocaron con la superficie suave y dura de la caja, la extrajo con cuidado y la observó un instante; el pequeño joyero de madera labrada que su padre había fabricado hacía años para su madre descansaba ahora entre sus manos, era un objeto preciado que la hacía pensar en la sonrisa de su madre, la que iluminó toda la casa cuando recibió el regalo. Ámbar recordaba aquel rostro radiante como si estuviera allí mismo, frente a ella. Había conseguido ocultar la caja durante años para salvarla de las garras de su tía, llevarla a la casa del bosque sería la forma perfecta de mantenerla definitivamente a salvo de la rapiña.

La ocultó bajo la toca de lana que llevaba puesta para resguardarse del frío y salió apresuradamente del granero. Nada más salir a la oscuridad del exterior unas manos fuertes la agarraron por los hombros y la empujaron haciéndole perder el equilibrio hasta caer al suelo. La caja se le clavó en las costillas y gritó de dolor, pero trató de incorporarse lo antes posible. El suelo se escurrió bajo sus pies y volvió a caer antes de poder incorporarse, había ido a parar sobre un charco reseco y el barro la había hecho resbalar. Cuando intentaba de nuevo levantarse, una figura oscura se abalanzó hacia ella y un dolor sordo la hizo doblarse en dos; había recibido una patada en el vientre y el dolor anuló por un momento su conciencia. Se encogió sobre sí misma, gimiendo. Segundos más tarde notó apenas cómo unas manos invasivas la registraban sin miramientos; trató de defender la caja protegiéndola con su cuerpo pero un fuerte golpe en la cabeza la dejó atolondrada y su cuerpo se aflojó hasta quedar laso mientras iba perdiendo la conciencia. Tuvo el tiempo justo para oír murmurar a su tía un "¿qué tenemos aquí?" y escupir un "ladrona" antes de que todo desapareciera tras una espesa cortina de nubes rojas.

Con la conciencia llegaron también unas intensas punzadas en la cabeza, al despertar sintió que su cerebro palpitaba de dolor. Después vino el olor del heno y antes siquiera de abrir los ojos supo que se encontraba en el granero. La escasa luz que se colaba a hurtadillas por la claraboya del techo llenaba aquel lugar de penumbras y confundía sus sentidos hasta hacerle dudar de dónde se hallaba exactamente. Le daba igual, se sentía tan cansada que no pensaba ir a ningún sitio, no quería moverse ni quería pensar, aquel dolor de cabeza la anulaba y la agotaba, pero le dejó la conciencia suficiente para preguntarse por el motivo de aquel cansancio extremo.

Al intentar incorporarse de mala gana obtuvo la respuesta. Su cuerpo estaba empleando todas sus energías en lidiar con las heridas; una punzada aguda le laceraba el vientre y las costillas con el más leve esfuerzo, las piernas no le respondían del todo y en los brazos un dolor sordo le impedía usarlos de apoyo. Por un momento quiso quedarse en el suelo, sin moverse, todo le hacía daño y no tenía fuerzas para soportar el padecimiento, pero el suelo estaba duro y húmedo, y prefería hacer un esfuerzo y aguantar un poco más con tal de llegar a su cama, allí se abandonaría al sueño y dejaría que sus miembros recuperasen algo de fuerza.

Entre gemidos se incorporó a medias y encorvada se acercó a la puerta del granero, se enganchó a la madera del portón y, apretando los dientes para soportar el dolor, tiró de ella. Nada. La puerta se resistió. Confusa, volvió a tirar, ahora con más fuerza, lo que le arrancó un quejido lastimero. La puerta seguía sin ceder y Ámbar entendió que su tía había cerrado desde fuera, la había encerrado probablemente con la intención de dejarla allí toda la noche. La comprensión de su situación fue como un golpe final, las rodillas le fallaron y su cuerpo se dobló definitivamente

hasta postrarse en el suelo sucio de la entrada del granero. El desprecio que aquella mujer, la única familia que conocía, sentía hacia ella era tan profundo y evidente que podía notarlo físicamente clavándosele en el corazón y desgarrando todo a su paso.

Se encogió sobre sí misma y cerró los ojos, doloridos por el escozor de las lágrimas que acudían, inevitables y traidoras, para dar testimonio de su miseria, y esperó, allí acurrucada junto a la puerta, a que las pocas fuerzas que le quedaban la abandonaran y la dejaran al fin caer en la inconsciencia.

Sin embargo la inconsciencia no llegó, en su lugar algo muy distinto se abrió paso a través del dolor hasta aflorar a la superficie, una conciencia clara e inequívoca de su existencia, un estado de presencia absoluta en el que no solo sentía cada herida en su cuerpo sino también el tacto de la tela que la vestía, tosca y al mismo tiempo liviana sobre su piel, el fresco que se colaba bajo la rendija de la puerta cerrada, el olor a paja y humedad, la oscuridad cerrándose en torno a ella. En aquel silo vacío ocurría la vida como en una ciudad llena de gente y bullicio, pero oculta bajo el silencio de la noche cerrada; el aleteo de una polilla, el siseo del viento colándose por las rendijas, el crujir de la madera del tejado y el latir de su propio corazón, todo ello supurando vida como un milagro cotidiano que duraba el segundo de un instante y que siempre había estado ahí, en ese ahora eterno.

Ámbar había dejado de llorar, no porque ya no sintiera el dolor o el cansancio, sino porque lo percibía más claramente que nunca pero no importaba, como no interesaba la situación que la había llevado hasta allí; solo existía el momento presente, rotundo e inequívoco, en que de alguna forma todo cobraba sentido. Allí acurrucada junto a la puerta cerrada, sonrió feliz. Había encontrado al fin el bosque dentro de ella, su ahora fuera de la situación y del lugar, por primera vez sentía aquel poder en su interior sin hallarse en el abrigo de la Naturaleza. Sonrió porque se había elevado por encima del dolor y, aunque fuera por un momento que duraría lo que tuviera que durar, era en ese instante dueña de sí misma y esa poderosa sensación, esa certeza, era algo que nadie podría ya arrebatarse: un refugio eterno en su interior, el lugar seguro al que poder volver.

Acababa de terminar de preparar el sermón cuando unos toques en la puerta dieron paso al rostro amable de doña Rosario.

—Ha llegado esto para usted, padre.

Se acercó un poco encorvada y le entregó la carta, Gabriel le dio las gracias y ella, antes de volverse para salir por donde había entrado, sentenció con una pizca de timidez:

—Espero que no nos deje tan pronto...

Era evidente que su curiosidad había vencido a la discreción, la carta venía de la diócesis de Jaca y doña Rosario, diligente como era, se había encargado de averiguar y difundir procedencia, vida y obra del nuevo sacerdote en los escasos tres meses que llevaba en el pueblo. Abrió la carta con cierto nerviosismo; había dejado constancia de su deseo de volver a Huesca cuando hubiese un puesto libre en cualquier emplazamiento de la provincia, quizá había llegado el momento de volver a casa. No se equivocaba, en la carta se le informaba de que la parroquia de San Salvador necesitaba quien se hiciera cargo de ella tras el fallecimiento del párroco, le ofrecían el puesto y,

de aceptar, esperaban su llegada lo antes posible.

Sonrió ante la perspectiva de volver. En cinco años había pasado por siete parroquias, estaba cansado de deambular y, por qué no admitirlo, echaba de menos el paisaje escarpado de su adolescencia, su tierra de adopción y el hogar que había conocido desde que fray Ramiro se hiciera cargo de su tutelaje hacía ya demasiado tiempo para molestarse en recordarlo. Se levantó y de un arcón situado bajo la ventana extrajo un libro de aspecto antiguo, el grimorio que fray Ramiro le dejara tras su muerte. Lo acarició, nostálgico, dejando que los recuerdos se vertieran en su mente. La vuelta a Huesca era el retorno a esa parte de su vida donde había descubierto su vocación, pero también donde había probado el sabor de la obsesión, donde había tomado contacto por primera vez con el misterio y donde se había hecho tantas preguntas que aún permanecían sin respuesta. La sonrisa desapareció cuando ella emergió desde la oscura sima que custodiaba su recuerdo; volver significaba también el pelo rojizo y los ojos ámbar, era volver a buscarla entre la gente y reencontrarse con la tragedia.

Devolvió el grimorio al arcón y se miró las manos, temblaban como aquel día en el callejón. Cerró los ojos y escuchó su voz murmurando "vete". Cerró de golpe la tapa del arcón y apretó los puños, se dirigió al escritorio con decisión y comenzó a escribir una carta de respuesta.

En cuanto le era posible, Ámbar se alejaba de la casa y de Angustias, lo hacía cada vez más a menudo y cuantas veces le era posible, con la cesta de la ropa y la excusa de ir a lavar al río o con un cubo y el pretexto de acercarse a por agua, se alejaba de allí como si huyera del mismo diablo. En esta ocasión se dirigía hacia el río con la mayor diligencia, dejaría el cubo lleno de agua en la rivera y se desviaría hacia su pequeño refugio. A la vuelta recogería el agua y volvería a la casa cargada con él, dispuesta a recibir otra reprimenda por la tardanza.

Ámbar observaba atentamente las plantas del camino, tratando de identificar algunas de las que había visto en el libro de los dibujos. Recogió algunas que le resultaban familiares y las fue guardando en el delantal, que llevaba recogido a modo de bolsa, también cortó algunas campanillas y, provista con todo lo que pensó necesitaría, llegó a la cabaña. Colocó las flores en uno de los tarros que había limpiado el día anterior y lo puso sobre la mesa, sonrió con satisfacción y luego fue en busca del libro de plantas para dar utilidad a las que había traído. Cuando las hubo reconocido, separó el tomillo y el perejil, y guardó el resto en los recipientes que aún tenía libres. El dibujo de un rasguño en la piel aparecía en el libro junto a una de las plantas que había seleccionado y que, si no la había identificado mal, se trataba del tomillo; haría una infusión junto con la manzanilla que había hurtado de la despensa de Angustias, serviría para curar su rodilla magullada. La otra planta, que sin duda era perejil, al parecer podía usarse en caso de moretones como el que la garra crispada de su tía había dejado en su antebrazo.

Con diligencia se puso manos a la obra. Encendió un pequeño fuego y puso a hervir un poco de agua de la que había traído el día anterior, era un cubo grande y le había costado mucho tiempo y esfuerzo traerlo pero valía la pena, tendría agua para varios días. Mientras el fuego hacía su trabajo, con cuidado y dedicación fue haciendo pedacitos y majando ambas hierbas seleccionadas por separado. Al tomillo le añadió la manzanilla y lo apartó en un cuenco, el perejil lo mezcló con un diente de ajo de una cabeza que había traído hacía unos días, también por cortesía involuntaria

de su tía, y añadió un poco de sal. Mientras majaba los ingredientes contempló con satisfacción su cocina; aún había muchos tarros vacíos, pero poco a poco iba trayendo elementos que pensaba podría necesitar, la mayoría de ingredientes que identificaba en el libro pero también remedios que conocía por haber visto a Angustias prepararlos y aplicárselos a Lucio y a ella misma.

Cuando la mezcla le pareció suficientemente espesa, untó una cantidad considerable entre dos tiras limpias de trapo y se lo colocó sobre el cardenal del brazo, lo ató tirando de un extremo con los dientes y ladeó la boca no demasiado convencida; probablemente sería más fácil hacérselo a otra persona que a una misma, pero de momento le pareció suficiente y se dijo que con la práctica mejoraría. Después limpió la herida de la rodilla con un chorreón de limón que le hizo saltar las lágrimas de dolor y aplicó el unguento de tomillo y manzanilla después de colar la infusión, que ya estaba lista. Tapó también esta herida con otra tira de tela y esta vez observó su obra complacida.

Se bebió el resto del té de hierbas mientras descansaba sentada en el banquito junto a la mesa de piedra. Paladeó el líquido oloroso y aún humeante como saboreaba la placidez de aquel lugar, la paz de sentirse completa en su hogar. Sí, se dijo, su hogar. Aquella cabaña se había convertido en poco tiempo en el lugar donde se sentía segura, a gusto, feliz y completa, algo que nunca antes recordaba haber experimentado. La pequeña cabaña del bosque no solo le había ofrecido refugio y un nuevo hogar, también había despertado su curiosidad por las plantas, el deseo de aprender, y le había ayudado a encontrar un propósito que apenas se dibujaba en el fondo de su mente pero que notaba emerger cada día hacia la superficie de su conciencia.

El libro de sanación, como había empezado a llamarlo, se encontraba aún abierto sobre la mesa y Ámbar enfocó de nuevo su atención en él. Era la primera vez que lo usaba de forma práctica y estaba entusiasmada con aquella prueba inicial. La idea de que podía cuidar de sí misma le hacía sentir bien, le ayudaba a imaginar una vida sin Angustias, sola, allí en la casa de piedra. Hojeó un poco más las páginas del libro, le gustaba observar los dibujos tratando de descifrar lo que su falta de conocimiento no alcanzaba a entender, y fantaseaba con aprender un día a leer y descubrir todos los secretos de aquel libro... de aquel y de los otros, se dijo al tiempo que dirigía una mirada al arca aún abierta en el rincón. Aún no se había decidido a mirar con detenimiento los otros ejemplares; había abierto el más pesado y los símbolos extraños de que estaban repletas algunas de sus páginas la habían intranquilizado. Con seguridad Angustias habría dicho que se trataba del lenguaje del Diablo y lo habría arrojado al fuego en un instante, pero ella no pensaba que la antigua moradora de aquella casa hubiera usado un libro maldito, más bien le parecía una sanadora, y el libro de las plantas era prueba suficiente para ella.

A punto estaba de sacar del arcón el misterioso libro cuando oyó un ruido que la puso inmediatamente alerta. El cuervo que solía merodear por allí se posó en el borde del ventanuco y emitió un fuerte graznido, luego salió volando. Ámbar guardó el libro de las plantas, cerró la caja de madera y la cubrió con una sábana vieja. El ruido continuaba, eran hombres, al menos dos, sus voces se acercaban a la casa quebrando el silencio del bosque allí por donde pasaban. La muchacha miró a su alrededor, el interior de la casa presentaba un aspecto cuidado, si se les ocurría entrar descubrirían que alguien había estado ocupándola. La idea la llenó de inquietud, pero no había mucho que pudiera hacer, salvo desaparecer de allí lo antes posible. Salió de la cabaña y se deslizó hacia la parte de atrás. No había donde esconderse, solo un suelo alfombrado de hojarasca y maleza, pero también había un gran árbol de ramas fuertes. Sin pensarlo dos veces

trepó lo más rápidamente que pudo y se agazapó entre las hojas. Trató de serenarse para calmar su corazón, que latía a trompicones dentro de su pecho agitado por la respiración irregular.

Las voces se escuchaban ya a escasos metros, Ámbar observaba expectante hasta que los vio aparecer. Eran dos, como había pensado, llevaban ropas muy modestas y sendos rifles colgados del hombro, por lo que interpretó que se trataba de simples cazadores buscando pequeñas presas para su propio sustento. Se detuvieron cerca de la puerta.

— ¿Quién vive aquí? —preguntó uno de ellos, extrañado.

—Nadie.

El primero hizo amago de acercarse a la ventana pero el otro lo detuvo agarrándole un brazo.

—No te acerques —miró a su alrededor con gesto temeroso—, no es seguro.

— ¿De qué estás hablando?

—Es la casa de la bruja.

El otro volvió a mirar hacia la cabaña, pero esta vez no hizo ni el intento de acercarse.

—Las brujas no existen —dijo, con poco convencimiento en la voz.

—Pues aquí vivía una y no me apetece encontrármela.

— ¿Vivía?, ¿está muerta? —preguntó el hombre con una sonrisa burlona y, al asentir el otro, exclamó: — ¿Cómo te la vas a encontrar entonces, imbécil?

—Me da igual, no me gusta este sitio. ¡Vámonos!

El otro dudó un momento.

— ¿Estás seguro? —se fue acercando muy lentamente a la puerta—, podríamos echar un vistazo...

Ámbar observaba con el alma en vilo, deseando con todas sus fuerzas que se marcharan, pero aquel tipo no estaba dispuesto a irse sin más. Se colocó frente a la vieja puerta de madera y alzó el puño, dispuesto a llamar, aunque tenía la intención de entrar de todas formas. En el momento en que fue a descargar el puño sobre la madera, el fuerte graznido de un cuervo le hizo dar un respingo. El pájaro negro pasó volando a ras de su cabeza y le hizo agacharse con un movimiento instintivo. El otro se abalanzó hacia él y lo apartó de la puerta tirando fuertemente de su brazo.

—He dicho que nos vamos —terció, notablemente alterado. Su amigo se dejó arrastrar sin decir nada, pero seguía mirando la casa y al cuervo, que se había posado sobre el tejado y los observaba con mirada retadora.

Ambos se alejaron mascullando y sus voces se fueron alternando mientras discutían bosque adentro. Ámbar respiró aliviada y esperó unos minutos antes de bajar del árbol, quería asegurarse de que los cazadores se habían alejado lo suficiente. Al disponerse a bajar, algo en el suelo captó su atención; desde allí arriba se podía apreciar lo que parecía una sepultura, se encontraba en su mayor parte disimulada por el manto de la naturaleza, pero se apreciaba apenas la forma inconfundible del rectángulo y de una pequeña cruz coronando uno de los extremos. Bajó del árbol y fue directa hacia la tumba, apartó las hojas secas y despejó la cruz. Construida precariamente con dos ramas atadas con una cuerda de esparto, se inclinaba endeble pero persistente, a medio caer por el paso del tiempo y el golpeo de los elementos. La rama más corta, la horizontal, había

sido grabada torpemente con lo que Ámbar supuso sería un nombre, y de ella colgaba un pequeño rosario de cuentas de madera oscura. Lo tocó apenas pero no quiso descolgarlo, alguien lo había dejado allí para la persona que yacía en la tumba, probablemente la antigua dueña de la casa. Aquel cazador la había llamado "bruja", pero alguien se había preocupado de darle sepultura y de grabar su nombre en una cruz, alguien había dejado aquel rosario para ella, seguramente una persona que la había apreciado, quizá incluso amado... Hasta donde ella sabía, una bruja moría sola, acompañada tan solo por el diablo y sin cristiana sepultura, al menos eso era lo que Angustias le había enseñado.

Con mucho cuidado agarró la cruz por el centro para enderezarla y afianzarla a la tierra. En el instante en que su mano tomó contacto con el nombre grabado en la madera, un susurro triste resonó en su oído: "Águeda". Más sorprendida que asustada soltó la cruz. Miró a su alrededor y aguzó el oído, quizá fuera uno de los hombres quien había hablado, pensó. Pero pasados unos momentos desechó la idea, estaba completamente sola, al menos en el mundo de los vivos.

Se armó de valor y volvió a tocar la cruz, esta vez apenas rozando la inscripción con las yemas de los dedos. La triste voz del hombre volvió a sonar pronunciando aquel nombre con claridad: "Águeda". Fue como escucharlo en su interior más que como oírlo por fuera. De cualquier manera Ámbar supo que ése era el nombre de la dueña de la casa y que la voz era la de un hombre que la había amado profundamente, que la había llorado y enterrado, lo supo como sabía muchas cosas, con una certeza de corazón.

Una mujer que había sido amada así no podía ser una bruja, se decía más tarde Ámbar recordando lo que había descubierto ese día, pero mientras cargaba el cubo lleno de agua camino de la granja, volvió a pensar en el libro de los misteriosos símbolos y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. En ese momento decidió que debía saber más sobre la dueña de la casa y comenzó a trazar un plan.

En la sala de estar todo era silencio salvo por el chisporroteo de la vela a punto de consumirse. Ámbar se levantó y, diligentemente, la cambió por una nueva antes de que su tía lo ordenase. Quería tenerla satisfecha y tranquila aquella noche, de lo contrario no conseguiría la información que esperaba sonsacarle. Volvió a su silla y hundió los ojos en el bastidor como si nada más le importara en ese instante, mientras decidía cuál sería la mejor forma de empezar. No le pasó desapercibida la mirada desconfiada de Angustias; a veces la miraba con tal intensidad que podía sentir sus ojillos puntiagudos taladrándole el rostro, hubiera jurado que podía ver sus pensamientos pasar uno a uno deslizándose interminables por su frente. Eso la puso nerviosa y se pinchó el dedo, ahogó la queja en la garganta antes de que saliera pero su tía se dio cuenta de todas formas.

—Cuidado —terció, y sonó realmente a advertencia—, una gota de sangre y lo habrás arruinado.

—Lo siento, tía, me he distraído.

—Qué novedad...

Ámbar evitó mirarla a la cara para no ver su ceja alzándose con desdén, y continuó con la labor mientras se imaginaba a sí misma pinchándose los dedos y manchando a propósito todo el

bordado, luego se lo ofrecía sonriendo a su tía y ésta se retorció de rabia en espasmos incontrolables hasta caer muerta sobre el suelo de la salita.

—No se apure, tía, no hay sangre.

—No me preocupa lo más mínimo —contestó la otra con desinterés—, es tu ajuar, tú verás lo que haces con él.

Y seguía remendando despreocupadamente la camisa de su difunto marido; remendaba y arreglaba sus ropas para luego venderlas en el mercado, ésa era una de las pocas prendas que le quedaban de Lucio. El supuesto ajuar que cada noche Ámbar bordaba cuidadosamente acababa también en el mercado y su tía no se cuidaba siquiera de disimular.

La muchacha detuvo la aguja a un milímetro de la tela y miró a Angustias directamente a los ojos. Durante unos segundos se sostuvieron la mirada como en un pulso, tenso, casi doloroso, en silencio, luego Ámbar volvió a clavar la vista en la tela y su tía sonrió apenas con aire autosuficiente.

La primera vez que la vio meter las prendas en el carro para llevarlas al pueblo junto con la ropa de Lucio, los vegetales y los huevos, le preguntó qué iba a hacer con su ajuar, acababa de terminar el bordado de las sábanas por primera vez y se sentía orgullosa de su trabajo. Su tía le golpeó las manos con la fusta tan fuerte que tuvo que esperar más de una semana para volver a bordar, de manera que no se le ocurrió volver a replicarle. Ya llevaba tres juegos de sábanas completos y ninguno vestiría su cama.

Ámbar trató de apartar aquel recuerdo de su mente y concentrarse en el asunto que realmente le interesaba en aquel momento. Hacía dos días había aprovechado la visita de la Tomasa, su vecina más cercana, para indagar un poco sobre la dueña de la casa del bosque. La mujer parecía no saber nada al respecto, pero cuando había mencionado el nombre de Águeda, una mueca apenas disimulada había tensado sus labios y se había limitado a contestar:

—Pregúntale a tu tía, yo no conozco a ninguna Águeda.

La visita había durado poco más y la Tomasa se había alejado como quien huye de un mal agüero. Angustias era de momento su única opción. Se aclaró un poco la voz para que sonara más suave, se armó de valor y, sin dejar de bordar, hizo uso de su tono más casual.

— ¿Sabe, tía?, no recuerdo el nombre de mi madre.

La otra lanzó un suspiro como si llevara horas escuchando la misma historia y su paciencia se hubiera acabado.

— ¿Ya estamos con la cantinela de los nombres?

Mal comienzo. Una nubecilla oscura surcó la zona de su garganta pero luego desapareció tras su cuello arrugado.

—Es solo que nunca la menciona —inmediatamente se arrepintió de haber lanzado aquel comentario. Por un momento temió lo peor, pero la mandíbula de Angustias se destensó y simplemente graznó:

—Esperanza —dejó la camisa a un lado y comenzó a recoger los utensilios de costura—, tu madre-que-en-paz-descanse se llamaba Esperanza.

—Gracias, tía.

Mirándola de soslayo la vio detenerse y quedarse pensativa con el carrete de hilo en la mano, a medio camino del costurero. Ámbar interpretó este silencio con esperanza, quizá Angustias tenía después de todo algo parecido a un corazón y éste, en ese momento, recordaba con cariño a la cuñada muerta. Este pensamiento y la ausencia de nubes oscuras alrededor de su tía le dio ánimos para aventurarse un poco más en la conversación.

—Me pregunto cuál era el nombre de su madre.

—Tu abuela se llamaba Águeda.

Aunque era exactamente la respuesta que había esperado, a Ámbar el corazón le dio un vuelco, pero no debía detenerse ahora que su tía parecía dispuesta a hablar.

— ¿Qué recuerda de ella, tía? —la otra le dirigió una de sus inequívocas miradas de sospecha y ella se encogió de hombros cándidamente—. Tengo un poco de curiosidad, eso es todo.

Angustias pareció relajarse y continuó recogiendo la labor.

—Qué recuerdo de ella... —torció la boca como si le hubiera dado un ataque de acidez— que no era buena, eso recuerdo.

— ¿Cómo murió?

Su tía se levantó, tomó el costurero y lo guardó en un rincón, donde solía dejarlo. Antes de salir de la habitación se quedó mirando a su sobrina con desdén, abrió la boca para decir algo pero volvió a levantar la ceja y, simplemente, terció de mala gana:

—Ve terminando con eso y no te olvides de apagar la vela, la cera cuesta dinero.

Se dio la vuelta y desapareció tras la oscuridad del umbral. Ámbar continuó con el bordado mientras pensaba, sonriendo satisfecha, que por el momento había conseguido la información que necesitaba.

Capítulo 6

Ocurrió el día de su cumpleaños. Sabía que aquel día era el aniversario de su nacimiento, no porque lo celebrara sino porque hacía un par de años Angustias se lo había revelado, así sin más, para inmediatamente añadir con su acostumbrado tono de desdén:

—No te vayas a creer que vas a recibir algo, no hay nada que celebrar.

No obstante Ámbar pronunció un tímido "gracias", pues por simple que pudiera parecer, conocer la fecha en que había nacido la ayudaba a conocerse algo mejor; era solo un dato, pero pertenecía a su vida, era suyo, significaba que un día como aquel hacía veinticinco años había comenzado su historia. Su agradecimiento era auténtico y brotó con honestidad de su corazón humilde, sin embargo para su tía una sencilla palabra como aquella significaba un reto, implicaba un acto de rebeldía, una provocación que la desafiaba a dar más. Aquella jovencita desagradecida nunca tenía suficiente, así que usaba sus artimañas para manipularla, sus malas artes de bruja a medio hacer, como esa vocecita inocente que —ella lo sabía bien— solo escondía malicia y sed de venganza. No, no le daría más, ya se estaba arrepintiendo de haberle revelado aquella información y de su boca no saldría ni un aliento que pudiera servir a sus indignos propósitos.

—"Gracias" —la remedó con desprecio—. Si de verdad quieres agradecérmelo, demuéstrolo y ponte a trabajar. Hoy vas a hacer tu parte y la mía.

Ya se alejaba de ella cuando se volvió y, con una radiante sonrisa que en su rostro tenso parecía más bien una mueca vacía, graznó:

—Feliz cumpleaños, niña.

Desde entonces, cada vez que llegaba ese día le tocaba trabajar el doble, el regalo de su tía se había convertido en un clásico que ella aceptaba sin rechistar. Aquel día había terminado sus labores agotada y aún le quedaba completar parte del trabajo que solía hacer la otra. Ambas se encontraban en la salita, la muchacha doblaba con delicadeza la ropa limpia recién recogida del tendedero mientras Angustias, sentada en el sillón de siempre junto a la ventana, la observaba en silencio.

En esos momentos Ámbar no necesitaba siquiera mirarla para saber que las nubes oscuras revoloteaban a su alrededor, casi podía sentir las, esas y sobre todo las color escarlata, a veces salían disparadas como emanaciones de un rojo oscuro, intenso, y se expandían por toda la habitación, otras se movían lentamente como si quisieran alejarse de ella para volver a su interior, clavándosele en el pecho. Hoy tenía muchas de esas a su alrededor y no quiso empeorarlo mirándola directamente, pero una cantidad inusual de imágenes inconexas que para ella carecían de sentido asaltaba la pantalla de su mente, la invadían provocándole confusión e impidiéndole enfocarse en cualquier asunto de la realidad que tenía ante sus ojos. Ya había experimentado aquello en alguna ocasión, especialmente cuando su tía se veía ensimismada en sus pensamientos;

sabía que las imágenes de alguna forma procedían de ella porque casi nada le resultaba familiar y todas tenían cierto tono grisáceo, triste, que no existía en su propio universo interior. Lo sabía también porque lo sentía en las tripas, no hubiera podido explicarlo de otra forma.

Ámbar se mantuvo alerta, algo parecía distinto aquella tarde, un silencio tenso provocaba cierta presión extraña en la habitación, como si el aire estuviera saturado de quietud y de un momento a otro fuera a estallar. Pero el aire no estalló, simplemente se quebró con el suave sonido del suspiro de Angustias, luego las imágenes desaparecieron como si nunca hubieran sido, un instante después las nubes oscuras se disiparon y el escaso brillo grisáceo que solía envolverla se fue desvaneciendo muy lentamente.

Ámbar se acercó a ella pero no se atrevió a tocarla, tan solo la observó mientras dudaba si cerrarle los ojos saltones y espantados o dejarla así. Se preguntaba si más tarde sería imposible cerrárselos y cuánto tiempo tardaría en llegar a ese punto, cuando una copia desvaída y traslúcida de Angustias salió de su cuerpo como quien se quita apresurada un abrigo molesto. En un primer momento pareció desconcertada, perdida, y miró a su alrededor con gesto interrogante y temeroso, luego sus ojos fantasmales chocaron con su sobrina, que la contemplaba atónita.

— ¿Niña?

La voz de su tía sonó como si viniera de muy lejos pero Ámbar la escuchó claramente, era la voz de Angustias y era la imagen de Angustias, pero ambas flotaban ante ella mientras el cuerpo permanecía inmóvil en el sillón, frío, muerto.

— ¿Eres un espíritu maligno? —se aventuró a preguntar Ámbar, solo por asegurarse, pues lo que le parecía era que se trataba simplemente de un espíritu, sin más, el espíritu de su tía.

—Qué tonterías dices, niña —contestó la copia desvaída de Angustias sonriendo, pero su sonrisa era triste, insegura y aún algo desconfiada. A regañadientes empezaba a comprender.

— ¿Qué eres entonces?

El espíritu miró hacia arriba y permaneció así unos segundos, como si hubiera en el techo algo mucho más interesante que las preguntas inocentes de su sobrina, parecía que no fuera a contestarle cuando bajó los ojos hacia ella; ya no había temor en ellos y una calma desconocida suavizaba sus facciones traslúcidas. Por primera vez la sonrisa de aquella mujer pareció sincera. Alargó su mano brillante hacia Ámbar y susurró:

—Soy tu tía, tu familia, siempre lo he sido aunque no haya sabido expresarlo ni cuidar de ti. Siento haberte hecho sufrir, pero también te he hecho fuerte, te he ayudado a ser quien eres.

—Tía Angustias...

—Tengo que irme.

—Tía...

La figura espectral cerró los ojos, volvió su cara hacia arriba y mientras apenas se elevaba fue desapareciendo lentamente en el aire quieto de la habitación, confundida en una masa de luz cenicienta.

Ámbar se quedó con el brazo extendido hacia la luz de la que ya no quedaba rastro alguno, con la boca abierta y una frase enganchada en la garganta: "No la culpo, tía, cuidó de mí lo mejor que

supo". Hubiera querido decirle que lo sabía, que detrás del miedo y del dolor, de los insultos y la falta de cariño, ella sabía que solo era un ser humano tan perdido como todos los demás y que hacía lo que podía con lo que tenía.

Pero era tarde, la única familia que le quedaba se había ido, tan solo permanecía ante ella un cuerpo rígido y macilento, sentado con los ojos abiertos, espantados, en el sillón de su tía. Se acercó lentamente, extendió su mano y le bajó con delicadeza los párpados. Después volvió a su labor y terminó de doblar la ropa limpia mientras, con más lágrimas de agradecimiento, se despedía del alma al fin en paz de su tía Angustias.

A primera hora de la mañana Ámbar se despertó sobresaltada, alguien aporreaba la puerta enérgicamente. Asustada, se cubrió con una toca de su tía y se asomó a la ventana de la salita para ver quién causaba semejante jaleo a aquella hora temprana. Vio a tres hombres pero solo reconoció a uno de ellos, era un primo de su padre que había venido a visitarles una vez cuando ella era pequeña y sus padres aún vivían; el muchacho de su memoria se había embrutecido considerablemente y ahora unas canas le aclaraban las sienes, pero estaba segura de que era él.

— ¡Un momento, ya abro! —gritó mientras se apresuraba al dormitorio para vestirse. Se puso lo primero que encontró, tampoco es que tuviera mucho de donde elegir, y se arregló el pelo lo mejor que pudo en el menor tiempo posible.

Mientras hacía esto se preguntó por qué el primo de su padre se encontraba al otro lado de la puerta aparentemente con mucha prisa por entrar. No tardó en darse cuenta del carácter de la situación; el primo de su padre lo era también de Angustias y, ahora que ella había muerto, la visita solo podía estar relacionada con dos asuntos: o bien su padre iba a volver o querían la casa. Su padre no era uno de aquellos tres hombres, así que la situación parecía bastante clara.

Abrió la puerta y los tres individuos entraron como si llevaran toda la vida empujando un muro y éste acabara de derrumbarse. Solo el hombre más joven, que Ámbar no reconoció, inclinó la cabeza discretamente a modo de saludo. Por el parecido con el primo de Angustias, sospechó que debía de ser su hijo. El tercero vestía de negro de arriba abajo y el gesto funesto de su rostro alargado hacía a Ámbar pensar en un enterrador, aunque pronto se presentó como un hombre de leyes.

La muchacha les ofreció sentarse pero los tres permanecieron de pie en el centro de la pequeña sala. El hombre de negro empezó a recitar sin más una retahíla de términos legales ensartados en una monótona cadencia que dejó a Ámbar estupefacta. Mientras escuchaba sin entender lo más mínimo, se dio cuenta de que su pariente observaba de reojo el entorno; pronto vio los filamentos amarillos y brillantes que se expandían en todas las direcciones desde su cabeza, como los que solía ver en su tía Angustias cuando cavilaba, pero en este caso más fuertes y de un color más intenso. Le pareció también percibir unas emanaciones amarillentas que se expandían por toda la habitación.

Cuando la cháchara legal cesó y el hombre de gesto funesto desplegó ante su cara un documento apergaminado, Ámbar volvió de golpe a la realidad con un sobresalto. El hombre la miraba con cierta impaciencia y ella no sabía qué decir. Finalmente rompió a reír y reconoció, un tanto azorada pero tratando de distender un poco la tensión:

—No tengo la más mínima idea de lo que me acaba usted de decir. ¿Me lo podría volver a explicar, esta vez en castellano?

El hombre de leyes cerró los ojos con parsimonia y el primo de Angustias resopló con impaciencia. Afortunadamente el más joven parecía poseer más paciencia que su padre y menos aires de suficiencia que el hombre de negro, y así le explicó:

—Como mujer no tienes derecho a heredar esta casa —Ámbar percibió apenas un punto de disculpa en el tono suave y moderado de su voz—. Angustias era administradora de la finca pero no propietaria, al morir todo pasa automáticamente al pariente vivo más cercano —apuntó un instante a su padre con un rápido movimiento de la mano pero sin dejar de mirar a Ámbar.

—Pero mi padre sigue siendo el propietario, aunque se encuentre en paradero desconocido...

El joven miró a su padre, desconcertado. El otro se encogió de hombros y se dio la vuelta para enfocar su atención en los visillos que colgaban de la ventana. Su hijo aspiró profundamente, apretó los labios y miró al suelo.

—Tu padre falleció hace tres años.

Al no oír respuesta volvió a mirar a la muchacha, que parecía más pensativa que consternada. No le sorprendió, pues había oído a su padre contar la historia de que había abandonado a su hija cuando su mujer murió dando a luz al segundo hijo, que según dijo nació muerto. Por un instante se preguntó cómo habría sido la vida de aquella extraña joven de ojos anaranjados, pero sus conjeturas duraron lo que el padre tardó en romper aquel silencio incómodo.

—El caso es que la situación está clara. Firma el documento y acabemos cuanto antes con este asunto.

— ¿Cómo? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Niña, estoy diciendo que...

— ¿Cómo murió? —repitió ella subiendo la voz con contundencia.

El joven contestó al instante, dirigiendo una mirada molesta a su padre:

—Lo encontraron apuñalado en un callejón, hace tres años, en Jaca. Le habían robado lo poco que llevaba encima —y añadió con un murmullo—: Probablemente no notó nada.

—Lo que quiere decir mi hijo tan delicadamente es que estaba borracho como una cuba.

La mirada de la muchacha, de un intenso ámbar, le hizo cerrar la boca y darse de nuevo la vuelta, esta vez hacia un taquillón cercano.

— ¿Qué tengo que hacer?

El hombre de negro extendió el documento sobre la mesa, le indicó el lugar donde debía firmar y le extendió una pluma ya cargada.

—No sé escribir.

—Una cruz bastará.

Con la mano temblorosa trazó dos líneas formando un aspa y devolvió la pluma al hombre de leyes, que dobló el documento cuidadosamente y guardó el delicado instrumento en una funda de piel repujada.

—Muy bien —empezó con tono profesional, dirigiéndose hacia la muchacha—, ya solo...

Ámbar había desaparecido. Al cabo de unos instantes volvió a aparecer en el umbral de la salita, en una mano sostenía una bolsa de tela que parecía casi vacía y en la otra una cajita de madera labrada. Pasó entre los hombres en dirección a la puerta.

—Señorita —espetó el individuo de negro dispuesto a detenerla—, esa caja...

Pero el joven lo cortó sujetándole el brazo con firmeza.

—Déjela, bastante le hemos quitado hoy, ¿no le parece?

El otro apretó los labios y asintió apenas. Los tres hombres la contemplaron en silencio mientras cruzaba el umbral sin mirar atrás y desaparecía cerrando la puerta tras ella.

Se dejó caer, abatida y cansada, en un escalón de la plaza y hundió la cara entre las manos. No podía hacerlo, no se atrevía, ni siquiera contaba con el arrojito que otorga la desesperación, aunque desesperada sí estaba, y hambrienta, y cansada y débil y triste. Se abrazó las rodillas para entrar en calor y trató de ignorar por un momento el intenso dolor de sus dedos desnudos lamidos por el frío.

Tan solo unas semanas después de trasladarse a la cabaña del bosque había empezado a helar. Nunca antes había notado que el frío llegase tan de pronto, improvisadamente, de forma furtiva y dolorosa. Su estancia en soledad había sido hasta entonces como un regalo, una recompensa por los años de maltrato y sufrimiento bajo la custodia de sus tíos. En la cabaña se sentía feliz, hacía lo que quería, se alimentaba de lo que el bosque le ofrecía, no necesitaba mucho pues el régimen de escasez de su tía la había acostumbrado a sobrevivir con poco. Todo había sido perfecto, idílico incluso, hasta que el frío había llegado para romper el hechizo y ponerla en una situación completamente distinta. Se había afanado en recoger cuantos frutos le fue posible para tener un remanente con que sobrevivir el invierno, pero no había sido suficiente y al poco tiempo de comenzar las primeras nevadas se había quedado sin comida. Había contemplado la posibilidad de atrapar alguna ardilla, pero la sola idea de matar a un animal le repugnaba de tal manera que había vomitado simplemente imaginándolo.

Aquel día se había encaminado hacia el pueblo con un plan en mente y las tripas encogidas del hambre, debía conseguir alimento y lo tomaría de una forma u otra. Era día de mercado y la gente se arremolinaba en torno a los puestos de comida, había pensado que no sería difícil aprovechar el descuido de algún tendero y hurtar alguna fruta. Solo una pieza, no necesitaba más, pero si no comía algo pronto moriría de hambre y debilidad.

Su plan había resultado más difícil de llevar a cabo de lo que había esperado, todo el mundo la miraba y se sentía constantemente observada, lo que le dificultaba la labor considerablemente. Además el miedo que sentía estando entre aquella gente se había intensificado a causa de su debilidad y el creciente mal aspecto que su pobreza reflejaba; ahora no solo la miraban como a un bicho raro, también había lástima y hasta repulsión en algunos ojos. Cuando no pudo soportarlo más y tuvo claro que no podría hacerlo, se sentó en un escalón y se abandonó al hambre, al frío, al cansancio y al abatimiento.

Un tintineo metálico llamó su atención y levantó un poco la vista apartando apenas la cara de las rodillas. Unas monedas brillaban en el suelo, junto a sus pies. Desconcertada, miró a su alrededor. La gente pasaba sin hacerle caso, como si no hubiera allí una persona a punto de morir. Una vocecita infantil llamó su atención.

—Mamá, dame una, yo también quiero.

La madre, ataviada con ricas ropas de abrigo, sacó una pequeña moneda de su bolsa de terciopelo y se la entregó a la niña, que se acercó corriendo a Ámbar. Con sumo cuidado depositó su moneda en el suelo, junto a las otras, le dedicó a la muchacha harapienta una radiante sonrisa y volvió corriendo al lado de su madre. Ámbar se apresuró a coger las monedas y las miró con incredulidad y desconcierto, luego observó a la mujer con la niña de la mano mientras ambas se alejaban como si nada hubiera ocurrido y de nuevo miró las monedas, brillantes y perfectas en sus manos amoratadas. Una oleada de pena y otra de agradecimiento se trenzaron en su interior y le oprimieron el corazón a partes iguales; aquella mujer y aquella niña acababan de salvarle la vida. Con esas monedas podría comprar unas castañas calientes y algo de grano, podría sobrevivir un poco más y eso la llenó de agradecimiento. Pero la misma mujer y la misma niña acababan de convertirla en una mendiga, y eso la llenó de tristeza.

No siempre era fácil. A veces se sentaba en la acera o en el escalón de la plaza y al instante varias monedas tintineaban a sus pies, en otras ocasiones sin embargo podía pasar un día entero en el pueblo y no recibir ni una mirada de compasión. No llegaba a entender el humor cambiante que animaba a aquellas gentes a mostrarse compasivas o ignorarla por completo, pero de igual forma lo aceptaba como había aceptado que la vida la hubiera llevado por aquel camino. Había conseguido sobrevivir sin robar o matar criaturas y eso era lo importante para ella en aquel momento.

Hoy era uno de esos días en que los habitantes de Urdués preferían ignorar a la muchacha harapienta. Sin embargo Ámbar se sentía bien, los primeros rayos de sol del año comenzaban a impregnar el aire con la promesa de una primavera temprana y, aunque sus huesos aún llevaban dentro los fríos del invierno más duro que jamás hubo vivido, la esperanza de tiempos mejores la reconfortaba. Pronto podría volver a recolectar frutos del bosque y no tendría que mendigar. Esta vez planeaba hacer buen acopio de reservas para el invierno siguiente y casi no podía esperar a que su amado bosque despertara del letargo invernal.

Sonriendo, miró a su alrededor llena de optimismo. Los vecinos de Urdués habían salido a pasear llamados por el tímido sol de principios de marzo y charlaban animadamente como si la última plaga no les hubiera afectado o como si el pasado invierno no hubiera mermado sus despensas, o como si no hubieran perdido a uno de sus habitantes con la última helada o como si un bebé no hubiera muerto en el parto porque no hubo forma de traer a un médico especializado en cierto tipo de complicaciones, debido al temporal que azotaba toda la zona. Las heridas iban sanando y todos ellos continuaban con sus vidas.

Ámbar espantó una avispa que revoloteaba cerca y sus pensamientos se desvanecieron al instante. Se fijó en unos niños que jugaban cerca de ella, ruidosos como son los críos, llenos de vida y de energía. Luego hizo un repaso de lo que ese día había recopilado, no era gran cosa pero era más

que nada; no había conseguido dinero para comprar un par de ingredientes del libro de sanación, pero la hija del tendero —de corazón mucho más generoso que su padre— le había regalado un poco de perejil, un par de dientes de ajo y un pedazo de pan que empezó a mordisquear con deleite.

Volvió a espantar la avispa algo molesta y continuó saboreando el pan, era el primer alimento que probaba aquel día y le sabía a gloria. Un grito infantil la sobresaltó, dejó el pan en el suelo y se acercó corriendo al niño que lloraba desconsolado mientras miraba aterrado su pequeño dedo índice. El bulto que empezaba a crecer rápidamente fue información suficiente para Ámbar, la avispa que acababa de espantar ella le había picado. Le resultó fácil detectar el agujijón dentro de la hinchazón, se veía como una fina línea oscura en el centro de una zona de donde la fuerza vital del niño, de un claro y brillante azul, se había apartado para llenarse con un suave resplandor rojizo. Inmediatamente presionó a ambos lados del bulto para que saliera el agujijón y con cuidado lo extrajo de la piel. Luego sacó de su bolsita de fieltro uno de los dientes de ajo que le había dado la hija del tendero, de un mordisco lo partió por la mitad y aplicó la parte de dentro sobre la herida. Lástima no tener limón en aquel momento, pues había comprobado en carne propia que neutralizaba el veneno, pero el ajo pareció cumplir con su función ya que el niño dejó de gritar y su llanto se convirtió en un leve sollozo mientras contemplaba extasiado a la muchacha y la dejaba hacer sin rechistar. Ella continuó aplicando el ajo un poco más y, cuando le pareció que la hinchazón se había rebajado un poco y la zona recuperaba algo de fuerza vital, colocó sobre el dedo del pequeño una hojita de perejil y eficientemente lo ató alrededor con un tallo fino de la misma planta; eso ayudaría contra la inflamación.

Apenas había terminado de atar los cabos del tallo al dedo del niño cuando una mano adulta se cerró sobre el brazo del pequeño y tiró de él apartándolo de la mendiga y llevándose casi a rastras. Ámbar observó boquiabierta a la madre asustada, rodeada de nubes de temor que envolvían también a su hijo mientras se lo llevaba lejos de ella sin molestarse en mirar atrás. Por muchas veces que viera y sintiera aquel rechazo, el temor y el desconcierto de aquellas personas, no dejaría de sorprenderse ante sus reacciones. Se preguntó si alguna vez dejaría de dolerle aquel comportamiento, pero prefirió no pensar demasiado en ello, y así guardó el ajo y el perejil en su bolsita, volvió al sitio donde había estado sentada para recuperar el pan y comprobó desilusionada que unos pájaros se arremolinaban en torno al mendrugo y habían ya casi acabado con ello. Se encogió de hombros.

—Todos tenemos que comer —dijo, sonriéndoles—, que aproveche pues.

Y decidió volver a casa, ese día ya había tenido suficiente dosis de civilización, su alma ansiaba la soledad y la quietud de su refugio en el bosque.

La primera vez pensó que se trataría de alguna ardilla que merodeaba por allí, pero la segunda vez que escuchó crujir las ramas en el suelo abrió los ojos de golpe y se incorporó. Sentada en el camastro aguzó el oído. Sin duda había alguien en el exterior de la casa, seguramente una persona sola. Se asomó al ventanuco y no vio a nadie, pero los pasos seguían oyéndose alrededor de la casa, de manera que procuró no hacer ruido mientras se acercaba a la puerta. Con sumo cuidado asió el áspero picaporte y muy lentamente lo giró para abrir la puerta tan solo una rendija, lo justo para asomarse a ver quién merodeaba por allí. Nadie. Abrió del todo y sacó la cabeza. La figura

de una mujer se alejaba apresuradamente. Estaba a punto de llamarle la atención cuando, sin dejar de avanzar, la mujer giró la cabeza y Ámbar pudo ver su cara justo antes de que desapareciera entre los árboles.

Desconcertada echó una mirada alrededor por si había alguien más por allí, pero al parecer había venido sola. Se preguntó con qué propósito. Justo antes de cerrar la puerta reparó en un objeto que yacía a sus pies, muy cerca del umbral. Ámbar se agachó aún más extrañada al ver la cesta de mimbre cubierta por un delicado paño blanco, lo retiró y comprobó con sorpresa que la cesta estaba llena de alimentos. No podía creerlo y casi sintió ganas de llorar de agradecimiento al ver el tarrito de miel, la hogaza de pan, un par de piezas de fruta y un tarro de melaza, un pequeño frasco con aceite de oliva y un pedazo de queso que le hizo la boca agua nada más verlo. Tomó la cesta entre los brazos como quien acuna a un bebé y, antes de llevarla al interior de la cabaña y cerrar la puerta, dirigió una mirada llena de gratitud hacia el bosque, al rastro que la mujer había dejado a su paso y susurró:

—Gracias.

Se situó al lado del pórtico principal para poder despedir a sus feligreses según iban saliendo. Le gustaba el trato personal, ir conociéndolos poco a poco, hablar un poco con los que estuvieran dispuestos a ello y de paso comprobar si sus palabras habían hecho alguna mella, por pequeña que fuera, en sus corazones y sus mentes. Así fue saludándolos afablemente mientras salían, y pensaba en lo fácil que le había sido adaptarse de nuevo a aquel lugar; en pocas semanas ya se sentía cómodo en aquella parroquia, conocía a muchos vecinos por sus nombres y tenía una idea bastante precisa de lo que preferían oír —y lo que más les convenía, que no siempre era lo mismo— en sus sermones. Las numerosas historias que había oído le daban la pista de aquello que más les preocupaba, lo que más temían, sus pequeñas y grandes faltas pero también sus esperanzas y expectativas, cuándo les resultaba más fácil abrir el corazón y en qué situaciones tendían a unirse, a pesar de sus diferencias, para ayudarse los unos a los otros. Más que ayudarles a acercarse a Dios, a menudo Gabriel tenía la sensación de que los estudiaba minuciosamente. A veces le incomodaba este pensamiento y le preocupaba que fuera realmente así, pero finalmente lo daba por bueno si con ello conseguía la clave para entrar en sus corazones y ofrecer un poco de luz a sus vidas.

—Un sermón precioso, padre —aún no recordaba el nombre de la mujer pero nunca faltaba a la misa de los domingos y solía sentarse, junto con su marido y sus dos inquietos hijos pequeños, en los primeros bancos.

Gabriel abrió la boca para agradecerle el comentario, pero su marido se adelantó estrechándole enérgicamente la mano.

—Nos ha dado esperanza. Muchos lo hemos pasado mal con la última plaga y sus palabras, como dice Remedios —Gabriel tomó nota mental del nombre— han sido... inspiradoras.

Durante unos instantes continuaron hablando de la plaga y del duro invierno que, gracias a Dios, ya habían dejado atrás. De cuando en cuando Gabriel miraba disimuladamente a su alrededor, pero de momento seguía sin verla.

Los primeros días había esperado encontrársela en cualquier lugar, a la vuelta de una esquina, en el mercado, entre los feligreses que lo escuchaban mientras daba su sermón, había esperado escuchar su voz al otro lado del panel calado del confesionario cada vez que alguien entraba y se sentaba en aquel banco... pero no halló ni rastro de ella. Tampoco había oído hablar del incidente con el hombre del callejón aquel día antes de partir hacia lo que iba a ser el principio de un nuevo camino, y por supuesto no había querido preguntar, aunque se acordaba de aquel horrible accidente como si hubiera ocurrido el día anterior.

— ¡Pedro!, ¡Julio! —vociferó Remedios de forma amenazante a sus dos hijos. Gabriel volvió de golpe al momento presente y se sintió un poco culpable por no estar escuchando una palabra de lo que el hombre le estaba contando— ¡Dejad de pelearos o viene la bruja y os lleva a los dos!

El efecto de los gritos maternos no se hizo esperar, con la sola mención de la bruja los dos chiquillos cerraron la boca al instante y volvieron a las faldas de su madre buscando protección. El incidente llamó la atención de Gabriel y decidió preguntar sobre el asunto. El hombre blandió la mano como si no tuviera importancia, estaba claro que no creía en esas historias de mujeres, como hizo saber al joven sacerdote. Pero para Remedios la bruja era tan real como sus propios hijos.

—Disculpe, padre, es que mi marido a veces parece que vive en otro mundo... Se trata de una curandera que vive en el bosque, en la antigua casucha de la Bruja de Urdués —al decir esto se persignó y continuó con tono seguro—. La muchacha vive allí sola y prepara sus ungüentos y tisanas. Algunas van a veces a visitarla y le compran remedios... yo no, padre, pero conozco a comadres que han usado sus potingues y por lo visto tiene buen ojo y buena mano... o eso dicen.

—La Bruja de Urdués —repitió él, buscando obtener un poco más de información.

—La Águeda, la hija del conocedor, cuando ella murió usted ni había nacido, padre, que se le ve muy joven, pero decían que era una bruja de las de verdad, como su madre, yo no, los que saben, yo nunca pasé por allí pero dicen...

—Otro cuento de viejas —la interrumpió su marido, a estas alturas ya bastante molesto por la cháchara de la Remedios—. Disculpe, padre, no le entretenemos más, que seguro que tiene usted mucho que hacer.

La familia obedeció sin rechistar y los cuatro se alejaron calle abajo. Gabriel terminó de despedir al resto de los feligreses pero ya no podía prestar atención a nada de lo que decían, su mente se había quedado atrapada en aquella historia y una idea comenzó a tomar forma entre los pliegues de su cerebro, un pensamiento que iría creciendo lentamente y que en tan solo unos días acabaría por extender su manto inevitable hasta ocupar su mente por completo.

Gabriel había pasado el resto del domingo sin poder concentrarse en lo que hacía y lo mismo le había ocurrido en los días que siguieron; la mención de Remedios a la bruja se repetía una y otra vez en su mente. A veces las palabras de la mujer se entretajían con las historias que fray Norberto solía relatarle años atrás. Sonrió mientras recordaba al muchacho enclenque citando con tono académico los procedimientos para desvelar trabajos de magia negra, los procesos que debían seguirse según el sistema, desde la acusación al ajusticiamiento pasando por la detención,

el interrogatorio, las múltiples y variadas pruebas con que se demostraba la resistencia de la bruja, la confesión –inevitablemente la mayor parte de las veces tras pasar por semejante proceso–, el interrogatorio para obtener cómplices y conseguir desvelar la identidad de otras brujas, y la condena.

Durante el tiempo que duró la formación clandestina impartida por Andrada, Gabriel no solo conoció detalles técnicos del proceso, su hermano y amigo a menudo le narraba también las vicisitudes de brujas y brujos que se habían conocido en toda Europa, casos que habían acontecido tanto en Alemania, Francia o Suiza como en el mismo Aragón. De hecho una de esas historias, que Gabriel recordaba haberle oído contar sin demasiados detalles, se refería a la "Bruja de Urdués", la misma que Remedios había mencionado.

Se esforzó por hacer memoria del asunto pero tan solo tenía un vago recuerdo de que la antigua moradora de la cabaña del bosque había muerto de forma horrible, implicada según se decía con un hombre de Dios cuya identidad nunca se había llegado a desvelar. El cuerpo muerto de la bruja desapareció durante la noche, lo que contribuyó a fomentar las habladurías y la consolidó oficialmente como una auténtica e indiscutible hija del Maligno.

Ahora una misteriosa curandera habitaba aquella misma casa y pensar en ello carcomía de curiosidad e inquietud al joven párroco. Varias veces había considerado Gabriel adentrarse en el bosque e ir a hacer una visita a la susodicha bruja, pero al final acababa censurándose a sí mismo por semejante ocurrencia y abandonaba la idea. ¿Ir a la casa del bosque?, ¿para qué?, ¿con qué propósito, con qué excusa? Conocer a sus feligreses era una de las obligaciones o, mejor dicho, "tareas" que se había impuesto, sin embargo no recordaba haber oído a Remedios mencionar que la misteriosa muchacha fuera uno de sus feligreses, de hecho dudaba que las brujas acudiesen a misa de domingo.

Sacudió la cabeza, molesto consigo mismo, y paseó nervioso por la pequeña habitación. No debía siquiera considerar la posibilidad de que la joven fuera una bruja, con seguridad se trataría de una pobre desamparada que había encontrado refugio en aquella casucha deshabitada; tenía entendido que vivía de la caridad de la gente del pueblo y de sus remedios de hierbas, eso no la convertía en bruja que él supiera... aunque quizá no supiera todo lo que había que saber sobre las costumbres de las...

— ¡Ya basta! —se recriminó en voz alta, y para serenarse se sentó en una silla junto a la ventana. La primavera ya entrada le traía aquellas noches inquietas una brisa impregnada de aroma a flores blancas que le ayudaba a apaciguar su espíritu intranquilo.

Respiró profundamente la fragancia de las flores nocturnas y, ya más sereno, se dirigió a un pequeño arcón de madera que había traído consigo y que siempre viajaba con él desde que fray Ramiro falleciera dejándole su pequeño pero valioso legado. En aquella caja guardaba algunos objetos, en su mayoría libros, que el abad le había dejado. Siempre que la abría tenía la impresión de que la respuesta que buscaba se encontraba allí dentro, esperando ser rescatada, como si el eco de la voz de su mentor y amigo viviera en el fondo del arcón y le susurrara de alguna forma sus consejos. Aquella noche Gabriel no formuló pregunta alguna ni esperó ninguna revelación, simplemente echaba de menos a Ramiro y estar en contacto con los objetos que le habían pertenecido ofrecía algo de consuelo a su añoranza.

Extrajo un libro al azar, era pequeño y grueso, y estaba envuelto en un paño de un rojo oscuro y

suave. Volvió a la silla junto a la ventana y lo colocó sobre las piernas, lo desenvolvió y la sencilla cubierta, una tablilla toscamente forrada en piel y atada con dos correas a la contracubierta, le hizo abrir la boca, sorprendido.

Conocía aquella versión del Libro de San Cipriano, el abad la había adquirido en Francia el año en que se hizo cargo de Gabriel, pero no se la había mostrado a su protegido hasta bastantes años más tarde y lo había hecho tras convencerle de no mencionar una palabra sobre ello. El ciprianillo era una de las escasas posesiones de Ramiro, quizá la que con más celo guardaba. Gabriel se quedó pensativo, no recordaba que el abad le hubiera dejado aquella obra, pero tampoco había revisado libro a libro el contenido del arcón. De cualquier forma, extraer de la caja precisamente aquel ejemplar y no cualquier otro fue para él como una señal. Antes de retirar la cubierta ya había tomado una decisión.

La primera página apareció ante él extraña y misteriosa, y una corriente de curiosidad le erizó el vello al leer el título en un susurro:

—Grimorio de San Cipriano. Tratado completo de verdadera magia o tesoro del hechicero.

A la mañana siguiente se levantó más temprano de lo habitual y terminó sus quehaceres antes de lo acostumbrado. Después se encaminó hacia el bosque con diligencia, estaba dispuesto a encontrar la casa de la bruja, es decir, de la curandera, y convencerla para que acudiera a la iglesia, si no cada domingo y fiestas de guardar, al menos de vez en cuando. La curación y la fe no estaban reñidas, pensaba decirle, y a la gente del pueblo le complacería verla por allí alguna vez, la temerían menos si supieran que frecuentaba la casa del Señor como cualquier buen cristiano. Ésos y otros argumentos llevaba preparados Gabriel, había reflexionado sobre ello durante buena parte de la noche y ahora los repasaba metódicamente mientras cruzaba el bosque en busca de la oveja descarriada.

La casa apareció a lo lejos, medio escondida entre árboles y matorrales salvajes. Gabriel ralentizó su paso y se fue acercando con cuidado de no hacer excesivo ruido, tampoco hacía falta anunciar su llegada más de lo conveniente. Lo cierto es que no solo el deseo de discreción le hizo avanzar más despacio, a medida que se acercaba a la cabaña las dudas lo iban asaltando y con cada paso su resolución y su seguridad menguaban un poco más.

—Esto es un error —murmuró para sí, deteniéndose a escasos metros de la pequeña construcción.

Pero había llegado hasta allí, solo unos pasos más y podría llamar a la puerta. Se obligó a seguir y se colocó frente a la plancha de madera comida por la humedad que tapaba el umbral, respiró profundamente y la golpeó con los nudillos indecisos. Esperó unos instantes. Nada. Volvió a llamar y obtuvo el mismo resultado, lo que le hizo sentir decepción y alivio a partes iguales. Decidió asomarse al ventanuco, no por invadir la privacidad de aquella mujer sino porque quizá estaba allí dentro pero no le había oído llamar. No parecía haber nadie, pero comprobó con sorpresa que todo parecía muy limpio y ordenado; no es que pensara que las brujas fueran criaturas caóticas o sucias, claro que además aquella no tenía por qué ser una bruja de todas formas... seguramente se trataría de una simple señora algo huraña por la falta de trato, quizá algo peculiar o atípica en sus maneras, pero nada de tipo siniestro. Gabriel sacudió la cabeza, molesto,

sería mejor dejar de pensar y de inmiscuirse en los espacios ajenos porque, excusas aparte, eso era exactamente lo que estaba haciendo allí.

Estaba dispuesto a irse con las manos vacías cuando el sonido de un chapoteo cercano llamó su atención. Se dirigió intrigado hacia el lugar del que parecía proceder aquel ruido y al llegar junto al río se agazapó tras unos matorrales. Algo movía el agua bajo la superficie pero no distinguía qué. Casi en el mismo instante en que se dio cuenta de que un sencillo vestido de lino colgaba de la rama más baja de un árbol cercano a la rivera, una pequeña cabeza cobriza emergió de debajo del agua seguida de unos hombros desnudos, blancos y delicados, brillantes bajo los rayos del sol de medio día. El joven cura apartó la vista rápidamente y se recriminó a sí mismo su absurda decisión de ir al bosque; ahora se encontraba en aquella embarazosa situación y no sabía qué hacer. No podía simplemente salir de su escondite porque la mujer lo vería, ¿cómo iba a explicar su presencia?, y tampoco podía quedarse allí todo el día mirando hacia el suelo y rezando, rogando a Dios que le diera fuerzas para no mirar hacia el río...

Sin embargo debía saber qué estaba ocurriendo para reflexionar sobre la situación y su próximo movimiento, así que optó por asomar la cabeza cuidadosamente por encima del seto. La muchacha había desaparecido. La buscó inquieto, recorriendo de un barrido la superficie hasta que oyó su voz un poco más lejos, a la derecha; cantaba una alegre canción que Gabriel nunca había escuchado mientras chapoteaba en el agua y reía como una niña. Se incorporó un poco más para poder verla mejor y la observó como hipnotizado, sin darse cuenta de que sus labios sonreían; acababa de reconocerla. El sol caía sobre ella inundando de estrellas el agua a su alrededor, de vez en cuando un pie brotaba hacia fuera llenándose también de diminutos astros centelleantes, la pequeña cabeza desaparecía bajo el agua convulsionando toda la superficie para volver a emerger con fuerza en medio de una risa cantarina, entonces la muchacha sacudía el pelo y miles de gotitas salpicaban el aire contagiadas del color cobrizo de aquellas hebras salvajes y hermosas que Gabriel recordaba como si las hubiera visto cada día en todos aquellos años de ausencia.

Sin darse cuenta, el observador se movió y quebró una rama del suelo. Fue como un estruendo cuyo eco se expandió por todo el lugar. Ella giró la cabeza hacia los matorrales y Gabriel se escondió rápidamente; el hechizo se había roto y los pedazos se le clavaron en el pecho llenándolo de culpa y vergüenza. ¿Qué estaba haciendo allí?, ¿observar a una muchacha que se bañaba en el río desnuda?, ¿caer en la tentación de algún embrujo que habitaba aquel bosque? Tenía que salir de allí, pero no se atrevía a moverse, su cabeza era un hervidero de dudas: ¿lo había visto?, ¿lo habría reconocido como Gabriel la había reconocido a ella? Oía el movimiento del agua y presintió que estaba nadando hacia la orilla. Sus manos empezaron a temblar de temor, no podía pensar ni actuar, solo veía la piel blanca y húmeda brillando al sol, las hebras de pelo cobrizo y, aún en la media lejanía, los inconfundibles ojos color ámbar.

Quiso la providencia echarle una mano y, en el justo momento en que había decidido salir de su escondite, descubrirse ante ella con una torpe explicación y rogarle que no saliera del agua hasta que él se hubiera marchado para no volver a pisar el bosque, oyó unos gritos a lo lejos; dos mujeres se apresuraban hacia el río llamando a voces a la muchacha.

— ¡Ámbar! — gritaba una.

"Ámbar", pensó Gabriel en medio de su confusión, "se llama Ámbar", mientras planeaba su huida inmediata aprovechando el revuelo de las recién llegadas.

— ¡Tienes que venir al pueblo! —vociferó otra con la urgencia plasmada claramente en la voz.

— ¡Es muy urgente!

Las mujeres llegaron hasta ella, se había vestido rápidamente con el cuerpo aún empapado y se escurría el pelo mientras las escuchaba.

—Es la hija de Gertru, está delirando y nadie sabe qué hacer —explicaba una atropelladamente—. Se ha mandado llamar al doctor pero no sabemos si llegará a tiempo.

—Tienes que darle algo, Ámbar, por favor, cúrala como hiciste con su madre. ¡Confiamos en ti!

Ella asintió con gesto preocupado y puso su mano sobre el hombro de la que parecía más afectada.

—Voy a hacer cuanto pueda —dijo mirándola a los ojos con dulzura y comprensión—. Antes debo recoger algunas cosas, tengo que volver a la casa, esperadme aquí, no tardaré mucho.

Y desapareció en dirección a la casa. Gabriel se quedó allí un momento, aún escondido, hipnotizado por la escena, pensativo. Había acudido a aquel lugar buscando a una supuesta bruja, a la curandera de la que tanto se hablaba, y la había encontrado a ella. Acudieron a su mente todas las escenas, todos los momentos en que a lo largo de su vida se había topado con ella de una u otra forma, las horas que había pasado pensando en ella, todo lo que había escrito imaginándola... y durante todos estos años ni siquiera había sabido su nombre. Ahora sabía que se llamaba Ámbar, que vivía en la casa de la bruja y que sanaba a la gente. También sabía que no había visto jamás una criatura más hermosa que aquella y que le traería problemas.

De repente recordó su situación y reaccionó. Tratando de no hacer ruido se apartó de los matorrales y se encaminó con diligencia fuera del bosque, tomando una ruta que evitara pasar cerca de la cabaña. Decidió que ya reflexionaría sobre todo aquello cuando se encontrara en sus dependencias de la iglesia, en la seguridad y el refugio de lo conocido, aunque en lo más profundo comenzó a sentir que ya no habría más refugio para él.

Una carretilla destartada las esperaba a la salida del bosque. Según le explicó brevemente una de las mujeres, la casa se encontraba al otro lado del pueblo, así no perderían tanto tiempo. Las tres se subieron al carro y el hombre sentado en el pescante arreó al viejo caballo sin decir palabra. Ámbar sujetó bien su caja de madera, que había puesto sobre las piernas, cuando comenzó el traqueteo; ella misma había construido la caja para transportar distintas hierbas y remedios ya preparados que podría necesitar, y solía llevarla consigo cuando le pedían que acudiera a ayudar en algún lugar fuera del bosque. El tintineo de los frascos al entrechocar dentro de la caja la trasladó al pasado mientras la carretilla cruzaba el pueblo a toda velocidad entre baches, saltos y zarandeos.

El incidente de la picadura de avispa lo había cambiado todo, la cestilla llena de alimentos no fue lo único que la madre del niño le había traído ese día, había hecho correr la voz de lo ocurrido y en pocos días el rumor se había extendido como una llama en un campo seco; una detrás de otra las mujeres del pueblo habían acudido a la casa del bosque en busca de algún remedio, al principio temerosas e inseguras, más tarde con curiosidad y más confiadas, hasta que la eficacia de las tisanas y ungüentos de Ámbar le había otorgado la fama y el prestigio suficiente para ser

considerada la curandera oficial del pueblo. Urdués no tenía médico propio, había que ir a buscarlo al pueblo más cercano que contaba con más habitantes y recursos, por lo que tener una sanadora allí mismo a todos les parecía útil y conveniente.

Ámbar, por su parte, estaba encantada con su nueva labor. Al no tener que pasar el día entero en el pueblo mendigando disponía de mucho más tiempo, que dedicaba a estudiar concienzudamente su libro de plantas y remedios, tratando de exprimir sus secretos y desplegar la magia de su sabiduría a base de observar una y otra vez las ilustraciones. Pero también experimentaba, recolectaba ingredientes y elaboraba potingues que iba probando en ella misma y a veces en sus desapercibidos pacientes. Afortunadamente la intuición iba dando sus frutos y pronto aprendió a confiar en ella y a distinguir lo que veía en el campo vital de las personas que acudían a ella con alguna dolencia o problema.

Así, en poco tiempo ya había sanado no solo picaduras de diversos tipos sino también cortes, moretones, verrugas e inflamaciones, había suministrado remedios para los dolores menstruales, los resfriados y hasta para los ronquidos. Incluso una vez había venido a visitarla una muchacha solicitando un filtro de amor. A Ámbar le había parecido divertido que la vieran como a una bruja que hacía pócimas cuando ella simplemente mezclaba plantas y otros elementos de la naturaleza para restaurar el equilibrio perdido; así se lo había hecho saber a la joven, pero ésta parecía tan seria y preocupada por la falta de amor en su vida que Ámbar entendió la situación y lo que ésta en realidad requería: la muchacha solo necesitaba un poco de seguridad en sí misma y abrirse con confianza al amor para dejarlo entrar en su vida. Así que le preparó una poción utilizando diversas hierbas totalmente inocuas, añadió un poco de olor a flores para que el aroma evocara sensaciones agradables y se lo dio a la esperanzada muchacha.

—No sé cómo pagarle —dijo emocionada, sosteniendo el frasquito de cristal como si se tratara de su más preciada pertenencia.

—No hace falta —contestó ella—, basta con que me traigas pronto buenas noticias.

La otra se despidió con una risa nerviosa y se marchó feliz con su preciada poción. Un par de semanas más tarde había vuelto a la cabaña para traerle a Ámbar las buenas noticias como pago, había encontrado un buen muchacho y planeaban casarse al final del verano.

Ámbar sonrió al recordar el rostro iluminado de la muchacha y las nubes rosadas que la envolvían de arriba a abajo aquel día; en el centro de su pecho, donde antes había percibido una mancha de un pardo desvaído, brillaba ahora un remolino de luz verde matizado por finos destellos rosados que giraba imparable. La carreta frenó en seco y los gratos recuerdos de sanaciones pasadas dieron paso a la realidad. Debía concentrarse y mantenerse lúcida, no sabía qué encontraría al entrar en aquella casa pero su intuición le decía que no se trataría de una simple fiebre o un resfriado común.

Las tres mujeres se bajaron del carro y entraron en la pequeña casa. Ya en el recibidor a Ámbar la golpeó un fuerte olor amargo, le resultó sumamente desagradable pero nadie parecía notarlo y no dijo nada, se limitó a seguir a las otras dos mujeres hasta el dormitorio principal, al fondo de la casa. Se acercó a la cama y se inclinó sobre el cuerpo que yacía sobre ella mientras escuchaba apenas a la madre agradeciéndole que hubiera acudido con tanta premura. La niña, que no tendría más de doce o trece años, tenía en el rostro brillante de sudor la palidez de la muerte y la piel del cuerpo, incluida la de la cara, se le pegaba a los huesos como si no hubiera apenas carne que

cubrir, tan delgada estaba.

Ámbar dejó la caja sobre una mesita cercana y se dirigió a la madre. Sabía que la niña no dormía sino que se había quedado inconsciente, pero necesitaba más información.

— ¿Qué le ha pasado?

—No podía respirar —contestó la mujer, confusa—, se puso muy nerviosa porque no le entraba el aire y pensé que se me moriría aquí mismo, pero se durmió y parece que ya respira normalmente.

Se le había quebrado la voz al mencionar la posibilidad fatal de perder a su hija, pero se veía que trataba desesperadamente de mantenerse bajo control.

Ámbar le tomó la muñeca para comprobar el pulso, le tocó la frente para ver la temperatura y le abrió uno de los ojos y la boca. Mientras efectuaba lentamente este reconocimiento aprovechaba para observar lo más profundamente que podía, no solo el estado físico de la niña sino también su cuerpo vital y todo lo que pudiera darle más información que le ayudara a sanarla. Detectó varias manchas de un rojo oscuro sobre los pulmones y distintas partes de las vías respiratorias; había aprendido a reconocer las inflamaciones de aquella forma, por lo que no le extrañó que la muchacha tuviera dificultades para respirar.

El examen físico le mostró moretones en los brazos y las piernas, llagas en la boca y sangre reseca en la nariz, además de las encías enrojecidas que implicaban también sangrado. Preguntó a la madre al respecto y quiso saber cuánto tiempo llevaba enferma, pues todos aquellos desequilibrios no podían haberse producido de la noche a la mañana.

—Empezó a sentirse débil al final del invierno —empezó a explicar la madre—, siempre estaba cansada y le costaba mucho hacer cualquier cosa, moverse... así que la llevamos al médico y éste nos dijo que no nos preocupáramos, que estaba en edad de desarrollo y esos síntomas eran muy comunes, nada raro. Pero al poco empezó a perder el apetito y a adelgazar... pensamos que era por lo mismo, así que no le dimos importancia.

La mujer se detuvo y Ámbar esperó con paciencia mientras mojaba una gasa limpia en agua fría, la escurría y se la ponía a la niña sobre la frente. Cuando la madre hubo recuperado el control de la voz, se sonó la nariz ruidosamente y continuó hablando.

—Empezaron a salirle cardenales nada más se daba un pequeño golpe con algo o cuando se caía, a veces le sangraba la nariz y también las encías, pero pensamos que era del poco comer, así que intentamos obligarla a comer más, pero vomitaba.

— ¿No volvió a visitar al médico? —preguntó Ámbar mientras se esforzaba por observar con más profundidad el cuerpo de la niña para lograr ver más allá de lo físico. Al fin comenzó a distinguir una especie de semillas blancas y planas circulando por todo su cuerpo. Nunca había visto nada semejante, las pequeñas semillas inundaban el torrente sanguíneo como si estuviesen invadiendo todo el organismo y, si se fijaba en una concreta, la veía duplicarse; lo que fuera que estaba colapsando su cuerpo por dentro se reproducía solo y lo hacía rápidamente. Casi no escuchaba a la madre, que continuaba con su explicación.

—Pensamos en volver a llevarla ayer cuando empezaron los mareos, pero se metió en la cama, no podía con su cuerpo y era incapaz de desplazarse. Mandamos llamar al doctor, pero está en no sé qué pueblo asistiendo un parto y de momento no puede venir —la madre le cogió las manos y la miró con los ojos a punto de desbordarse—. Eres nuestra única esperanza, Ámbar, por favor,

cúrala.

—No sabemos cuándo podrá venir el médico —ahora hablaba una de las mujeres que le habían acompañado hasta allí—, tienes que hacer algo rápido. Confiamos en ti.

El miedo la invadió, ¿y si no podía curarla?, ella no era médico, ¡ni siquiera sabía leer! Bajo la mirada de ruego de aquellas mujeres, la inseguridad se apoderó de ella y por unos instantes no supo qué hacer, si echarse a llorar o salir corriendo. Pero fueron también aquellos ojos que la miraban con esperanza los que la hicieron reaccionar; se armó de valor, recuperó la compostura y se dispuso a confiar en su intuición y en los conocimientos que había adquirido con empeño y dedicación. No sabía si podría sanarla o siquiera ayudarla hasta que el doctor llegara, pero sí sabía que haría todo cuanto estuviera en su mano.

Así que les indicó que hirvieran agua mientras ella abría la caja de las hierbas y seleccionaba cuidadosamente algunas que según sabía servían para limpiar la sangre y manejar las inflamaciones. En un mortero que le trajo la madre, mezcló bardana, sauco y diente de león, para finalmente añadir ortigas, el mejor y más rápido desintoxicante que conocía y que ya había probado con éxito sobre sí misma. Esperaba, con este brebaje, poder eliminar o al menos menguar la cantidad de aquellas semillitas blancas en la sangre de la niña.

Para cuando la tisana se hubo templado, la paciente ya estaba de nuevo despierta y se agitaba molesta bajo la sábana empapada en sudor. Ámbar la ayudó a beber el preparado muy lentamente pues tenía dificultades a la hora de tragar, mientras discretamente observaba el comportamiento de las semillas y rezaba por que las hierbas surtieran algún efecto. Pero ya había bebido la mitad de la taza y no se veía reacción alguna. Ámbar empezó a temer lo peor pero procuró no mostrar sus sospechas. Terminó de darle la tisana y la ayudó a recostarse, le cambió la gasa sobre la frente por otra fresca y la miró un momento, los rasgos demacrados y la palidez no daban demasiadas esperanzas.

La niña abrió de súbito los ojos y por un momento ambas se miraron en silencio. Por detrás de las pupilas oscuras Ámbar vio la muerte abriéndose camino, una muerte tranquila e inevitable, casi blanda, silenciosa, pero también vio agradecimiento en sus iris salpicados de dolor y la deseada paz justo antes de cerrar los ojos y volver a desmayarse. La madre se abalanzó sobre ella y le cogió la mano, desesperada.

—Está inconsciente —dijo Ámbar, y la mujer respiró aliviada.

—Se va a curar, ¿verdad?

Ámbar dudó un instante si decirle la verdad o mentirle para evitarle el dolor, pero aquel daño vendría antes o después, quizá no inmediatamente, tal vez en unas horas o unos días, pero vendría.

—Tiene veneno en la sangre —murmuró, abatida—, no puedo hacer nada por ella.

—Pero la tisana... tus remedios curan, a mí me curaron... ¡Cúrala!

Ámbar la miró con tristeza y negó con la cabeza, no había nada más que ella pudiera decir o hacer, salvo quizá un tenue e impotente "lo siento" que susurró desde el centro de su corazón.

— ¡Cúrala! —repitió la madre perdiendo el control y rompiendo a llorar— ¡Cura a mi niña!

Una de las mujeres que habían traído a Ámbar la abrazó y se la llevó fuera de la habitación para calmarla, la otra se quedó junto a la cama, tomando la mano etérea, macilenta, de su sobrina.

—Intentad que esté cómoda.

La otra asintió en silencio a las indicaciones de Ámbar. No había más, solo muerte, dolor y tristeza. Cuando la joven sanadora salió de aquella casa se llevó consigo una parte de todo aquel dolor, de la pena y la impotencia enganchada a su alma. Le llenaba de pesar no haber sido capaz de sanarla, y aún así algo le decía que era como debía ser, que era el momento y todo estaba bien; su mente confusa y el corazón apenado luchaban contra ese fragmento de eternidad encerrado en lo más profundo de sí misma que le indicaba que no debía luchar, que todo era como debía ser.

Abatida, se refugió en un callejón solitario, dejó que sus rodillas flaquearan y, acurrucada contra la pared de una casa abandonada, lloró como hacía tiempo no lloraba, gimió y se atragantó con el llanto hasta que le faltó el resuello, lloró la pena, la impotencia, la incomprensión y la frustración, el dolor propio y el ajeno, la oscuridad de la fatalidad y la luz del entendimiento, lo lloró todo hasta que su alma quedó vacía y limpia de nuevo, y pudo volver a respirar.

Capítulo 7

Ámbar atravesaba el pueblo con paso ligero, se había entretenido demasiado aquella tarde y había perdido la noción del tiempo, pronto caería la noche y le sería muy difícil atravesar el bosque en medio de la oscuridad, cuanto más en una noche sin luna como aquella en que el cielo se veía cubierto por una masa densa de nubes oscuras que amenazaba lluvia. Aminoró el paso al darse cuenta de que ya era tarde, no llegaría a tiempo a la cabaña; sus opciones eran buscar un lugar donde pasar la noche resguardada o cruzar el bosque y arriesgarse a perderse en la negrura. Aún hacía frío por las noches y la amenaza de lluvia era demasiado clara para ignorarla, por lo que decidió pedir asilo en alguna casa del pueblo, había tratado a varias personas en aquella zona de las afueras y no sería difícil encontrar cobijo. No sabía aún cuánto se equivocaba.

Llamó tímidamente a la puerta de la primera casa que encontró a su paso; recordaba haber estado allí sanando una tos muy resiliente del cabeza de familia, no se acordaba de su nombre pero sí del de la mujer, Amparo, que le había pagado generosamente con una cesta llena de huevos frescos. Al no obtener respuesta volvió a golpear la madera recia, esta vez un poco más fuerte, pero seguía sin obtener respuesta. Le extrañó, pues del ventanuco cercano veía brotar el brillo titilante de las velas encendidas.

— ¿Amparo? —llamó, acercando la cara a la puerta.

El resplandor desapareció en la ventana y todo quedó a oscuras. Ámbar se separó de la puerta retrocediendo confundida, no sabía qué pensar, no entendía el porqué de aquella reacción. Se dijo que a veces no comprendemos la forma de actuar de los demás porque nos falta información importante, de modo que trató de ignorar su desconcierto y caminó decidida hacia la siguiente casa. Obtuvo la misma respuesta, un profundo silencio y una puerta cerrada. Su confusión iba en aumento y, tras la tercera casa donde le negaron asilo, ésta se convirtió en enojo. ¿Qué estaba pasando?, ¿por qué nadie le abría la puerta?, ¿de dónde procedía aquel rechazo?

No dándose por vencida, pues ya empezaba a chispear y el viento se volvía más frío por momentos, llamó con decisión a la cuarta puerta. Ámbar suspiró aliviada al oír los goznes deslizándose en un giro lento y ver aparecer una figura humana tras la rendija. No había terminado de abrirse el portón cuando se detuvo en seco. Ámbar había avanzado un poco para entrar pero el gesto de sorpresa y desagrado de la mujer al otro lado del umbral la hizo quedarse congelada a medio camino. Los ojos sorprendidos se convirtieron en dos rajadas despiadadas en su rostro contraído, apretó los labios con furia y empujó la puerta, cerrándola con un fuerte golpe a escasos centímetros de la muchacha.

Esto fue el colmo. Ámbar empezó a aporrear con fuerza la madera pidiendo refugio.

— ¡Vete, bruja mata-niñas! —vociferó una voz chillona desde el otro lado de la ventana, el tono atenuado por el cristal pero inequívocamente despreciativo— No eres bienvenida en este pueblo.

La muchacha se apartó de la casa como si ésta quemara, caminando hacia atrás mientras miraba incrédula la puerta cerrada. Se trataba de eso, de la niña con veneno en la sangre, la que no había podido curar, la que había muerto hacía un par de días... aún le pesaba aquel dolor en el pecho por no haber podido ayudarla, pero aquella gente la culpaba a ella por su muerte, ¿cómo podían ser tan injustos? Ella solo había intentado ayudar, no haber sido capaz de mejorar la situación no la convertía en una asesina, se dijo desconcertada. Por lo visto aquellas gentes no estaban de acuerdo con su punto de vista. Desagradecidas criaturas injustas e ignorantes, ¿a cuántos había sanado con sus ungüentos y sus tisanas?, ¿cuántos habían acudido a ella cuando necesitaban sus remedios? Ella nunca había cerrado a nadie la modesta puerta de su cabaña, pero tan solo había hecho falta un incidente como aquel, un fallo, un caso fuera de sus posibilidades, para darle con la puerta en las narices. Literalmente.

Cerró los puños apretando dentro su rabia, quería golpear aquella puerta con todas sus fuerzas, hubiera podido desencajarla de sus bisagras, pero se quedó allí, mirando la casa con furia y los puños apretados, mientras la lluvia caía despiadada sobre ella y le empapaba el cuerpo y el dolor de la frustración. La atmósfera semitransparente y cristalina que normalmente la envolvía fue ganando densidad y oscureciéndose como un cristal ahumado que se empaña más y más, y se va cubriendo de polvo y oscuridad, hasta que casi no podía ver lo que tenía ante sí; solo estaba aquel muro oscuro que la envolvía con su aspecto amenazante y pesado.

— ¡Malditos todos! —vociferó desde detrás de su muro. Una corriente arrolladora se abrió paso desde sus entrañas hasta la garganta y brotó como fuego por su boca sin que pudiera hacer nada por detenerla— ¡Os maldigo del primero al último, toda vuestra estirpe desde este momento hasta que no quede uno solo de vuestro linaje! Que la muerte os encuentre desamparados y desprovistos. Malditos todos.

Nada más estas palabras abandonaron sus labios, una sacudida violenta la recorrió de los pies a la cabeza y un escalofrío estremeció hasta la última célula de su cuerpo. Se abrazó a sí misma, empapada y tiritando de frío, y se alejó de allí arrastrando los pies mojados. El muro oscuro a su alrededor se había disipado al dejar salir aquella maldición infame, pero sentía que un enorme peso le oprimía el pecho como si alguien hubiera colocado una losa sobre él. Llegó a un soportal y se dejó caer en el suelo, apoyó la espalda sobre la pared y se abrazó las rodillas. El cansancio era tan intenso que en unos minutos se quedó dormida, pero sus escasas horas de sueño estuvieron plagadas de sombras y gritos.

Cuando despertó sobresaltada con las primeras luces de la madrugada, el cansancio seguía alojado en sus huesos como una bestia enganchada a su presa. Se levantó con pesadez y lentamente emprendió el camino de regreso al bosque.

Unas manos húmedas y frías sujetaron las suyas por un instante y, tras un murmullo que se mezcló con los demás susurros y cuchicheos circundantes, se alejó de ella. Miró a su alrededor, mucha gente había venido y pululaba por la casa a paso lento, cuidadosamente, saludándose discretamente unos a otros. Petra sentía un embotamiento blando y pesado en sus sentidos, en la boca sabor a hierbas y agua caliente, un dolor vago en el pecho y olor a podredumbre.

Una vieja enfundada en negro de pies a cabeza se inclinó sobre ella y le besó la frente con sus

labios ásperos y un intenso olor a alcanfor. Petra trató de sonreírle reprimiendo una náusea pero las comisuras de su boca ignoraron sus esfuerzos.

—Mi más sentido pésame, Petrica —murmuró la vieja aún cerca de su frente, y seguidamente lanzó un profundo suspiro mientras meneaba la cabeza a un lado y a otro—. Tan buen mozo... no era su hora, Petrica, no era su hora.

Ante la falta de respuesta, la vieja apretó los labios y se dio la vuelta; su rechoncha figura encorvada por los años se deslizó lentamente hacia la habitación cercana, donde otras figuras enlutadas y cabizbajas murmuraban en torno a la caja. Petra la observó cruzar el umbral, alguien le cedió un asiento junto al féretro y se dejó caer simulando cansancio, sacó su rosario, clavó la barbilla en el pecho y comenzó a rezar.

La mente de Petra comenzó a despertar. A media mañana habían aporreado la puerta, su hija había abierto asustada y ella había acudido corriendo escaleras abajo para ver cómo un grupo de hombres cruzaba con urgencia el salón en dirección al dormitorio, cargando un cuerpo laso, y depositaban con cuidado a su marido sobre la cama.

Una pareja de mediana edad se acercó a Petra, ambos cabizbajos, y le dieron el pésame. El hombre solía salir a cazar con su marido pero no recordaba haberlo visto aquella mañana, quizá estuviera, todo había sido tan rápido y caótico... Un susurro desvió su atención por un momento, tanto del recuerdo como de la pareja que tenía delante.

—Ha sido ella —procedía de la habitación de al lado—, la maldita le echó un cenizo.

—Era un buen hombre, Petra —dijo el hombre con voz ronca, tratando de suavizar su natural tono rudo—, y un amigo, todos le apreciábamos.

Petra asintió agradecida y sonrió apenas, los músculos empezaban a responderle y los sentidos volvían poco a poco a percibir más allá de los trajes negros arremolinándose en torno a ella.

—Yo estaba aquí mismo, sentada en esa butaca de ahí —Petra reconoció la voz de su suegra— y la oí escupir su veneno a gritos, en esa misma calle de ahí afuera.

—Madre, relájese...

Era la voz de su cuñado, Andrés, a él sí le recordaba cargando el cuerpo herido de su marido, probablemente había estado allí todo el tiempo desde entonces.

—¿Necesitas algo, Petra?

Negó con un gesto a la mujer y se levantó de la silla donde había permanecido Dios sabía cuántas horas; le dolía todo el cuerpo y un ligero mareo la hizo tambalearse, la otra la ayudó y ella se desasíó suavemente de la mano que la sostenía.

—Gracias, estoy bien.

Petra entró con paso inseguro en la habitación. El ataúd abierto se encontraba en el centro de la estancia dando testimonio inequívoco de su desgracia. A un lado, la doliente suegra lloraba desconsolada mientras Andrés, hermano del difunto, trataba de calmarla susurrándole quedamente. Su cuñado alzó la vista al ver a Petra entrar en la habitación del velatorio mientras continuaba sosteniendo la mano de su afligida madre.

—La bruja me lo ha matado —terció la anciana entre sollozos, y seguidamente rompió en un llanto

descontrolado mientras vociferaba— ¡La mata-niñas me ha quitado a mi Antonio!, ¡la bruja me ha matado a mi hijo!

Petra la miró con espanto. Los gritos de la madre histérica se le mezclaron con los golpes en la puerta aquella mañana aciaga, las manos temblorosas de su cuñado abrazando a la anciana le trajeron el recuerdo de esos mismos dedos manchados de sangre, tratando de tapar la herida en el vientre de su hermano, que agonizaba entre estertores sobre la cama. Supo que se desmayaría cuando la habitación empezó a girar y, justo antes de que las figuras de negro se precipitaran en su ayuda, pudo ver el rostro macilento de Antonio con la paz de la muerte enmarcando sus rasgos dentro del ataúd.

Había cerrado la puerta de un portazo que retumbó con un eco lejano contra las paredes del sueño. Apoyó la espalda contra la puerta de roble como para asegurarse de que permaneciera cerrada. Se mordió el labio y vio cómo su hija la miraba con el ceño fruncido y preguntas en los ojos.

—No pasa nada —se apresuró a decirle, pero volvió a morderse el labio.

Hacía una noche de perros y no había un alma en la calle. La había dejado fuera, muerta de frío. Desde su butaca junto a la ventana le llegó la voz firme de la suegra, aunque antes ya había sentido sus ojillos feroces clavándosele como dardos.

—Ni se te ocurra dejar entrar a esa bruja en esta casa.

Petra se apartó de la puerta pero no volvió a su sitio en el sofá ni a su bordado ni al calor de la chimenea encendida, se quedó observando la escena: su marido dormitaba, no tenía rostro pero sabía que era él, siempre se quedaba medio dormido en aquel sillón, la suegra se mecía en la butaca mientras espiaba tras los visillos, su hija menor había dejado la aguja suspendida sobre la tela a la espera de entender qué estaba ocurriendo. La mujer se dio la vuelta decidida pero, justo cuando estaba a punto de agarrar el pomo de la puerta, la suegra lanzó un chillido contra el cristal de la ventana, con la cara desfigurada por el odio la increpaba a marcharse llamándola "mata-niñas". Petra se quedó petrificada frente a la puerta, con los ojos cerrados y sin atreverse a mover un músculo. Durante un momento hubo silencio, como si nada hubiera pasado, como si nada se hubiera dicho. Después un grito empapado en ira se estampó contra la puerta de la casa.

— ¡Malditos todos!

Petra abrió los ojos. Se encontraba en su cama, la puerta del dormitorio cerrada y a su alrededor sus dos hijos mayores, su cuñado, la suegra sentada en la silla del rincón y su hija menor, que inmediatamente se acercó a ella y le cogió la mano con cariño. El corazón aún le saltaba a Petra en el pecho imbuido en el miedo de la pesadilla, un sueño que era un recuerdo a medias, una maldición infame que había caído sobre su casa y se acababa de llevar a su marido.

Miró a su hija. "Malditos todos", repetía la voz de la bruja en su cabeza. "Os maldigo del primero al último". Miró a su hijo mayor, ya casado y con dos niñas, luego al segundo, que se desposaría a finales del verano y que acababa de emplearse en la oficina del notario. "Que la muerte os encuentre desamparados y desprovistos". Vio en el lienzo de su mente al marido con el vientre ensangrentado en aquella misma cama, y se vio a sí misma precipitándose sobre el lecho y agarrando su mano sin vida, demasiado tarde, había llegado demasiado tarde y no había podido

siquiera despedirse de él. "Malditos todos".

Petra besó la mano de su hija, que se había sentado en el borde de la cama, y se incorporó decidida. Miró a sus dos hijos con el rostro sereno y la mirada dura de quien acaba de tomar una decisión irreversible.

—La bruja ha matado a vuestro padre —dijo con firmeza. La suegra levantó los ojos y todos los demás la escucharon en silencio—. No podemos dejar que su malicia amenace nuestros hogares. Esto es lo que vamos a hacer.

Los hijos de Petra se envolvieron en sus capas y sin decir palabra se dispusieron a salir, ya todo estaba dicho y sabían perfectamente lo que debían hacer. Andrés sostuvo el brazo del mayor, deteniéndolo por un momento.

—No podéis hacer esto.

El otro se desasíó y, tras dirigir una rápida mirada a su madre, que los observaba al pie de la escalera, terminó de prepararse y abrió la puerta sin hacer caso de los intentos de su tío por detenerlos.

—Petra, por Dios... —terció Andrés casi rogando, pero ella permaneció callada.

Detrás de él apareció la vieja, sus ojos duros como piedras, la mandíbula contraída.

—Tenía que darte vergüenza —le increpó, escupiendo con desprecio las palabras en la cara de su hijo—, Antonio era tu hermano.

—Nuestro dolor no justifica la venganza. Antonio ha muerto por un accidente de caza, ¡un accidente, madre!, no por hechicerías ni magia ni maldiciones que solo...

Petra le interrumpió con la voz calmada y la mirada vacía.

—Mis hijos se van a la taberna, como cada tarde —dijo mientras se acercaba y ayudaba al más joven a ajustarse la capa—. Si no vas a ir con ellos será mejor que te vayas a tu casa, aquí ya no haces falta.

La suegra asintió con un gesto y se cruzó de brazos. Andrés se llevó la mano a la frente y la frotó como si tratara de sacar de su cabeza una idea desesperada que le ayudara a detener aquello. Todos lo miraban en silencio, con sus ojos vacíos y la resolución instalada en el corazón, junto al dolor de la pérdida. No había forma de hacerles ver su error, pero no participaría en aquella locura, una venganza sin más sentido que la superstición y la ignorancia. El hombre se dio la vuelta, impotente y apenado, y salió de la casa dispuesto a no mirar atrás.

Ámbar cruzó la plaza con paso ligero, dándose cuenta de que nadie la había mirado a la cara desde hacía un buen rato. Suerte que aún tenía un par de clientes fieles que no se habían dejado llevar por las habladurías... aún, pensó mientras aligeraba el paso, si aquellos también llegaran a fallarle se vería obligada a pedir de nuevo. No creía poder volver a aquellos tiempos, no después

de conocer la independencia, vivir por sus medios, ayudar a la gente y no depender de la caprichosa caridad de los vecinos de Urdués, que ahora parecían empeñados en darle la espalda.

No le pasó desapercibido que aquella tarde el pueblo parecía más desierto de lo acostumbrado, un ambiente lóbrego envolvía las calles a medio oscurecer por las que iba pasando y aquello la inquietaba. Algunas contraventanas se cerraron a su paso y los cerrojos de las puertas resonaron contra las fachadas de las casas antiguas como un mal presagio. Ámbar trató de espantar las sombras de su mente, conocía las señales del mundo y sabía que podían ser ambiguas, era conveniente no dejarse llevar por inseguridades y miedos absurdos, no debía ver más allá de la realidad ni confiar en las suspicacias de su corazón. Así que continuó caminando, pronto habría atravesado el pueblo y antes de que callera la noche estaría en su cabaña, rodeada tan solo de bosque y silencio.

Con la idea de acortar camino tomó una calleja por donde nunca se adentraba pero que le ahorraría parte de la caminata. Nada más entrar en el callejón se detuvo; hacía tanto tiempo de aquello que ya había olvidado por qué nunca atajaba por allí. Sus ojos se clavaron en los adoquines mientras el recuerdo le traía sin aviso la cabeza ensangrentada de su tío. En aquella misma calle había muerto Lucio hacía tantos años que parecía un sueño a medio retener.

Pero aquel incidente no fue lo único que llegó a su mente en aquel momento, el silencio era tal que podía escuchar sus propios latidos acelerándose, la respiración precavida, su propia energía cerrándose en torno a ella como si pretendiera protegerla. Se había dado cuenta de que, al detenerse, otros pasos, que desde hacía un buen rato habían sido eco de los suyos, se habían parado también.

Un cuervo aniquiló el silencio con un graznido de aviso y ella echó a andar con paso ligero, sin mirar atrás. Las pisadas volvieron a oírse detrás de ella, a escasos metros, contundentes, firmes, decididas a no abandonar a su presa. Eran hombres, no le cabía duda, seguramente dos, pero no se atrevió a girarse, no quería verlos y aún menos arriesgarse a reconocerlos. Ámbar respiraba cada vez con mayor dificultad, no tanto por el ritmo de su caminar, que era cada vez más rápido, como por el presagio nefasto que se cerraba como una banda de miedo espeso entorno a su garganta. Evitó no obstante salir corriendo, estaba segura de que de hacerlo así sus perseguidores la alcanzarían fácilmente. Debía llegar a la iglesia de San Salvador, estaba muy cerca y allí estaría a salvo, fuera lo que fuese que pretendían aquellos hombres, no lo harían en la casa del Señor.

Al salir de la pequeña plaza vio el discreto edificio de piedra alzándose esperanzador, haciendo honor a su nombre como una promesa de refugio. Se permitió un instante de alivio y soltó el aire que había estado reteniendo en los pulmones desde el callejón. No se dio cuenta de que uno de sus perseguidores había aligerado el paso. Una enorme mano se cerró con fuerza en torno a su brazo tirando de ella hacia atrás violentamente. El mundo giró a su alrededor y la iglesia desapareció de su vista tras un velo espeso de terror y sorpresa.

Lo primero que sintió fue un dolor sordo en la cara y la dureza del suelo contra su cuerpo, luego llegaron los alfilerazos fríos, agudos e ininterrumpidos de una lluvia despiadada lacerando cada centímetro de su piel, varios focos de dolor repartidos por todo su cuerpo y algo peor, mucho peor: la pena infinita de una amarga desolación. No quiso abrir los ojos por miedo a que el llanto

la traicionara, no había llorado por tantas cosas en su miserable vida, no iba a hacerlo ahora por unos cuantos golpes.

Trató de serenarse y separar la conciencia de su cuerpo, no enfocarse en el daño físico sino en lo que era capaz de hacer. ¿Podía abrir los ojos?, los abrió tímidamente. ¿Podría mover la cabeza?, dolía, pero la levantó apenas para ver dónde se encontraba. ¿Podía levantarse?, apoyó las palmas de las manos en el suelo mojado y trató de despegar el pecho de las baldosas de piedra. El dolor, profundo y punzante, le arrancó un quejido; sentía como si un puñal se hundiera en su costado al mover el tronco.

Respiró pausadamente mientras hacía acopio de fuerzas, luego comprobó que sus piernas estaban en buen estado, seguramente tendrían ya moratones pero podía usarlas, el dolor era soportable. Una vez más plantó las palmas de las manos firmes sobre el suelo y, con los brazos flexionados, trató de impulsarse hacia delante apuntalando los pies. Se desplomó de nuevo, la sensación era insoportable y el esfuerzo titánico, todo para avanzar unos centímetros. Sintió el deseo de abandonarse, rendirse y dejarse morir allí mismo, en medio de la calle solitaria, bajo la lluvia fría, acabar con todo y volver al hogar, a la nada o al origen, a lo que fuera que había al otro lado de toda aquella miseria.

Cerró los ojos y dejó que su cuerpo se relajara sobre la dura superficie del suelo encharcado. Al contrario de lo que había esperado, esta rendición no le trajo paz sino una presión en el corazón que le dificultaba la respiración; una energía densa empujaba desde su interior contra las puertas cerradas de su pecho. No quería llorar, se negaba a rendirse, pero estaba tan cansada... Deseó que todo terminara en un instante, el sentir, el pensar, el respirar, el existir, pero seguía sintiendo y pensando y siendo lo que quiera que fuera su inútil e insignificante existencia. No lloraría, no, tan solo dejaría de respirar y en unos pocos minutos todo habría acabado.

Retuvo el aliento y la autocompasión mientras trataba de ignorar los gritos procedentes de sus sentidos, sin embargo en un último fracaso de su voluntad continuó sintiendo el frío mezclándose con el calor del dolor y el escozor de las heridas, y siguió oyendo la lluvia golpeando la piedra y el viento estrellándose contra los aleros de los tejados. Un olor a tierra mojada alcanzó su nariz de improviso e inundó su olfato de frescor y vida, la corriente de un escalofrío estremeció su cuerpo aterido y ahuyentó el dolor durante unos segundos.

Su boca se abrió sin permiso y una bocanada de aliento penetró en su cuerpo. Solo hacía falta eso, unos instantes de vida alcanzando su interior, para recordarle que la existencia es preciosa. Sus ojos aún cerrados se desbordaron con las lágrimas de un llanto callado, lloró en silencio por haberse dejado vencer hasta aquel punto, pero también lloró de agradecimiento y se dijo que seguiría respirando y honrando a la vida mientras quedase una chispa, por pequeña que fuera, animando su alma.

Abrió los ojos empapados y levantó la cabeza, por detrás de la cortina de lluvia distinguió las paredes de piedra de la iglesia, el pequeño pórtico cubierto y la promesa de refugio. Haciendo uso de las pocas fuerzas que albergaba su cuerpo, se arrastró hacia el edificio, agarrándose a la piedra del suelo con las manos en garra e impulsándose lentamente con las puntas de los pies, apoyando las rodillas, clavando los codos en el suelo, jadeando y creyendo morir de dolor. Cuando finalmente alcanzó el pórtico de la iglesia se pegó a la fachada, tiritando de frío y extenuada, respirando entrecortadamente por el esfuerzo. Sentía más dolor en su cuerpo del que

jamás había experimentado en su vida, pero había conseguido ponerse a cubierto y la sensación de triunfo hizo posible que una leve sonrisa curvara apenas sus labios justo antes de perder de nuevo el conocimiento.

Algo lo mantenía despierto aquella noche silenciosa, había dado más vueltas de las que podía recordar y una intranquilidad insomne le impedía siquiera relajarse. Acabó por levantarse, angustiado, y se asomó a la ventana de su habitación. La noche estaba callada y fría, demasiado callada y demasiado fría quizá, así que decidió encender un fuego en la chimenea esperando que el crepitar de las ascuas le hiciera compañía y le ayudara a dormir o, cuanto menos, calmara con su ígneo ronroneo la intranquilidad que le arrebatava el sueño.

Se dirigió, resuelto, a la pequeña pila de leña junto al hogar, pero se detuvo antes de llegar. Un sonido, tan tenue que podría haberle pasado desapercibido cualquier otra noche, pero no aquella, un ruido menudo que recordaba al rascar de las uñas de un roedor sobre la piedra. ¿Ratas?, se preguntó, nunca había visto y mucho menos oído ratas en aquella iglesia, al contrario que en muchas de las minúsculas parroquias que había regentado en los últimos años, allí jamás había sentido la presencia de otro ser que no fuera él mismo... y Dios, por supuesto.

Se olvidó de sus planes de encender una hoguera y se lanzó a la búsqueda de sus nuevos huéspedes, candil en mano y ataviado tan solo con la camisa de dormir; no se molestó en calzarse, la excitación de la cacería nocturna le hizo olvidar el frío de las losas de piedra bajo sus plantas descalzas. Pero tras un buen rato de búsqueda infructuosa se dejó caer, desanimado, en uno de los bancos de la iglesia. A esas alturas volvía a sentir el frío en su cuerpo desabrigado y empezaba a dudar de sus sentidos, no había vuelto a escuchar nada. Probablemente, se dijo, todo había sido producto de su imaginación y del insomnio, un intento desesperado de animar las horas de desvelo.

Decidió rendirse y volver a la cama para intentar al menos descansar un poco, tan solo unas horas le separaban del amanecer, quizá aún estaba a tiempo de dormir aunque fuese tan solo un sueño ligero. Antes de volver al camastro pensó en asegurar la puerta de la iglesia, solía olvidar hacerlo y la falta de costumbre había hecho del olvido un hábito, pero su predecesor había insistido y en repetidas ocasiones le había advertido al respecto. Aunque solo fuera por una noche honraría al viejo sacerdote, después de todo nunca se sabía lo que podía haber por ahí suelto.

Se dirigió a la puerta recordando aquella vez en que un lugareño había contado la historia de un lobo herido que había vagado una noche por el pueblo, perdido y hambriento, y en su desesperación había conseguido entrar en una casa y devorar a la mitad de sus moradores. La puerta de la iglesia se abrió sin esfuerzo al primer intento y Gabriel se alegró de haber ido a asegurarla. Seguramente la historia del campesino tenía más de mito que de realidad, pero aún así nunca se sabe lo que puede andar vagando en una noche fría y silenciosa, acechando en la negrura, amparado por las sombras.

Antes de asegurar la puerta algo le impulsó a abrirla, quizá la misma fuerza incierta que lo mantenía despierto, tal vez el humor sombrío de sus últimos pensamientos. Lo cierto es que al abrir el portón y asomar media cara por la rendija, la vio. Estaba hecha un ovillo, agazapada contra la pared, temblando violentamente como si un espíritu inquieto se hubiera apoderado de su

cuerpo. Rápidamente se acercó a la mujer y la observó sin atreverse a tocarla. Sus ropas, que no eran más que harapos, se encontraban empapadas y sucias, seguramente temblaba por el frío, el agua debía de calarle hasta debajo de la piel a aquella pobre criatura, pensó.

Le susurró para llamar su atención sin asustarla, pero la muchacha no parecía darse cuenta de la presencia del sacerdote. Se acercó un poco más para verla más de cerca, pero el pelo empapado y revuelto le caía sobre la cara tapando sus rasgos. Apartó con cuidado la maraña húmeda y al descubrir su rostro la reconoció al instante. Ámbar. A pesar de la falta de luz y la suciedad sobre su piel supo que era claramente ella, hubiera reconocido aquellos rasgos en cualquier circunstancia. Su desasosiego aumentó inmediatamente pero trató de serenarse y mantener una actitud práctica. Le pareció no obstante que tenía los ojos cerrados y que se hallaba en un estado de aturdimiento más que dormida. Despierta o no, lo que Gabriel supo con certeza es que aquella criatura de Dios necesitaba ayuda inmediata, así que decidió que lo mejor sería llevarla al interior de la iglesia. Le tocó el brazo con cuidado y cierto reparo, pero ella no reaccionó. Tendría que probar otra forma si quería trasladarla.

—Apóyate en mí —le susurró rodeando sus hombros estrechos con un brazo y ofreciéndole el otro brazo—, intenta levantarte, te llevaré bajo cubierto.

La muchacha seguía sin reaccionar y por un momento Gabriel no supo qué hacer. Empezaba a temer que tendría que tomarla en brazos para trasladarla, pero ni siquiera estaba seguro de que fuera apropiado haberle rodeado los hombros y tocado el brazo, cuanto menos seguir avanzando por aquel camino incierto... Pero empezaba a llover y cada minuto que pasaba a la intemperie la temperatura parecía descender un grado, así que se armó de valor y con decisión la tomó en brazos y la trasladó al interior de la iglesia. Sin darse a sí mismo tiempo para recapacitar ni la oportunidad de pensarlo dos veces, la llevó hasta su camastro y la depositó con sumo cuidado sobre las sábanas. Buscó un par de mantas y se disponía a taparla con ellas cuando se dio cuenta de que aquello serviría de poco, la criatura estaba chorreando y las mantas no iban a ayudarla a entrar en calor a menos que antes se deshiciera de las ropas mojadas. Gabriel suspiró profundamente, moviendo la cabeza a ambos lados, angustiado. Pero ya no había marcha atrás, así que se dirigió con presteza hacia la puerta y la aseguró lo mejor que pudo, luego volvió a la habitación y encendió un buen fuego, puso a calentar un poco de agua y se dispuso a hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudar a aquella pobre alma desgraciada.

Mientras se repetía que estaba obrando correctamente, se recordaba a sí mismo la urgencia de la situación y se decía que ayudar a aquella criatura era imperativo. Al mismo tiempo que sus manos trabajaban con diligencia profesional, sus ojos intentaban no mirarla, no verla como a la joven y hermosa mujer que era, una muchacha que yacía inconsciente sobre su propio lecho. Apartó con presteza los harapos mojados, rasgados y sucios, sospechando por las roturas y las manchas de sangre lo que había pasado. Se sintió asqueado y furioso pero procuró que las emociones no entorpecieran su labor, así que mantuvo la mente centrada mientras cuidadosamente limpiaba su piel con un pañuelo seco e iba aplicando un ungüento en varias zonas donde los moratones ya empezaban a dejarse ver; limpió un par de heridas abiertas, afortunadamente ninguna de gravedad, y finalmente vistió su cuerpo inconsciente y desmadejado con la única camisola que tenía de repuesto. Una vez hubo terminado la tapó con las mantas, la arropó con cuidado y contempló satisfecho su obra.

Viéndola allí dormida parecía una inocente criatura caída del cielo, casi le parecía incluso que

sonreía levemente, aunque seguramente –pensó– aquella discreta sonrisa era obra de su imaginación, pues la muchacha seguía inconsciente. Al menos ya no temblaba, se dijo Gabriel ya más tranquilo, parecía que su cuerpo reaccionaba positivamente al calor del hogar y las mantas e iba recuperando el color natural. Las heridas no tardarían en sanar y pronto habría recuperado también las fuerzas, solo necesitaban tiempo y una buena dosis de descanso.

Él, por su parte, hubiera necesitado también descansar, se sentía extenuado después de todo aquello, pero tras la ventana ya clareaba el día y la mañana traía consigo las responsabilidades diarias. Trataría de mantenerse despierto mientras la iglesia estuviera abierta, ya dormiría más tarde. Se alegró de que fuera el principio de la semana, sus feligreses estarían ocupados con sus quehaceres diarios y asuntos mundanos mientras que él podría dedicar el tiempo necesario a cuidar de su paciente sin que nadie notara su ausencia.

Más animado a pesar del sueño se dispuso a preparar la parroquia para abrir a las almas la casa del Señor, como cada día.

Por primera vez en todo el tiempo que llevaba en Urdués no olvidó asegurar la puerta de la iglesia al cerrar. Había pasado el día esperando aquel momento y preocupado por la muchacha que yacía inconsciente en su habitación. No solo le preocupaba su estado sino también que despertara de repente y, al no reconocer donde se encontraba, saliera del recinto de la iglesia envuelta en la camisola del sacerdote. Podía imaginar las caras de los feligreses al verla allí de pie, descalza y semidesnuda en la iglesia. Por primera vez se daba cuenta del peligro que suponía tenerla en sus dependencias, así que había ido a revisar cómo se encontraba cada vez que había tenido ocasión pero no parecía experimentar cambio alguno. Había dormido durante todo el día y así continuaba cuando Gabriel cerró al fin la iglesia y entró en la habitación.

La observó por un momento. Su rostro relajado y sereno mostraba unos rasgos singularmente hermosos. La disposición de sus ojos cerrados, la nariz y los labios entreabiertos le parecían tan armónica que se diría que había sido creada por las manos privilegiadas de un escultor. Gabriel se atrevió a acercarse un poco más para observarla de cerca, estaba ensimismado en la armonía de aquel rostro, en la blancura de su piel y el singular color de su pelo rojizo, las finas hebras cobrizas se derramaban sobre la almohada como una cascada de color increíble que hipnotizaba los sentidos con tan solo mirarla.

Un breve gesto del rostro dormido lo sacó del trance y se obligó a reaccionar. Debía revisar las heridas por si tenía que aplicar algún ungüento más y prefería hacerlo mientras ella estuviera inconsciente. Apartó las mantas y comprobó que su respiración era regular y tranquila, bajo la camisola de dormir su pecho se movía suavemente de forma rítmica. Recordó que había encontrado varios moratones y magulladuras en los hombros y el cuello, y apartó la camisa con cuidado de no despertarla; la piel blanca y delicada de su cuello se veía dramáticamente asaltada por el morado y los rojizos de la herida, pero la cura de la noche anterior estaba haciendo efecto.

—Está sanando bien— susurró, como si ella pudiera oírle y así se quedara más tranquila—.
Veamos las demás heridas.

Sus manos se detuvieron sobre la tela de la camisa. Recordó el cuerpo desnudo de la noche

anterior, salpicado de heridas por todas partes, recordó cómo la urgencia del momento había guiado sus manos para limpiarlas, aplicar las curas, cómo había secado cada centímetro de piel mojada y la había cubierto al final con su propia camisa, que ahora se hallaba impregnada por el aroma de aquel cuerpo de mujer.

Al mirar de nuevo el hermoso rostro dormido y sereno supo que no podría volver a hacerlo, no podía desnudarla y recorrer su cuerpo de arriba a abajo curándole las heridas sin acariciar con sus ojos y sus manos aquella piel blanca y suave, no podía siquiera pensar en ella sin que todo su cuerpo temblara. Recordó sus propios pensamientos de la noche anterior: "No hay marcha atrás", y cerró los ojos con pesar. No había imaginado hasta ahora cuánta razón tenía aquel eco de su mente.

La tapó de nuevo con las mantas y, sumido en una profunda turbación, salió de allí con paso apresurado.

Una melodía lejana la trajo de vuelta al mundo de la conciencia. Antes de atreverse a abrir los ojos trató de distinguir mejor lo que llegaba a sus oídos; era una música suave, dulce y tranquilizadora que le resultaba familiar, pero no consiguió imaginar qué la producía o identificar de dónde procedía. También escuchó el crepitar de un fuego cercano y el cantar de los grillos en la media lejanía. Era de noche y parecía estar sola, lo que captaba no se le antojó amenazante, así que se decidió a abrir los ojos.

No se equivocó, se encontraba a solas en una pequeña habitación bastante austera pero de alguna forma acogedora, una chimenea con el fuego encendido y la noche al otro lado del ventanuco. Su cuerpo, que notaba extremadamente débil, descansaba sobre un pequeño camastro, envuelto en sábanas limpias y cubierto por un par de mantas. Sobre su piel percibió el tacto de una tela desconocida y se dio cuenta de que no llevaba puesta su ropa sino una camisola de lino. Tras un instante de desconcierto en el que descubrió que había un vacío en su memoria, decidió aceptar la situación y no martirizarse con preguntas que no podría contestar hasta hablar con la persona que la había llevado hasta allí.

Al incorporarse sintió un profundo dolor en el torso y se llevó la mano al costado. Alguien la había vendado y era probable que hubiera aplicado curas a otras partes de su cuerpo, conocía el olor del ungüento que llegaba a sus fosas nasales, pero captó otras esencias que no pudo reconocer. Se sentía confusa y dolorida, y sintió el impulso de volver a echarse en la cama, pero aquella suave música seguía sonando y deseaba acercarse a ella, oírla con más detalle, saber de dónde provenía.

A duras penas consiguió ponerse en pie y lentamente se dirigió a la puerta entreabierta. Con algo de aprensión asió el pomo y respirando con cuidado, pues hasta aquel simple gesto le causaba dolor, abrió la puerta y se asomó al umbral. El interior de una iglesia apareció ante ella, tenuemente iluminado por unas pocas velas; los bancos rodeados por la penumbra y el altar engullido por la oscuridad hacían de aquel espacio algo apenas reconocible, pero Ámbar sabía donde se encontraba, se trataba de la iglesia de San Salvador, y la oscura silueta sentada al fondo en uno de los últimos bancos debía de ser la persona que la había llevado hasta allí.

En ese momento un fragmento de su memoria volvió a ella; se vio a sí misma arrastrándose hasta el pórtico cubierto y acurrucándose contra la pared de piedra de la iglesia, aquella iglesia. Con el recuerdo recuperado vino de súbito todo lo demás: los golpes, el dolor, la pena, el abandono y la lucha por llegar al pórtico. Ámbar cerró los ojos, no quería recordar, centró toda su atención en la música y se dejó mecer por las hermosas notas de aquella melodía. Debía de tratarse de algún tipo de flauta pero sonaba de forma distinta a cualquier otra que hubiese oído, era como si su música viniese de un lugar lejano y mágico donde los elementos danzan en armonía y donde el dolor humano no llega. La melodía, amplificadas por el eco del recinto en penumbras, llenaba de dulzura y belleza cada rincón, acariciaba con suavidad la piedra del edificio y ondeaba blandamente en el aire llegando hasta ella para rodearla y acurrucarla con ternura.

La música cesó de repente y Ámbar abrió los ojos, la figura del fondo se había puesto en pie y comenzó a deslizarse entre los bancos acercándose lentamente hacia ella. Antes de que la silueta entrara en el breve espacio de luz donde Ámbar se encontraba, ella ya sabía qué rostro le mostraría la tenue luz de las velas.

Los días siguientes transcurrieron de puntillas, como si ambos caminaran con cuidado uno junto al otro sin importunarse, sin interferir, sin rozarse... Gabriel le explicó que podía quedarse allí hasta que estuviera recuperada mientras se mantuviera fuera de la vista de la gente y ella se mostró de acuerdo y agradecida pero silenciosa, precavida, pues aún no estaba segura de cómo reaccionar a aquellos cuidados y a la protección que aquel desconocido le ofrecía. Se había acostumbrado a cuidar de sí misma y recibir tal atención la hacía sentir extraña y desconfiar.

Durante esos días iniciaron pues una especie de rutina que serviría a ambos para sentirse seguros, un camino conocido que les conduciría a lo largo del día por quehaceres previsibles sin sorpresas o contratiempos. Gabriel se levantaba al amanecer y preparaba la iglesia, volvía a sus dependencias siempre a las mismas horas para revisar el estado de la muchacha, comer un poco y preguntarle si necesitaba algo, a lo que ella siempre respondía negando con un movimiento de cabeza y una tímida y breve sonrisa.

Ámbar agradecía estas rutinas que la hacían sentir segura y le permitían recuperarse con el alma tranquila, sin sustos o sorpresas que la hicieran temer por su vida, pero también la ayudaban a sentirse más confiada, aunque nunca bajaba realmente la guardia. Durante las ausencias de Gabriel, tanto como agradecimiento como por llenar el tiempo, cuidaba del espacio que en esos días se había convertido en su casa; limpiaba, ordenaba y preparaba la comida de manera que estuviera lista justo antes de la llegada del muchacho.

Por la noche se sentaban junto al fuego en silencio, él siempre leía un rato y ella se limitaba a permanecer inmóvil observando el danzar irregular de las llamas, luego Ámbar se acurrucaba en el camastro, que él le había cedido mientras durara su estancia, y Gabriel se acomodaba lo mejor que podía en el sillón después de apagar las velas y desearle buenas noches. No dormía hasta oír el ritmo regular de la respiración de la muchacha, señal de que dormía plácidamente. A veces incluso entonces pasaba horas en vela, haciéndose preguntas que no podía contestar o simplemente escuchando su respiración, disfrutando de la idea de tenerla allí, cuidarla y hacerla sentir segura, aunque no llegaba a estar convencido de que fuera eso lo que ella sentía. Cuando sus pensamientos

llegaban a aquel punto era cuando perdía la batalla y la inquietud lo mantenía despierto el resto de la noche.

Ella, por su parte, se había ido acostumbrando a aquella presencia a su lado, velándola cada noche mientras fingía dormir, respirando de forma acompasada para que él pensara que dormía plácidamente. En la oscuridad era más fácil captar ciertos aspectos al no interferir la vista, cosas como la atención de Gabriel mientras la observaba despierto, era como una manta cálida que la envolvía y la arropaba, tan suave y acogedora que la ayudaba a entrar en el sueño sin preocupaciones, como un bebé duerme en los brazos protectores de la madre. Pero también notaba otras cosas, percibía a veces unos remolinos inquietos a su alrededor, voces que insistían en que se mantuviera en el camino correcto, llantos y quejidos en raras ocasiones y a veces, cuando su alma estaba tan inquieta que llenaba de formas y ráfagas y sonidos estridentes toda la habitación, Ámbar podía notar sobre él un enorme peso, una masa informe que le oprimía y le inmovilizaba el alma. En esos momentos deseaba ayudarle, pero no sabía cómo.

Había pasado una semana y seguían sin hablar más de lo imprescindible. Mientras Gabriel preparaba la iglesia sus pensamientos vagaban lejos de las tareas que realizaba de forma maquinal, se deslizaban por debajo de la puerta de su habitación para llegar hasta ella. ¿Qué estaría haciendo?, ¿cómo se sentía?, ¿qué pensaba?... Sus heridas iban sanando pero aún veía una mueca de dolor a veces cuando se esforzaba por caminar erguida o mostrarse indiferente a las marcas que la paliza de aquella noche había dejado en ella. Más de una vez quiso preguntarle por aquel incidente, pero siempre acababa clavando los ojos en el libro que desde hacía días fingía leer y ella permanecía callada mirando el fuego.

Gabriel se detuvo frente al altar y sus ojos se hundieron en el paño blanco que lo cubría. No podía seguir así, deambulando por la iglesia durante el día como un fantasma y velando a la muchacha por la noche, sin saber, sin hablar, como dos perfectos desconocidos que por accidente respiran el mismo aire. Dejó todo lo que estaba haciendo y se dirigió sin más dilación a sus dependencias.

Al abrirse la puerta de repente Ámbar dio un respingo y casi dejó caer el objeto que tenía entre las manos. Superado el instante del primer susto y viendo que se trataba de Gabriel, dejó el objeto en una pequeña estantería de donde lo había cogido y se apresuró a apartarse de él afanándose en doblar unas prendas que había desmadejadas sobre una silla. Gabriel advirtió la turbación de la muchacha y solo entonces se dio cuenta de que acababa de romper la rutina que habían estado manteniendo aquellos días; en su entusiasmo por llevar a cabo su decisión no había considerado el efecto que tendría sobre ella, así que trató de manejarse con cuidado mientras se acercaba a la estantería para ver qué era lo que ella había soltado con tanta prisa. Tomó el pequeño instrumento y sonrió al recordar la noche en que ella despertó, lo estaba tocando por primera vez desde hacía años.

—Es una quena —dijo, mirando hacia la muchacha. Ella continuó con sus quehaceres, aparentemente sin prestarle atención. Gabriel avanzó un poco hacia Ámbar y ella retrocedió disimuladamente.

—Es como una flauta pero muy muy antigua —continuó él—. Ésta está hecha de hueso de llama, pero mi tío me contó que los antiguos incas las hacían a veces con las tibias de sus enemigos.

Ella le dirigió una rápida mirada entre intrigada y asqueada que él interpretó positivamente como una invitación a acercarse. Avanzó un poco más y esta vez ella no retrocedió.

—Mi tío me la trajo de América —añadió él como si eso lo explicara todo—, era el único aventurero de la familia y siempre me traía cosas de sus viajes. Cada objeto venía con una historia. Éste fue su último regalo.

Ella había ralentizado el ritmo al que doblaba la ropa y en este punto se detuvo y lo miró a los ojos con cierta tristeza. Gabriel se encogió de hombros y sonrió.

—Tocar la quena me ayuda a recordarle.

Le ofreció el pequeño y delicado instrumento, que ella tomó con cuidado, como si estuviera hecho de un cristal fino y delicado en lugar de hueso. Observó con detenimiento sus enigmáticas marcas geométricas mientras Gabriel continuaba con su historia.

—Cuando los europeos llegaron por primera vez a América encontraron muchos tesoros, y no todos estaban hechos de oro o jade o piedras preciosas; en la zona de los Andes, los indígenas construían desde el principio de su cultura unos instrumentos de viento capaces de elevar el alma hacia lo más alto. Mi tío me contó que la magia de la quena, uno de estos instrumentos ancestrales, te atrapa y en el momento en que la oyes sonar se queda contigo para siempre.

Ella lo escuchaba ahora con suma atención y eso le animó a seguir por aquel camino. Hizo un gesto con la mano indicándole que se la llevara a los labios.

—Inténtalo, es fácil, solo tienes que soplar.

Ámbar sopló con timidez por el orificio y una suave nota se desprendió del instrumento. Ella sonrió encantada, era la primera vez que Gabriel la veía sonreír y le pareció que con un simple gesto como aquel todo su rostro se llenaba de luz. Ella le devolvió la quena y él tocó la pieza que su tío le había enseñado, la que estaba tocando aquella noche en la iglesia. Ámbar lo miraba embelesada y sin dejar de sonreír, veía todos esos colores a su alrededor y una luz tornasolada que brotaba como una estrella del pecho de Gabriel, se expandía a medida que la melodía lo envolvía con sus delicadas notas hasta que la luz iluminó con su resplandor toda la estancia. Ella cerró los ojos y se dejó impregnar por la magia de la melodía y por el cálido brillo tornasolado rindiéndose a la alegría infinita que resonaba en su interior.

Cuando la música cesó y Ámbar desplegó de nuevo los párpados, éstos estaban impregnados de lágrimas. Gabriel la interrogó con sus grandes ojos negros llenos de preocupación y ella simplemente dijo:

—Tu tío tenía razón.

Por un momento ambos se miraron sin decir nada, envueltos aún por una sensación de haber estado en contacto con una fuerza ancestral que no necesitaban comprender pero que valía la pena guardar en el interior. Ámbar hubiera querido contarle lo que había visto, todo lo que podía percibir, pero no hubiera sabido siquiera cómo expresarlo, de manera que se mantuvo en silencio mientras veía la luz de aquella estrella retroceder y hundirse suavemente en el pecho del muchacho hasta desaparecer; quedaron a su alrededor los colores y un cierto resplandor que casi siempre lo envolvía.

Cuando el silencio empezó a parecer extraño y las dudas comenzaron a poblar de nuevo su cabeza, Gabriel se dio la vuelta, dejó la quena en la estantería y se dirigió a la puerta, pero nada más abrirla se detuvo en seco al oír a Ámbar pronunciar su nombre por primera vez. Se volvió sorprendido y encontró a la muchacha cerca de él, le había cogido la mano y su mirada le pedía

que se quedara, pero sus labios simplemente articularon una pregunta:

— ¿Qué es una llama?

— ¿Qué?

—Has dicho que la quena está hecha de hueso de llama —murmuró ella tímidamente—, ¿qué es una llama?

Él cerró suavemente la puerta. Ámbar había soltado su mano pero él la volvió a coger y la condujo junto a la chimenea, donde solían sentarse por la noche antes de dormir.

—Vamos a sentarnos y te explicaré lo que es una llama, luego hasta puede que encuentre un dibujo en uno de esos libros, ¿qué te parece?

Ella asintió complacida y ambos se sentaron junto al fuego.

A partir de entonces sus conversaciones se hicieron más frecuentes y más extensas. Tras la cena, sentados junto al hogar, Gabriel ya no leía sino que le contaba episodios de su pasado, mientras ella escuchaba atentamente él le hablaba de la casa de su infancia y de su madre, de los años pasados bajo la tutela de fray Ramiro y de sus descubrimientos sobre la brujería en el tiempo que pasó en Siresa. En este punto ella parecía especialmente interesada, sin embargo no llegaba a preguntar ni a comentar nada de lo que él decía, se limitaba a abrir mucho los ojos dando muestras de su interés y a absorber la información con que Gabriel la alimentaba.

Habían pasado varios días, aquella noche le había hablado de cómo el padre Carmelo había cambiado su vida al permitirle acompañarlo aquella primera vez a la casa del niño moribundo. Tras describirle entusiasmado el momento en que había encontrado su vocación, el muchacho se quedó callado, pensativo, su mente sumida en el recuerdo de aquella parte de su vida que ahora parecía tremendamente lejana. En un instante de ausencia olvidó que Ámbar se encontraba a su lado, callada, observándole atentamente como de costumbre, hasta que la voz tímida de la muchacha lo trajo de vuelta de improviso.

—No me di cuenta de que era tan tarde— casi susurraba—, se me hacía de noche y tuve que buscar un lugar donde quedarme.

Al ver el gesto contraído, los rasgos de su cara tensos y la mirada ambarina clavada en las llamas, Gabriel supo que estaba a punto de saber qué pasó aquella noche.

—Nadie me abrió la puerta —continuó ella con tono triste—, al principio no entendía por qué, pero después me di cuenta de que me culpaban por no haber ayudado a la pequeña. No pude curarla, su enfermedad estaba demasiado avanzada, hice lo que pude pero no fue suficiente...

En este punto ella le dirigió una mirada cargada de pesar que expresaba mucho más que sus palabras y él asintió para que supiera que la creía. Los ojos ámbar volvieron al fuego y ella continuó hablando, su tono más pesado, las palabras más lentas, como si les costase salir de su garganta. Con los labios a medio temblar, Ámbar dejó salir su frustración de aquel momento, la rabia que le explotó en el pecho aquella noche frente a las puertas cerradas que le negaban asilo, narró lo que ocurrió y citó con temor sus propias palabras cuando lanzó la maldición contra

aquella familia.

—Yo maté a aquel hombre —murmuró con el alma pesada de culpa y de dolor—, mi maldición lo mató, soy culpable y merecí lo que sus hijos me hicieron.

Pronunciarlo en alto dio forma a la culpa que durante todo este tiempo había vivido agazapada e informe en un rincón de su corazón, se elevó sobre ella como un demonio se libera de su encierro y al hacerlo dejó tras de sí un dolor indecible que brotó por sus ojos en forma de lágrimas. Ámbar cubrió su rostro con ambas manos para ocultarlas pero Gabriel las apartó y las tomó entre las suyas con ternura. Luego la abrazó con cuidado y acunó entre sus brazos el pequeño cuerpo tembloroso mientras ella se abandonaba al llanto.

Y allí acurrucada, sumida en el dolor de sus heridas, dejó que el llanto las limpiara mientras sentía que algo se abría en su pecho como una flor abre su corola para recibir el sol de primavera, notó cómo una energía nueva brotaba de su centro, primero tímidamente y luego a borbotones para finalmente liberarse poderosa e imparable, con la fuerza del torrente que rompe la presa que contuvo sus aguas antes mansas. El llanto cesó. Antes de abrir sus ojos mojados, Ámbar sabía que al volver a mirar el mundo éste ya no sería el mismo.

— ¿Cómo fue perder a Angustias? —preguntó él tras un largo silencio.

Un par de días y varias confesiones más tarde, Gabriel había venido de pronto con aquella pregunta sin previo aviso. Ella le había hablado de la infancia en la granja bajo la tutela de sus tíos y había pasado de puntillas por la pérdida de su madre; él había asumido que no lo recordaba muy bien porque era demasiado joven, pero sin duda recordaría la muerte de su tía Angustias, la única familia que le quedaba y la única persona con la que había compartido tantos años.

—Murió de prisa —contestó ella con tono casual.

—No me refiero a cómo murió, sino a qué sentiste, cómo fue para ti perderla.

Ella apretó los labios algo molesta y miró hacia atrás de reojo pero no dijo nada. Parecía que no contestaría y Gabriel ya se preparaba para insistir un poco más cuando Ámbar lo miró de frente y dijo, calmada:

—No los perdemos, Gabriel.

Sorprendido por estas palabras, que ella había pronunciado sin duda, con una suave contundencia, el muchacho frunció el ceño sin comprender. Pero ella sí comprendía, ella veía y sentía tantas cosas que él ignoraba, que no estaba segura de si alguna vez llegaría a contarle siquiera la mitad de todo aquello sin perderle en el camino. Desde la primera confesión hacía un par de noches algo se había abierto en su interior, una nueva percepción mucho más profunda, la había vislumbrado apenas cuando Angustias abandonó su cuerpo pero ahora la visión de todo un mundo, invisible para los otros, se extendía ante ella acompañado de una comprensión vedada hasta entonces.

Volvió a mirar un poco hacia atrás y sonrió, allí estaba la imagen desvaída de Angustias unida a ella misma por un cordón azulado; allí estaba su madre, unida a otro cordón y sonriéndole como siempre con dulzura infinita; pero allí estaban también su tío, y su padre, y una señora mayor que sabía era su abuela pero que nunca había conocido, ésta unida a ella por un cordón más oscuro

que pasaba también a través de su madre. Solo los veía si prestaba atención, pero sabía que estaban siempre allí, no esas personas realmente sino una representación de lo que habían sido para ella. En realidad eran mucho más que aquellos a quienes había conocido, y ese algo más seguía viviendo más allá del velo de imágenes cotidianas de la vida, existía más allá de las penurias del mundo y del milagro de las cosas físicas, habitaba el mundo de lo permanente y eterno. Y la esperaba en su silencio paciente más allá del tiempo.

—Sé que siguen viviendo en nuestros corazones y continúan vivos en nuestro recuerdo — reformuló el joven sacerdote—, pero no los volvemos a ver, ya no están en nuestra vida. A eso me refiero cuando pregunto por la pérdida.

Ámbar se mordió el labio mientras dudaba si contestar o no. ¿Cómo decirle que sabía lo que sabía?, ¿cómo arriesgarse a perder su confianza contándole algo que no entendería y que probablemente no podría aceptar?

Desde que su visión se había abierto a aquel nuevo nivel de realidad, no solo veía los cordones que la unían a los que ya no estaban, también veía cómo Gabriel y ella estaban conectados por líneas de luz que jamás se rompían, veía cómo compartían parte del resplandor que envolvía a cada uno, veía cómo todos aquellos colores y formas cambiaban cuando estaban cerca el uno del otro. También veía los cordones de Gabriel con otras muchas personas, no los conocía pero sabía de forma intuitiva qué papel tenían o habían tenido en su vida. Contarle lo que sabía podría surtir un efecto que ella quería evitar a toda costa, pero quizá demostrárselo —pensó— funcionaría de forma distinta.

—Fray Ramiro tiene los ojos azules y una sonrisa tranquilizadora —comenzó a decir con un atisbo de inseguridad en la voz, suplicando por dentro que sus palabras no lo alejaran de ella—, cuida de ti como un padre y a veces es severo, pero su corazón es grande y bondadoso.

— ¿De qué estás hablando?

—Te dejó todos esos libros porque era lo más valioso que poseía después de su amor por ti y su devoción. Le gustaría que los leyeras más a menudo... y que no te preocuparas tanto por todo.

— ¿Qué es esto?

Gabriel se puso en pie, ella se levantó y le cogió la mano pero él se soltó. Ámbar no dejaba de hablar y él retrocedía un poco con cada frase.

—Tu madre no quería dejarte ir, intentó convencer a tu padre para que pudieras quedarte con ella pero él no escuchaba. No puede moverse y está esperando la llamada de su ángel, pero sigue siendo tan hermosa como la recuerdas.

— ¿Qué estás haciendo?

—No tengas miedo —susurró ella acercándose a él con cuidado—, no pasa nada, solo quiero enseñarte lo que veo.

— ¿Lo que ves? —Gabriel había ido retrocediendo y su espalda se encontraba ahora a escasos centímetros de la puerta— ¿Eres lo que dicen?, ¿es cierto?

—Nadie sabe lo que soy, no me conocen...

Él negaba, incrédulo, mientras ella seguía acercándose con las manos extendidas y las palmas

vueltas hacia él.

—Tú eres el único que me conoce, y quiero que sepas esto, enseñarte esta parte de mí...

— ¡No te acerques!

Ella se detuvo. Sintió cómo un muro se alzaba entre ellos y supo que no podría atravesarlo, que estaba a punto de perderle. Con una mano ciega, el sacerdote palpó a su espalda hasta encontrar el pomo y abrir la puerta sin apartar la vista de la bruja, parada en medio de la estancia. Seguía negando con la cabeza mientras cruzó el umbral caminando hacia atrás y salió de la habitación. La puerta se cerró tras su mirada incrédula y Ámbar se quedó inmóvil en el centro de la habitación de Gabriel, rodeada de imágenes y de dudas. Sola.

Durante un tiempo que no pudo determinar, el silencio la aplastó con su peso despiadado. Sus propias palabras, las que había pronunciado tan erróneamente, las que ahora hubiera deseado no haber dicho, danzaban a su alrededor resistiéndose a abandonarla, y la bruma oscura del arrepentimiento entraba y salía de ella como una tortura interminable. ¿Qué había hecho?

Se había hecho esta pregunta mil veces cuando cayó sobre el camastro, extenuada, no podía seguir pensando o se volvería loca, los engranajes de su cabeza giraban enloquecidos, tan deprisa que podía oír su chirrido estridente; cada reproche le zarandeaba el alma agotándola más y más. Comenzaba a adormilarse de puro cansancio cuando sintió el peso ligero de una sábana cubriendo su cuerpo encogido. No se movió un ápice mientras esperaba que fuese real, temía mirar y encontrar el vacío junto a ella, pero de nuevo un peso cayó suavemente sobre su cuerpo y sintió la blandura de la manta tapando su estremecimiento. Se dio la vuelta lentamente. Gabriel abrió un arcón al otro lado de la estancia, extrajo un libro de aspecto antiguo pero muy cuidado y con la otra mano asió un pequeño taburete que había en el rincón. Se sentó junto a la cama y abrió el libro. Tan solo la miró un instante, pero Ámbar supo que todo estaba bien, que no le había perdido. Ella se acurrucó entre los pliegues de la manta y él comenzó a leer.

—Me gustaría salir a dar un paseo.

Gabriel, sentado a la mesa junto a la ventana, levantó la vista del sermón que estaba preparando y torció el gesto.

—Aún no estás recuperada.

—Hace buen tiempo, el sol me ayudará a sanar.

—No me parece buena idea...

Ella dio un manotazo sobre la mesa y él la miró espantado. Había estado caminando por la habitación, intranquila, como un animal enjaulado, impidiendo su concentración. Tarde o temprano tenía que pasar, había transcurrido casi un mes desde que la recogiera inconsciente y malherida, todo ese tiempo había estado allí dentro, oculta de las miradas como un secreto, escondida y sin más compañía que la suya. Entendió que se sintiera inquieta y que quisiera salir, sin embargo no

era tan sencillo como ella creía y Gabriel decidió serle franco.

—La calle está llena de gente —le habló suavemente mientras la miraba con comprensión y paciencia pero sin ceder un ápice—, no es conveniente que te vean salir de mis dependencias. La gente está olvidando, démosles un poco más de tiempo.

Ella se calmó y pareció aceptar el razonamiento de Gabriel, pero su intranquilidad no desaparecería con tanta facilidad.

— ¿Por qué no coges un libro?, escoge el que quieras, están todos a tu disposición.

—Me gusta más cuando me lees tú —contestó ella de mala gana.

—Pues ahora no puedo, tengo que terminar el sermón y no me lo estás poniendo fácil.

Inmediatamente lamentó haber dicho esto último, era injusto, así que decidió desistir y se levantó, tomó uno de los libros de la estantería y se lo ofreció a la muchacha.

—Creo que éste te gustará.

—No quiero leer —respondió ella al ofrecimiento, sumamente malhumorada.

—Puedo recomendarte otro que...

— ¡No sé leer!

El bajó la vista y suspiró, molesto consigo mismo por no haberse dado cuenta de lo obvio. Dejó el libro de vuelta en la estantería y se quedó mirando por la ventana, tendría que idear un plan o aquella pobre muchacha acabaría volviéndose loca de puro tedio. No acababa de ocurrírsele nada cuando la tímida voz a su espalda murmuró apenas:

—Pero me gustaría aprender.

Él se volvió, sonriendo, ya tenía un plan para aquella mente inquieta, el mejor que hubiera podido encontrar.

—Pues vamos a solucionarlo. Vas a aprender a leer.

Ámbar se frustraba con frecuencia cuando se atascaba en alguna palabra particularmente compleja pero, a decir de Gabriel, había avanzado increíblemente rápido en su aprendizaje. El joven cura descubrió que enseñar a la muchacha a leer no solo le ofrecía la satisfacción de ayudar a otro ser humano a desarrollarse sino que le procuraba un gran orgullo, sobre todo cuando la escuchaba leer en alto algunos pasajes con fluidez, sin cometer un solo fallo. Se preguntaba a veces si debería preocuparle aquel orgullo que sentía y si Dios no estaría en desacuerdo con ello pues, a fin de cuentas, no hacía otra cosa que vanagloriarse de su propio logro. Luego la veía sonreír satisfecha, feliz, y lo que Dios pensara de su orgullo dejaba de importarle.

Ámbar cerró de golpe el libro sobresaltando al muchacho, que se había retraído por un momento en el intrincado mundo de sus pensamientos.

— ¿Tú crees estas cosas?

— ¿Qué cosas? —aún no acababa de volver de sus cavilaciones, temía haber perdido la

introducción.

—Lo que cuentan estos libros... las aventuras de estos hombres...

— ¿Te refieres a las vidas de los santos?

Ella se encogió de hombros y torció el gesto, mostrando que de alguna forma no acababan de convencerla.

—Son historias inspiradoras que nos acercan a Dios, es irrelevante que creas o no si todo esto ocurrió realmente.

Ella se removió en su asiento, parecía incómoda, como si quisiera preguntar algo pero no supiera cómo. Gabriel decidió darle espacio y no interrogarla, dejar que ella misma decidiera el camino que quería que tomase la conversación.

—Yo no me siento más cerca de Dios cuando leo estos libros —dijo al fin—, ni cuando escucho tus sermones, ya que estamos.

Él asintió, reprimiendo una sonrisa.

—Cada cual tiene su forma de acercarse a Él... ¿Cuándo te sientes tú cerca de Dios?

—No lo sé —respondió ella rápidamente, y se levantó para dejar el libro en su sitio.

Gabriel notaba que algo le inquietaba, no podía estar quieta en un lugar, se movía constantemente por toda la estancia enfocando su atención en los pocos objetos que la llenaban. Quería continuar la conversación, así que reformuló su pregunta:

— ¿Cuándo "crees" que podrías estar cerca de Él?

Ella se volvió hacia Gabriel y depositó sobre él una mirada directa y abierta matizada de una inocencia cruda.

—Cuando estoy en el bosque, creo, rodeada de los sonidos de los pájaros, el olor de las hojas húmedas y los colores del otoño.

—Bueno —acotó él esforzándose por mantener su rol, ser el padre Gabriel que ella necesitaba en ese momento, y evitar imaginarla en medio del bosque, girando sobre sí misma mientras reía y danzaba rodeada de naturaleza salvaje y olor a musgo. Tragó saliva antes de sentenciar: —Dios está en todas partes, el bosque es un sitio tan bueno como cualquier otro para sentirte cerca de Él.

A ella pareció gustarle el rumbo que tomaba la conversación y se animó a continuar.

—Creo que también cuando me acurruco en la cama y el sueño me envuelve pero aún estoy suficientemente despierta como para darme cuenta de que estoy cayendo...

Al padre Gabriel le pareció que aquella imagen rozaba el borde de la sensualidad, pero se abstuvo de hablar y procuró concentrarse en las palabras de la muchacha. Ella se había ido acercando lentamente mientras hablaba y a veces miraba hacia el vacío como si recordara fragmentos de sueños.

—Cuando te escucho hacer música, como aquella noche en la iglesia en que te oí tocar la quena por primera vez y me pareció que la melodía bajaba directamente del cielo —Gabriel se removió en su asiento, no estaba seguro de que aquello no fuese un tanto inapropiado, pero Ámbar continuaba hablando y acercándose a él—. A veces cuando me lees cosas y tu voz se hace tan

rítmica que se ajusta a mis latidos, o cuando me arropas pensando que estoy dormida.

Ámbar se había sentado junto a él y ambos se miraban ahora sin decir nada. Gabriel hubiera dado lo que fuera porque aquel momento durase el resto de su vida, mantener aquellos ojos dorados unidos a los suyos, el olor cálido de su piel cercana y esa sensación de vida envolviéndolo como en una suave jaula de la que no quería escapar.

—Cuando me miras como lo haces ahora —susurró ella.

El padre Gabriel se levantó de un salto. No quería escapar pero debía hacerlo, tenía que alejarse de aquella criatura inmediatamente, huir de ella y de la tentación en la que caería si permanecía un segundo más a su lado; la deseaba tanto que lo notaba en cada milímetro de su cuerpo, y aquella sensación lo martirizaba porque luchar contra ella era lo más difícil que había hecho en su vida. Y debía luchar, eso lo sabía.

Ella lo miraba contrariada y por un momento Gabriel dudó si irse y dejarla allí sola con sus preguntas sería lo mejor; podía explicarle por qué no estaba bien que se acercaran tanto, pero no hubiera sabido ni qué decir de todas formas. Lo más fácil era simplemente desaparecer, y eso fue lo que hizo, como siempre. Salió de la estancia como alma que lleva el diablo esperando que, al volver, todo se habría solucionado solo. Pero ¿cuántas veces ha solucionado las cosas el huir? Que él supiera, ninguna, y aún así seguía haciéndolo.

La puerta se cerró tras él y Ámbar volvió a quedarse sola en la habitación, preguntándose qué había hecho mal y por qué, a pesar de todo lo que podía percibir y saber con tan solo estar junto a él, seguía siendo completamente incapaz de entender a aquel hombre.

Varios días más tarde se encontraba sola en las dependencias del párroco, él había salido temprano y no volvería hasta la tarde. Había estado distante desde aquella conversación sobre Dios, así que Ámbar planeaba sorprenderle a la vuelta con algo que esperaba le satisfaría y quizá, de paso, atenuaría un poco toda aquella tensión: iba a memorizar uno de los pasajes que él solía leerle, su favorito, y lo recitaría a la perfección. Ésa era la idea y ya lo tenía preparado, pero pasada una hora se aburría tanto que desistió y devolvió el libro a su estante. Nada más abandonar la idea, el arcón de fray Ramiro llamó poderosamente su atención. Nunca había leído los libros que dormían en su interior y aquel le pareció un buen momento para echarles un vistazo, algo le decía que serían más interesantes que los de la estantería.

Cuando Gabriel volvió era ya de noche, se había entretenido más de lo esperado y se sentía mal por haberla dejado sola todo el día; ya debía de ser bastante duro permanecer allí enclaustrada sin poder salir ni ver a un alma desde hacía meses. Casi esperaba encontrarla disgustada, pero cuando abrió la puerta solo encontró silencio. Su primer pensamiento fue "se ha ido" y a éste siguió una densa sensación de pánico que lo tomó por sorpresa, pero pronto desapareció al comprobar que Ámbar se encontraba echada en el camastro, se había quedado dormida con un libro entre los brazos.

Delicadamente lo separó de sus pálidas manos relajadas por el sueño y lo dejó sobre la mesa. Lo miró extrañado, se trataba del grimorio de fray Ramiro. Volvió a la cama y la arropó con cuidado de no despertarla; al hacerlo no pudo evitar recordar lo que ella había dicho noches atrás y por un

momento volvió a sentir aquella confusión, el deseo de huir y el de acercarse más a ella, ambos al mismo tiempo, jugando a tirar de su alma. Al darse la vuelta para apartarse, ella sujetó su mano y se revolvió bajo las mantas.

—Creía que dormías —susurró Gabriel, consciente del contacto de su mano con la de Ámbar. Ella no contestó, solo se incorporó medio dormida sin soltar la mano de Gabriel hasta quedar sentada en la cama.

— ¿Estabas leyendo el grimorio de fray Ramiro?

— ¿El qué? —aún un tanto soñolienta y confusa.

Él dirigió una mirada rápida al libro que descansaba sobre la mesa, indicando a qué se refería.

—El grimorio, el libro de... magia que me dejó Ramiro.

— ¿Estás enfadado conmigo?

—No —se apresuró a responder él.

—Quería practicar la lectura y los otros libros me aburren un poco.

Había murmurado la última parte de la frase mirando hacia abajo un tanto avergonzada. Gabriel sonrió y le acarició el pelo, no quería desanimarla prohibiéndole ninguna lectura. Al sentir la suavidad sedosa del cabello cobrizo lamiendo la palma de su mano el corazón se le aceleró y se apresuró a apartarse de ella. Cogió el grimorio y lo guardó en el arcón de fray Ramiro. No lo había cerrado aún cuando la voz de Ámbar sonó a su espalda, justo detrás de él.

—Yo tengo un libro parecido.

Gabriel se volvió sorprendido y la interrogó apenas con un gesto.

— ¿Te acuerdas de lo que te conté sobre mi casa?, la cabaña del bosque —él asintió—. Había una caja de madera con libros, debieron de pertenecer a la antigua dueña de la casa...

—La Bruja de Urdués.

Ella torció el gesto, no le agradaba que la llamaran así, a fin de cuentas era su propia abuela, pero ¿qué sabía ella en realidad de aquella mujer?, solo sabía que conocía el arte de la sanación porque de alguna forma y en cierta medida se lo había transmitido. Quizá fuera eso a lo que llamaban "bruja", una verdadera conocedora de la naturaleza.

—Muchos de los remedios que conozco —continuó Ámbar enfocándose en el libro— los aprendí de esos libros, observando los dibujos. Nunca pude leerlos, así que una buena parte de su contenido sigue siendo un misterio para mí.

Gabriel la escuchaba pensativo cuando el rostro de la muchacha se iluminó.

—Ahora puedo leerlos —exclamó excitada—, gracias a ti puedo leer las palabras de mis libros.

Comenzó a moverse nerviosa por la habitación.

—Tengo que volver —decía—, es el momento, he dejado mi casa abandonada durante demasiado tiempo, no debí dejar que pasara tanto tiempo, tengo que volver y hacerme cargo de mis cosas, lo dejé todo allí...

—Ámbar —la detuvo Gabriel tomándola por el brazo, estaba como fuera de sí—. Aún no estás

sanada.

—Sí lo estoy, ¡me siento estupendamente!

—No —trató de sonar calmado para no alterarla, no era aún el momento, no podía irse—, tus heridas necesitan algo más de tiempo.

Ella se llevó la mano disimuladamente al costado, donde había recibido los golpes más fuertes, y notó el palpar del moretón que aún no había desaparecido. Aun así aquello no la detendría, estaba impaciente por descubrir los secretos de sus libros.

—... pero te los puedo traer.

Ámbar lo miró sorprendida, luego sonrió agradecida con la inocencia de una niña a la que le acaban de conceder un deseo y, presa de una alegría nueva y desconocida, se abrazó a él ignorando todas las barreras con que Gabriel se había protegido hasta ahora. Por una vez el muchacho se rindió y, entre risas, se dejó vencer por el entusiasmo de aquella criatura.

Pronto llegó a la cabaña. Aunque Gabriel sabía perfectamente dónde se encontraba, había dejado que ella le explicase cómo llegar pues no quería que pensara que la había estado observando de lejos y en secreto... aunque eso era exactamente lo que había hecho.

—Solo fue aquella vez —murmuró para sí, recordando, mientras comprobaba que la puerta cedía sin esfuerzo y traspasaba el umbral.

Echó un vistazo a su alrededor. Le resultaba extraño y a la vez un tanto excitante estar allí, en su casa, rodeado de sus cosas; se sentó en el camastro donde ella había esperado la llegada lenta de tantos anocheceres y acarició la fina manta de hilo que apenas la había abrigado en las noches de invierno. Le parecía que podía conocerla un poco mejor observando sus escasas pertenencias, las flores y las hierbas que habían recogido sus manos, las tisanas que había preparado, los cacharros que había tocado. Y sus libros, sus "tesoros", como ella los llamaba, ¿dónde estaban?

Gabriel se dirigió al rincón donde se encontraba la caja de madera que ella le había descrito, la abrió con cierta sensación de respeto, casi ceremoniosamente, y echó un vistazo al interior. Podía imaginar la excitación de Ámbar la primera vez que se había asomado al borde de aquel mismo arcón y eso le hizo sentirse más cerca de ella. Tomó con cuidado el primer libro, era claramente un herbario. Lo abrió con curiosidad y hojeó sus páginas delicadas; ofrecía un aspecto usado aunque se podía apreciar que sus dueños, quienes quiera que hubieran sido, lo habían tratado con cuidado. La superficie áspera de las hojas se hallaba repleta de dibujos y textos escritos con una caligrafía cuidada y muy equilibrada, el trazado de los dibujos era perfecto y su realismo, pensó Gabriel, debió de ser de gran ayuda para Ámbar a la hora de encontrar las hierbas y flores de las que su libro hablaba. Ahora podría leer los textos y comprender los mensajes que le habían estado vedados. Este pensamiento y el saber que él había hecho posible que Ámbar accediese a un conocimiento que tanto ansiaba le hizo sonreír con satisfacción.

Volvió a enfocarse en el libro para no perder tiempo divagando y leyó algunos de los pasajes dedicados al uso curativo de las hierbas, seguro de que a ella le interesaría más esta materia que las meras propiedades de las plantas. Tras hojearlo durante un rato, empezó a preguntarse cómo

habría llegado hasta allí semejante obra, a las manos de una mujer que vivía recluida en medio del bosque. Aún no había formulado siquiera una teoría que contestara a su pregunta cuando su mirada se vio atraída por otro libro del interior del arcón.

Gabriel dejó el herbario sobre la mesa cercana y sacó de la caja el grimorio. Lo observó sorprendido, era exactamente igual al ejemplar que su mentor le había legado, sin duda Ámbar lo había reconocido al instante. ¿Qué posibilidades había de que ambos hubieran heredado, cada uno a su forma, el mismo grimorio? No había salido aún de su sorpresa cuando, al abrir el libro, el estupor le golpeó aún más fuerte; con una caligrafía que reconoció sin sombra de duda, el nombre del dueño de aquel libro poblaba solitario el centro de la primera página: Fray Ramiro Medina.

Ámbar se asomó tímidamente por apenas una rendija antes de atreverse a salir. Una vez se hubo asegurado de que la iglesia se encontraba vacía, salió de la habitación abandonando por primera vez en mucho tiempo las dependencias del párroco. Avanzó lentamente hasta las hileras de bancos, sintiendo el frescor del interior silencioso de la iglesia en contraste con las velas encendidas cerca de la entrada. La puerta se abrió pesadamente y Ámbar se quedó inmóvil, esperando que alguien la reconociera, pero pronto se relajó; una viejecita encorvada que probablemente no veía más allá de dos metros se acercó a encender una vela. La mujer se ajustó la toca que cubría su cabeza y, con los ojos cerrados y gesto piadoso, comenzó su retahíla, luego depositó la velita junto a las otras, echó unas monedas en la caja metálica, se persignó mirando hacia el altar y finalmente salió por donde había venido. Tras un par más de feligreses del mismo estilo, Ámbar se tranquilizó y se convenció de que no había nada que temer, así que se sentó en uno de los bancos y juntó las manos en actitud de rezo. No estaba acostumbrada a hablar con Dios de aquella manera, de hecho no estaba acostumbrada a hablar con Dios de ninguna forma, pero sabía que a Gabriel le complacería, además había algunos asuntos que quería tratar directamente con Él.

Le costaba concentrarse en la tarea, en lugar de dirigirse al Altísimo se imaginaba a Gabriel en el altar, dando misa como lo había visto algunas veces asomándose por una rendija de la puerta, y se preguntaba cómo sería verle y oírle dar sus sermones desde allí, sentada en aquel banco de madera mezclada con el resto de sus feligreses. En un momento decidió impedir que su mente continuara llevando el mando, apagar todas esas imágenes y la cháchara mental, cerrar los ojos y simplemente decirle a Dios las cosas que quería decirle.

Se concentró en ello y, después de un rato, ya no sentía el frescor del aire y la dureza del asiento, dejó de oler el aroma denso y cálido de la cera y de oír a la gente que de cuando en cuando entraba y salía de la iglesia. Es por eso que no se percató de que un hombre, sentado un par de filas detrás de ella, la observaba intensamente desde hacía unos minutos. Había entrado en la iglesia buscando a su madre, que a aquellas horas solía venir a ponerle una vela a su difunto marido y a rezar un rato por su salvación, pero al no encontrarla decidió buscar en otro sitio. A punto había estado de darse la vuelta cuando un mal palpito le había hecho fijarse en una muchacha que, sentada en uno de los bancos, parecía afanada en sus rezos.

Se sentó cerca de ella para asegurarse, la luz era tenue pero eso no le impidió distinguir el tono cobrizo de su melena recogida en un moño. Estaba seguro de que era ella, ¿qué otra mujer tendría la desfachatez de permanecer en un lugar sagrado con la cabeza descubierta? Notó unas gotas de

sudor bajándole por la nuca y empezó a retorcerse las manos. No sabía qué hacer, pero no le gustaba lo que estaba viendo; aquella bruja seguía viva y aparecía precisamente en la iglesia, qué burla. Su madre debía estar al corriente, ella sabría qué hacer.

Se levantó resuelto y salió de la iglesia como si se lo llevaran los demonios, mientras Ámbar, ajena al hecho de que acababa de ser descubierta, continuaba hablando con Dios sin imaginar que una fuerte tormenta estaba a punto de caer sobre ella.

Andrés se encontraba acomodado en la barra desde hacía un rato, había estado observando a su sobrino cada vez que podía. Desde que perdió su trabajo en la mina se había vuelto asiduo a la taberna y él había tomado como hábito el echarle un ojo por si llegaba el momento de lanzarle una cuerda en el caso probable de bajar demasiado profundo en las aguas en las que se había ido sumergiendo, o quizá sería más acertado decir cerveza, que era donde había remojado sus desdichas desde que todo empezó a desmoronarse. Tras la muerte de Antonio todo había ido a peor, en poco tiempo había perdido padre, trabajo y respeto, Andrés había visto cómo se iba convirtiendo en un fantasma silencioso y taciturno, inclinado sobre la jarra de cerveza barata, buscando adormecerse de una vida que había dado un giro inesperado que no era capaz de comprender o asimilar. Más de una vez había intentado apartarlo de ese camino pero se había rendido ante la evidencia: su sobrino no estaba preparado para escuchar ni una palabra, al menos suya, por lo que se había retirado discretamente de su camino y se limitaba a estar ahí, observando desde la distancia, hasta que estuviera listo para ser socorrido.

En las casi dos horas que había estado ahí sentado, la cabeza gacha y la mano cerrada sobre el asa de la jarra, no había levantado la vista ni una sola vez. Por eso, cuando una figura a contraluz apareció en el umbral de la taberna y se dirigió directamente a la mesa del rincón donde su sobrino levantaba la vista turbia por primera vez, Andrés se puso alerta y aguzó el oído.

—Tono, tenemos que hablar...

Andrés reconoció al instante la voz de su otro sobrino, Fernando. El hermano mayor desplegó apenas una sonrisa soñolienta.

— ¿A estas horas y ya estás borracho? —se indignó el recién llegado. Nando trató de controlarse pues tenían problemas mayores de los que ocuparse, respiró profundamente mientras se sentaba junto a su hermano y apartó la jarra de cerveza, no sin que el otro opusiera una pobre resistencia.

—Déjame, ¿no tienes nada mejor que hacer?

—Escúchame...

—Vete a buscar otra novia —balbuceó el mayor y soltó una risita cruel.

—No tiene gracia. Haz el favor de recomponerte, estás hecho un asco.

—Unos pierden el trabajo... otros a su futura espo... —el hipo le hizo dejar la frase colgada y estiró el brazo tratando de recuperar la jarra de cerveza, pero Fernando la alejó aún más y dijo, muy serio y con la mirada fija en el hermano:

—O pierden a un padre.

El otro desistió.

— ¿Recuerdas lo que pasó después de perder a padre?

Antonio le dirigió la mirada más lúcida que había exhibido hasta ahora y murmuró:

—Claro que me acuerdo, ¿por qué te crees que estoy aquí? Dame mi maldita cerveza y vete, déjame en paz.

Fernando cerró los ojos y apretó los labios, no había pensado cómo decírselo y lo soltó de sopetón.

—La bruja está viva.

El otro lo miró como si acabaran de golpearle la cara, pareció como si los efectos del alcohol se hubieran disipado de repente.

— ¿Qué has dicho?

—La acabo de ver en la iglesia —y repitió, en susurros—. Tono, está viva...

—Eso nos puede traer problemas —masculló el mayor—, más de los que ya tenemos... maldita bruja, todo es culpa suya.

— ¿De qué hablas?

—Todo —repitió Antonio con la mandíbula en tensión y un fuego nuevo en los ojos—, padre, mi trabajo, la historia de tu fulana yéndose con el picapleitos ése...

—No la llames así.

—... la abuela...

El otro bajó la cabeza, apenado. Andrés, que escuchaba la conversación, cerró los ojos con tristeza; su madre había tenido un infarto poco después de perder a Antonio en el accidente de caza, y con su último aliento había sostenido que la culpa de todo la había tenido la bruja, que les había echado una maldición. Justo ahora su sobrino repetía la misma cantinela.

— ¿Qué vamos a hacer? —preguntó angustiado Fernando.

—Madre debe saberlo —contestó el mayor, resuelto—, ella nos dirá qué hacer.

Al verlos salir apresuradamente de la taberna, Andrés había sentido una desagradable inquietud. Por un instante había estado tentado de seguirles, pero todo aquel maldito asunto de la bruja ya le había dado suficientes quebraderos de cabeza. No quería inmiscuirse en las cuitas de sus sobrinos, prefería no volver a enfrentarse a ellos pues no quería perder a la única familia que tenía, la última vez que trató de detenerlos no sirvió más que para ponerlos a todos en su contra. Desde entonces la relación con los muchachos y con su cuñada no habían vuelto a ser lo que era y prefería no empeorar la situación. No, sería mejor no tomar parte en aquel asunto.

Se sentía un poco mejor después de haber tomado su decisión. Decidió quedarse allí y pedir otra cerveza, se la tomaría tranquilamente hasta que los ánimos se calmaran y todo iría bien. Hizo señas al mesonero para que le sirviera pero el otro parecía distraído, miraba hacia la entrada con

el ceño fruncido mientras secaba lentamente una jarra. Andrés siguió la dirección de su mirada y vio a algunas personas remoloneando cerca de la puerta de la taberna.

— ¿Qué pasa ahí?

El mesonero se encogió de hombros y continuó con sus tareas, como si la cosa no fuera con él y no le interesara realmente, pero cuando Andrés se dirigió hacia la puerta volvió a clavar la mirada en la escena que tenía lugar en la entrada de su establecimiento. Varias personas murmuraban entre sí y, de cuando en cuando, miraban y señalaban a un grupo de hombres que se había formado en la plaza. Andrés distinguió a su sobrino mayor entre ellos, parecía ser el único que hablaba mientras los demás escuchaban y asentían, todos con el gesto grave, todos serios y en tensión.

— ¿Qué está pasando?

Andrés se había dirigido a una mujer del grupo de gente cercano a la taberna y ésta se giró hacia él sorprendida, como si aquel hombre fuera el único en el pueblo que no estaba al día de las últimas noticias.

—Han encontrado a la bruja —contestó con un deje de excitación en la voz, y aclaró, por si el otro no estaba del todo enterado de la historia—, la que mató al Antonio, el marido de la Petra.

—Antonio murió de un accidente de caza, no lo mató ninguna bruja.

La otra lo miró ofendida, como si le acabara de replicar, cuando se dio cuenta de con quién hablaba; era el hermano del difunto y, según había oído, nunca estuvo de parte de la familia en aquel asunto de la bruja. Lo examinó de arriba a abajo tratando de dejar claro su desprecio, luego le dio la espalda para seguir murmurando con las personas que se arremolinaban a la entrada de la taberna.

Volvió la inquietud a instalarse en el estómago de Andrés. Aquello no le gustaba nada, ver a toda aquella gente babeando su veneno y caldeando el ambiente le producía una desagradable sensación que no experimentaba desde aquel día aciago en el bosque, el día en que murió su hermano. No sabía qué hacer, pero presentía que quedarse al margen se volvía menos conveniente a medida que pasaban los minutos y que más gente acudía a la plaza. Vio pasar a Fernando, apresurado y en dirección al grupo de hombres donde se encontraba su hermano, e intercedió antes de que éste alcanzara al grupo.

—Nando —llamó la atención del muchacho sujetándolo del brazo para detenerlo. El otro lo miró sorprendido e impaciente, con gesto de desaprobación—, ¿qué está pasando aquí?

El sobrino se desasíó de un tirón.

—Mi madre ha llevado el asunto a las autoridades civiles. Esto no puedes pararlo como no pudiste pararnos la otra vez, tío —escupió en la acera y añadió con desprecio—. Pero ahora no se nos escapa viva.

Andrés se quedó allí parado, consternado, viendo a su sobrino alejarse rápidamente para unirse al grupo de su hermano. No podía creer lo que estaba viendo, Nando siempre había sido un muchacho compasivo, apenas podía reconocer a su sobrino en aquella persona con tal odio en los ojos, desprecio en la voz y tamaño deseo de venganza. El hombre dejó caer la vista al suelo, apenado, luego tomó una decisión y salió de allí con paso apresurado. Esta vez haría lo correcto, solo esperaba llegar a tiempo.

Primero lo sintió en la boca del estómago, una extraña y desagradable presión que le provocó náuseas. Luego vino la sensación angustiada con sabor a tragedia, podía sentirla amarga en la boca, deslizándose por su garganta como un veneno denso, nauseabundo, que le llenaba las entrañas lentamente. Ámbar se dobló por la mitad cuando una sacudida violenta impactó su pecho. No sabía qué le estaba ocurriendo, nunca había sentido nada parecido, creía que moriría allí mismo poseída por aquella energía densa y pesada. Trató de serenarse para observar su propio campo y vio la corriente espesa y viscosa enredándose en el remolino dorado que solía brillar a la altura de su estómago; probablemente era lo que le había causado aquellas náuseas. Trató de empujarlo hacia fuera y la viscosidad empezó a desenredarse, tiró de ella y la arrojó lejos de sí, quedando flotando en el aire sin apenas moverse.

Nunca antes había tenido una experiencia tan palpable, tan evidente, con energías densas; las había visto de cuando en cuando, especialmente en la ciudad, a veces enganchadas a la gente, pero nunca en ella, nunca así, de forma tan invasiva y sofocante. Se sentó un momento en uno de los bancos de la iglesia para descansar y reponerse de la impresión, y fue cuando la imagen golpeó su mente con la fuerza de una terrible certeza: un grupo de gente se aproximaba, venían a por ella. La visión fue fugaz pero clara, y llegó acompañada de una abrumadora sensación de odio, miedo y agresión. Supo que aquel grupo de gente estaba dispuesto a lo que fuera y se sintió presa del pánico.

Ámbar se puso en pie como activada por un resorte y miró alrededor, angustiada, en busca de una salida. Las puertas de la iglesia se hallaban abiertas, el grupo llegaría en breve y todos aquellos seres cegados por la ira entrarían como una plaga en el pequeño recinto. Corrió hacia ellas y las cerró, bajando el pesado travesaño con mucho esfuerzo para asegurarse de que no pudieran entrar, al menos no fácilmente. Debía esconderse, pensó, y una nueva náusea la hizo casi caer de bruces en medio de su carrera hacia las dependencias de Gabriel. Apretó los labios y se retorció las manos, angustiada, pensar en él le hacía sentir aún más asustada, ¿por qué no estaba allí con ella para protegerla de aquellos locos? Se contestó a sí misma con pesar: ella se había empeñado en ir a por sus libros, por eso ahora se encontraba sola, Gabriel había ido a por ellos para complacerla y evitar que saliera, y ella, en lugar de quedarse en la habitación, había jugado a ser una buena cristiana saliendo a la iglesia, probablemente alguien la había visto y la había reconocido. No era más que su imprudencia la que la había puesto en peligro de aquella manera, su insensatez y su absurda ingenuidad.

No había llegado aún a la habitación cuando escuchó el forcejeo al otro lado de la puerta, luego los puños aporreando la madera y los gritos en la calle. Los golpes resonaban en su pecho como tambores de guerra, el portón de madera vibraba por el empuje de los agresores y Ámbar supo que tarde o temprano derribarían la puerta y entrarían, de nada serviría esconderse. Se sintió atrapada, estaba perdida, no había nada que pudiera hacer contra aquella fuerza arrasadora que venía a por ella dispuesta a destruirla.

Un fuerte golpe resonó en sus entrañas, estaban cargando contra el portón con algo grande y pesado. Ámbar corrió hacia el fondo de la iglesia, aterrada, y se acurrucó temblando en un rincón, se abrazó las rodillas y entre sollozos comenzó a murmurar una oración. De pronto se detuvo,

acababa de oír pasos ligeros al otro lado del muro. Se quedó callada un momento, inmóvil, suplicando en silencio que no hubieran encontrado otra forma de entrar. Un chirrido en algún lugar de la capilla cercana, los pasos ya se oían en el interior de la iglesia, pesados, precavidos.

—Muchacha —un susurro la urgió a mirar en dirección a la capilla, un hombre le hacía señas instándola a acercarse y ella se levantó con inseguridad. Andrés repitió, con más urgencia aún en la voz—. Muchacha, date prisa, hay que salir de aquí.

Ámbar corrió hacia la capilla y siguió a aquel desconocido sin pensarlo dos veces. Solo un pensamiento en su mente para quien quiera que había escuchado sus ruegos: "Gracias".

Aún se encontraba embebido en sus pensamientos acerca del grimorio de fray Ramiro que había encontrado en la cabaña cuando llegó a la placita de la iglesia, iba distraído tratando de imaginar la historia completa y preguntándose si Ámbar sabría algo, por lo que la escena lo cogió desprevenido. Gabriel frenó en seco ante la puerta derribada; la pesada pieza de madera había sido arrancada de sus goznes y se encontraba arrumbada junto al umbral de la iglesia. Una oleada de pánico lo recorrió de la cabeza a los pies. Ámbar.

— ¡Ámbar!

La llamó a gritos entrando apresurado en el recinto, donde bancos y candelabros habían sido derribados al paso salvaje y desordenado de lo que imaginó había sido una avalancha de gente. Pasó por encima de la cera derretida en el suelo de algunas velas caídas y fue directo a sus dependencias. La puerta estaba abierta y se asomó al umbral.

— ¿Ámbar?

Entró con precaución, procurando no tocar los libros caídos, la mesa volcada y el camastro desplazado. Era evidente que habían entrado buscando algo o, más concretamente, a alguien. También le quedó claro que se trataba de gente cegada por la ira, de otra forma no habrían profanado la casa del Señor como lo habían hecho, lo que llevó a Gabriel a preguntarse qué los había incitado a llegar a aquellos extremos. Se arrastró la mano por la cara, angustiado, no podía pensar con claridad, ¿qué había pasado?, ¿qué habían hecho con ella?

Tratando de mantener la calma observó la habitación, no parecía haber señales de lucha y estaba seguro de que ella habría opuesto resistencia. Suspiró aliviado, no la habían encontrado, algo le decía que habían abandonado la iglesia sin su presa, y el pensamiento lo animó a continuar buscando pistas, tenía que saber qué había pasado para averiguar dónde estaba Ámbar. Probablemente había buscado un sitio donde esconderse, de modo que recorrió el interior de la iglesia tratando de ponerse en su lugar. Al pasar junto a la capilla, le llamó la atención que la reja de la pequeña cancela estaba desplazada, era solo una rendija pero nunca había visto esa puerta abierta, no pensaba que se hubiera usado en décadas y siempre creyó que no llevaba a ningún sitio. Quizá se equivocaba.

Abrió la cancela con cautela, retiró el tapiz de la virgen que cubría el hueco, cruzó el oscuro umbral y, al contrario de lo que esperaba, encontró un túnel estrecho y con el techo tan bajo que debía encorvarse para caminar. No tenía con qué iluminar el camino, por lo que fue palpando las paredes y avanzando lentamente, a tientas, sin saber a dónde le llevaría aquel claustrofóbico

pasadizo.

Llevaba un buen rato caminando a ciegas, acompañado tan solo por el sonido hueco de sus pasos inseguros, un goteo rítmico pero muy pausado, probablemente del techo que supuraba humedad, y del correteo esporádico de alguna criatura que no alcanzaba a ver en medio de aquella profunda negrura. Empezaba a preguntarse cuándo dejaría de oler a humedad y a descomposición, y si aquel laberinto realmente llevaba a algún sitio, cuando comenzó a distinguir los toscos muros a su alrededor, primero muy tenuemente y poco a poco con más claridad. Se acercaba al final del túnel. Apresuró el paso y pronto llegó a una pared de hojas que cubrían apenas la salida, apartó la vegetación con cuidado y se encontró en medio del bosque. Nada más aspirar el aire fresco del exterior sintió un inconfundible olor asaltando sus fosas nasales; algo se estaba quemando en el bosque. Observó la lejanía tratando de ubicar el incendio y una columna de humo oscuro le confirmó lo que había temido: era la casa de Ámbar.

Echó a correr en dirección al fuego, cruzando entre la maleza para acortar camino, y pronto se encontró ante la casa de piedra parcialmente oculta entre el humo negro y las llamas. El calor sofocante le impedía acercarse y el chisporroteo del fuego le disuadía de entrar en la pequeña construcción. Las llamas se habían extendido a los árboles más cercanos y lamían los troncos con avidez. Gabriel arrancó una de sus mangas y usó la tela para taparse la boca y la nariz mientras se acercaba a la casa por el lado donde las llamas aún no se habían extendido debido a la dirección del viento. Tenía el plan de entrar por atrás pero al llegar a la parte trasera de la casa distinguió entre el humo a una figura acurrucada en el suelo. Se adentró en la humareda tosiendo y tropezando con piedras y ramas hasta alcanzar el lugar y se inclinó sobre el cuerpo laso. Ámbar se había desmayado al inhalar el humo pero su débil pulso confirmaba que estaba viva. Gabriel la alzó en brazos y se la llevó de allí lo más rápido que le fue posible, huyendo del fuego que pronto terminaría de arrasarlo poco a poco que quedaba de aquel lugar.

A punto estuvo de caer en varias ocasiones a causa del cansancio y la dificultad para respirar, pero no se detuvo hasta llegar al margen del riachuelo, ya suficientemente lejos del fuego como para no temer por sus vidas. Depositó el cuerpo aún inconsciente de Ámbar sobre la hierba y empapó la manga que antes arrancara de su sotana en el agua fresca de la corriente, la escurrió y cuidadosamente fue limpiando el tizne del rostro de la muchacha. Cuando al fin ella abrió los ojos no dijo nada, solo se le quedó mirando con aquellos iris anaranjados como si temiera apartar la vista y mirar a su alrededor para descubrir algún horror. Él respetó su silencio y continuó lavando su cara suavemente sin apartar la vista de ella y sin decir palabra. Luego Ámbar se incorporó hasta quedar sentada, una lágrima rodó desde la comisura de su ojo y se abrazó a él. Gabriel se rindió a aquel abrazo silencioso y rodeó el pequeño y vulnerable cuerpo de la muchacha, que temblaba entre sus brazos mientras ella lloraba contra su pecho. Él estrechó su abrazo y hundió la cara en el pelo cobrizo sabiendo que ya no había marcha atrás.

Cerca de la rívera del río, tras la maleza, unos ojos los observaban con atención. El testigo se dio la vuelta con cautela para evitar hacer ruido y se fue de allí sin ser visto.

Se deslizaron por la periferia de la ciudad procurando pasar desapercibidos. El sol de la media tarde ya empezaba a extender las horas de soledad en las calles, los vecinos, resguardados del

calor en la quietud de sus casas, se mantenían ajenos a las dos sombras que sigilosamente recorrían la ciudad. Así, cautelosamente, llegaron hasta el portón de la casa y Gabriel llamó discretamente con los nudillos. Una mujer de edad avanzada abrió la puerta; el pañuelo oscuro que cubría por completo su cabeza acentuaba la nariz aguileña que había legado a su hijo, los ojillos vivaces rodeados de arrugas y los profundos surcos que la edad y las preocupaciones habían dejado sobre la piel macilenta de su rostro. No sonrió pero asintió suavemente con la cabeza y se apartó, invitándoles a entrar.

—Mosén Carmelo se encuentra en su despacho —murmuró indicando con la mirada la dirección que debían tomar—, estaba seguro de que vendrías aquí, Gabriel.

El muchacho asintió quedamente y ambos se dirigieron al despacho del capellán. El padre Carmelo estaba a cargo de los asuntos de fe de la familia Larrat, éstos le habían ofrecido hospedarse en las dependencias anexas pero el capellán había escogido aquella casa como vivienda más por lo tranquilo del lugar que por cercanía al palacete familiar. Allí disfrutaba de mayor independencia, además le gustaba caminar cada mañana hasta la capilla privada de los Larrat y trabajar por las tardes en la quietud de aquel lugar apartado del bullicio del centro, lo que resultaba de lo más conveniente para Gabriel y Ámbar en la situación presente.

El imponente sacerdote les esperaba sentado tras su escritorio y les invitó a sentarse. Gabriel había dudado si pedirle ayuda en semejante circunstancia sería demasiado arriesgado, no conocía siquiera la opinión de su mentor sobre el asunto ni sabía si estaba al tanto de los últimos acontecimientos, aunque le constaba que solía estar bien informado de los acontecimientos de la localidad y esperaba que su intuición sobre él fuera acertada, lo que significaba que les ayudaría.

El padre Carmelo les dejó claro, de entrada, que podían permanecer allí el tiempo que hiciera falta, lo que hizo que Gabriel se relajara un poco y volviera a respirar con normalidad. Sin embargo no eran solo buenas noticias lo que el capellán tenía para ellos.

—Petra ha presentado su caso ante el Tribunal Civil —miró directamente a Ámbar y añadió con voz grave—. Lo han aceptado, en este momento las autoridades civiles deben de estar buscándote.

Gabriel sintió el peso de la responsabilidad que estaba depositando en manos de aquel hombre que siempre le había ayudado y sintió la tentación de llevarse a Ámbar lejos de allí, desaparecer sin dejar rastro.

—Le estamos poniendo en peligro, no debimos venir a...

Carmelo levantó la mano.

—Aquí estará a salvo, no se atreverán a entrar en esta casa. No te preocupes por eso.

La protección de la familia Larrat respaldaba su afirmación, pero aun así el tono ligero —se diría que hasta despreocupado— con que el cura pronunció la última frase, hizo a Gabriel sentir que se avecinaba otra mala noticia. Efectivamente ésta no tardó en llegar.

—Os han visto juntos —espetó Carmelo bajando la vista.

—¿Qué?

—En el bosque. Circulan rumores de que os han visto abrazados junto al río. Gabriel —el tono del sacerdote era ahora de clara preocupación—, no solo buscan a Ámbar, las autoridades tienen órdenes de apresarte también a ti.

Su mirada decía "sabes lo que eso significa", pero sus labios callaron dando a Gabriel la oportunidad de procesar la información, reflexionar y trazar un plan. Eso fue justamente lo que hizo, luego se levantó y los otros lo imitaron.

—Ámbar necesitará un refugio seguro donde pasar la noche.

—Aquí estará a salvo, no te preocupes.

—Yo saldré ahora mismo hacia San Pedro de Siresa.

Ámbar abrió la boca para protestar, confusa y asustada, pero Gabriel la miró fijamente tomando sus manos y le habló con firmeza.

—Necesito hablar con alguien, él sabrá qué hacer. Mañana al amanecer nos encontraremos junto a los restos de la casa del bosque. Mientras tanto, esta noche estarás segura con el padre Carmelo, él te protegerá.

Ella aspiró profundamente. Una vaga sensación de tragedia comenzaba a formarse en torno a su corazón, pero no le dijo nada, confiaría en él contra su intuición y sus pensamientos aciagos, así que cerró los ojos asintiendo en silencio.

Antes de marcharse, el padre Carmelo le entregó una nota que garabateó rápidamente y le dio indicaciones sobre a dónde debía dirigirse, allí le proporcionarían un caballo sin hacer preguntas, lo iba a necesitar para llegar lo más rápido posible a Siresa.

—Siempre estaré en deuda con usted, mosén.

El capellán estrechó la mano del joven y sonrió con cierto aire paternal, había llegado a apreciar al muchacho casi como a un hijo.

—Ten cuidado. Vete, con la voluntad del cielo.

—Que Dios lo proteja, padre.

Gabriel salió de la casa con la misma cautela con que había llegado y miró una sola vez hacia atrás para ver cómo la puerta se cerraba y Ámbar desaparecía tras ella. Se santiguó y rápidamente echó a andar hacia la iglesia de San Salvador.

A la caída de la tarde las calles empezaban a poblarse de nuevo y Gabriel no se quiso arriesgar, por lo que hizo un rodeo para entrar a la iglesia por el túnel, le llevaría más tiempo pero pudo compensarlo aligerando el paso. El pasadizo, ahora que lo conocía, no se le hizo tan largo y asfixiante como la primera vez. Pronto llegó a la iglesia y, tras comprobar que se encontraba desierta, cruzó hasta sus dependencias. En una saca metió algunas prendas al azar y un par de libros de los que no se quiso desprender, uno de ellos era el manual de plantas de Ámbar que había traído de la cabaña y que, al ver el estado de las cosas, había dejado descuidado sobre la mesa. Sabía que probablemente no podría volver pero no tenía mucho tiempo para elecciones y de cualquier forma sus pertenencias no eran gran cosa.

Sin pensarlo dos veces salió apresurado por donde había llegado y puso rumbo al lugar que el padre Carmelo le había indicado. Resultaron ser unas caballerizas a la salida del pueblo que pertenecían a Vicente Larrat, protector del capellán. Un mozo salió a su encuentro con aspecto

desganado pero, al ver la nota que Gabriel le entregó, su actitud cambió al instante y se apresuró hacia el interior de los establos. Al poco rato volvió a aparecer llevando consigo a una jaca navarra castaña con patas y crines negras. El animal resopló cuando Gabriel tomó las riendas y el mozo le acarició la frente antes de dejarla ir.

—Está acostumbrada a las montañas —dijo, sin apartar la vista del caballo—, le llevará con trote seguro a donde necesite.

Gabriel le dio las gracias y montó sin más dilación, no tenía tiempo que perder e inmediatamente puso rumbo a San Pedro de Siresa.

En menos de una hora veía aparecer la mole de piedra del monasterio. Ya había oscurecido y su llegada inquietó a los hermanos, pero fray Norberto salió rápidamente a su encuentro y aquietó los ánimos con facilidad.

—Hermano Gabriel —saludó con alegría su amigo haciéndose eco de los viejos tiempos, y se corrigió al instante—, "padre" Gabriel, quiero decir, ¿qué le trae a nuestra humilde casa?

—Amigo, hermano, necesito de tu consejo.

La urgencia en la voz del otro hizo a fray Norberto cambiar su actitud inmediatamente, se dio cuenta de que algo preocupaba a su amigo y sin más ambagues lo condujo hasta un lugar donde pudieran hablar en privado y sin interrupciones.

La biblioteca se encontraba casi vacía a aquellas horas, tan solo un joven monje se hallaba inclinado sobre un manuscrito a la luz de una vela, completamente embebido en su labor. No les hizo caso cuando entraron en la estancia, pero aún así Norberto se dirigió directamente a la pequeña recámara donde aún permanecía, encadenado a un atril como antaño, el grimorio de San Cipriano. Gabriel sonrió al verlo, le parecía que había pasado toda una vida.

—Pocas cosas han cambiado por aquí —apuntó el otro, reflejando la sonrisa nostálgica de su amigo.

Pero no había tiempo para visitar el pasado y un futuro incierto avanzaba hacia ellos con paso amenazante, de manera que Gabriel trató de resumir lo más concisa pero eficazmente posible la historia que le había traído hasta allí. Fray Norberto había estado escuchando en silencio y con el ceño fruncido. Cuando Gabriel preguntó por la posibilidad de llevar el caso al obispado, el monje rompió su silencio y contestó con firmeza:

—Será una pérdida de tiempo, el obispado no se inmiscuye en esos casos —y añadió, resuelto pero con tristeza por la situación en que se encontraba su amigo—. El Tribunal Civil manejará este asunto con total autonomía, y te puedo asegurar que el resultado no será a vuestro favor.

Gabriel se pasó la mano por la cara como cada vez que su mente encontraba un callejón sin salida y su amigo reconoció el gesto con pesar, sentía sinceramente verlo envuelto en semejante circunstancia y más aún lamentaba no ser de mayor ayuda a pesar de todos sus conocimientos, solo podía darle malas noticias y aconsejarle lo que el otro ya sabía:

—Tenéis que desaparecer.

El joven sacerdote lo miró con tristeza y cansancio, luego asintió con un breve gesto.

—Lo sé.

—Siento no poder ayudarte.

—Lo has hecho, amigo —Gabriel posó su mano en el hombro de fray Norberto y sonrió agradecido—, me has dado la información que necesitaba, no buscaba más.

El monje no le permitió salir a los caminos en medio de la noche y se encargó de alojarlo lo más cómodamente posible, dio indicaciones de que instalaran a su caballo en los establos del monasterio y procuró que su invitado cenara decentemente. Era lo menos que podía hacer, dijo, por su viejo amigo. Al amanecer podría volver a Urdués descansado y con un plan ya bien madurado en su mente.

Con la primera luz ensilló la jaca y, tras despedirse de fray Norberto, partió de nuevo hacia Urdués. Durante el camino procuró ocupar su mente con los detalles del plan que había trazado durante la noche. Apenas había dormido, sus pensamientos se habían convertido en un desfile interminable de posibilidades que le quitaban el sueño; la única opción que no acababa en desgracia y que era considerablemente factible era la que había guardado en su cabeza como un tesoro y a ella se aferraba ahora, mientras cabalgaba de vuelta a Urdués, para mantener a raya sus temores.

Se encontrarían como acordaron en la casa del bosque y viajarían por caminos poco transitados, irían al sur, donde nadie los conociera, y empezarán una nueva vida. Juntos. La idea le hizo sonreír, apartando por un momento los malos presagios. Sí, era un buen plan, el único que funcionaría para ellos. A decir verdad, pensó, no iba a echar de menos aquella vida, había supuesto toda una fuente de aprendizaje y le había procurado momentos de realización, pero estar con Ámbar a cambio de dejar atrás Urdués y todos esos recuerdos era algo que estaba dispuesto a aceptar sin pensarlo dos veces.

Sin embargo no debía bajar la guardia, aún no, de momento un plan era todo lo que tenía y los planes pueden derrumbarse en un segundo con un mal soplo del destino. De nuevo una punzada de incertidumbre le atenazó la boca del estómago. Mientras ella estuviera lejos no conseguiría desprenderse de esa desazón, cualquier cosa podía pasar. Espoleó al caballo dispuesto a no aminorar el ritmo hasta llegar a su destino.

Al cabo del rato divisó el bosque y se permitió un respiro de alivio, ya casi había llegado y pronto todos sus problemas podrían quedar atrás. Para mitigar su inseguridad y acallar los susurros de sus temores se obligó a creer que dentro de poco estarían a salvo y que era realmente posible encontrar un camino nuevo lejos de aquella amenaza. Con la excitación que animaban estos pensamientos se adentró en la arboleda. Dejó el caballo atado a un tronco en la linde del bosque y se encaminó con paso ligero hacia la casa para encontrarse con Ámbar, que ya debía de estar esperándole.

Pronto distinguió entre la vegetación los muros chamuscados de la cabaña, se apresuró aún más y al poco rato ya se encontraba entre los escombros de lo que había quedado del antiguo hogar. La llamó antes de entrar, esperaba verla cruzar el umbral sin puerta, ennegrecido, pero no ocurrió y

Gabriel entró en la casa.

— ¿Ámbar?

Seguía sin obtener respuesta y comenzó a impacientarse. Rodeó por fuera la pequeña construcción arruinada; las cenizas de los restos que ardieron se habían mezclado con la lluvia que esa noche apagó el fuego, creando un manto de deshechos negruzcos que se extendía por todo el lugar y sobre el que Gabriel se abrió paso mientras su intranquilidad aumentaba. Buscó por los alrededores sin encontrarla y los pensamientos empezaron a asaltar su mente mientras sus ojos registraban cada detalle esperando encontrar una pista de dónde se encontraba Ámbar. Quizá había ido al riachuelo y le esperaba allí, se dijo, no sería agradable permanecer entre las cenizas del que había sido su único hogar verdadero.

Corrió hacia el río y volvió a gritar su nombre pero de nuevo no halló respuesta. Sus peores temores comenzaron a arremolinarse en su mente y a expandirse por su ánimo como un tornado imparable de malos presagios, la angustia lo atrapó y cayó de rodillas sobre la tierra, impotente y desesperado. Debía pensar, debía pensar, ¿dónde estaba? Tenía que mantener el control o los dos estarían perdidos, pero sus pensamientos se empeñaban en convencerle de que se la habían llevado, lo torturaban diciéndole que le había fallado, le reprochaban haberla dejado sola con la ilusión de que estaría a salvo en la casa del capellán... De repente una luz iluminó las tinieblas de su mente.

—El padre Carmelo —murmuró.

Quizá no había llegado a salir de su escondite por temor a ser descubierta y le esperaba allí, segura entre los muros de su refugio. Aún con un pellizco en el estómago pero ya más resuelto volvió a buscar su montura y se encaminó a toda velocidad hacia la casa del sacerdote.

Despertó con la estridencia de un chirrido metálico. Antes de que el resto de sus sentidos se despabilaran ya la había asaltado el dolor de las quemaduras. Con el dolor vino la conciencia de dónde se encontraba y la oscuridad cobró sentido; con la conciencia llegaron los recuerdos, uno por uno, como si hubieran estado esperando agolpados a las puertas de su sueño y al despertar alguien los hubiera dejado entrar por un pasillo estrecho, uno a uno fueron desfilando por el corredor de su mente hasta penetrar dolorosamente en su conciencia.

Primero los golpes en la puerta y los hombres invadiendo la sala, tranquila y silenciosa tan solo unos segundos antes, la confusión y el miedo, los brazos inmovilizándola, arrastrándola fuera del supuesto refugio, los gritos de la madre y el capellán hablándole atropelladamente mientras le obligaban a abandonar la casa. Ámbar solo podía pensar en el rostro desencajado de aquella anciana, sus ojos abiertos de espanto, sus manos tratando de aferrar al sacerdote, sin entender nada de lo que el hijo le decía.

Lo que sus sentidos percibían se había mezclado sin orden ni concierto con todo lo que recibía del mundo sutil, creando una amalgama dolorosa que la sumía en una confusión absoluta; destellos acelerados, nubes de forma cambiante y amenazantes tonos, cuerdas que se enredaban y tensaban... Después todo había transcurrido como en un mal sueño, había imágenes y pensamientos claros pero también lagunas. En el espacio entre el momento en que la apresaron y el primer

interrogatorio había un agujero negro, un gran vacío poblado únicamente por ráfagas esporádicas de sonido, las ruedas de una carreta sobre los adoquines, una voz lejana, el grito de un pájaro. Ámbar se encontraba encerrada en una crisálida donde apenas penetraba el mundo de fuera, como si los sentidos más allá de sus sentidos se hubieran replegado en torno a ella para protegerla.

El correteo de unos pasos menudos la devolvió al presente. Un tenue resplandor grisáceo describía la silueta del roedor que no podía ver con sus ojos en aquella oscuridad, probablemente acababa de encontrar el mendrugo que el carcelero había colado por la trampilla de la puerta, porque se detuvo un momento titilando débilmente y luego correteó de nuevo desapareciendo por donde había llegado, con seguridad un hueco en la pared.

No quería recordar las horas previas pero la voz chillona del secretario del secuestro volvía a ella una y otra vez, como los aldabonazos que preceden al aciago momento en que la puerta se abre para desvelar los horrores del interior.

— ¿Propiedades de la acusada?

— ¿Qué?, ¿propiedades? —Ámbar miraba a su alrededor tratando de encontrar el sentido en algún elemento de aquel escenario sórdido mientras un ayudante del alguacil la sujetaba y la mantenía firme frente al hombrecillo y su pequeño escritorio.

— ¿Propiedades de la acusada? —repitió, sin mirarla.

— ¿De qué se me acusa?

El secretario suspiró con aire paciente, la miró a la cara por primera vez y repitió, ahora más lentamente:

— ¿Dispone la acusada de alguna propiedad?

—No —susurró Ámbar, tratando de no evocar el recuerdo de la cabaña quemada, pero sin conseguirlo—, no tengo nada.

El hombrecillo pareció satisfecho con la respuesta y anotó algo rápidamente, luego blandió la mano sin apartar los ojos de sus notas, indicando que se podían llevar a la acusada. El ayudante del alguacil se la llevó de allí sin más dilación y, más a empujones que otra cosa, desembocó en otra sala, igual de oscura, igualmente sórdida y maloliente. Ámbar retrocedió nada más distinguir el interior, pero la puerta se había cerrado tras ella y su espalda chocó contra la madera firme. No podía apartar la mirada ni pestañear, incapaz de mover un músculo solo contempló lo que había ante ella. En los rincones se agazapaban miedos antiguos, se adherían a las paredes como una baba oscura incapaz de liberarse, del techo colgaban retazos de dolor que infestaban el espacio de la estancia, pero lo peor que pudo percibir nada más entrar no fue toda aquella inmundicia, sino una carga asfixiante que prensaba el aire y lo cuajaba de una oscuridad profunda, el peso del tormento, de la tortura y de la muerte.

Ámbar se estremeció, abrazada a sí misma contra la pared áspera de la celda. No era capaz de cerrar las puertas del recuerdo y supo que, tras la sala de tortura, en su mente aparecería el hombre de negro. Allí la esperaba, erguido y siniestro, perfectamente integrado con las sombras que poblaban aquel lugar. Se acercó a ella lentamente, la observó en silencio durante unos segundos y antes de hablar esbozó lo que pretendía ser una sonrisa cordial, que más bien fue como una mueca a medio terminar, y aún así el gesto más humano que Ámbar iba a ver en él. Luego solo quedó el rictus de sus labios finos, la mirada vacía de pez muerto y la voz neutra.

—Te voy a hacer una pregunta muy sencilla —se aclaró la garganta con un tosido breve, más por fórmula que por necesidad, y fijó su pupila íctica en los aún desconcertados ojos de la muchacha, para añadir—. De tu contestación dependerá que pasemos más o menos tiempo juntos.

Petra llevaba un buen rato sentada junto a la puerta cerrada en un taburete de madera que comenzaba a resultarle incómodo. Debía esperar a que el ayudante del alguacil la llamara para entrar en la sala del tribunal. Se trataba en realidad de la única estancia de que disponía el ayuntamiento de Urdués lo suficientemente espaciosa como para albergar a más de diez personas, por lo que la usaban para las reuniones periódicas de la comunidad y, en el caso presente, para celebrar un juicio civil.

La mujer se removió inquieta, el taburete no era lo único que la incomodaba; se había imaginado a sí misma en un escenario más digno, testificando frente a la Suprema, obrando como instrumento del Altísimo y cumpliendo con su labor como buena cristiana. Sin embargo el calificador había desechado su caso alegando que no podía calificarse como herejía y, como al parecer todo buen cristiano sabía, la Santa Inquisición perseguía la herejía, no la brujería. A ella le daba igual, bruja o hereje para Petra el crimen era el mismo y lo único que importaba era purgar a la comunidad de las almas podridas para que las sanas no tuvieran opción de contagiarse. Así que allí estaba, esperando a cumplir con sus deberes para con la amada comunidad, aunque tuviera que ser en una sala polivalente del ayuntamiento y ante el corregidor de Jaca, que había llegado aquella mañana para oficiar de urgencia el caso y, esperaba Petra, impartir justicia.

Por una rendija de la puerta apareció la cara menuda del ayudante del alguacil, que le indicó que podía entrar. Al fondo de la sala se agolpaban todos los vecinos que habían querido asistir ya fuera como testigos de apoyo o como simples espectadores. Petra tomó asiento y esperó paciente a que le dirigieran la palabra.

Gabriel bajó de un salto de su montura y aseguró las riendas a la aldaba de la fachada. Llamó con ímpetu a la puerta de la casa y esperó impaciente a que ésta se abriera. Tenía la esperanza de que Ámbar se encontrara aún allí, sana y salva, segura en la casa del capellán, pero el corazón le latía con el ritmo de los malos presagios y no se calmaría hasta tenerla frente a sí y abrazarla. ¿Había sido una mala idea dejarla allí?, estaba a punto de descubrirlo.

El ama de llaves abrió la puerta, tenía la mirada ida y el rostro mojado, los párpados enrojecidos y el labio inferior aún tembloroso. Al ver a Gabriel en el umbral se llevó las manos arrugadas a la boca y rompió en llanto. El joven entró rápidamente en la casa y cerró la puerta tras él, tomó las manos temblorosas de la anciana y preguntó:

— ¿Dónde está?

La otra no paraba de llorar pero miró al muchacho con miedo y desconcierto.

— ¿Dónde está Ámbar?

—Se la han llevado...

— ¿A dónde? —le apretó las manos y la miró fijamente tratando de que se mantuviese enfocada, pues amenazaba con volcarse de nuevo en el llanto—, ¿a dónde se la han llevado?

—Entraron como una plaga y se los llevaron a los dos, a la muchacha y a mi Carmelo.

La evocación del hijo apresado por las autoridades terminó por desbordarla y las rodillas le flaquearon. Gabriel la sostuvo y la ayudó a sentarse.

— ¡Anita! —gritó él en dirección a la escalera para atraer la atención de la criada, afanada en sus tareas en la planta de arriba. Luego se dirigió de nuevo a la anciana—. Envíe a la muchacha a la casa de los Larrat, avíselos de lo que ha pasado, ellos le ayudarán.

La mujer pareció serenarse un poco al darse cuenta de que había algo que se podía hacer para solucionar aquella pesadilla, asintió en silencio y se secó las lágrimas tratando de recomponerse mientras los pies ligeros de la sirvienta bajaban por la escalera.

—Se la han llevado los civiles, deben de tenerla en el calabozo de la plaza chica.

Gabriel asintió con un gesto y se dirigió a la salida apresuradamente. Antes de que Anita hubiera llegado ante su señora, él ya había salido de la casa para encaminarse a toda velocidad hacia el calabozo.

La pluma del secretario arañando el papel era el único sonido que en aquel momento se escuchaba en la sala. Se había constatado que la prueba del fuego y la del agua habían dado resultados positivos, además la acusada poseía la marca, una salamandra en el hombro izquierdo, pero la prueba de la aguja, que consistía en pinchar esa misma marca, había dado resultado negativo ya que la acusada había sangrado, y la del peso había asimismo fallado a su favor. Con todo esto, sumado al hecho de que no se había logrado obtener una confesión, ni en el interrogatorio por las buenas, ni con explicación y muestra de los instrumentos de apoyo, ni siquiera en el interrogatorio doloroso, que solía ser definitivo, el corregidor no parecía convencido de la culpabilidad de la acusada y comenzaba a impacientarse.

El fiscal aguardó a que el secretario terminara con sus anotaciones, más buscando el efecto dramático de la pausa que por deferencia. Después volvió a dirigirse a la testigo.

— ¿Podría añadir a su testimonio alguna prueba fehaciente de que la acusada ha mantenido tratos con el Maligno de forma reiterada e indiscutible?

— ¿Fehaciente? —balbuceó confusa Petra. Había contado su historia con todo lujo de detalles, ¿qué duda les quedaba de que se encontraban ante una bruja?

—Lo que el señor fiscal le está preguntando —intervino con tono contundente el corregidor, dando claras muestras de impaciencia— es si puede la testigo aportar algo más que casualidades y suposiciones a este caso.

Petra apretó los labios y se tragó la indignación, debía mantener la compostura o no la tomarían en serio. Miró hacia el grupo de gente que escuchaba expectante al fondo de la sala y vio entre ellos a sus dos hijos, los rostros tensos y la mirada encendida clamando justicia. Había mucho en juego, se dijo, debía hacerlo bien o todo habría sido en vano, la bruja saldría libre y Antonio quedaría

sin venganza, olvidada por todos la verdadera historia de su muerte injusta.

—Con todo el respeto, señoría —se dirigió directamente al corregidor—, tan solo soy una mujer humilde y una buena cristiana que vela por los suyos. Solo Dios conoce lo que hay en los corazones de las personas, y sabe lo que hay detrás de las "casualidades". Yo solo soy testigo de los hechos que he narrado a este tribunal, de la muerte de mi difunto marido que-en-paz-descanse, de la de mi querida suegra que-dios-la-tenga-en-su-gloria y de las calamidades que mi amada familia ha soportado desde que esa bruja —Petra carraspeó brevemente levantando la mano a modo de discreta disculpa— la acusada, entró en nuestras vidas. Pero si quiere algo más que casualidades le sugiero a su señoría que junte las piezas, no solo las mías sino las de otros muchos vecinos respetables de este pueblo.

Girándose hacia el público extendió la mano hacia ellos. Comprobó con satisfacción que la observaban atentos, algunos asintiendo en silencio, y esto la animó a continuar.

—Pregunte a Manuela —señaló directamente a una mujer encanecida de mirada triste, de pie en la primera fila a la derecha de su primogénito—, perdió a su única hija en la flor de su juventud después de que la acusada le hiciera ingerir uno de sus potingues.

La mujer se tapó la cara con las manos para que no la vieran llorar y una muchacha joven que se encontraba a su lado la abrazó para consolarla, mientras Petra continuaba con tono más firme y confiado.

—O pregunte a Margarita —una joven vestida de negro de pies a cabeza, con rostro macilento y ojeras perpetuas, se tensó al sentirse aludida—, que a cambio de una cura de amor vio morir en sus brazos a su bebé. Ella solo quería un marido y un hijo, como cualquier cristiana; la bruja le dio el primero a cambio del sacrificio del segundo.

La gente comenzaba a removerse, una inquietud palpable emergía entre ellos.

—Bruja —murmuró la joven de negro, tímidamente, a lo que se sumaron algunos murmullos a su espalda.

—Bruja...

—Hechicera, alcahueta...

— ¡Broxa!

— ¡Orden! —exigió el corregidor dando un golpe sobre la mesa, silenciando de momento a los vecinos de Urdués— Orden, o mandaré al alguacil desalojar la sala.

La gente guardó silencio pero el grupo seguía inquieto, los rostros más crispados, los labios de la mayoría tensos, todas las miradas expectantes. Petra sonrió para sus adentros, la semilla ya estaba plantada.

La trampilla de la puerta volvió a chirriar y algo de luz penetró por el hueco, permitiéndole ver que el guardián introducía por él una prenda que cayó cerca del portón. Ámbar no se movió del sitio, agazapada aún contra la pared, pero ahora más cansada, más hambrienta y más desesperanzada.

—Ponte esa ropa —terció la ruda voz del guardia al otro lado de la trampilla aún abierta—. Querrás estar presentable, encanto, te llevan de paseo.

La trampilla se cerró de nuevo y con ello volvieron el silencio y la oscuridad de la lóbrega celda. Ámbar se arrastró hasta la prenda, olía a jabón verde y rendición. Al menos estaba limpia, pensó, y se dispuso a soportar el daño de su cuerpo castigado mientras se cambiaba de ropa. A medio vestir, aún luchaba contra el impulso de gritar de dolor cada vez que su mano quemada se movía un ápice dentro de los vendajes malolientes, cuando se detuvo en seco. Se la llevaban de allí.

En el instante en que este pensamiento cruzó su mente, una imagen la golpeó con la fuerza de una terrible certeza: la iban a quemar. Había visto la pira en el centro de la plaza y esta revelación se presentó inequívoca en su conciencia. Su respiración se aceleró y el cuerpo le empezó a temblar bajo la túnica de arpillera a medio poner. Aquel era el fin, sus días terminarían con una muerte horrible, devorada por el fuego.

Dejó de percibir la celda donde se encontraba y hasta el dolor, solo quedaba su cuerpo sitiado por el miedo, el temblor incontrolable y la imagen de la hoguera tras los párpados fuertemente cerrados. Hasta que notó el peso delicado de una mano en su hombro y un aroma familiar de su infancia, el temblor cesó y la imagen se desvaneció mientras escuchaba la voz de su madre susurrando quedamente en su oído.

—Todo es lo que debe ser... tú solo respira...

Al abrir los ojos la celda seguía en su lugar, ya no notaba el peso de la mano en su hombro y el silencio volvía a interrumpirse tan solo por los pasos ligeros de los roedores. Ámbar aspiró profundamente y terminó de vestirse. Luego se puso en pie y esperó a que el carcelero viniera para abrir la celda y llevársela de allí.

El corregidor daba golpes en la mesa como si aquel fuera su único cometido en la vida, sabiendo que la situación se le había ido de las manos y empezando ya a barajar sus opciones en el fondo de la mente. La testigo permanecía callada, con las manos recatadamente posadas en el regazo y la mirada baja, pero el resto de los asistentes al juicio hablaban desordenadamente, todos a un tiempo, contagiados unos de otros, alimentando mutuamente su creciente indignación. Una vecina había visto a la acusada bailar desnuda en el bosque, otra había sufrido fiebres y delirios al tomar su pócima, a otro lo había intentado seducir, por supuesto sin éxito, otra la había oído murmurar un lenguaje incomprensible mientras clavaba la mirada en un vecino del pueblo que días más tarde había sufrido un accidente mientras trabajaba en sus tierras...

— ¿Y qué hay de la plaga? —se elevó una voz masculina por encima del resto—, ¿cuántas cosechas se han perdido este año?

— ¡Ha sido el peor invierno en décadas! —terció otra voz desde el fondo de la sala.

El corregidor se llevó la mano a la frente, se preguntaba cómo iba a parar aquello. Afortunadamente contaba con la ventaja del tamaño, de manera que levantó del sillón su impresionante cuerpo de casi dos metros y tronó con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Silencio!

Hasta la última voz calló al instante. Todos lo miraron sorprendidos, algunos azorados al darse cuenta de su comportamiento. El juez suspiró con disimulo tratando de ocultar su alivio, parecía que acababa de recuperar el control, cuando la puerta de la sala se abrió lentamente. Todas las miradas se desviaron hacia allí. Un ayudante del alguacil entró en la sala sin percatarse de que todos estaban pendientes de él, y sin más dio paso a la acusada, tal y como le habían dicho que debía hacer, o eso es lo que había entendido del alguacil cuando éste cogió las llaves de los grilletos de las manos del carcelero y se las entregó a él. Era su primer día de trabajo y estaba tan nervioso que había perdido la parte de la explicación en que el alguacil le indicaba que debía esperar fuera de la sala hasta que le avisaran. El muchacho, que ignoraba por completo los cargos de la acusada, había respirado aliviado al ver que tan solo se trataba de una muchacha menuda en una triste túnica de estopa, pero alzó la vista sorprendido al escuchar los primeros gritos de "¡bruja!".

Lo siguiente que vio fue una multitud enardecida abalanzándose hacia él con ojos llenos de odio y gritos de justicia y venganza. Trató de interponerse entre la acusada y la masa humana que se precipitaba hacia ellos pero su cuerpo enclenque tardó menos de un minuto en ser derribado por los rudos campesinos y las mujeres histéricas. Conmocionado los vio prender a la muchacha y, entre el clamor asesino de sus voces crispadas, llevársela fuera del recinto.

El joven ayudante del alguacil se levantó del suelo aún sin poder creer lo que acababa de ocurrir. La sala se había quedado desierta en tan solo unos minutos, solo quedaban el secretario del secreto, con la pluma suspendida sobre el papel como si esperase que alguien le diera instrucciones, y el corregidor, que recogía apresuradamente los documentos desplegados sobre su mesa. Se detuvo en seco al oír la voz del escribano llamando su atención.

— ¿Señoría?

— ¿Sí?

El otro parecía sumamente confuso.

—Ah, sí —dijo el juez recuperando la compostura—, tome nota de lo ocurrido aquí y presente la memoria del proceso donde corresponde.

—Corresponde entregárselo a usted, su señoría.

—Ah... —el corregidor dudó un momento, luego terminó de recoger sus papeles con premura y añadió, mientras se encaminaba con paso ligero hacia la salida—. Hágalo llegar al cabildo. Yo parto ahora mismo hacia Jaca, debo dar parte a la Audiencia de todo lo ocurrido.

Su enorme cuerpo embutido en negro pasó junto al joven ayudante del alguacil sin reparar en él y se marchó de la sala apresurado mientras murmuraba entre dientes la promesa de no volver a pisar aquel nido de culebras.

Gabriel entró como una exhalación en la pequeña construcción que conformaba la prisión de

Urdués, apenas una casucha con cuatro pequeñas celdas y un espacio para el guardián; éste se encontraba repantigado en una silla, medio dormido de puro tedio. Se sobresaltó al ver a la visita, erguido frente a él y con aire de traer prisa.

— ¿A quién visita? —interrogó con todo formal, tras lo cual se echó a reír de su propia gracia. El calabozo estaba completamente vacío.

—Una mujer joven, la han traído hace unas horas, exijo que sea...

—Llega tarde, padre —le cortó el otro levantando una mano, pero la bajó enseguida por no faltarle al respeto, después de todo al clero había que guardarle ciertas formas, quién era él para decir lo contrario—. Se la han llevado a juicio, al ayuntamiento.

Prescindiendo de formalidades, Gabriel salió de allí como alma que lleva el diablo, exasperado y desesperado, empezando a dudar de si llegaría a tiempo y preguntándose qué iba a hacer una vez llegara al tribunal. Se le antojaba demasiado tarde, pero no iba a desistir y cruzó la plaza a zancadas en dirección al ayuntamiento.

A medida que se iba acercando, se cruzaba con más gente, unos corrían, otros se movían nerviosos, como esperando a que alguien llegara y les diera indicaciones. ¿Qué estaba pasando? Vio a lo lejos a algunos cargando leños, iban en la misma dirección que él, camino de la plaza principal. Un aguijonazo de inquietud aceleró el corazón de Gabriel, pero no quería pensar, desechó los malos presagios y las sospechas, y se enfocó en llegar al edificio que ya veía alzarse presidiendo la plaza. El revuelo era evidente, pero no conseguía ver de qué se trataba, la gente iba y venía, estaban preparando algo en el centro de la plaza, algunos hombres llevaban hasta allí los leños que les había visto cargar calle abajo. Un pensamiento aciago lo asaltó. No, no podía ser, hacía años que aquella práctica había terminado.

Entró en el ayuntamiento y se dirigió corriendo hacia la sala donde se solían celebrar las grandes reuniones, el tribunal se habría instalado allí, pero al llegar encontró las puertas abiertas y la estancia vacía a excepción de un muchacho con aspecto adolescente, parecía un ayudante del alguacil y se afanaba por restaurar un poco el orden en lo que parecía una sala asaltada por una manada de bestias enloquecidas. Mientras levantaba una silla volcada, se dirigió a Gabriel, que observaba la sala sin comprender.

— ¿Puedo ayudarle, padre?

—El juicio... ¿cuál ha sido el veredicto?

El muchacho se encogió de hombros.

—Según el corregidor, no tengo ni idea; según el pueblo, al parecer culpable, porque se la han llevado.

— ¡¿A dónde?!

La desesperación de Gabriel ya corría a la par de su incompreensión. Percatándose de ello, el joven ayudante del alguacil dijo con pesar:

—No lo sé, padre, pero no tenía buena pinta, la gente estaba como enloquecida...

Gabriel se retorció las manos, no sabía qué hacer, dónde se la habían llevado, qué pensaban hacer con ella aquellas criaturas salvajes e ignorantes, faltas de compasión y de cordura.

—Gabriel —llamó una voz conocida a su espalda—, ¿qué estás haciendo aquí?

El padre Carmelo lo condujo a un recoveco del pasillo para apartarlo de la vista de cualquiera que pudiera entrar.

— ¡Mosén!... tengo que encontrarla, tengo que encontrar a Ámbar...

—Cálmate, Gabriel. Escucha —puso sus grandes manos sobre los hombros del muchacho y le habló con los ojos llenos de compasión y pesar pero también con firmeza—, están preparando una pira en la plaza.

— ¿Una pira?, no entiendo...

—El juicio no llegó al veredicto pero la gente del pueblo pretende quemar a Ámbar por delitos de brujería.

Gabriel trató de salir corriendo de allí pero el capellán lo retuvo.

— ¡Tengo que encontrarla! —exclamó el muchacho soltándose, pero Carmelo lo detuvo una vez más sujetándolo fuertemente del brazo.

— ¡Gabriel, espera! No pueden verte aquí, tienes que ocultarte o harán lo mismo contigo.

— ¡No!

— ¡Escucha! —lo miró intensamente a los ojos desesperados, Gabriel estaba a punto de perder el poco control que le quedaba— Escúchame, tengo un plan.

Despertó y notó que estaba inmovilizada, abrió los ojos vacilantes para comprobar que se encontraba en medio de la plaza repleta de gente, atada a un poste de madera sobre una pila de leños. Solo recordaba que al entrar en la sala del juicio una marea de gente se había abalanzado sobre ella, después todo se había vuelto negro. Intentó removerse dentro de las ataduras pero estaba tan fuertemente sujeta que no había forma de hacerlo; le habían dejado las muñecas libres, probablemente al descubrir la falta de piel en la mano achicharrada, pero a cambio le habían amarrado los brazos y el pecho al poste tan fuertemente que la presión le dificultaba el respirar.

Así sería, se dijo, el final. Allí acababa la vida y terminaba el dolor, en la pira, consumida por el fuego purificador y por el odio de aquellas gentes. Dentro de poco todo habría acabado. Mientras duraba aquel último tiempo de dudoso significado se permitió observar el mundo desde arriba, como si no estuviera allí realmente participando de la locura colectiva sino solo mirando, como un espectador de la demencia humana. Como si fuera el Dios de Gabriel, que todo lo contempla desde las alturas.

Ante ella todo empezó a ocurrir lentamente, como si se le hubiera concedido distender los últimos minutos para poder advertir los detalles, quizá llegar a comprender. Al fondo de la plaza vio al hombre que la había ayudado a escapar de la iglesia, solo sabía que se llamaba Andrés y que no había vuelto a verle desde que la dejara en el bosque a la salida del pasadizo. Varios hombres lo sujetaban mientras él forcejeaba enloquecido y gritaba "estáis locos, no podéis hacerlo". Su voz le llegó amortiguada por el aire que los separaba en la distancia de una media lejanía, pero de pronto Andrés miró hacia la pira y su mirada entristecida cruzó veloz aquellos escasos metros

para llegar hasta Ámbar y susurrar "lo siento". Ella le sonrió y el hombre cayó de rodillas como si de golpe le hubieran arrebatado las fuerzas.

Siguió observando y vio a la viuda, Petra, cerca de la pira escoltada por sus dos hijos; miraba hacia ella con la cabeza erguida pero sus ojos no se encontraron, era como si no la viera, como si estuviera mirando al vacío en el espacio donde Ámbar se encontraba. Tras la mujer distinguió a una criatura, estaba colocada a su espalda y la extraña cabeza sobresalía por encima de la de Petra, una mano que se asemejaba a una garra sujetaba el hombro izquierdo de la mujer y una corriente oscura circulaba entre la coronilla de Petra y la boca de aquel ser. Ámbar nunca había visto nada semejante y, a pesar de que no era la primera entidad que percibía, ésta la atemorizó y la hizo mirar hacia otro lado, incapaz de soportar aquella visión por más tiempo.

A su alrededor la gente continuaba agitada, gritando en cámara lenta, algunos blandían los puños cerrados, otros le lanzaban piedras o verduras, la mayoría no llegaba siquiera hasta ella pero las oleadas de odio sí conseguían alcanzar su objetivo, una y otra vez impactaban en su cuerpo inmovilizado como proyectiles de humo denso y oscuro. Una infinidad de puntos de un rojo intenso iban apareciendo en ellos, y cada vez que un puño blandía el aire o un insulto brotaba de una garganta, uno de aquellos puntos rojos se liberaba y se lanzaba en línea recta contra ella; así supo Ámbar cuánto podía doler la ira. Hombres y mujeres los lanzaban, jóvenes, viejos, niños... y por encima de todos ellos una enorme nube plomiza latía cada vez más oscura, más densa, más pesada y amenazante, cargada con todas las emociones inflamadas, saturada de miedo, de dolor y de rabia, flotaba sobre sus cabezas como una burbuja densa a punto de estallar.

Un hombre se acercó a la pira con una tea encendida. Había llegado el momento. Ámbar buscó a Gabriel entre la gente, debía verle por última vez, llevarse la imagen de sus ojos honestos y sus rasgos tranquilos allá a donde se dirigiera su alma, pero no conseguía encontrarlo en aquella marea de gente y de locura, entre los gestos de crispación y el caos. Gabriel no estaba, moriría sola, acribillada por la ignorancia y el odio.

Quien sí se encontraba allí era aquella a quien había velado la fiebre una noche de noviembre, y aquel a quien había curado las ampollas en las manos, aquella a quien había consolado de la pérdida y a quien había sanado con sus ungüentos, estaban allí aquellos a quienes había ayudado con lo mejor de su intención y su capacidad, con el corazón abierto y confiado, éstos que habían aceptado su ayuda se encontraban allí en su última hora gritando "bruja", golpeándola con su miedo y su ignorancia cruel.

Este pensamiento dolía más que la tortura y quemaba más que las llamas que ya comenzaban a lamer los leños cercanos a sus pies descalzos. Hubiera querido despreciarlos, maldecirles o siquiera mostrarles el verdadero color de sus corazones impuros, de la inmundicia que rodeaba sus vidas... pero no pudo. Una imagen voló desde el pasado hasta aquel momento, como un mensaje o una advertencia, quizá como un consejo; volvió a ver el muro denso y oscuro a su alrededor, oyó la voz tronando su maldición y volvió a sentir la violenta sacudida, el peso en el pecho y el intenso cansancio posterior. Aquella noche su poder había sembrado desgracia y dolor. No esta vez.

Ámbar supo que no abandonaría este mundo ofrendando su último aliento al miedo y a la ira, la vida era demasiado valiosa como para mancillarla de aquella forma. Cerró los ojos al sentir el calor del fuego arrimándose a su cuerpo lentamente y con paciencia, como un amante que posterga

el momento de la unión, sin prisas pero avanzando palmo a palmo sin detenerse.

Evocó el rostro de su madre tal y como la recordaba; en su mente repetía el susurro tranquilizador que había oído en la celda. “Todo es lo que debe ser... Tú solo respira”. Agradeció en silencio a aquella mujer que le hubiera dado la vida y una profunda gratitud estalló en su pecho estremeciéndola, por todo lo vivido, por todo lo aprendido, por el amor que se le había permitido sentir y por todas las vidas a las que había podido tocar con la suya.

Ámbar estaba lista para entregarse en los brazos de esa energía que todo lo llena, no se entregaba a la muerte porque ésta no existe, se entregaba a la vida que todo lo inunda, lo anima y lo transforma. Por eso al abrir los ojos, de un ámbar más límpido y brillante que nunca, una sonrisa curvaba sus labios sosegados.

Su mirada desembocó en los grandes iris negros de una niña pequeña, su madre la sostenía en sus brazos entre el gentío; la niña le devolvió la sonrisa y, al hacerlo, unos delicados rayos de colores que Ámbar jamás había visto antes en persona alguna se desprendieron de ella en todas direcciones. Al alcanzar a su madre, ésta miró a su hija con cariño y de su pecho brotaron destellos rosáceos que se extendieron a su alrededor. Su vecina, que se encontraba muy cerca de ella, la miró sonriendo y unos delicados haces de luz multicolor se lanzaron suavemente hacia las personas que se encontraban cerca de ella.

Desde lo alto de la pira, Ámbar observaba maravillada cómo, una a una, todas aquellas personas se iban contagiado con la energía del amor, vio cómo los rostros crispados iban tornándose en sonrisas mientras el rojo intenso y el gris sucio se diluían en una marea de tonos brillantes y colores luminosos. Ése sería su regalo, el que les entregaba con su último aliento.

Justo antes de volver a cerrar los ojos para entregarse, ya en paz consigo misma y con el mundo, detectó entre la multitud una sonrisa apacible y unos ojillos alegres de arrugadas comisuras; la anciana, de facciones sosegadas y larga melena plateada, la observaba con tranquilidad.

—Águeda... —murmuró Ámbar, y la anciana ensanchó su sonrisa asintiendo con un suave gesto.

Ámbar cerró finalmente los ojos, agradecida, abandonándose al calor de las llamas, que comenzaba finalmente a lamer sus pies, mientras el fuego crecía a su alrededor haciendo crujir la madera con sus chasquidos inevitables.

Todo el mundo se había quedado en silencio, como si fueran incapaces de reaccionar o temieran mover un músculo para darse cuenta de que realmente estaban allí, cobrar conciencia de que en verdad habían acudido a aquella cita siniestra y de que estaban quemando a un ser humano. No se oyeron gritos tras el fuego, pero nadie se percató del silencio, solo comenzaron a reaccionar cuando se oyeron las primeras toses, varias masas de humo blanco se desprendían de la hoguera expandiéndose en todas direcciones. La gente, envuelta en la humareda, tosía y vomitaba incapaz de librarse del humo que, invasivo e implacable, penetraba en sus cuerpos. Muchos comenzaron a dispersarse entre gritos de desconcierto y tosidos, entre manoteos y ondear de trapos, tratando de espantar el humo. Poco a poco la gente fue abandonando la plaza hasta que quedó vacía, tan solo la hoguera en el centro, ardiendo imparable.

Apenas había despuntado la mañana cuando Carlota se despertó como si acabara de salir de un extraño sueño, aún conservaba los restos de una alegría y una paz que rara vez recordaba haber

sentido en su vida, pero la confusión era igualmente fuerte y se giró para despertar a su marido y contárselo. Encontró su lado de la cama vacío. Sabía que era domingo y Manuel nunca madrugaba ese día, siempre le costaba un buen trabajo despegarle las sábanas a tiempo para ir a misa.

Contrariada, Carlota se levantó y se asomó a la ventana del dormitorio. Aún se encontraba algo aturdida pero al ver a su marido caminando calle abajo se vistió rápidamente y salió tal cual estaba, con la cara apenas lavada y sin peinar. Pronto se percató de que no era la única en ese estado, mientras avanzaba a paso ligero por la calle detrás de Manuel, otros vecinos caminaban junto a ella. Para cuando alcanzó a su marido muchos más se habían sumado a la multitud que esa mañana recorría las calles de Urdués, todos en la misma dirección, todos callados, un poco soñolientos quizá pero ciertamente confusos.

Carlota miró a su marido y éste le devolvió la mirada, pero ninguno dejó de caminar; ambos sabían hacia donde se dirigían pues un impulso que no podían entender y menos controlar les impelía a continuar. Cuando llegaron a la plaza al fin se detuvieron, se cogieron de la mano y Carlota apretó la de Manuel mientras miraba a su alrededor. Todos los vecinos del pueblo se habían reunido esa mañana en la plaza del ayuntamiento y observaban contrariados la pira que, hecha cenizas y rescoldos, permanecía en el centro como evidencia de lo ocurrido.

Las gentes, más curiosas que extrañadas a pesar de lo peculiar del caso, se fueron acercando en torno al monumento a la locura que el día anterior erigieran, y tras constatar lo que a simple vista parecía haber ocurrido, se miraron los unos a los otros con el corazón en vilo, en silencio, sin saber no solo qué decir sino siquiera qué pensar. En el centro de la pira, se erguía el mástil de madera ennegrecido por el fuego, y sobre los tizones nada más que cenizas, ni un solo resto humano atestiguaba que aquella noche, atada a aquel poste, una mujer había muerto devorada por el fuego.

—Se ha salvado...

La voz de Carlota se oyó claramente en el silencio de la mañana y todos los ojos se volvieron hacia ella. Los que segundos antes contemplaban avergonzados el poste donde habían creído asesinar a aquella pobre muchacha, miraban ahora a su vecina con esperanza.

—Se ha salvado —repitió, ahora con voz firme— porque era una mujer santa.

Algunos asintieron, otros se persignaron y un murmullo comenzó a ascender tímidamente entre la multitud.

—Era una sanadora —exclamó otra, y varias personas se hicieron eco dándole la razón.

Aquel día los vecinos de Urdués acordaron que habían estado a punto de obrar movidos por la mano del Diablo pero Ámbar, esa muchacha sencilla que tanto había hecho por ellos con sus discretos remedios y sus habilidades sanadoras, esa alma pura enviada por el cielo los había salvado de cometer una acción terrible. Así decidieron dejar el mástil erguido en medio de la plaza para no olvidar jamás lo cerca que estuvieron de cometer un delito atroz contra Dios, contra la vida y contra sus propias almas. No habían estado a punto de acabar con la última bruja de Urdués, habían estado a un paso de asesinar a un ser humano.

Epílogo

Antes de abrir los ojos la asaltó una fragancia fresca a ropa limpia, y justo después la calidez del olor a sopa caliente. Hubiera disfrutado de esos aromas durante el resto de su existencia de no ser porque el sonido del chisporroteo de la leña en el fuego la sobresaltó. Para librarse de las imágenes de su mente abrió los ojos y, antes de poder reconocer el lugar en el que se encontraba, llegó el dolor con toda su carga de recuerdos; cada pinchazo una imagen, cada ampolla un sonido, cada cardenal cantaba su propia canción triste. Los bordes de sus ojos empezaron a escocer cuando el corazón trató de contar su historia, pero ella lo detuvo centrándose en su entorno. ¿Dónde estaba?, no reconocía nada de lo que veía.

Se incorporó trabajosamente hasta quedar sentada en aquella cama desconocida y reparó en el camisón blanco y sencillo, deliciosamente recién lavado que llevaba puesto. Observó las vendas limpias que envolvían su mano y notó que, bajo las sábanas de lino y la manta de lana cuidadosamente extendida sobre su cuerpo, los pies también estaban vendados. Reconoció el olor de un ungüento que ella misma solía usar para las quemaduras.

Luego miró a su alrededor. La estancia era pequeña, discreta, sin adornos ni detalles personales, pero de alguna forma acogedora, quizá por la olla que colgada sobre el fuego y desde donde humeaba un delicioso olor a comida caliente. Sus tripas se desperezaron de hambre y se preguntó cuánto tiempo llevaría sin comer y desde cuándo habría estado allí, dormida, pero sobre todo dónde se encontraba y quién la había llevado hasta allí.

Un pensamiento fugaz tomó por asalto su mente confusa. Quizá había muerto finalmente y aquello era el lugar al que llegaban las almas, al menos la suya; recordaba los últimos momentos, la paz y la aceptación, estaba preparada y se había entregado...

—No... —murmuró, no se sentía muerta, aún respiraba. Algo debió de pasar entre su entrega y el despertar, porque lo cierto era que se sentía muy viva.

Sus ojos volaron hacia la ventana al escuchar un sonido en el exterior. No había reparado hasta ahora en las finas cortinas que ondeaban a la caricia de un viento suave al tiempo que impregnaban la estancia de cierta frescura desconocida. Ámbar salió de la cama venciendo al dolor con la fuerza de la curiosidad y se agarró al marco de la ventana para sostenerse y mirar hacia fuera.

Un muchacho, vuelto de espaldas a la casa, cortaba leña torpemente sobre un gran tronco plano; podía ver su espalda desnuda sudando con cada intento fallido, pero no paraba de intentarlo una y otra vez. Con una camisa vieja atada a la cinturilla del pantalón, se detuvo un momento para descansar colocando las manos en las caderas y dirigió su mirada hacia el cielo. Aún sonreía cuando algo le hizo mirar hacia atrás, como si alguien acabara de pronunciar su nombre. Al ver a Ámbar asomada a la ventana su sonrisa se ensanchó y corrió hacia la casa. Entró en la pequeña habitación como una exhalación y durante un instante se quedó allí clavado, mirándola, hasta que

Ámbar trató de acercarse a él y las piernas le fallaron al soltarse de la ventana. Al instante Gabriel se encontraba junto a ella y la sujetaba con firmeza, la condujo hacia la cama y la depositó sobre ella con cuidado, como si temiera que se quebrara de un momento a otro. Luego se sentó a su lado.

Ámbar lo miraba con incredulidad.

— ¿Cómo es posible? —murmuró, aún sin poder creer que estuviera viva y que él se encontrara ahí mismo, junto a ella.

—El padre Carmelo me ayudó a sacarte de allí sin que nadie se diera cuenta —explicó Gabriel—. Usamos leños mojados y aceite para crear la humareda. La confusión hizo el resto.

—No recuerdo nada...

—Te desvaneciste por el calor y, supongo, por el dolor. Justo después empezó la humareda, entonces pude desatarte y sacarte de allí —viendo que Ámbar miraba a su alrededor, aclaró—. Esta casa forma parte de la ayuda del padre Carmelo. Tenemos mucho que agradecerle.

Ella asintió, pensativa. Luego su mirada se nubló con un pensamiento, ¿y si los encontraban allí?, ¿y si descubrían el engaño y venían a por ellos? Gabriel la miró fijamente, adivinando lo que surcaba su mente y calaba sus pupilas de temor, se inclinó hacia ella y la besó largamente.

—Aquí estamos a salvo —susurró, acariciando su pelo cobrizo—. Vamos a empezar de nuevo. Juntos.

Se abrazaron fuertemente como si sellaran un nuevo destino. Ámbar podía sentir la respiración cercana del muchacho y el latir sereno de su corazón, cuando una imagen la asaltó de repente privándola de sus sentidos físicos; durante un instante no pudo notar los brazos de Gabriel ciñendo su cuerpo ni el olor de la brisa que se colaba por la ventana, no escuchaba ni veía nada externo, solo su interior era consciente y se hallaba en una casi total oscuridad.

Podía oír la respiración entrecortada y el gemido asustadizo de la niña, poco después distinguió la silueta de la pequeña hecha un ovillo bajo las sábanas y una profunda compasión amalgamada de un intenso cariño la impulsó a abrazarla, la acunó en la semioscuridad y repitió quedamente: “respira, mi cielo, respira”. Poco a poco el ritmo de su respiración se fue volviendo más regular y Ámbar sintió cómo el pequeño cuerpo se relajaba entre sus brazos. Justo antes de quedarse dormida, la pequeña miró a la madre con una leve sonrisa y sus grandes ojos anaranjados brillando en la penumbra.

Su conciencia volvió al presente, a los brazos que la confortaban y protegían, a la promesa de una nueva vida. Ámbar apoyó la cabeza sobre el pecho de Gabriel y, mientras escuchaba sus latidos acompasados, confiados, sonrió.

FIN

Gracias por leer este libro.

Si te ha gustado, te animo a que dejes tu opinión para ayudar a otros lectores a conocerlo.

Agradecimientos

A mis lectores beta, gracias por ayudarme a ver lo que yo no podía ni de cerca ni de lejos; a Pedro por ser mi revisor histórico y contestar con paciencia todas mis preguntas, a Fátima por hilar tan fino y no perdonar ni una coma ;-)) y muy especialmente a Marc, por esas charlas literarias con café por delante que tanto me inspiran, por estar siempre ahí con la solución perfecta cuando me tropiezo con un muro y por todo el trabajo y el cariño con el que siempre arropa a mis criaturas de papel. A los amigos que me siguen apoyando libro tras libro y me ayudan a seguir escribiendo ya solo con preguntar. A B.A. Brennan por sus enseñanzas sobre la energía y la percepción extrasensorial que ha servido de base para el personaje de Ámbar, y finalmente a Yosú, que me entregó de sopetón el germen de la historia y que ha guiado cada paso de esta aventura.

S obre la autora

Eva Lara

Nacida en Córdoba, pasó su infancia entre el norte y el sur de España, más tarde se estableció en Madrid hasta trasladarse a los Países Bajos, donde reside desde 2008.

Tras licenciarse en CC de la Información Periodismo) comenzó a trabajar en el sector editorial; tras una iniciativa de cooperación entre varios autores, creó su propia firma editorial para la publicación de autores noveles. Más tarde compaginó su actividad editorial con su dedicación al marketing en una compañía internacional del sector farmacéutico.

Empezó a escribir a muy temprana edad y publicó su primera novela, El espejo de Fernando, en 2002 con la editorial Puentes de Papel Sevilla). A ésta siguieron cuatro novelas más: Espacios rotos, Escombros, El guardián del umbral y su obra más reciente hasta la aparición de Respira: El ídolo, la búsqueda del origen. También ha publicado la recopilación de relatos Cuando la realidad duerme, el libro de poemas titulado Mirada al interior y un ensayo sobre escritura creativa, actualmente solo disponible en versión digital y sobre el que la autora prepara una edición revisada y ampliada.

Para saber más sobre la autora y sus novedades editoriales, visita su blog:

<http://blog-eva-lara.blogspot.com>

Eva Lara publica regularmente artículos sobre escritura creativa a través de su página: Inventando historias, que puedes visitar en <http://inventandohistorias-con-evalara.blogspot.com/>

Para saber más sobre su obra, visita su página de autor en AMAZON:

<http://www.amazon.com/-/e/B008C8EEKO>

Conecta con la autora:



[Blog](#)



[Amazon](#)



[Smashwords](#)



[Facebook](#)

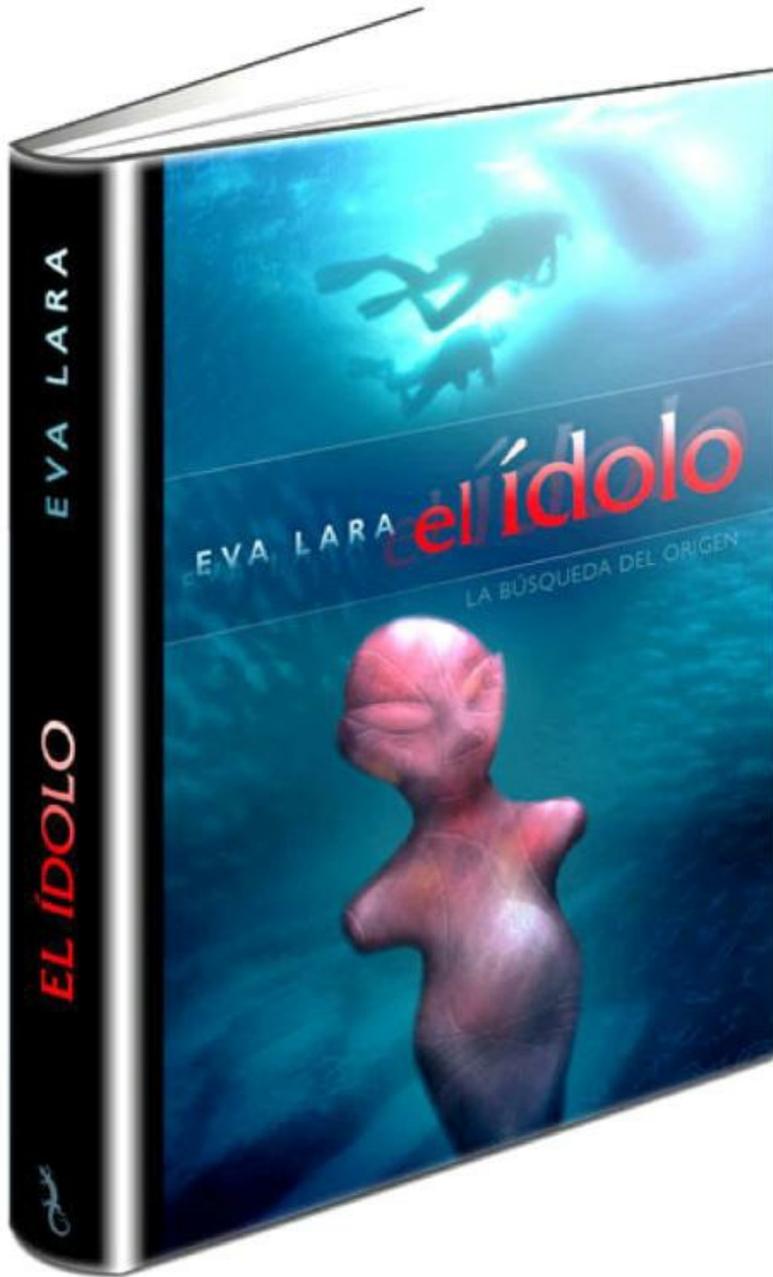


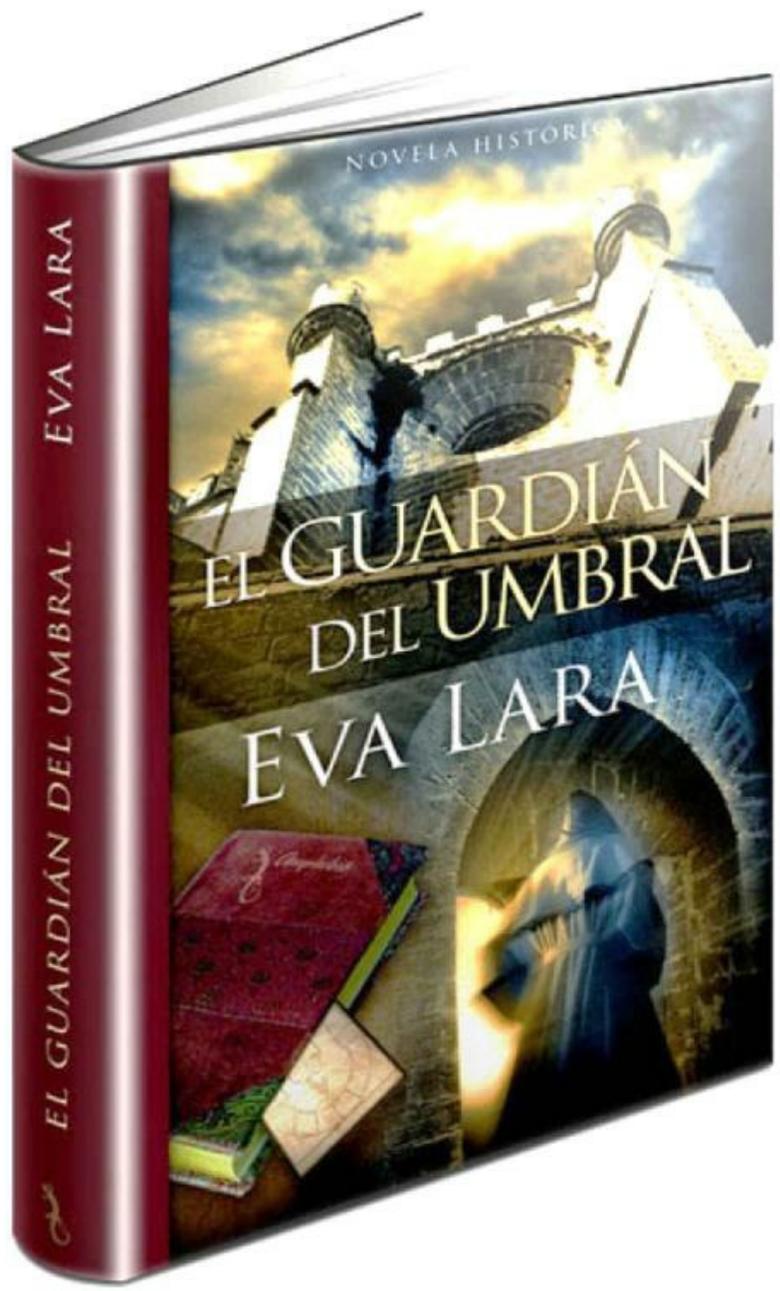
[Twitter](#)



[Email](#)

Otros títulos
de Eva Lara





NOVELA HISTÓRICA

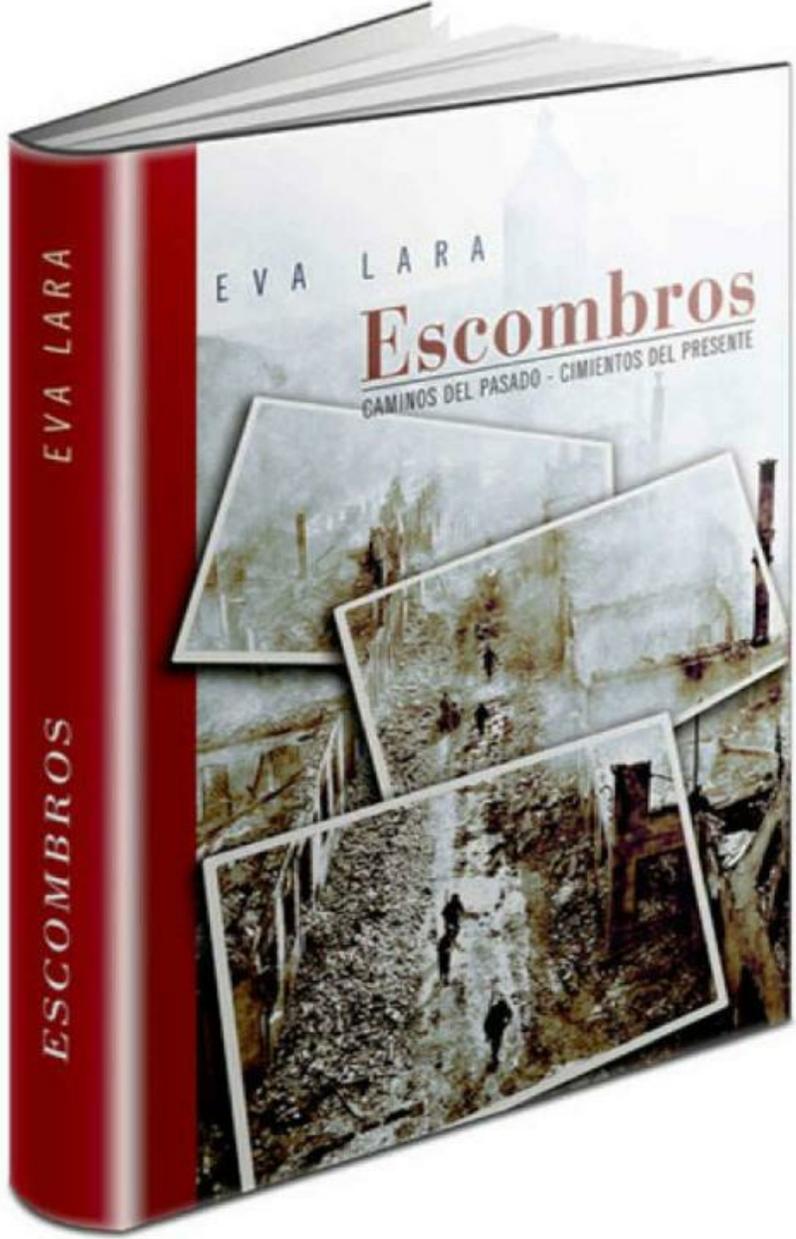
EL GUARDIÁN DEL UMBRAL

EVA LARA

EVA LARA

EL GUARDIÁN DEL UMBRAL





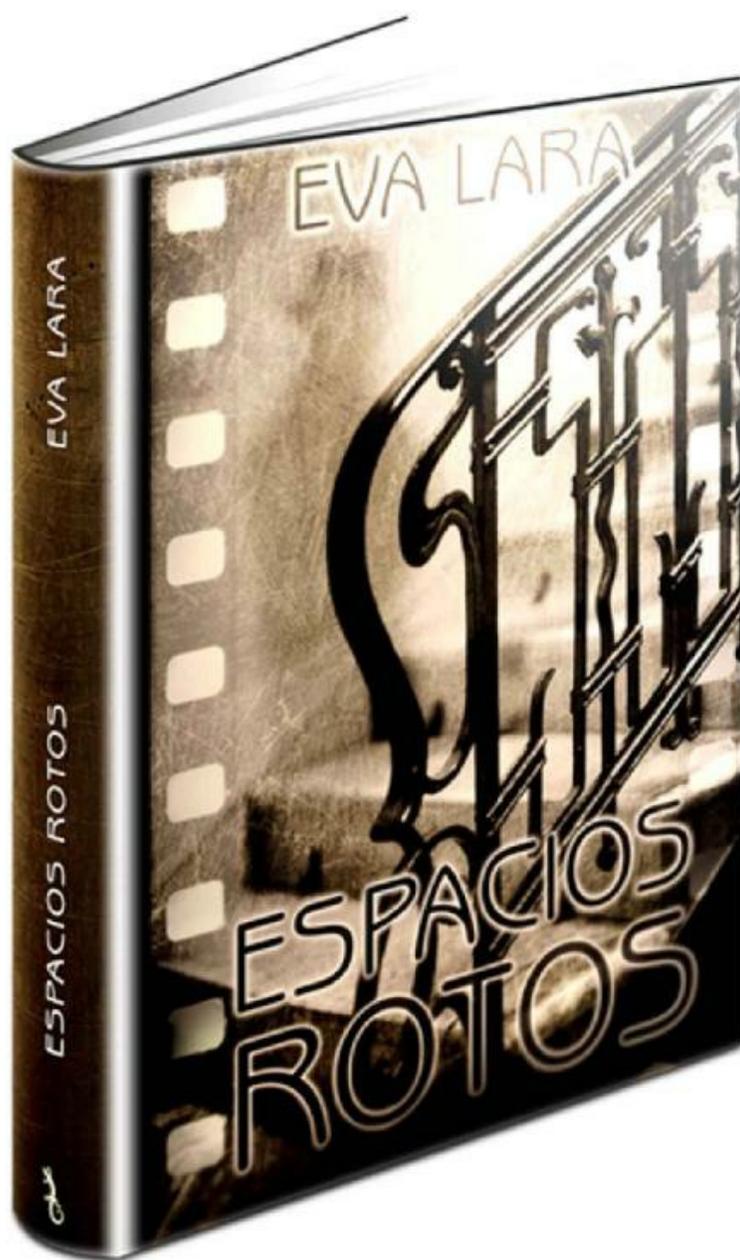
EVA LARA

ESCOMBROS

EVA LARA

Escombros

CAMINOS DEL PASADO - CIMIENTOS DEL PRESENTE



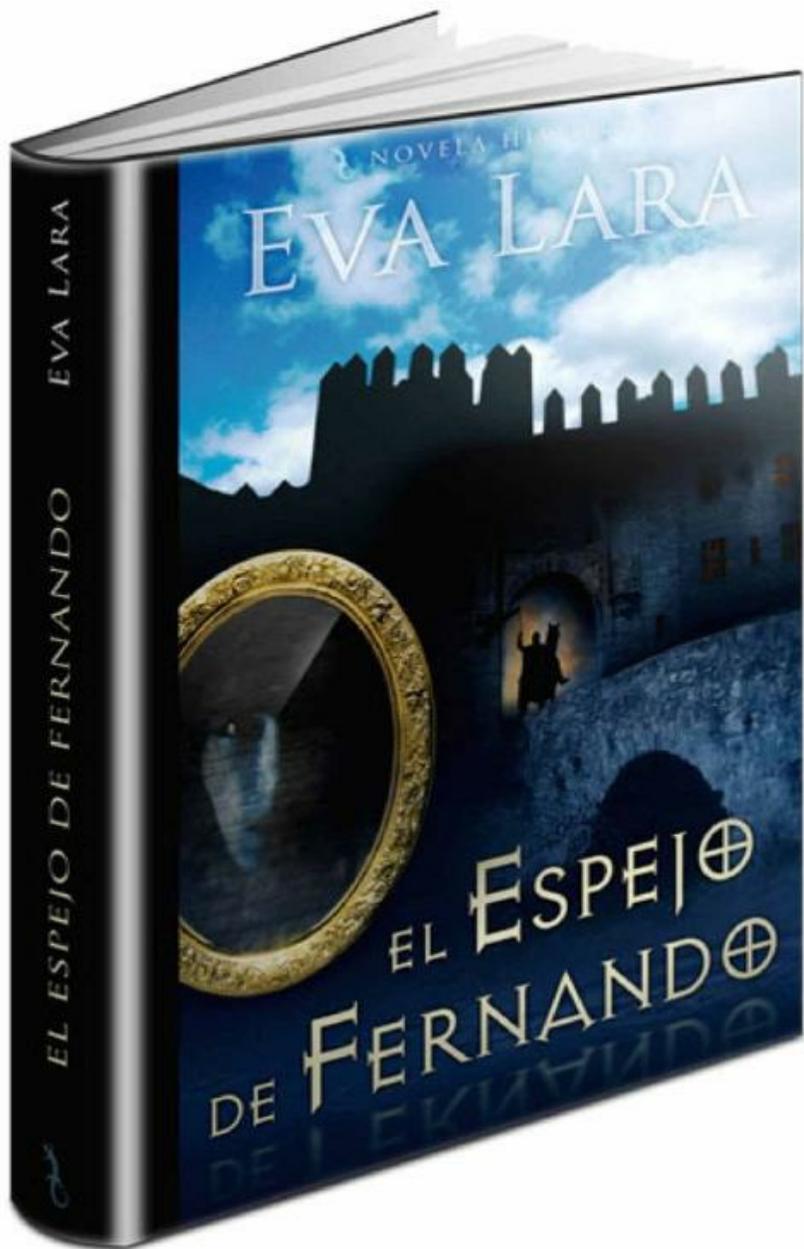
EVA LARA

EVA LARA

ESPACIOS ROTOS

ESPACIOS
ROTOS





NOVELA HISTÓRICA

EVA LARA

EVA LARA

EL ESPEJO DE FERNANDO

EL ESPEJO
DE FERNANDO



Eva Lara
CUANDO
LA REALIDAD
DUERME